UNA VIDA ENTRE GUERRAS

Miguel Ángel de la Iglesia

CAPÍTULO 1: Un Nuevo Comienzo

6:30 AM

Abrí lentamente los ojos como había hecho cada mañana en estos últimos años al escuchar el sonido del despertador. Me incorporé tan rápido como solía. Llevaba ya siete largos años con el mismo horario desde que me trasladaron a esta ciudad. Cuando me dispuse a ponerme las zapatillas, esas azules que tanto me gustaban, me quedé pensativo, con la mirada fija en el espejo que tenía frente a mis ojos. Lo que lograba ver con la tenue luz que asomaba por la ventana no me gustaba, era un anciano, con bastantes arrugas, bolsas en los ojos y el pelo de un gris frondoso. Un cuerpo que se encontraba cansado con el paso de los años.

El estrés había cesado paulatinamente en estos últimos días y me encontraba en el comienzo de una nueva etapa una vez más. Me volví a tumbar, más por hacer caso a la mente que a mi viejo cuerpo. Me quedé disfrutando del silencioso amanecer mirando sus reflejos en el techo de la habitación. Me di media vuelta, no lograba conciliar el sueño y pude ver que la otra mitad de la cama seguía vacía. Pasé la mano suavemente por ese espacio vacío, llevaba muchos años sin compartir con nadie ese lado, y entonces me acordé de Sarah, su pelo negro, su preciosa sonrisa y pensando dulcemente en ella, perdí por completo la noción del tiempo. En dos ocasiones estuve a punto de casarme, pero ambas me dejaron por la misma razón, nunca superé su pérdida.

No sé cuánto tiempo permanecí así sobre ese colchón, protegido por una manta de cuadros rojos y verdes con un ribete negro de cuero y unas sábanas de lino verde. El sol anunciaba por fin la llegada de un nuevo día después de una semana sin dejarse ver entre tanta nube gris, era la mañana del martes 28 de enero de 1975. En la lluviosa Edimburgo todo discurría con absoluta normalidad, se empezaban a escuchar los sonidos de los coches, los vecinos andando por los pasillos, y percibía que el monótono sonido de la lluvia había cesado. Se habían dejado de escuchar esos ligeros toquecitos del agua al golpear sobre el cristal de la ventana cuando el viento arreciaba, por lo menos esta vez no nevaba. Parecía como si el tiempo se quisiera unir a mi triste jubilación, y se tomase un receso en su largo llanto.

Reaccioné, no podía quedarme todo el día aquí tumbado en la cama, la inactividad me dejaba demasiado tiempo para reflexionar y ya conocía sus consecuencias, así que me levanté para asearme y emprender el primer día de una nueva existencia, y sobre todo, no quería volver a pensar en ella. Tras una ducha y ponerme el traje gris salí a desayunar como solía hacer cada día, hoy quizás, tenía más hambre que de costumbre. Nada más pisar la calle me abroché todos los botones negros de la gabardina, era una mañana triste y húmeda, los charcos reflejaban la tibia luz de un sol que no calentaba.

Giré a la izquierda por Leith Street buscando la travesía de Broughton Street, y al final de la cuesta, la mejor cafetería de Edimburgo, con las tostadas más sabrosas que había probado, crema de queso, jamón york

y tomate. El pan era de elaboración propia y lo servían recién horneado, dejando un olor persistente por toda la calle desde mucho antes de la llegada del día. No era el tradicional desayuno británico, pero la comida mediterránea que conocí en Italia me resultaba deliciosa y sana al mismo tiempo.

Me senté en la mesa de la esquina junto a la ventana totalmente empañada para poder leer mejor el periódico que había cogido prestado de la barra. Sin embargo, ese día las tostadas tenían un sabor diferente, no sé cómo expresarlo, su textura era la misma, pero no disfrutaba, no me causaban la misma sensación placentera de otras ocasiones. ¿Realmente podré tener un futuro ahora, jubilado, y dejando atrás un trabajo que llenaba los días? Después de pagar a Andrews, ese viejo camarero que llevaba toda la vida en la cafetería, me levanté y salí. Comenzó a llover.

Se hizo largo el trayecto de vuelta a casa, tenía mojada la cabeza y las manos no entraban en calor dentro de los bolsillos. Tenía que subir al apartamento por las llaves del coche, los guantes de piel y el paraguas que no había tenido la precaución de coger anteriormente engañado por ese sol matinal. Quería dar un largo paseo y acercarme luego al banco para concretar los datos de la pensión y comer cerca de Livingston. El apartamento era un pequeño ático alquilado de sesenta metros cuadrados, con vistas al castillo y a los jardines de Princess Street.

Siempre me quedaba observando durante un rato por la ventana la magnífica fortaleza, los pensamientos volaban en mi mente. Imaginaba, como lo hacía cuando era niño, a los ingleses liderados por Ricardo II intentando trepar por sus murallas, con escalas y cuerdas, mientras los fieros escoceses defendían con uñas y dientes su fortaleza rememorando los tiempos de William Wallace, una batalla feroz, catapultas, arqueros, lanceros, caballeros. A veces imaginaba a un grupo de jinetes intentando acceder al interior por una puerta a punto de ceder y al mismo tiempo siendo rechazado por una nube de flechas que descendían de las almenas. Otras veces, me imaginaba a los escoceses saliendo a tropel, gritando como animales enfurecidos, por las enormes puertas y arrasando a los ingleses en su huida. Caían como moscas bajo las espadas y hachas, inundaban todo de muerte y destrucción buscando su anhelada independencia que nunca lograron.

Tras conseguir sortear a un vecino, entré con sigilo en el piso después de limpiarme el barro de los zapatos en el felpudo con la palabra "Wellcome". Todo estaba tranquilo en el interior, siempre solía pensar que acabaría mis días con un tiro en la nuca al llegar a casa, sorprendido por un visitante anónimo al que no esperaba y que tendría todo preparado para dar carpetazo a mi vida tras alguna puerta o esquina. Casi lo logran en Berlín Este, cuando realizaba tareas de inteligencia para la OTAN, pero el destino me guardaba otras aventuras y me dejó escapar, no sin dejarme un dolor intermitente en la pierna que me recordara la fortuna que tuve. Junto a la entrada tenía un pequeño recibidor con dos puertas, una daba a la

cocina y otra al salón. La cocina era pequeña, pero no me importaba, almorzaba en restaurantes y no solía tomar cenas muy elaboradas. Cuando pasé al salón, vi el sillón con orejeras de cuero beige que había comprado en Harrods y que tantas horas me había pasado sentado en él, leyendo y estudiando los expedientes sobre ciertas operaciones que el gobierno me pasaba de forma extraoficial, y como no, rendido a más de un sueño pegajoso al que por desgracia me costaba resistirme.

En estos últimos meses me habían relegado a servicios de asesoramiento y formación, ya no era un agente de campo. Una enorme estantería con cientos de libros de historia tapaban una de las paredes, con una sección solo con biografías de grandes personajes como Julio Cesar, Alejandro Magno, Napoleón, Ghengis Khan. También tenía literatura clásica, me encantaba Homero, tenía un viejo ejemplar de “La Odisea” con las hojas totalmente amarillas por el trascurso de los años como recuerdo del pasado. Un cuadro llenaba la otra pared lateral, una imitación de un mapa mundi del s.XVII trazado por los navegantes portugueses. Junto al sofá había una lámpara de pie, una alfombra persa traída de Estambul y una mesita con dos cajones, que sostenía una vieja fotografía de mis padres y un viejo Focker biplano de madera con las ruedas de corcho que mi padre me regaló el día de mi undécimo cumpleaños. Se pasó seis meses elaborándolo en secreto con su vieja navaja suiza que le regaló el abuelo cuando cumplió los catorce años, partiendo de un pequeño tronquito de encina, hizo las piezas y las unió con resina que obtenía

de los árboles circundantes.

Ese mismo año hubo un primer giro en la trayectoria de mi vida, creo que en esos lejanos días, el destino colocó una de sus caprichosas fichas en el tablero, haciéndome evolucionar y conocer lo que era la cruda realidad. Hace tanto tiempo de aquello, que algunos recuerdos se han desvanecido, aunque otros se presentan algo difusos o alterados por el subconsciente, lo que sí recordaba era, sin lugar a dudas, el mes…abril.

1:10 P.m.

1917

Se acercaba el verano, la primavera había sido inusualmente calurosa, y se presumía que la nueva estación que estaba a punto de comenzar podría ser aún peor. En este pequeño pueblo de Bage-la-Ville situado a ochenta kilómetros al norte de Lyon y desconocido para la mayoría de los franceses, la gente vivía tranquila del campo, de sus cosechas, sobre todo del cultivo y explotación de todos los derivados de la uva y que, por desgracia, el año anterior había sido muy escasa. La causa, una plaga de hongos que ya duraba dos años. Vivíamos a dos kilómetros del pueblo, a mi padre le gustaba la independencia. Era médico, y aunque estudió en la Universidad de Berlín, ciudad donde nació, se trasladó aquí al poco tiempo de casarse con mi madre.

A la semana de llegar compró la finca "Le Château Vert", era la más grande del pueblo y quizás de los alrededores, dedicada principalmente a la explotación de viñedos y algo al ganado, pero solo para consumo propio, nos proporcionaba leche y carne. . La finca tenía también un viejo granero donde se almacenaban las aparejos del campo y se refugiaba al ganado cuando el crudo invierno hacía inviable su pastoreo en el campo, también desempeñaba las labores de almacén temporal de las uvas y del mosto que se cosechaba. Para su mantenimiento contaba con la ayuda de la familia Dufoix, tres generaciones habían trabajado codo con codo con su propietario. Tras hablar con el cabeza de familia Armand, llegaron rápidamente a un acuerdo económico y todos notamos que había buena química entre ambos, y desde aquel momento nació una hermosa amistad que perduraría en el tiempo

Lo cierto es que a mi padre los temas económicos nunca le importaron, la casa la compró para ella, Marie Schreiber, mi madre. Le encantaba la vida en el campo, los animales, las plantas, los árboles, caminar por los viejos senderos, subir por la colina donde se podía divisar todo el pueblo y atisbar las primeras cumbres nevadas de los Alpes en la lejanía. A mi madre le alegraba correr tras de mí, ella corría y corría pero yo siempre me escapaba o quizás ella nunca quiso realmente cogerme, ¿lo hacía adrede? ahora que lo pienso...sí. También solía coger flores con las que decoraba todas las estancias de la casa y llevaba siempre su melena suelta para que el aire pudiera mesar suavemente sus castaños cabellos. El sol siempre mantenía sus suaves mejillas sonrojadas en la época estival, su piel era tan suave y

tersa, que el sol tendía a quemarla con facilidad. Durante la época de la vendimia protagonizaba el evento, era la primera en subirse al barril para exprimir la uva, saltando sobre ella, mientras reía y reía, trataba muchas veces de engatusar al doctor, así lo llamaba, para que subiera con ella y bailar juntos, pero la vergüenza que sentía su marido era más fuerte, haciéndole mantenerse en estas ocasiones en un segundo plano lejos del alcance de su mujer. Mi padre siempre permanecía a su lado. Creo que siempre supo que estaba enferma, pero no se lo dijo, quería que fuera feliz hasta el final. Por desgracia, su fallecimiento aconteció en diciembre de 1916, justo antes de las navidades.

Desde que nos dejó los paseos en familia fueron disminuyendo progresivamente, él se dedicaba íntegramente a su trabajo, el campo ya no tenía sentido sin ella, cogía su carro y no regresaba hasta la noche. Lo mejor de esa época fue que, yo estaba siempre con Pier, un hermano más que amigo, el hijo de los Defoix. Nos pasábamos todo el tiempo corriendo por los campos cercanos, subiendo a los árboles y jugando a la guerra, él era el general francés Pétain y yo el general alemán Hindenburg.

Una tarde, cuando volvía del colegio con Pier, decidimos dar un rodeo e ir a la Loma de los Vientos, linde natural con los terrenos del huraño anciano Devoive. Allí jugábamos con total libertad a lo que más nos gustaba lejos de unos ojos indiscretos que pudieran alertar a nuestros padres. Subíamos a lo más alto, separábamos los brazos en forma de

alas y corríamos cuesta abajo, rugiendo, simulando los motores de un avión, intentando remontar el vuelo haciendo uso de nuestra imaginación. Competíamos a ver quién era el primero en llegar, claro está que la mayoría de las veces terminábamos rodando colina abajo, medio mareados y con golpes y cardenales por todo el cuerpo, pero compensaba, nuestras risas eran tremendas, y con el mareo al dar tantas vueltas no podíamos ni ponernos de pie sin caernos al instante. Pero ese día pasó algo distinto, algo que nunca olvidaríamos y que siempre guardaríamos en nuestra memoria.

Terminadas las bajadas, cuando las carcajadas habían cesado y las molestias de los golpes comenzaban a remitir, escuché algo, un ruido lejano y agarrando su brazo le grité:

- Calla Pier!

- ¿Qué pasa?- respondió asustado, le estaba apretando demasiado el antebrazo sin darme cuenta.

- ¿Te ocurre algo? me haces daño- me dijo- ¿No lo oyes?- le contesté, intentando que mis oídos captaran todo el sonido que procedía de detrás de la loma, justo en el otro lado.

- ¿No me digas que llega mi padre otra vez? me dará una paliza si se entera que hemos vuelto a jugar en la colina- me respondió de forma atropellada y miedosa.

- No, no eso Pier, ¿no lo oyes?- le invité a que lo intentara de nuevo.

Pier se calló, cerró los ojos y se concentró...

- ¿Qué es ese zumbido?- dijo a los pocos instantes.

- Parece...- y corrí como un loco colina arriba, ya no sentía los golpes ¡no podía ser! Pier me siguió, más por miedo a quedarse solo que por otra cosa. La colina parecía que crecía más y más con cada zancada que dábamos al escalarla ¡qué lejos estaba la cima!

Cuando por fin alcanzamos su cumbre los dos nos quedamos de pie, petrificados, el espectáculo era, era...un niño de once años no sabría expresarlo con palabras, ahora que lo veo con la perspectiva de un adulto, creo que fue una obra de arte pintada sobre un lienzo celestial.

CAPÍTULO 2: La Huida

Un sonido procedente del dormitorio me sacó de los recuerdos de la infancia, acababa de dejar la gabardina en el sillón y de repente escuché un ruido, como un golpe seco. Me resultó algo cotidiano y familiar. Me sentí petrificado, esperando una posible repetición del sonido que me diera la posibilidad de reconocerlo o por lo menos saber más sobre su causa o procedencia ¿y si fuera del piso contiguo? La señora Winston era mayor, le costaba bastante andar, y chocaba con su viejo andador por todas las esquinas de la casa. Todo en mí permanecía en tensión, el silencio hacía que escuchara los latidos del corazón con fuerza. A mis sesenta y seis años ya no reaccionaba con la misma premura que lo había hecho años atrás. Había sido entrenado en el mejor cuerpo militar del siglo XX e intentaba aplicar esas técnicas que había adquirido a esta situación, a cualquier sonido que viniera del dormitorio, sin obtener resultados, algo me decía que no iba bien.

(Silencio), ese sonido…lo había escuchado antes ¿dónde, cuándo? tras unos segundos que me parecieron horas, lo recordé. Era ese maldito despertador, ese artilugio creado por alguien marginal que sufría de insomnio y quería que el resto del mundo padeciera el mismo mal que él. Ése al que tantas veces había insultado y ahora, parecía que me avisaba, como un buen amigo que había compartido tantas horas de sueño y, como no, también las noches en vela pensando en ella.

Estaba seguro al fin, era el sonido que hacía cuando se caía de la mesilla de noche. Ésta tenía una pata rota, y al mínimo roce tiraba lo que hubiera encima de ella. Ese sonido que tantas mañanas me había sobrecogido, cuando al intentar apagarlo perdía el equilibrio precipitándose rodando al suelo sin romperse, era indestructible. Mientras permanecía en el suelo, seguía sonando y sonando fuera del alcance del brazo, como riéndose de mi torpeza y recreándose con su risa metálica de este pobre anciano.

Fue entonces cuando lo vi todo claro, alguien estaba en el dormitorio y había rozado levemente la mesilla. ¡No! no podía ser ¿me habían encontrado? Pero ¡dónde estaba mi servicio de seguridad! Sin pensarlo dos veces cogí el paraguas, el avión de mi padre que guardé veloz en el bolsillo interior de la gabardina, y salí del piso como alma que lleva el diablo, sin mirar atrás, sin saber a dónde dirigirme pero teniendo claro que la muerte me aguardaba si me quedaba a averiguarlo. Bajé los escalones de dos en dos al mismo tiempo que escuchaba un portazo en el fondo del pasillo. La pierna izquierda se quejaba dolorosamente de la herida que había sufrido en Berlín intentando sacar a un ingeniero experto en cohetes de largo alcance y a su hija de detrás del muro, pero la ignoré como pude y seguí bajando.

Salí a trompicones del edificio buscando mi coche con la vista ¿dónde lo había aparcado? ¿dónde? La mente se me bloqueaba por el miedo, pero debía dominarla, me seguían. Miré a ambos lados de la acera, intentando recordar dónde demonios lo había dejado, y fue entonces

cuando lo vi, en la esquina, delante de una furgoneta gris de reparto, eché a correr. Al llegar metí la mano en el bolsillo buscando las llaves, me temblaban las manos...no quería mirar atrás, sabía que estaban cerca, cada poro de mi piel lo sentía...atiné con la llave, abrí la puerta y me senté, la puse en el contacto, metí primera y pisé a fondo el acelerador sin mirar por el retrovisor. Un coche que venía de mi derecha consiguió esquivarme por milímetros, pisó los frenos con tanta virulencia que dejó su coche cruzado en la calle. Había escapado. Dos frases me vinieron a la cabeza: "controla el miedo y serás invencible" y otra que me encantaba: "confía en tu instinto y seguirás vivo", las dos reglas de oro de un buen agente.

El corazón latía precipitadamente y notaba como la adrenalina recorría mi cuerpo haciendo que las ideas pasaran a tal velocidad por la mente que no lograba darles un sentido claro. Eran las mismas sensaciones que tenía cuando hacía labores de seguimiento en Moscú durante la guerra fría, arriesgando la vida en cada esquina. Me puse el cinturón. Decidí tomar aire y relajarme, poner la mente en blanco, concentrarme y, finalmente, reflexionar. Suspiré con tal fuerza que llené de vaho el cristal del coche, froté con la manga y lo limpié quejándome en silencio. Era indudable que debía alejarme todo lo posible de allí y fue entonces cuando me percaté de la precaria situación en que me encontraba, sin dinero, sin comida ni ropa pero estaba vivo. Empecé a calibrar las opciones que tenía de fuga mientras cogía Haymarket Terrace. Necesitaba ponerme en contacto con ellos, averiguar qué había pasado, pero lo primero era poner distancia, dejar

atrás el peligro inminente.

La primera posibilidad que pensé fue poner rumbo al sur, hacia Londres. Era el camino más largo y, posiblemente, el ideal para la fuga. Londres es enorme, una ciudad donde uno puede ocultarse con facilidad y quizás podría encontrar algún viejo colega que me diera cobijo durante unos días, y con un aeropuerto con multitud de conexiones aéreas. Esas eran las ventajas, pero también presentaba algún inconveniente. Ellos pensarán igual que yo, y me estarían esperando a pocos kilómetros con varios coches, bloqueando el camino e incluso, con una trampa preparada por si la jugada del apartamento no salía bien. Otro destino alternativo era el este pasando por Haddington, hacia el mar, una encerrona. ¿Quizás al norte? Perfecto, hacia los Highlands y rumbo a Inverness, allí podría perderme y esperar que se calmaran las cosas, pero no pasaría desapercibido y me habría situado en una zona con pocas salidas de escape. Solo me quedaba una salida no menos peligrosa. Me dirigí al oeste, hacia Glasgow. Una vez allí, tendría una segunda oportunidad para elegir mejor destino, pero lejos del peligro.

Sólo sabía una cosa con claridad, no volvería a ver mi preciada Edimburgo, la ciudad que me había dado refugio los últimos siete años. La recordaré durante el resto de mi vida, me acogió como lo había hecho Francia en mi infancia. No olvidaré su castillo, ni Holyrood Park, un sitio ideal para perderse y sentarse en alguno de sus bancos para leer un buen libro, ni tampoco a su amable gente, con

esa extraña forma de hablar, ni su nieve invernal, ni su frío. Me recordaban tanto esos inviernos al viaje que realizamos al Tibet.

Éste parecía el principio del fin, la única posibilidad para mí era llegar a Suiza, una plaza en principio segura y neutral, con amigos, contactos y donde guardaba el capital necesario para adquirir una nueva identidad y poder buscar un lugar cómodo para empezar de nuevo, pero ¿cómo llegar hasta allí? Estaba a miles de kilómetros de distancia y yo sólo, en mi coche callejeando sin sentido por las calles mojadas, con transeúntes de aquí para allá, desconocedores de la verdad y de los problemas que comenzaron cuando crucé la línea imaginaria que separa el bien del mal. El flujo de pensamientos no dejaba de inundar mi mente.

Dejé atrás Corstorphine Road y en el desvío que tenía delante, tomé la A8 con rumbo este, debería elegir carreteras poco transitadas, aunque claro, era una hoja de doble filo. Sabría si me seguían fácilmente, lo cual era una ventaja, pero también podrían darme caza o simplemente seguirme con mayor impunidad. Me la jugué, estoy seguro de que el destino de cada individuo está trazado desde su nacimiento, da igual el camino que uno elija, lo cumple de igual modo, opté por la vía más rápida. Me pareció que un coche había hecho lo mismo que yo en el cruce y me seguía desde entonces. Aunque se mantenía a una distancia más que prudente. Lo vigilé desde ese momento por seguridad.

La lluvia cesó al fin, pensé durante un instante en quitar la capota porque la visión por el retrovisor era paupérrima, la mezcla que se formó de barro y aceite de la carretera la impregnaba en su totalidad impidiéndome controlar mi retaguardia, pero para realizar la operación necesitaba parar unos instantes en la cuneta, era bastante laborioso y requería un tiempo precioso que no estaba dispuesto a desperdiciar. Gracias a Dios, al secarse la capota con el viento pude ver con algo más de claridad. Aparentemente, ese coche negro, posiblemente un mercedes, aunque no lo sabía con seguridad, ese que me seguía desde que salí de Edimburgo, no estaba. Lo había logrado perder al pasar por Broxbum o el miedo me hacía sospechar de todos, aceleré. Mi viejo Triumph TR6. Nunca me había fallado y confiaba en él. Estaba saliendo el sol entre dos enormes nubes grises, aunque débilmente y sin calentar, sus rayos se asomaban por los reducidos huecos que dejaban entre sí. Solo servía para dar algo de luz a las pobres plantas que se estiraban en un intento de captar eso pocos fotones que lograban atravesar las nubes o para un momento de melancolía.

Glasgow se acercaba, había rebasado el cartel de 35 millas. Me puse a recapacitar sobre todo lo que sabía de esta ciudad y sus alrededores. Había pasado bastantes fines de semana allí en los últimos años, por lo menos seis que yo recuerde. Carreteras, cruces, semáforos, salidas, paradas de autobús, estaciones de tren, aedrónomos, y sobretodo su aeropuerto. ¿Estaría vigilado? No creía que los dos individuos del coche negro tardaran en llegar a Glasgow si de verdad me siguian,

diez o quince minutos como máximo, solo contaba con una pequeña ventaja que pensaba aprovechar. Aceleré a tope y puse en funcionamiento a pleno rendimiento sus 142 CV.

Pasado el mediodía, empecé a atravesar las primeras casas de las afueras de Glasgow. Era una ciudad triste, decadente, la revolución industrial había acabado dejando miles de casas medio abandonadas. No había mucho tráfico, y recorría sus calles a buen ritmo. Sabía exactamente por donde debía ir. De todas las maneras decidí callejear un poco, debía despistar a esos supuestos perseguidores, que realmente no veía, pero que el instinto me hacía presentir que no estaban muy lejos ¿Estaba paranoico? Después de quince minutos con cambios frecuentes de dirección busqué la salida que me pusiera de nuevo rumbo oeste. Además, apenas me quedaba combustible en el depósito y necesitaba repostar.

Repostó en una pequeña gasolinera, a las afueras de Paisley. Tenía solo dos surtidores con coches en ambos. Me puse en cola. La gasolinera era nueva, tenía una pequeña tienda y un taller anexo. Tras repostar compré un sándwich y una botella de agua, estaba hambriento. Pagué y aparqué el coche junto a los aseos. Apagué el motor y me quedé observando los vehículos que circulaban por la carretera. El tráfico era intenso pero fluido. Quité el envoltorio del sándwich y empecé a comer, todo parecía normal.

Entonces tomé la decisión sobre el camino a seguir, intuí que mis

perseguidores me buscarían en el aeropuerto porque era la vía más rápida y fácil de huida, pero debía ser imprevisible para no ser descubierto. Decidí ir al suroeste y bordear la costa buscando el ferry que me llevase a Larne, pisaré entonces suelo irlandés, estaré en otro país y así no les será tan fácil darme caza. Otra cosa indispensable era el dinero. La premura de mis movimientos me impidieron coger el efectivo que tenía escondido bajo una losa del suelo del cuarto de baño, en el banco no tenía casi nada. Me pareció un buen sitio entonces, ahora me arrepiento.

Para conseguirlo no tenía otro remedio que ponerme en contacto con ellos, con el departamento de seguridad nacional, esos que supuestamente tendrían que haberme protegido en mi estancia en Edimburgo, pero algo había fallado. Ahora ya no me fiaba de ellos, pero qué remedio, los necesitaba. Junto al taller había una cabina. Salí del coche y entré en ella. Marqué un número que había grabado a fuego en la memoria hacía ya la friolera de diez años y que esperaba no tener que marcar nunca, era un número que no aparecía en ninguna guía de teléfonos y que solo debía usar un agente en caso de vida o muerte. Un día como hoy.

Marqué y esperé... se escuchó el primer tono, suspiré, por lo menos seguía existiendo, segundo tono...tercero...empezaba a preocuparme...cuarto...quinto...y cuando la angustia me decía que colgara...sexto...séptimo...silencio, y una voz femenina contestó:

- London Internacional Research ¿en qué podemos ayudarle?- Era una

voz de mujer que debía rondar los cincuenta.

- Alfa cuatro cinco siete, autorización seis dos nueve tres. Con la sección cinco.

Se oía como me habían desviado la llamada cuando escuché los nuevos tonos.

- Buenas tardes Mr. Winslet.

- Mi identidad ha sido descubierta, la posición está en peligro - le indiqué.

- Lo sabemos.

- Han cometido un error y ha habido una brecha.

- No, su seguridad ha sido retirada.

- << ¿cómo?>> ¿Por orden de quien?- pregunté de forma inmediata.

- ¿No lo imagina?- Esa respuesta me empezó a irritar, hablaba con tanta tranquilidad que me desconcertaba, algo olía a chamuscado.

- Necesito un punto seguro.

- Repito, su autorización ha sido cancelada.

- Como se atreve... me prometieron que estaría bajo su protección durante toda mi vida- contesté subiendo un poco el tono de voz, pero tratando de no llamar la atención de algún transeúnte que mostrara curiosidad por las voces que salían de la cabina - ¿No sabe quién soy yo? tengo amigos influyentes que le despedirían en cinco segundos o le mandarían a la Antártida a contar osos polares el resto de su vida.

- Páseme con alguien que revoque esa orden.

- Eso no será necesario. Tengo ese nivel.

- Necesito una nueva identidad- tercera petición

- Esta conversación ha terminado.

- No al menos que quiera que se divulgue cierta información- no me dejaban otra alternativa.

El auricular se quedó en silencio, la curiosidad o las dudas le atacaron.

- ¿De qué tipo?

- De las que harían temblar los pilares de Buckingham Palace con la reina dentro agitándose en su trono, no querrá que se sepa, seguro que sus superiores tendrían las horas contadas a la hora de rodar cabezas. O les tengo que recordar el caso de George Blake.

No escuchaba respuesta, pero si sentía la respiración de mi interlocutor ¿le había hecho dudar? Siempre se me dio bien convencer a la gente para que hiciera algo que no quería, ese había sido mi único don y también mi desgracia, pero eso fue hace tiempo, mucho tiempo, ahora era solo un viejo luchando por su vida.

Volví a escuchar los tonos, me estaban desviando de nuevo, y una tercera voz llegaba a mis oídos:

- Me han comunicado que tiene información de nuestro interés.

La voz era muy diferente, veterana y desde luego si parecía ser una persona con un nivel de autorización alto.

- Necesito una vía de escape.

- Eso no será posible, no podemos intervenir. Está solo.

- No me dejan otra opción. En un banco de Suiza y en otro que no voy a indicarles, guardo copia de los expedientes más delicados que han pasado por mis manos. Tengo órdenes dadas que en caso de muerte o desaparición pasen a manos de todos los periódicos más importantes del mundo o a ciertos servicios secretos al otro lado del muro.

- ¿Es una amenaza o un farol ante una situación alarmante?- dijo con rotundidad.

- Pregunte y sabrá como trabajo, no dejo nada al azar.

- Chantaje a estas alturas- su voz pasó a un tono asqueado.

- Llámele un cambio, un acuerdo entre antiguos compañeros de armas, somos agentes de su majestad, ¿no? se supone que somos civilizados, honrados y unos caballeros de palabra, que cumplen todas sus promesas, como la que me dieron en el pasado, por cierto.

- ¿Qué quiere?- estaba claramente enfadado.

- Un comienzo - cuántas veces había oído esta frase.

- ¿Y cómo sabremos que cumple su parte del trato y no tiene más copias?

- Si sigo vivo no tendrá que hacerse esa pregunta.

Tras varios segundos, escuchaba sonido de papeles, y como hablaba con alguien, pero no pude distinguir ni una sola palabra.

- Encontrará una bolsa en la taquilla nº 5 del aeropuerto de Belfast, junto a la entrada principal de la terminal internacional, la llave la encontrará en el interior de la maceta que se encuentra junto a ella. Con esto queda terminada nuestra relación, debe saber que ya no nos

es grata su presencia, negaremos su existencia. Ruegue porque esa documentación no salga a la luz, porque entonces no existe agujero en el mundo, por pequeño que sea, donde no le busquemos. Tiene mi palabra de caballero.

Escuché los temibles pitos que daban por concluida la conversación. Colgué y me quedé con la vista en el cable arrugado que se formó al colgar el auricular, me di media vuelta mirando a todos lados, esperando encontrar a uno de ellos con sus ojos fijos en mi, pero solo encontré coches entrando y saliendo de la gasolinera, peatones que circulan con la cabeza gacha, y los mismo ruidos que habría en cualquier otra parte de Escocia. Salí de la cabina y mientras me dirigía al coche pensé. ¿Por qué habían elegido Belfast? Estaba tan lejos. Todo apuntaba en una dirección, me dirigía hacia una trampa o les daba tiempo a mis perseguidores para que me encontraran.

El miedo me volvió a embargar, me recordaba a los bombardeos durante la Gran Guerra, cuando estábamos escondidos en los refugios antiaéreos y los aliados jugaban con nosotros a la ruleta rusa. Solo me quedaba una pregunta cuya respuesta ya conocía. ¿Seguía hacia Irlanda, donde casi seguro encontraría el fin? o ¿pondría rumbo a otro lugar?

CAPÍTULO 3: The Red Dragon Inn

La luz empezaba a decaer y encendí las luces del coche. Miré a la derecha, el mar estaba picado, cosa que no me sorprendió, era normal en esta época del año, el sol se escondía tras el mar y el rojo inundaba la tarde. Acababa de atravesar la pequeña localidad pesquera de Girvan, y seguía rumbo al sur. No había ni rastro de los perseguidores, el tráfico era escaso y aún así, no lograba divisar al mercedes de color negro por el retrovisor. Observando de nuevo como estaba de embravecido el mar Atlántico, me percaté al instante de mi insistente mala suerte, no llegaría a coger el ferry, con el mar en tan mal estado y viendo la hora que era, seguro que habían cerrado el puerto. Tendría que hacer noche esperando que el día de mañana me trajera mejores noticias. No había muchas localidades donde hospedarse por los alrededores, y menos donde esconderse sin llamar la atención, me encontraba en un callejón sin salida. Era una vasta superficie sin edificaciones ni vida.

Entrada la noche llegué a mi destino, la ciudad portuaria de Cairnryan. Para mi desgracia, estaba llena de viajeros, con sus coches y caravanas. Estaba claro que la línea del ferry a Larne llevaba casi todo el día cerrada y había acumulación de viajeros en sus proximidades. Escondí el coche detrás de una pequeña granja que había visto al atravesar el pueblo, parecía abandonada. Tenía dos puertas grandes que daban entrada a su interior, cerradas con un gran

candado con muestras de óxido y corrosión. También tenía en su lateral. Un viejo carro. A las dos ruedas de madera le faltaban varios radios, pero las llantas metálica aguantaban. Era una carro de cuatro metros de largo por dos de ancho, de esos que suelen ir arrastrados por bueyes, y que, seguramente, emplearía el antiguo granjero para trabajar largas horas en el campo. No sin dificultad, ya que llevaría sin moverse muchos años, decidí sustituir el coche por el carro, y poner éste delante, impidiendo que pudiera verse fácilmente por unos ojos indiscretos.

No había nadie por las calles y el frío empezaba a ser el dueño de la estrellada noche. Llevaba una gabardina, la única prenda que pude coger del apartamento, muy útil para la lluvia, pero no tanto para el frío. Todos los viajeros y ciudadanos estaban en sus casas, al refugio del viento del oeste y al regazo de las chimeneas que inundaban el aire con ese indudable aroma a leña que se solía recoger tras el verano y ahora llenaba los laterales y patios traseros de todas las casas de la zona.

No debía de haber muchos sitios libres en los escasos albergues o pensiones que había logrado localizar con la mirada y seguramente sería el último viajero en llegar. Me decidí por el más cercano. Tenía muchos coches aparcados en su puerta, pero por el número de ventanas que atisbaba a ver, parecía bastante grande, con muchas habitaciones, quizás habría una libre. Tenía tres plantas de altura con vistas al mar y a toda la plaza donde se situaban el ayuntamiento y

una pequeña iglesia. Además, su nombre me gustó, Red Dragon Inn, un nombre muy habitual en Escocia, yo diría que todas las localidades tenían un bar o posada con un nombre similar y normalmente eran el centro de reunión de todos los vecinos, donde pasaban los sábados por la noche bebiendo y cantando. Los domingos antes del almuerzo se convertía en sitio obligado de paso.

Al entrar, muchos ojos me apuntaron con curiosidad sin romper el bullicio que reinaba, pero a los pocos instantes, nadie me hacía caso. Cerca de la entrada había una barra de bar que hacía la vez de recepción de la posada. La sala era grande, tenía mesas redondas con cuatro sillas, cada una. Todas de madera de pino que parecían un poco descuidadas, pero a la izquierda había una enorme chimenea de piedra caliza blanca, que aclimataba toda la sala y que al pasar por delante de ella me cubrió con su calor, saludándome y devolviendo a la vida las puntas de los dedos en pies y manos.

El salón estaba muy concurrido, seguramente llevaban todo el día encerrados aquí dentro. Cairnryan era un pequeño lugar de paso y no parecía tener muchos lugares para la diversión. Quizás, unas jarras de cerveza, una buena conversación y el calor del hogar, podían ser la mejor forma para pasar el tiempo.

Al llegar a la barra, un hombre de edad similar a la mía, pero con una brillante calvicie, me atendió después de servir tres pintas de cerveza negra a un joven con acento irlandés que parecía coquetear con dos

bellas jóvenes que le esperaban en la mesa de la esquina:

- Buenas noches, bienvenido a la mejor posada del este de Escocia, me imagino que quiere pasar esta noche con nosotros, pues ha tenido mucha, mucha, mucha suerte porque me queda una habitación que ha dejado una pareja de novios que se han peleado hace solo diez minutos ¿la quiere, verdad? - adivinó mi intención, era fácil. Seguramente todos los que entraron ese día pedían lo mismo.

- Buenas noches- le contesté. - efectivamente - Me sorprendió por lo directo que fue al responderme, pero en esos momentos me venía bien. Estaba muy cansado y quería descansar lo antes posible, me dolía la pierna y sobre todo la espalda. Deseaba pasar desapercibido y cuanto menos tiempo estuviera a la exposición de docenas de ojos mejor, pero a veces querer no es poder.

- Es la habitación 34, subiendo por las escaleras, la segunda a la derecha.

Tenía la llave de la habitación en su mano pero parecía que no me la quería dar.

- Parece cansado, ¿no le apetece cenar? con el frío que hace un café caliente le vendría muy bien y tengo unos bizcochos caseros hechos por mi esposa que quitan el hipo, es la mejor cocinera de la región, pero no le diga que se lo he dicho.

No me dio tiempo para decir ni una sola palabra cuando ya se encontraba haciendo el café, así que me senté en una silla de la barra,

dispuesto a darle lo que quería lo antes posible para poder subir.

- Sabe, si acepta un consejo de este viejo tendero, le recomendaría que se levantase muy temprano mañana si quiere encontrar una plaza libre, el primer ferry sale a las 7:00 y estará lleno. Viendo como está el pueblo de coches, seguro que harán falta varios barcos. Y... ¿qué hace usted por aquí? si no es indiscreción.

Había cambiado de tema tan rápido que me cogió desprevenido, tenía que inventarme una historia creíble, con lo cansado que estaba, así que decidí darle parte de verdad y otra de mentira, sería mucho más fácil de elaborar.

- Pues mire, me acabo de jubilar. Vivía en un viejo piso que me había puesto la empresa en Edimburgo, esperaba que me lo dejara para vivir durante un tiempo pero no ha sido así y ahora llega un joven a sustituirme que se queda con él. Me he quedado sin nada, en la calle con unas pocas libras en el banco y mi descapotable como única posesión. Me voy a vivir con mi hija en Larne, le mandé hace dos días mi ropa y algún mueble viejo, pero no creo que le quepa, tiene un pisito muy pequeño.

- Le comprendo perfectamente, yo me niego a jubilarme. Mi mujer sí quiere, pero yo necesito estar detrás de la barra ¿Que haría yo sin esto? En este pueblo no hay nada más. Creo que moriré poniendo jarras de cerveza. Por cierto, ¿ha dicho un descapotable? A mi hijo le encantaría tener uno, es la ilusión de su vida. Por casualidad, ¿No querrá venderlo?

- La verdad, no me gustaría desprenderme de él, aunque el dinero...y mañana me tengo que ir.

- Si cambia de opinión aquí estaré. El dinero se lo puedo dar de forma inmediata, así que piénseselo, ese dinero le puede venir bien para el futuro, ¿En qué trabajaba para que le dejen sin nada?- volvió a cambiar de tema súbitamente, no me dejaba ni un respiro.

- Me dedicaba al tema de seguros, división internacional.

- Ah...Las grandes empresas nunca miran por sus empleados, eso le digo a mi hijo, cuidado en la empresa que te metes, sólo eres un número para ellos. Entonces, seguro que ha visitado muchos países ¿Sabe?, yo solo he salido una vez del pueblo. Visité a mi hermano en Londres, pero todo acabó mal, y no nos hemos vuelto a ver.

Cerca de la barra había una televisión nueva en blanco y negro, estaban dando las noticias, y los dos nos quedamos escuchando un rato la crónica que daba un enviado especial en Vietnam.

- ¿Ha estado en ese país?- me preguntó.

- Pues no, me dedicaba solo a Europa.

- Me da la sensación que esta guerra va a terminar muy mal para todos. Las armas no traen nada bueno, no señor.

- Eso pienso yo también.

La comida me entraba de maravilla, y el café también, después de todo no había sido mala idea cenar algo.

- Debe estar muy cansado, y este viejo tabernero ya le ha quitado un rato de sueño. Perdóneme, aquí tiene la llave. Recuerde, subiendo a

mano derecha. Buenas noches.

- Hasta mañana.

Al entrar en la habitación, me di cuenta que no traía ni maleta ni ropa para cambiarme. Tendría que aguantar con lo que llevaba puesto. La habitación era pequeña, de unos trece metros cuadrados, incluido un pequeño cuarto de baño. Tenía una ventana, una cama de matrimonio con dos mantas verdes, y una mesa de estudio con su silla. Me asomé con discreción a la ventana, intentando ver si había alguna señal de mis perseguidores. Si estaban allí no los veía, estaba claro que no eran aficionados, porque sentía su presencia ahí fuera.

Dejé la gabardina en la silla. El avión que había guardado en el bolsillo calló al suelo al hacerlo, lo recogí con sumo cuidado. Comprobando que seguía intacto lo dejé con mimo sobre la mesa, no me hubiera perdonado que se hubiera roto en un accidente tan tonto. Era lo único que me quedaba de mi padre, el resto se quedó en el ático de Edimburgo. Cuando lo tenía en mis manos recordaba mi pasado, la felicidad de la infancia y su feliz inocencia. Por desgracia, eso quedó atrás. Cambié, y dejé de ser esa buena persona, todo fue gradual, no me percaté de ello, pero fue así. Cuando vuelva a encontrarme con él en la otra vida, no sabré que decirle. Era el hombre más bueno que había conocido, amaba la vida y dedicó toda sus fuerzas a salvarla y cuidarla. Esas preguntas siempre habían sido una tortura para mí desde el final de la guerra, y eso que había padecido, por desgracia, muchas. Suspiré y me tumbé en la cama. Era muy blanda y estos

viejos huesos ya lo estaban agradeciendo, pero no creo que pudiera dormir lo necesario, los recuerdos me acechaban con descaro. Una sonrisa apareció sin quererlo en mi cara, me estaba acordando de Pier, ese día en que vimos las mariposas...

1917

Pier y yo nos encontrábamos de pie, en lo alto de la loma, congelados por el viento que arreciaba y sobretodo por el espectáculo que teníamos ante nosotros. Eran múltiples mariposas de alegres colores que bailaban entre sí, como si de un vals austriaco se tratase. Pudimos ver otras más pequeñas, parecían unas moscas, de una tonalidad más gris. Las mariposas perseguían a las moscas, y éstas se defendían como podían, pero entre todas estos preciosos insectos una resaltaba por sus colores, predominaba el rojo en sus alas, y era algo más grande que las demás, todas las moscas que molestaban a este impresionante insecto parecían caer en picado fulminadas por su picadura.

Ese lepidóptero rojo era el Focker Dr I del barón rojo, un triplano de enorme estabilidad y maniobrabilidad, una obra de arte de la ingeniería alemana. Se estaba enfrentando a tres aeroplanos ingleses, él solo. El primero cayó bajo su fuego al realizar un giro a la izquierda tan cerrado que lo colocó a su cola, justo en el centro de su punto de mira, y éste tiró de la palanca de su ametralladora sin errar el tiro. Tras una larga ráfaga, el avión inglés empezó a soltar aceite, perder altura, y caer en picado...El segundo y el tercero trataban de poner

rumbo a su cola, desde una altura superior. El primero no lo consiguió tras una remontada del focker, que le hizo perder su estela, pero el tercero lo logró. Tras una persecución y varias maniobras evasivas, el barón rojo oía pasar las balas de su rival, dañando parcialmente una de sus alas, pero al mirar atrás vio que ya no estaba, había sido derribado por su compañero de escuadrón. Miró hacia abajo e hizo un picado en busca del tercer perseguidor que había puesto rumbo oeste, evitando la lucha, al ver que su escuadrón se había reducido a tres unidades. Pero el barón no perdonaba. Bajó en picado a gran velocidad, cualquiera diría que excesiva, pero él era un as. El avión estaba justo en su punto de mira...tendría solo una oportunidad puesto que, al descender a esa velocidad, dejaría a su adversario a una cota superior, dándole una ventaja y él iría buscando el suelo con apenas el tiempo justo para remontar. Disparó...Vio que el piloto se retorcía al ser alcanzado en su cuerpo y pasó rozando su cola, tras girar en el último momento. Vimos como intentaba remontar el vuelo, pero le costaba, pesaba demasiado...tras unos instantes en que ni Pier ni yo respiramos, lo consiguió, no sin llevarse una rama de un árbol adherida a su tren de aterrizaje...Giró a su izquierda para remontar el vuelo colocándose justo en nuestra dirección.

Pier se quedó congelado, pero yo no pude evitar saltar de alegría y levanté las dos manos saludando al mejor piloto de la historia, y además, para mí era el modelo de caballero de todo alemán, como lo era yo, aunque solo por nacimiento, ya que a los seis meses de ver el mundo nos trasladamos a Francia. Al pasar justo por encima de

nosotros, vi que sacaba su brazo derecho y nos saludaba, y claro, yo empecé a gritar de felicidad...El focker triplano giró de nuevo y remontó el vuelo poniendo rumbo a su escuadrón que ya estaba colocado en formación, y que esperaba ansioso recuperar a su líder.

Esa noche, en cuanto mi padre regresó a casa le salté encima y empecé a contar lo que nos había pasado, sin especificar donde lo habíamos visto, no quería que me castigara. Me escuchó sorprendido sin decir una sola palabra, pero su cara tornó de la alegría a la preocupación. Me dijo una frase que marcó esos días de mi juventud: "Nuestra patria está en guerra, y en toda guerra nadie gana. Hoy has visto morir a unos pilotos que defendían a su patria, y hoy también debes saber que esas familias han perdido a su padre o hermano como nosotros perdimos a mamá. Piensa como se deben sentir ahora".

CAPÍTULO 4: Un Viaje En Ferry

Alguien llamó con un simple toque de nudillos a la puerta de la habitación mientras dormía y abrí los ojos de forma súbita incorporándome al mismo tiempo bastante agitado. Vi que habían metido un sobre amarillo por debajo de la puerta. Abrí la puerta con mucha cautela tirando fuertemente del pomo y asomándome al pasillo. No vi a nadie, ni siquiera el sonido de alguien bajando los escalones de madera que daban acceso a la planta inferior. Cerré la puerta algo más tranquilo y me senté en la vieja silla que notó enseguida mi peso, estaba claro que sabían trabajar. Sobre la mesa coloqué las palmas de las manos y entre ellas el sobre que no pesaría ni cien gramos, tampoco tenía nada escrito por ninguno de sus lados. Una cuestión me vino a la cabeza. ¿Contendrá las respuestas a las preguntas que llevo haciéndome todo el día sobre esos infalibles perseguidores?

Abrí el sobre, no sin cierto temor, imaginando el posible contenido que pudiese albergar en su interior. Lo vacié sobre la mesa y de su interior brotaron varias fotos, algunos documentos y una carta escrita a mano. Las fotos eran mías no había duda. Eran de mi pasaporte inglés, otra era del regimiento cuando nos entregaron... y la documentación del... ¿cómo era posible? estaba claro que no era tan perfecto como me creía, tenía frente a mis ojos una copia de...

Me centré en la carta. Estaba escrita a mano con un estilo elegante y a la vez firme y severo, posiblemente con una pluma de mala calidad por las manchas de tinta dejadas en cada trazado:

Saludos Mr. Winslet ¿o debería decir Sr. Von Munster?:

Han puesto un cuantioso precio a su cabeza desde que se ha conocido su existencia, da igual como la entreguemos, unida o separada del resto del cuerpo. Tiene veinticuatro horas para entregarse de forma voluntaria. Pasado ese tiempo entendemos que ha rechazado nuestra oferta. No nos gusta la muerte como a usted, pero hemos aprendido a convivir con ella gracias a gente de su calaña. La decisión de cómo será su muerte será nuestra si el plazo se cumple, el resultado nos es indiferente. Debe ser una persona importante para ellos. Si se entrega vivo todo será más fácil.

Cerré los ojos durante unos segundos, aún los tenía bastante irritados de conducir de noche y me picaban a rabiar, hacía mucho tiempo que no leía mi verdadero nombre escrito en un papel. Me frotaba al mismo tiempo la nariz con los dedos de mi mano derecha esperando que todo hubiera sido un sueño. Pero la carta, las fotos y el documento seguían en la mesa tal cual los había dejado y yo encerrado en esta ratonera en un pueblo perdido en medio de la nada, con mi cabeza en manos de un verdugo que se vendía por dinero ¿Cómo me había pasado esto a mí? Volví a examinar las fotos con más detenimiento. Sobre todo me paré en las de mi viejo regimiento. Los recordaba a la mayoría, por lo menos de vista. Casi todos estaban muertos, la mitad lo hizo en las gélidas calles de Stalingrado, y el resto murió poco a

poco, sobre todo en los últimos días de la guerra, durante la infructuosa defensa de un Berlín en ruinas.

Me quedé un rato observando la foto del carnet. ¡Que joven estaba! Y qué apuesto era, debo confesar que tuve muchas pretendientes y alguna que otra amante, todas de gran belleza pero nunca lograron llenar el vacío de mi corazón, solo cubrían las necesidades fisiológicas dejándolas al poco tiempo de conocerlas. Solo Sarah me hizo sentirme vivo y único. Este viejo corazón nunca se recuperó sin ella, fue la única y la última. Las cicatrices que me dejó su pérdida seguían sin sanar, se clavaron en lo más hondo de mi alma y allí siguen. Quedó el miembro más poderoso del cuerpo, aquel que late desde unas pocas semanas de su concepción (mucho antes de que los pulmones empiecen a atrapar el aire podrido que nos rodea), insensible al amor, a toda necesidad de cariño, por mi y por los demás. Desde entonces la soledad fue mi fiel compañera en la amargura, llenando ese lado de la cama que siempre estaba frío.

Me levanté, di varias vueltas paseando por la habitación, tenía un día para planear una fuga perfecta, silenciosa, sin dejar restos ni presentar fallos. Debía tratar este caso como uno de los miles que había estudiado en estos años, de forma objetiva, sin miedos ni temores. Esta amenaza era incoherente salvo que la recompensa por entregarme vivo fuera muy superior a muerto, también creían que no me perderían de vista, y por ahora, tenían razón. No se lo había puesto nada fácil y aquí estaban, en la sombra. Me volví a acostar cerca del

alba, noté que la espalda perdía tensión sobre el colchón y que los muelles que lo suspendían se destensaban, se unían en la relajación, y entonces, lentamente caí dormido.

1917

Dos semanas después de ver el primer combate aéreo, mi padre me llamó para conversar un rato conmigo. Nos sentamos en la vieja mesa del comedor, de unos dos metros de largo por uno de ancho, de madera barnizada en caoba que presentaba muchas imperfecciones y múltiples agujeros (algunos hechos por mi cuando me ponían una comida que no me gustaba, era mi entretenimiento). Él se sentó al otro lado de la mesa, frente a mí. Parecía serio. Llovía fuera no muy fuerte pero se dejaba sentir sobre el tejado, creo que se pasó todo el sábado así.

Lo que no se me olvidó fueron sus palabras, y la forma de hablar:

- Hijo mío- me dijo (ya el comienzo no me gustaba) como bien sabes nuestro país natal y Francia, están en guerra desde hace años ¿verdad?

- Claro papá, le contesté. Todos lo saben.

- Sé que te voy a pedir algo muy importante, pero necesito tu consentimiento, sobre todo ahora que mamá no está con nosotros.

Yo cambié el rostro y comencé a asustarme, algo malo pasaba. Le contesté que siempre lo tendría. Claro, qué otra cosa podía decir, era mi padre.

- Escucha primero lo que te quiero decir y mañana, cuando hayas reflexionado al respecto, volveremos a reunirnos y me comunicas tu decisión ¿Estamos de acuerdo?

- Sí- le respondí intuitivamente, sin reflexionar mi afirmación, pero temiendo que las siguientes palabras que brotaran de sus labios no fueran de mi agrado.

- Pues escúchame atentamente y no me interrumpas como haces siempre, que esto es muy importante. Como te estaba diciendo, nuestro país de nacimiento y el de adopción están enfrascados en esta absurda guerra y no sé, sinceramente, a que bando pertenezco. Me siento dividido entre los dos y creo, tras haber reflexionado en profundidad, haber encontrado una posible solución a ese dilema. Soy médico y juré salvaguardar la vida, sin importar su origen o condición. Creo que mi ayuda puede ser bien recibida en cualquiera de los dos lados, pero mi corazón me dice que debo ayudar al más débil, y a aquel que me ayudó cuando más necesitaba un sitio donde apartarme del pasado y poder criar a mi familia. Este pueblo donde vivimos lo hizo, me acogió sin condiciones, ayudándome en esos malos momentos cuando tu madre murió. Creo que les debo, por lo menos, lo poco que puedo darles, un médico para sus familiares que están sufriendo en el frente. Opino que es una decisión que debemos tomar los dos juntos. Yo ya he tomado la mía como te puedes imaginar y me gustaría oír la tuya mañana.

- Pero...- le empecé a contestar cuando él me paró con un gesto de su mano derecha, y un pequeño ladeo de su cabeza.

- Escucha, ya me queda poco que contarte. Quiero que sepas que te

quedarías solo una buena temporada, bueno, solo no, al cuidado de los padres de Pier. Ya he hablado con ellos, y están de acuerdo. Tendrás que obedecerlos como si fueran yo mismo. Tienes que tener presente que no sé cuando volveré. Te escribiré siempre que tenga ocasión. Pero, puede ocurrir, no te quiero mentir, que no vuelva, no lo descartes a la hora de tomar una decisión.

Me eché a llorar, pero mi padre me volvió a parar...aunque las lágrimas seguían cayendo, el llanto brotaba en mis ojos.

- Sé que ahora no me dejarías ir, lo sé, pero quiero que lo pienses esta tarde y esta noche. Piensa en todo lo que te he dicho. Y no seas egoísta, recuerda que mamá no lo consentiría. Reflexiona y mañana hablamos. Levanta esa cara y no llores, que no ha pasado nada.

Se levantó sin prisas, con la expresión seria que tenía desde la muerte de mamá y salió por la puerta de la casa, después de coger su sombrero de paja, su paraguas y su maltrecho abrigo.

En cuanto salió volví a llorar con más fuerza que antes. Lo hice como un recién nacido muerto de hambre, como si fuera la última vez que podía hacerlo, pero en silencio. No quería que me escuchara, hasta que no pude aguantar más los sollozos y me encerré en la habitación con la cabeza bajo la almohada. La silenciosa tarde fue larga y la noche eterna, sólo pensaba en mi padre, no quería perderle.

Al día siguiente mi padre me reunió de nuevo en el comedor. Nos sentamos en los mismos sitios que la jornada anterior. Me miró a los ojos y tras unos segundos. Le asentí con la cabeza. Me levanté y me

eché en sus brazos sin poder contener las pocas lágrimas que aún me quedaban. Noté que mi padre me correspondía el abrazo con un calor especial, sentido y cariñoso, y me susurró al oído, sin poder disimular su sonrisa:

- Mamá estaría muy orgullosa de ti ¿sabes? seguro que está sonriendo feliz desde el cielo. Sé que ella cuidará de mí en el frente y por supuesto de ti, aquí, en casa, en nuestro verdadero hogar. Pórtate bien o ella se enfadará, y ya sabes como se pone (me hizo soltar una ligera sonrisa). Obedece a los Defoix y estudia. Los ignorantes no tienen hueco en la historia. Te quiero, no lo olvides mi pequeño angelito ¿vale?

Una semana más tarde mi padre se fue, se unió a la Cruz Roja. Recibíamos cartas todas las semanas, podría decir que aprendí a leer gracias a ellas, hasta que un día dejaron de llegar.

CAPÍTULO 5: Recuerdos de la Infancia

Se acercaba la navidad en este tercer año de guerra, el frío reinaba por toda Francia llenando de escarcha los verdes prados, y la guerra parecía que no se iba a terminar, solo cuando se diera el improbable caso de que quedaran dos únicas personas en Europa, el Kaiser Guillermo II y Philippe Pétan, la guerra terminaría con la muerte de uno de ellos. Continuaban y aumentaban las restricciones de los alimentos en todas las poblaciones del país. Los Dufoix, Marie y Armand, los padres de Pier, llevaban toda la vida cuidando de nuestra finca, pertenecían a la tercera generación que comenzó su abuelo y que su hijo Pier continuaría, si dios lo permitía, formando la cuarta. Habían tenido la desgracia de perder a su primera hija de forma prematura y con Pier, Marie había perdido la posibilidad de tener más hijos después de un duro parto con unas hemorragias posteriores que casi le cuestan la vida. Cuidaba de su hijo casi de forma enfermiza y protectora.

Durante toda la primavera y el verano anterior, habíamos acumulado a escondidas alimentos para los siguientes doce meses, incluso más si se recurría al racionamiento, no sabíamos cuando podría durar esta confrontación. Por ello, siguiendo el consejo de mi padre, les había sugerido a ambos, a Marie y Armand, que trataran de dar una sensación de cierta hambruna fingida, que sus caras y rasgos no fueran los de personas bien alimentadas, y que los niños no cogieran mucho

peso. Se trataba de evitar captar la atención de aquellos que se encontraban en situación mucho peor, el hambre hacía del buen hombre un animal irracional dispuesto a todo por cuidar a su familia.

Las cartas que recibía regularmente de mi padre no profundizaban en los detalles escabrosos de la guerra, como era lógico, el receptor no era más que un niño. En ellas me explicaba donde estaba y como discurría la contienda, como las tropas defendían colinas, pueblos, puentes o trincheras, perdiéndolas en pocas horas y volviéndolas a recuperar a la semana siguiente, así una y otra vez. Aquí, en el pueblo solo nos llegaban rumores lejanos sobre batallas interminables, tanto en la tierra como en el aire. Lo único que sabíamos con seguridad eran los nombres de los fallecidos, aparecían en un listado a la puerta del ayuntamiento, donde los familiares se acercaban con el miedo en los ojos ante la posibilidad de ver a su hijo, hermano, sobrino o nieto en ella.

Las primeras cartas que nos llegaron de mi padre al poco de irse rebosaban de orgullo y felicidad por su parte. Se sentía útil y feliz, hacía todo lo posible por ayudar a todas las víctimas, no importaba el bando. Él era un caballero a la vieja usanza, se sentía como Perceval en su inquebrantable búsqueda del santo grial, dando su vida por el inocente si fuera necesario. Hubiera sido digno de estar en la mesa redonda junto al legendario rey Arturo.

Su primer destino fue la localidad de Arras, al norte, muy cerca de Bélgica, en medio del estratégico triángulo que forman París, Bruselas

y el puerto de Calé. Comentaba que habían recibido la orden de organizar y montar un hospital de campaña en las proximidades, se avecinaba una importante ofensiva y tenía que estar todo preparado, en breve empezarían a llegar los primeros heridos. Era un nuevo intento de romper las líneas alemanas, y con ello, dar un importante mazazo al Kaiser intentado que ese golpe de moral fuera lo suficiente fuerte para que empezara a inclinarse la guerra del lado francés. Nos comentaba como se construían las tiendas, donde dormían y trabajaban.

Una de esas cartas que guardé durante un largo periodo decía algo así:

Hola hijo mío, te echo mucho de menos, espero poder acercarme a casa próximamente, tengo tantas ganas de verte. Estamos cerca de Verdum, ha llovido mucho en estos días y nuestros pies se hunden en el barro, hace bastante frío pero el fuego de las hogueras nos ayuda. ¿Cómo va todo por allí? espero que te portes bien y sigas estudiando, no desesperes a tu profesor o te llevarás un cachete de los suyos. Por aquí vemos muchos aviones, incluso un día, visitamos un aeródromo, había varios pilotos enfermos por la tensión y el agotamiento físico ¿sabes una cosa? ¡me he montado en uno! Cómo me hubiera gustado estar contigo en ese momento, el piloto canadiense Roy Brown me ha dicho que en cuanto acabe la guerra te monta a ti también ¿no te parece genial? También he visto un camión de la cruz roja que pertenecía a un grupo de enfermeras, contenía una nueva tecnología, una máquina con la que se podían ver los huesos de la gente como si de una fotografía se tratase, ¿Te lo puedes creer, hijo? A principio fuimos incrédulos pero las imágenes hablaban por si mismas. He guardado

alguna, espero mandártela en alguna carta. Los médicos le llamaban, de forma cariñosa. La "petit curie", y era dirigido por Marie Curie, una mujer entrañable y famosa según dicen, a veces en los pocos descansos que tenemos hablo con ella, de cosas de la guerra y mayormente de nuestra familia. Le he contado lo bueno que eres, espero no haberle mentido, y ella me cuenta lo orgullosa que está de su hija Irène. Está estudiando física y química en la universidad de París, siguiendo sus pasos. Algún día te la presentaré, te encantará. Sé bueno, te quiero.

Maximilian Von Munster

Por desgracia, la perdí en alguno de mis viajes a Berlín, estaba tan manoseada y amarillenta que costaba incluso leerla. Algunas palabras eran un manchón de tinta, pero me ayudaba su lectura en gran medida a pasar un mal día de soledad, de esos que uno llora sin darse cuenta, sin saber porqué, pero que lo necesita.

El frío no fue tan acuciante a principios de febrero. Los sábados eran aquellos días en los cuales Pier y yo nos acercábamos al pueblo ya que no teníamos colegio, corríamos por las callejuelas en busca de algún vecino que nos diera algún dulce o algún trozo de queso de fabricación casera como hacíamos antes de la guerra, ahora era muy difícil conseguirlos. Al doblar la esquina de la iglesia nos encontramos con Armand Dufoix junto al padre Bernard sentados en uno de los dos bancos que había en su fachada. Era el cura del pueblo y desde diciembre del año pasado, el maestro del colegio. Había sustituido a

René Mureau que recientemente se había alistado y desde entonces, mi cabeza cimbreaba al verle porque me había cogido tal manía que no dejaba de propinarme collejas a cada instante. Se acercaba a los sesenta años pero sus brazos seguían con la firmeza de un joven veinteañero, fue atleta en su juventud antes de que le llegara la llamada de la Iglesia, el pelo totalmente gris con unas entradas muy pronunciadas, que solían ser fruto de mis burlas y causa de muchos castigos al salir de clase. Me salieron en esos meses una ampollas enormes de usar la tiza, escribiendo en la pizarra líneas y líneas con el texto: "*je dois respecter et vouloir à au mes plus grands comme même*"..."debo respetar y querer a mis mayores como a mi mismo".

Nos escondimos velozmente para que no nos vieran detrás de la valla que cercaba la iglesia. Gracias a uno de los múltiples ladrillos que faltaban en su pared, escuchábamos perfectamente la conversación que mantenían ambos sin ser vistos:

- Padre Bernard ¿es verdad lo que se escucha en el pueblo?- dijo el padre de Pier, con cierto miedo al sacerdote.

- Depende ¿qué has escuchado Armand?- contestó el padre Bernard, con esa tranquilidad que ponía el bello de punta.

- He escuchado que han bombardeado París- Pier y yo nos miramos, también nos había llegado el rumor, pero no le hicimos caso, nos parecía imposible, cotilleos de mujeres.

- Que ha sido una masacre, padre. Tengo unos primos allí y temo por ellos- terminó de comentar Armand con tristeza en sus palabras. El

cura bajó la mirada, cogió aire y se dispuso a dar un discurso, como lo hacía todos los domingos durante la celebración de la misa, pensé erróneamente que se avecinaba tormenta.

- Según me comentan en una carta del Arzobispado, el 31 de enero bombardearon los alemanes nuestra capital- Armand le interrumpió con un "no" agónico.

- No te preocupes en demasía por las habladurías de la gente puesto que las noticias que han llegado al pueblo, son exageradas e incompletas. Sé que han muerto más de cuarenta personas, y gracias a nuestro Todopoderoso, no han sido más. Él nos protege. Es verdad. Que las bombas han sido miles, pero con poca precisión y pésimo resultado, como desviadas por la mano de Dios. He rezado toda la semana dándole gracias por proteger a nuestro pueblo. Y este domingo elevaremos todos juntos una oración por nuestros hermanos que han muerto en el bombardeo y en el resto del país en estos días.

- Pero padre, es París...eso no puede ser bueno.

- No lo es, pero yo confío en Él y tú deberías hacer lo mismo. Con esa frase daba por terminado el tema, y con él no se podía discutir, siempre tenía la última palabra. Cuando el padre Bernard se disponía a regresar a su parroquia y nosotros a salir de nuestro escondrijo, Armand le habló en un tono más tranquilo y sigiloso, tanto que nos costaba mucho lograr escuchar todas las palabras de la conversación, y eso que estábamos a solo tres metros de ellos.

- Estoy preocupado por el chico- Dejé de respirar en ese momento.

El padre Bernard se dio la vuelta y le respondió:

- ¿y eso? ¿Le pasa algo?, preguntó con el ceño fruncido.

- Las cartas que recibe de su padre empiezan a ser más cortas, la escritura más débil y empiezan a llegar con menor frecuencia.

El padre Bernard le miró preocupado y contestó:

- No me lo esperaba tan pronto.

- Yo tampoco padre.

- Entonces ya somos dos los que estamos preocupados. Cuida de él y no le quites ojo, ese niño es una lagartija, rezaré por él, y esperemos ver al padre pronto en casa con su hijo. Gracias por decírmelo y mantenme informado. Buenos días.

-Adiós- le respondió él, cogiendo el camino de vuelta a casa, con la cabeza baja y mirando al suelo. Se le veía preocupado, pero en casa, ese día, lo disimuló a la perfección.

Me senté con la espalda apoyada en el muro, y eso que estaba fría como un témpano y húmeda del musgo que crecía por todas partes ¿Le habrá pasado algo a mi padre? Pier me preguntó si hablaban de él, y yo solo pude asentir con la cabeza. Qué pena que entonces no me diera cuenta de la situación. Era demasiado joven, aunque físicamente no lo parecía, pues ya le sacaba más de una cuarta de altura a Pier y a casi todos mis compañeros de la escuela. Me levanté y nos fuimos corriendo cuesta abajo buscando la vieja plaza.

Durante los meses siguientes, abril y mayo, continuó la llegada de más fallecidos y heridos al pueblo, procedían de diferentes localidades

pero solo del frente occidental. Los rusos acababan de firmar la paz con los germanos y éstos habían comenzaron a adentrarse en la frontera francesa con sus espaldas cubiertas con el Tratado. Aunque la ayuda americana se empezó a notar de forma inmediata cuando entró en la guerra un año antes, ésta parecía siempre insuficiente. Pero, indiscutiblemente, sin sus hombres y su armamento, ya no seríamos un país libre.

Pero como el correo de mi padre llegaba casi todas las semanas, la preocupación me duraba menos. Me contó en una de las narraciones que podía leer, que había podido ver a un viejo amigo mío. Era el barón rojo, estaba participando activamente en esa zona arrasando a todos los aviadores británicos, "caían a veces hasta cinco aviones al mismo tiempo". Todos comentaban en el frente, al verlos aparecer, que llegaba el << circo aéreo >>.

Unos de los días más tristes que recuerdo de la infancia fue el 22 de abril. Todo el pueblo rebosaba de alegría, mi héroe había sido derribado por un aviador canadiense, yo no me lo podía creer, ¿sería él? pensé recordando la carta de mi padre, eso era imposible. Pero cuando nos lo confirmó el mismo alcalde, mi incredulidad se volvió amargura. Me entraron ganas de gritar, pero me pude contener, desde entonces el avión que me hizo mi padre en honor al barón, me ha acompañado toda mi vida a todos los sitios que visité en señal de reconocimiento y admiración. Le grabé en la panza esa fecha, y esperando que cuando la muerte me alcanzara, alguien pusiera este

regalo sobre mi pecho, junto al corazón, y ambos pasáramos a mejor vida. Me sentiría como un faraón egipcio, enterrándose con toda su fortuna, esperando que llegaran juntos a la presencia de Osiris. Eran el tipo de cosas que se le ocurren a los niños, la imaginación cabalga libremente por sus mentes.

Pasados estos reducidos y escasos momentos de euforia, el pueblo volvía a su amargura diaria. Todos seguían muy preocupados por si los que llegaban transportados en los camiones del ejército pudieran ser alguno de sus familiares o amigos. Corrían detrás de ellos, medio llorando y gritando, sobre todo las madres que tenían hijos en el frente, preguntando a los heridos por sus hijos, por si los habían visto. Los alemanes habían comenzado otra nueva ofensiva que les llevaría a finales de junio a tan solo setenta kilómetros de París, a la que seguían bombardeando una y otra vez gracias a la mejora atmosférica de los últimos días de primavera.

Escuchaba con atención los diferentes corrillos que formaban los ancianos del pueblo intentando escuchar algo sobre mi padre, alguna pista, algo. Comentaban que habían muerto cerca de Arras más de 200.000 franceses, y entre los dos bandos casi un millón de personas. A mí, esa cantidad me parecía inmensa, ni siquiera pensaba que hubiera tanta gente en el mundo; aunque no sabía realmente qué era un millón, debía ser mucho sin duda. Por desgracia, esa cantidad se quedó corta en otros enfrentamientos que ocurrieron con posterioridad.

En otra carta posterior, mi padre nos contó que los alemanes estaban tremendamente desesperados, usaban todo tipo de armamento a su disposición intentando destruir las trincheras y abrir huecos en las líneas francesas. Les llegaban multitud de enfermos por los gases tóxicos que lanzaban, sobre todo cuando las mascarillas estaban rajadas por su baja calidad o les pillaban durmiendo, casi siempre profundamente, debido al enorme cansancio que les inundaba. Otros llegaban con quemaduras en brazos o piernas, los alemanes empezaron a emplear los temibles lanzallamas del infierno. Mi padre me lo comparaba con una enorme lengua de fuego que salía de los depósitos que llevaban los soldados a sus espaldas. Él no lo había visto con sus propios ojos, pero podía ver las consecuencias en las victimas y escuchaba las descripciones que los supervivientes daban. También empleaban obuses de calibres excepcionales, ametralladoras y los temibles tanques que habían hecho aparición meses atrás. Parecía el final del mundo y papá se encontraba en el ojo del huracán.

CAPÍTULO 6: El Final De La Guerra

Se acercaba el sofocante verano de la campiña francesa, la guerra transcurría por los mismos derroteros que en los meses anteriores. Los alemanes se encontraban en plena ofensiva dedicando todo su potencial militar y económico en alcanzar el corazón de su enemigo, su amada capital, sede de las monarquías absolutistas, y el lugar emblemático donde el pueblo se levantó contra el hambre, la opresión y el despilfarro que aplicaban las clases nobles sobre el resto de la burguesía. Si caía París caería Francia y todo hacía pensar que Alemania lo conseguiría. Sin embargo, la realidad resultó ser muy diferente, el esfuerzo que los alemanes habían hecho en las últimas fechas, había dejado extenuadas sus maltrechas fuerzas y diezmadas las arcas del estado. El propio Kaiser lo manifestó públicamente y a comienzos de septiembre, su ejército comenzó a retroceder para ya no volver a avanzar.

En estos meses notaba como dejaba atrás mi infancia y me adentraba en la curiosa pubertad, sentía que mi cuerpo y mente evolucionaban, lo intuía cuando estaba con Pier, con el mejor amigo que un niño podía tener. Era algo infantil, callado y fiel, como un buen escudero, aunque también muy delgado y débil, apenas presentaba algún tipo de musculatura a causa de una temprana enfermedad que tuvo en los primeros años de vida que le dejó esa merma y que por poco se lleva a su madre del susto. Además no se le daban bien los estudios, era el

peor de la clase, pero su bondad y corazón no tenían rival. Él seguía siendo un niño, pero a mi ya no me gustaba jugar como antes, las preocupaciones me rondaban incansablemente por la cabeza.

En la escuela no era un gran estudiante, lo confieso. Aprobaba raspado, no me divertía estudiar, sin embargo el físico me acompañaba, corriendo no me ganaba nadie, ni mayores ni menores que yo. Y cuando alguien se metía con Pier se las veía posteriormente conmigo. A la larga, después de recibir varios avisos por mi parte, dejaron a Pier en paz, y a mí con el dominio de la escuela.

La última carta de mi padre llegó en julio, y los temores llegaron a su cenit, las frecuentes visitas del padre Bernard a la finca solo hacían confirmar nuestras teorías sobre él. La conversación que habíamos escuchado meses atrás me había abierto los ojos haciéndome recapacitar sobre la situación en que se encontraba todo.

En esos primeros años de juventud (acababa de cumplir doce años), descubrí con agrado que se me daba bien los acertijos y las adivinanzas, llegar a conclusiones correctas partiendo de una reducida cantidad de datos. Esa sería una de las virtudes que me abrieron el camino para formar parte de los servicios de inteligencia civil y militar, sobretodo en la preparación de misiones. Lo que hacía era sencillo, por lo menos a mí me lo parecía. Anotaba toda la información disponible que llegaba a reunir en varias columnas de un papel. Luego al final de la hoja colocaba todas las posibles soluciones

que se me ocurrían en ese momento. Una vez escrito todos los datos que conocía, enlazaba las diferentes pistas entre sí mediante flechas, como dibujando un camino, hasta que la línea llegase a alguna de las respuestas que se encontraban en la parte inferior. La primera vez que empleé el método fue ese día, me salió de forma natural. Luego lo fui desarrollando hasta perfeccionarlo.

Comencé cogiendo un viejo papel de periódico, un lapicero y una goma del escritorio de mi padre y empecé a anotar todo lo que sabía. La primera nota era las sorpresivas ganas de ir a la guerra, los años anteriores no había mostrado ningún interés por ella y menos participar en algo que detestaba y que iba en contra de sus principios morales. Eligió ir por un país que no era el suyo, y a los lugares más peligrosos. Y claro, estaba yo, su hijo.

Otra de las anotaciones era la evolución de las cartas, esa reducción en la frecuencia, que había salido en aquella conversación. La escritura, las palabras, los sentimientos. Me vino a la mente la última vez que hablamos, en la que mencionaba varias veces a mi madre. Cuando me dijo que estaría orgullosa de mi, creo que hablaba más de él que de mí. Entonces no lo noté, o no me di cuenta.

Tenía la sensación de que no tenía miedo a morir. Y eso sólo era posible si la persona tenía algún problema psicológico, es decir, estaba loca, o que sabía que moriría pronto. No querría hacerlo sin sentir algo que le llenara su alma, que sus últimos días no cayeran en la

monotonía y dando pena a todos los que compartiesen con él esos días. Recordando la bondad de mi madre, y cómo ayudaba al prójimo, opté por la segunda opción. Mi padre querría guardar la memoria de mi madre dedicando sus últimos momentos de su vida intentando salvar vidas, como un vano intento de compensar lo que años atrás no había logrado...Salvar a mi madre.

Después de unos minutos dándole vueltas y dejando las marcas de mis dientes en el lápiz, todo me llevó a lo mismo. Llegué a la conclusión que a mi padre le pasaba algo, quizás algún tipo de enfermedad. Estaba claro que el padre Bernard estaba al tanto de todo. Era buen amigo suyo y su confesor, por lo tanto, sabría todo de su vida. Y sus últimas visitas confirmaban que tendría alguna razón. Estas sospechas me llevaban a pensar que si algo sucedía, él pasaría a la acción, mientras tanto se mantenía vigilante, como los buitres que vemos siempre cuando un animal yace muerto en el campo. Solo podía ser esa la razón !Mi padre se moría! con esa congoja trascurrieron las vacaciones de verano.

Por desgracia, el mes de noviembre nos trajo dos noticias, una buena y otra mala. Siempre vienen juntas, como el ying y el yang, es como el universo juega con el destino de las personas sin romper su armonía y equilibrio. La primera fue el esperado fin de la guerra, y la segunda, la muerte de mi padre por tuberculosis en un viejo convento de la Champagne, tras sufrir dos terribles meses de agonía en soledad. Aunque la noticia no me sorprendió el dolor fue intenso, el mundo se

derrumbaba a mis pies, mientras la gente rebosaba alegría en las calles, yo sufría un inmenso sentimiento de tristeza que las lágrimas no lograban remitir. Esa noche no dormí en casa, no podía con tantos recuerdos, así que comencé a caminar sin rumbo. Cada nuevo recuerdo traía más lágrimas. Me sentía abandonado, así que me fui con ella, al viejo cementerio del pueblo, sobre su pequeña losa de granito gris y el frío de la noche como único abrigo.

Presente

El frío me despertó. Quizás los recuerdos fueron demasiado reales y el viejo colchón se había convertido en granito durante esa noche, no lo sé. La habitación se encontraba a una temperatura ideal, incluso cálida. El sol se asomaba por la ventana con sus primeros tonos amarillos, y mi mente volvió a la cruda realidad...el ferry. Me parecía increíble con todo lo que me estaba pasando, que estuviera contento, pero así era. Creo que los sueños te ayudan a reflexionar, a ver o encontrar soluciones a tus problemas que durante el día no resuelves. Quizás al tener los sentidos en "stand-by", el cerebro tiene todas las neuronas concentradas en el dilema siendo el funcionamiento de la máquina perfecta, como el de esos ordenadores que están inventando, que ocupan grandes habitaciones y que nos ayudan a hacer cálculos matemáticos en pocas horas mientras a un simple humano le llevaría años resolver. Tenía la forma de salir de ésta, sabía cómo esquivar a mis perseguidores, solo faltaba una cosa: poner el plan en marcha y tener una pizca de suerte. Me levanté de un salto, la ropa ya la tenía

puesta al quedarme dormido con ella, me la estiré un poco para mitigar las arrugas, cogí el avión de madera y pensé: "Lo tengo padre, sé como salir de esta". Me puse la gabardina y salí.

Algo prioritario era el dinero. Para poder conseguir más solo disponía del coche como posible elemento de venta o trueque. Tras una ardua negociación con un hostelero, lo mal vendí por cuatrocientas libras, se aprovechó de mi urgencia, rozó el robo. Ya tenía el regalo que iba a hacer a su hijo por finalizar su carrera de periodismo en Londres, o quizás se lo vendería a otro incauto como yo ganándole una buena cantidad, qué importaba eso. Le deseé un buen día a regañadientes, y me dirigí al puerto dispuesto a tomar el primer barco.

Mientras andaba hacia las taquillas pensaba que les había resultado muy sencillo perseguirme desde Edimburgo. La decisión de vender el coche fue porque necesitaba el dinero, y más aún, porque tenía la sospecha que le habían puesto algún dispositivo electrónico de seguimiento. Ese sería el método que debieron emplear para poder mantenerse a cierta distancia fuera de mi vista, con seguridad y sin pérdida. Siempre estuve localizado. Esa idea me vino a la cabeza tras la conversación telefónica con el desconocido personaje del servicio secreto, pero al despertarme esta mañana me encajó.

Las colas comenzaban a crecer, el cierre del día anterior había duplicado los viajeros y el trabajo en las taquillas crecía por minutos. Aún disponía de 18 horas de tregua, las justas para llegar a mi

destino, por tanto, me relajé, compré el ticket hacia Larne, y subí a bordo, tardé muy poco al no llevar el coche, y también ahorré algo en el billete. Me dirigí a la popa dispuesto a ver toda la operación de embarque de los coches y personas. De una forma discreta pude ver a un par de hombres que debían ser mis perseguidores, y claro está, el mercedes negro. El círculo se cerraba y ahora yo era el vigilante y tenía el control, debía conseguir que hicieran lo que deseaba, quizás esa era la parte más complicada del plan, pero no imposible.

Cuando el desfile de viajeros terminó, cambié de posición dirigiéndome a la proa, con dos intenciones: primero, descansar en el mejor sitio posible; y segundo, buscar a una pareja de "hippies", probablemente austriacos por el acento, que habían entrado con su llamativa furgoneta verde. Debía entablar conversación con ellos e intentar convencerles para que me acercaran a Belfast, así me ahorraría el dinero y no estaría solo en el trayecto. En ese momento se escuchó el sonido estridente de las bocinas, el barco estaba zarpando.

La mar estaba tranquila, muy diferente a la del día anterior y se presumía una travesía muy relajada. Mis perseguidores estaban localizados. Uno se sentaba a pocos metros a mi derecha, otro a la izquierda, y un tercero, que debía ser el conductor del vehículo, estaba en la cubierta superior con una vista espléndida de mi cabeza. Pensé mostrarme algo nervioso, la tranquilidad en este caso podría resultar sospechosa.

La primera hora del viaje se me pasó en un suspiro, decidí dar un paseo para estirar las piernas y de paso hablar con mis futuros compañeros de viaje. No tardé en localizarlos en la cubierta inferior, eran inconfundibles. Bajé la escalera y tras andar la mitad de la distancia que me separaba de ellos, me paré de forma brusca a mirar la costa que dejábamos atrás y con el rabillo del ojo pude ver que solo me seguía uno, el más bajo de ellos, que se tuvo que parar de forma igualmente brusca ante mi parada, no sin causarme una ligera sonrisa, le había pillado, estaba claro que era el más novato de los tres. Continué hacia los austriacos. Cuando estuve a su lado comencé la "operación Ulises". Le puse ese nombre porque el griego luchó contra fuerzas superiores y llegó a cumplir el objetivo de llegar a su hogar y reunirse de nuevo con los suyos en la plácida Ítaca. Los demás, seguramente después de una noche vigilando mi habitación y las puertas de la posada, estarían descansando fuera de mi vista.

Me presenté como Eduard Ness, nacido en Salzburgo y que llevaba cinco años recorriendo el mundo haciendo autostop, durmiendo bajo el cobijo de las estrellas o de algún ciudadano que me albergaba en su casa y me regalaba la ropa que llevaba. El traje arrugado me ayudaba bastante. El anzuelo estaba echado. Tras mirarse entre ellos, me invitaron a sentarme y compartir un cigarrillo. Me mostraron su admiración por la vida que había elegido, era lo que deseaban hacer ellos, propagando su idea de amor y paz por todo el mundo. Habían picado, claro que no estaban en pleno juicio, sin duda el cigarrillo era algo más. Me imploraron que les contara mis viajes. Yo les

correspondí narrándoles historias, mitad verdad mitad mentira, mientras me invitaban a desayunar, por supuesto. Productos naturales, zumos y frutas.

Transcurridas tres horas de navegación los nuevos compañeros me pidieron ser partícipes de mi viaje, compartir sus experiencias con las mías. Se ofrecieron a llevarme a Belfast sin necesidad de pedírselo. Yo me negué al principio pero luego accedí. Había conseguido mi primer objetivo. Ahora despistar a mis seguidores. ¡Qué grande fuiste, Ulises!

CAPÍTULO 7: El Regreso A Casa

Los días posteriores a la triste noticia del fallecimiento de mi padre los tengo casi borrados de la memoria. Los recuerdos que me vienen a la mente son difusos y algo distantes, aunque sé con seguridad que me recogió del cementerio el matrimonio Defoix, y que una gran multitud de vecinos se congregó allí, quizás se habían formado varios grupos de búsqueda y al encontrarme, todos se reunieron junto a la iglesia o algo así, lo desconozco. Lo siguiente que logro recordar es que me pasé en cama unos días, fiebre, frío, calor, temblores, delirios y frecuentes visitas de amigos y vecinos, especialmente de Pier. La noticia había conmocionado y sobrecogido al pueblo. También recuerdo la voz del padre Bernard, cómo olvidarla. Ya no me molestaba su presencia, la verdad es que ya todo me daba igual.

A la semana de la noticia, justo después de pasarme la última noche soñando con mis padres, me desperté distinto, sin fiebre. Las fuerzas regresaban e incluso tenía una agradable sensación de hambre. Me levanté de la cama y me dirigí a la cocina buscando algo de comer. Al entrar vi a la señora Defoix preparándose una taza de Café de esos negros que tanto le gustaban. Le dí los buenos días y por poco le da un infarto del susto, se le calló la taza con todo su contenido en la encimera de piedra que estaba junto al fregadero, quedándose hecha añicos y el contenido derramándose hasta el suelo, pero reaccionó con alegría y rapidez corriendo hacia mí y olvidando el desastre que le

había causado en la cocina.

- Cuanto me alegro de verte en pie, hijo mío !Qué alegría!- dándome un abrazo que casi me ahoga entre sus voluminosos pechos.

- Tengo hambre- le respondí. Me salió como un susurro.

- Claro, claro, ¿quieres un vaso de leche, unas galletas, magdalenas?- Asentí en señal de conformidad. Y comenzó con premura a preparármelo, abriendo y cerrando cajones.

Me senté en la mesa, esa misma donde mi padre me preguntó si podía ir al frente. Que tonto fui al darle mi consentimiento. Pasé un dedo sobre su superficie, seguida de la mano y de repente me encontraba acariciándola sin darme cuenta.

- ! Armand, Armand!- gritó con todas sus fuerzas y a mi me hizo sobresaltarme del susto. Levanté la mano de la mesa, pensando que me llamaban la atención por hacerlo.

A los pocos instantes entró corriendo, algo sofocado y gritando:

- ¿Qué pasa? ¿Estás bien?- mirando la taza rota. -¿Ha ocurrido algo?- Pero ella sonriente le indicó con un gesto que mirara hacia la mesa donde yo me encontraba. Al verme le brilló una sonrisa en la cara y me dio un beso en la frente, con enormes muestras de felicidad en su rostro. Se puso en cuclillas colocando sus ojos a la misma altura de los míos y me preguntó en voz baja:

- ¿Cómo te encuentras? nos tenías muy preocupados a todos.

- Bien- le respondí, después de tragarme los restos de la galleta que estaba comiendo.

- Me alegro, te ha vuelto el color a la cara, eso es bueno- se levantó y le dijo a su mujer Marie.

- Debo darle la buena noticia al Padre Bernard, ahora vengo. Lávale y cámbialo para que pueda sentarse un ratito al sol y le mejore aún más el color de su cara. Hay mucho de que hablar y poco tiempo. Hasta luego.

Salió de la cocina de igual forma que entró. Yo seguía comiendo. Aunque tenía hambre, no podía comer rápido, parecía que al estómago le costaba aclimatarse después de tanto ayuno.

- Mientras terminas de desayunar voy a ventilar tu cuarto, la tristeza y la enfermedad deben salir de esta casa para que podamos seguir con nuestras vidas. ¿Quieres algo?- me preguntó en un tono dulce y cariñoso.

- No, gracias- y cuando ya se disponía a salir le pregunté por Pier.

- En el colegio, hoy es viernes.

Entonces he estado seis días en cama ¡cuánto tiempo! Y salió tan contenta que me pareció que estaba tarareando la Marsellesa. No me sorprendió en exceso, al fin y al cabo, la guerra había terminado y habían ganado, aunque fuera una triste y costosa victoria, en especial

para mí.

Lo siguiente que recuerdo es que era mediodía y estaba sentado en el porche con una rebeca puesta, y con un sol que acariciaba mi rostro lo suficiente para sentirme muy a gusto en su presencia. El cura llegó. No tenía ganas de hablar con nadie y menos con él, pero creo que mi opinión no iba a tenerse en cuenta esta vez ni en las futuras. Nada más llegar cogió una silla del salón, se quitó el sombrero y se sentó al lado. Creo que se percató de que no tenía ganas de conversar ya que ni le miré, así que empezó a hablar de temas triviales para romper el hielo.

- Qué agradable día ¿Sabes que ha estado lloviendo toda la semana? Eso ha hecho que los festejos se posterguen al fin de semana. Este domingo celebraremos, nunca mejor dicho, una misa para dar gracias a Dios por el fin de este desastre, la guerra se terminó dejando atrás al más temible de los cuatro jinetes del Apocalipsis, ¿hasta cuando? no lo sé, pero los hombres no aprendemos de nuestros errores- me miró y me preguntó cómo me encontraba:

- Mejor- le respondí secamente, casi sin quererlo.

- Armand, ¿podrías dejarnos solos un momento? me gustaría hablar a solas con el chico un rato.

- Claro, voy a decirle a Marie que hemos llegado.

Hasta que entró en la casa no continuó, y yo empezaba a encontrarme algo cansado, no me sentía a gusto en su presencia.

- Tu padre dejó esto para ti- me dijo mientras metía su mano derecha

dentro del bolsillo interior de la sotana y sacaba una carta.

Yo le miré sorprendido y al mismo tiempo no podía dejar de mirar el sobre. Con los nervios a flor de piel, cogí la carta de su mano. Se levantó y me dijo riéndose:

- Parece que he logrado captar tu atención, te dejo sólo para que la leas con toda tranquilidad. Voy a pedir a Armand un vasito de vino del bueno, de ese que esconde en la despensa. Cuando termines, si quieres, podemos hablar largo y tendido- me puso su mano en el hombro. Fue el único gesto de cariño que le había visto, pero mis pensamientos estaban con el contenido del sobre. Lo abrí y distinguí la letra al instante. Por la fecha estaba escrita el día que se fue. Levanté la vista para asegurarme que seguía solo y comencé la lectura.

Querido hijo:

Si estás leyendo esta carta espero que algún día me perdones. Me duele en lo más profundo de mi alma dejarte sólo en este peligroso mundo, hay cosas que tienen que pasar y son inevitables. Por desgracia, el mismo mal que sufrió tu madre también lo padezco yo. No quería contagiártelo y menos que me vieras en mis últimos días con una imagen distorsionada. Quiero que me recuerdes feliz, contento y en plena forma junto a mamá. Seguramente te estés preguntando, qué pasará ahora contigo. No te preocupes por el futuro, lo he dejado todo preparado para que no te falte de nada.

Nunca te he hablado de nuestra familia y ahora ha llegado el momento. Tengo un hermano, tu tío. Se llama Heinrich, es mayor que yo, pero solo un par de años. Desde que me casé con tu madre, nos fuimos distanciando hasta que un día nos dejamos de hablar y perdimos el contacto, por eso no le conoces ni te había hablado de él. Jamás aceptó que me casara con una mujer de una clase social inferior, como él decía. Salió a tu abuelo, una mentalidad retrógrada y racista, todo lo contrario que tu abuela, la persona más sensible del mundo. Nunca entendí que vio en mi estricto padre para casarse con él.

Le he pedido al padre Bernard que se pusiera en contacto con él si me pasaba algo. Debes tener mucho cuidado y te diré porqué. No está casado ni tiene hijos, por tanto no sabe tratar a un menor, incluso te diría que a nadie. Tienes que ser comprensivo y paciente con él. En el fondo sé que es bueno, somos hermanos, lo sé, y es la única familia que te queda. Pero solo puedo darte un consejo. Siempre ten tus propias opiniones, no te dejes embaucar por Heinrich. Tenlo en cuenta y todo te irá bien.

He dejado por escrito unas instrucciones para la venta de la finca y la disposición de todo el dinero en diversas cuentas, las tienes también en este mismo sobre. He de decirte también que nuestra familia pertenece a una larga dinastía de grandes empresarios y cierta falsa nobleza comprada con dinero que heredas junto a una pequeña fortuna. Haz un buen uso de ella como siempre te hemos enseñado tu madre y yo. Si tienes alguna duda en este tema habla siempre con el padre Bernard, puedes confiar en él.

No sé que más escribirte para ayudarte a pasar este aciago momento, será breve pero muy duro. Yo lo pasé con tu madre y te comprendo, no me odies, confieso que no era la mejor forma de contártelo, pero tu vida era lo primero. Ten siempre en tu corazón todas las cosas que te hemos enseñado. No olvides que no tienes la culpa, estaba enfermo desde hace mucho tiempo, y por tanto, no lo pienses. Te estaremos cuidando desde el cielo, no te perderemos de vista ni un instante, así que conviértete en una persona de provecho y haz que nos sentamos muy orgullosos de ser tus padres.

Me despido de ti pidiéndote una última cosa. Sigue poniendo una vela el día del aniversario de la muerte de mamá, como lo hemos hecho estos años los dos, te prometo que ese día estaremos contigo los dos, no lo olvides.

Tu padre que te quiere, y siempre te querrá.

Maximilian Von Munster

La carta se impregnó con mis lágrimas, la doblé con extremo cuidado y la devolví a su sobre. Entré en la casa y busqué al padre Bernard en cuanto mis ojos se secaron. Estaba en la cocina, como me imaginaba. En cuanto me vio me preguntó:

- Veo que la has leído, ¿te apetece dar un paseo ahora?

- Sí- le contesté mirándole a los ojos.

- ¿No estás cansado? Acabas de salir de una fiebre muy alta- me comentó con dulzura Marie.

- Estoy bien, de verdad- me miró comprensiva y no insistió.

- Siempre me sorprenden las energías que albergan los jóvenes de hoy en día. Armand ¿te importa pasarte por el colegio? he dejado a René a cargo y ya, a esta hora, no me extrañaría que le tuvieran dominado los niños, es bueno, pero no sabe tratar con ellos.

- Claro, ahora mismo.

Salimos en dirección a los viñedos de la zona sur. Decidió dar un paseo por los senderos entrelazados que crean entre sí las vides, todas estaban cargadas con racimos de jugosas uvas que clamaban a gritos su vendimia. Andábamos en silencio, yo buscando las preguntas que hacerle y él dándome tiempo para recapacitar. La cuestión que me venía a la mente era el por qué lo había hecho, y así se lo hice saber.

- El por qué las personas hacen lo que hacen, no lo sé. Te puedo dar mi opinión si así lo deseas, pero no tengo que estar en posesión de la verdad ¿lo entiendes, no?- le asentí. Le notaba cambiado, se comportaba demasiado complaciente conmigo, resultaba muy extraño hablar de estas cosas con él.

- Creo que tu padre quería demostrarse algo a sí mismo, que podía ser útil. Creo que no quería ver pasar los días hasta que la muerte pasara por su puerta, deseaba que esas pocas semanas que le quedaban fueran dedicadas a los demás, que no fueran vacías, que quedase su recuerdo en el corazón de cualquiera al que pudiese ayudar. Pienso

que eso le hacía no pensar en su enfermedad y, sobre todo, le hacía feliz. ¿Quizá fue algo egoísta? Puede ser, pero no soy quién para juzgar eso. Creo que se culpaba de la muerte de tu madre, y nunca superó eso. Solo tú lograbas que la alegría llegara a su vida, y cuando vio una oportunidad de resarcirse, no la desperdició.

- ¿Qué va a ser de mí ahora?- me sentía abandonado, solo.

- He mandado un telegrama a tu tío. A Munich, llegará el domingo para el entierro. Es el único familiar que tienes y le corresponde a él tu cuidado. Creo que no se hablaba con tu padre, según me contó, pero la sangre es la sangre. Seguramente te llevará a Berlín o a Munich, donde trabaja ahora.

- El entierro, se me había olvidado- Le pregunté sobre el tema.

- Tu padre me dejó muy claro que quería que le enterraran aquí con su esposa, ya tenemos todo preparado tal como él lo había dispuesto. Estábamos esperando a que te recuperaras.

- Entonces ¿no volveré aquí?- me empezaba a doler el pecho.

- Eso no lo sé. Por una larga temporada lo dudo. No te preocupes por las tumbas de tus padres, cuidaré de ellos con la ayuda de Dios, claro.

- ¿Y con los Defoix? ¿Y con Pier?- le pregunté preocupado por ellos.

- Tu padre lo tenía todo pensado, era muy inteligente, echaré de menos nuestras conversaciones de política. Le ha cedido un tercio de la finca, ya no tienen que depender de otros, serán propietarios, y ha puesto a la venta los otros dos tercios. Se tardarán en vender, la guerra ha dejado muy tocado todos los bolsillos. Por tanto no te

preocupes por ellos, están avergonzados por el regalo recibido, no se lo esperaban. En su honor a la nueva finca le pondrán el nombre de tu madre ¿Qué te parece?

Continuamos el resto del camino en silencio, cada uno en sus pensamientos. Andábamos con parsimonia, las fuerzas me empezaban a fallar. Se acercaba la hora del almuerzo. Mis tripas se quejaron en voz alta con tal estruendo que el padre Bernard comenzó a reírse, y cuando lo miré, volvió a sonar aún con más fuerza y entonces fui yo el que empezó a reír sin poder parar.

CAPÍTULO 8: Un Triste Adiós

Al fin el domingo había llegado. Me levanté tarde y algo cansado, no pude conciliar el sueño hasta bien entrada la noche. Sólo con el alboroto que formaba un grupo numeroso de gorriones, que habían empezado a pelearse por algún alimento frente a la ventana, logré abrir los ojos y ser consciente de la hora que era. Había sido la última noche en esta casa, era mi hogar, el único que había conocido y no me quería ir, cada esquina me recordaba algún suceso del pasado, alguna sonrisa, algún llanto, y cómo no, también alguna que otra bronca, no había sido el hijo perfecto.

Hoy era el día en que iba a conocer a mi tío, un ogro, por lo que pude atisbar de las palabras de mi padre. Tras desayunar cogí una maleta del armario y comencé a llenarla con todas mis pertenencias y recuerdos. Armand me comentó que con un bulto que llevase sería suficiente, así que tenía que elegir. Empecé por las prendas de vestir, las doblé y guardé con sumo cuidado. De la estantería del despacho de mi padre cogí el último libro que estaba leyendo antes de irse, era la Odisea de Homero, yo lo terminaría por él. Una bolsita de canicas y el avión de madera, me quedé un rato traspuesto mirándolo antes de guardarlo, y una foto enmarcada que nos hicimos los tres un año antes de la muerte de mi madre. Ya tenía la maleta terminada, la levanté como pude, necesité de las dos manos para conseguir arrastrarla hasta la entrada, y dejé atrás el resto.

Me sobraba algo de tiempo y decidí dar un último paseo por los alrededores. Necesitaba memorizar cada rincón de terreno, cada soplo de aire, cada árbol, riachuelo o sendero de "Le Chateau Vert", no quería olvidarme de nada. En mi camino me encontré con Pier, que se unió a la caminata. Pensaba que estarían todos en misa celebrando el final de la guerra, pero estaba equivocado. Me comentó que el padre Bernard les había solicitado que se quedaran esa mañana conmigo por si necesitaba algo. Fuimos a la loma para poder despedirme de ella y volví a mirar con nostalgia a la lejanía, a toda la comarca y de reojo al cielo, esperando inútilmente una señal.

Comimos pronto y tras lavarme en el pilón, me puse mis mejores galas y nos montamos todos en el carro. Era el medio de transporte que usaba el doctor para sus visitas y traslados a los pueblos adyacentes, tenía dos hileras de asientos y podía cargar a un paciente cómodamente tumbado en la parte trasera. Del carro tiraba Horsy, su caballo, negro como el carbón y el más veterano de los alrededores. Mientras dejábamos atrás la finca, no pude dejar de mirarla, cómo se hacían cada vez más y más pequeña la casa, las ventanas y finalmente el tejado. Era un precioso día de noviembre, la noche se acercaba y nos quedaba un largo trayecto hasta mi nuevo hogar. Me sonaba extraño. La guerra aunque conclusa, seguía estando fresca en la mente y en los corazones de los ciudadanos de ambos bandos. Las fronteras estaban repletas de soldados, dejar pasar a un alemán a zona francesa era casi imposible, pero me imagino que el dinero lo puede todo. Me

preocupaba como iban a recibir a mi tío los vecinos del pueblo, esas madres sin sus hijos, y sobre todo, cómo me tratarían a mí en esa inmensa ciudad derrotada y con ansias de venganza. Los alemanes tenían fama de orgullosos y prepotentes.

Ya teníamos a la vista la iglesia, antigua, posiblemente del siglo XVIII, construida íntegramente de bloques enteros de piedra. Presentaba un aspecto deplorable en su fachada y laterales. Su abandono durante los años de guerra le había dado la puntilla a los daños causados con el paso de los años. Tenía un muro hecho de adobe y piedras de forma desigual que discurría por un lateral hasta cubrir la parte trasera, no muy alto y envolvía un pequeño cementerio por el otro extremo. Ya estaba el camposanto casi completo por culpa del conflicto, mi padre ocupaba uno de los pocos huecos que aún quedaba libre, seguramente lo había reservado al mismo tiempo que enterró a mi madre pensando estar juntos en un futuro.

También pude divisar en la distancia dos grupos de personas, unas en torno a la iglesia y otras que parecían rodear algo en medio de la plaza, no pude ver qué hasta que nos bajamos y pude acercarme. ¡Se trataba de un automóvil! Nunca había visto uno, sólo habíamos oído de su existencia. Era de un blanco marfil precioso, y tenía sentada delante a una persona con gorra que no dejaba de mirar a todos lados, preocupado por la integridad del vehículo. Le tiré de la chaqueta a Armand, se agachó y le pregunté ¿Es mi tío? Sonrió. Me contestó con una sonrisa que era el chofer, un empleado de los ricos, lleva al señor

de la casa donde él dispone. Nos dimos media vuelta y fuimos hacia el cementerio.

No distinguía a nadie que pudiera ser él, miraba a todos lados, pero había tanta gente que podía quedar oculto entre ellas sin ningún problema. Me quedé con Marie y Pier mientras Armand entraba en la iglesia en busca del sacerdote. Cogí la mano de Marie y comencé a andar hacia la futura tumba de mi padre. Estaba abierta, había un ataúd adornado con muchas flores. Cuando me acerqué me dio un calambre que recorrió todo mi cuerpo, de los pies a la cabeza. En ese instante empezaron a sonar las campanas de la iglesia y todos los vecinos se congregaron en los alrededores del ataúd, el funeral propiamente dicho estaba a punto de comenzar.

El padre Bernard salió de la iglesia con un monaguillo, Alain, primo de Pier, llevaba su mejor sotana con una bufanda morada en su cuello y detrás de él apareció un hombre con un gran sombrero de copa, esbelto, me recordaba a mi padre en su forma de andar, y debía medir de altura más o menos la misma. No había dudas, ese hombre era mi tío. Durante un breve instante, nuestras miradas se cruzaron. Tenía el rostro serio, incluso parecía afectado, pero al verme camufló todos sus sentimientos y me miró con curiosidad. Yo tuve que retirar la mirada, no podía aguantar sus ojos, parecía que me desnudaban. Marie se dio cuenta y me apretó con fuerza la mano.

La ceremonia estaba transcurriendo con normalidad, los asistentes

formaron un círculo entorno al nicho, algunos miraban con malos gestos al señorito alemán, pero el sacerdote los paraba con una de sus miradas que te dejaban sin respiración. Las lágrimas brotaron con avidez y discurrían con ligereza por mis rosadas mejillas. Mi tío permanecía inmutable. Antes de bajar el ataúd mi tío hizo un pequeño gesto con la mano y el hombre del gorro salió del coche llevando algo con mucho mimo en la mano, le quitó la funda que lo protegía y se la dio. Era una orquídea amarilla que colocó con dulzura sobre el féretro. Más tarde el conductor me dijo que era el emblema de la familia y una vieja costumbre que se remontaba varios siglos atrás. La losa se cerró a los pocos segundos y todo terminó. Fue breve, quizás demasiado. Con ese gesto se ponía fin a la historia de Maximilian Von Munster, mi amigo, mi padre.

Los congregados se fueron marchando con parsimonia, primero en silencio y luego las voces se empezaban a escuchar en la distancia, no todas amables con el forastero. Unos de vuelta a sus respectivas casas y otros buscando la taberna para brindar por el doctor, le habían cogido mucho cariño. Mi tío se dirigió al coche, sin ni siquiera mirarme. Yo comencé a despedirme primero de los vecinos, dándoles las gracias por su asistencia, y luego de Los Defoix. Primero de Armand. Me dio la mano y cuando le di la mía me abrazó con mucho cariño, deseándome mucha, mucha suerte. Se quitó su bufanda y me la anudó al cuello. Esto es para ti, en Alemania hace mucho frío, te vendrá bien y te recordará al pueblo siempre que te la pongas. Luego Marie. Con lágrimas en los ojos me dio un abrazo, de esos que daba

ella que te impedían respirar.

En ese momento apareció el chofer, rompiendo el encanto del momento. Se quitó la gorra y se dirigió a mí en un francés deplorable:

- Perdone que le interrumpa, pero su tío le está esperando ¿Me acompaña, por favor?

- Un momento- le respondí. Me faltaba Pier.

Armand vino en mi ayuda y le dijo al conductor, cogiéndole del hombro:

- Los chiquillos se tienen que despedir, acompáñeme y recojamos su maleta, la tiene en el carro ¿Me sigue?

- Pier, te echaré mucho de menos. Por favor, cuando corras por la loma acuérdate de mí. Yo te escribiré todas las semanas.

- Seguro que te olvidarás de nosotros- me contestó algo enfadado y llorando.

- Eso nunca, te lo prometo- y nos dimos un abrazo intenso y lleno de emoción.

En ese momento, llegó el padre Bernard. Se había cambiado, volvía a tener la sotana de siempre. Se le distinguía por un agujero junto al pie izquierdo, causado por una fogata que apagó con esa pierna. Un pequeño incendio que, por supuesto, había provocado yo, con el objetivo de ver como se quemaba en la hoguera una pequeña rana, al estilo Juana de Arco. Tan solo era un experimento científico le

aseguré, pero no lo entendió.

- Buena suerte, espero una carta tuya en cuanto llegues. Necesito saber dónde estás por si me necesitas, y estar seguro de que todo va bien.

Armand me cogió de la mano y tiró suavemente de ella separándome de Pier porque notaba que no quería irme. Cuando llegamos al coche le pregunté a Marco, que así se llamaba el chofer, ¿cuanto tiempo tardaremos en llegar a nuestro destino?

- Dos días, señorito. El Señor necesita hacer varias paradas por motivos de negocios.

- Entonces, si no te importa, me gustaría coger un libro para el viaje.

Abrió la maleta y me lo dio. Tras cerrarla abrió la puerta y pude ver la figura de mi tío sentada mirando por la otra ventanilla. Giró la cabeza y me miro de arriba abajo. Subí y me senté junto a él. Marco cerró la puerta. Arrancó el motor y nos comenzamos a mover. Estaba viendo por última vez Bage-la-Ville, desde un coche. Todos los vecinos se paraban y me despedían con la mano. En ese momento comprendí porque mi padre había elegido esta localidad como su residencia.

Miré un instante a mi tío. Estaba rígido, parecía muy serio, pero le vi una gota de sudor caer por su frente, y una sonrisa brotó de mi cara. Me puse recto, mirando al frente imitando su postura. Estaba contento, mi tío estaba así porque no sabía como estar conmigo, estaba muy nervioso. Creo que se percató y soltó un grito:

- ¡Vamos Marco! Vamos con mucho retraso por culpa de estos

asquerosos pueblerinos. A partir de ahora, solo hablaremos en alemán ¿está claro? Mirándome a la cara -El francés queda prohibido. Espero que tu padre te enseñara nuestra lengua.

- La hablo perfectamente desde que nací.

- Mejor así, menos mal que mi hermano hizo algo bien en su vida.

Lo miré sorprendido dispuesto a recriminarle sus palabras pero algo me paró, o alguien que me susurraba a la mente: Tranquilo, tienes mucho tiempo para responderle, tanto como una vida. Cogí el libro, lo abrí y comencé su lectura, ignorando sus palabras.

"Musa, cuéntanos sobre el hábil varón que en su largo extravío, después de haber arrasado el alcázar sagrado de Troya, conoció muchas ciudades y personas. Sufrió muchos males en los mares luchando por sí mismo, su vida y la vuelta al hogar de sus hombres"

Había ganado mi primera pequeña batalla, pero estaba claro que no la guerra.

CAPÍTULO 9: Mi Nuevo Hogar

Ya habíamos dejado atrás Bage-la-Ville y el paisaje había cambiado con los kilómetros. Las montañas acechaban a ambos lados de la carretera y los árboles se hacían cada vez más frecuentes, siendo el silencio del entorno interrumpido por el ruido del motor, nuestro fiel compañero durante toda la travesía. Recuerdo, ahora con encanto, que mientras leía lentamente las primeras líneas del libro me sentía extraño e incómodo, mi cuerpo parecía que me avisaba pero, para mi desgracia, no le hice caso (otra vez más) y a los quince minutos de mi partida inundé el suelo enmoquetado del vehículo con los restos de la comida. La vena que recorría verticalmente la frente de mi tío estaba a punto de explotar. Mandó parar en la cuneta y salió velozmente, huyendo del olor que inundaba todo el habitáculo, abanicándose con el sombrero y dedicándome toda clase de improperios que prefiero no repetir. Al mismo tiempo yo salí corriendo por la otra puerta y terminé de evacuar todo el desayuno y parte de la cena del día anterior, y si hubiera seguido la comida de toda la semana, eso seguro.

El resto del trayecto hasta Zurich no lo recuerdo, me quedé dormido agotado. Sé que me desperté siendo ya de noche y al incorporarme con la ayuda de los brazos, sentí un dolor agudo en el estómago y en la espalda. Vi que estábamos parados en la puerta de un hotel, mi tío no estaba. Decidí permanecer sentado en el coche, al igual que lo hacía Marco.

- ¿Cómo está señorito? - me preguntó con amabilidad.

- Regular, me sigue doliendo el estómago.

- En cuanto salga del coche y le de la brisa de la noche se recuperará.

- Creo que mi tío se ha enfadado conmigo, pero fue sin querer, no pude evitarlo, lo intenté.

- Por eso… no se preocupe, su estado de ánimo suele ser siempre así, a mi no para de gritarme. Menos mal que se suele dormir en los viajes y me deja conducir a gusto. Descanse un rato hasta que venga el señor y baje la ventanilla, el frescor de la noche le animará - giré la manivela como me había indicado con el dedo y el cristal empezó a bajar chirriando, pensé que se rompería.

Lo hice y la brisa que entró enseguida me animó, así que respiré profundamente varias veces y me sentí mucho mejor.

- ¿A que le ha sentado bien?- me sonrió.

- Sí, gracias ¿Marco?

- Si.

- ¿Puedo hacerte una pregunta?

- Claro, las que quiera.

- ¿Tu crees que mi tío me odia?

Una carcajada inundó todo el coche, yo me quedé desconcertado mirándole.

- Qué cosas tiene, pues claro que no. Simplemente tiene un carácter, como lo diría yo, ummm... difícil y huraño. ¿Pero tú crees que si te odiara hubiera hecho este viaje para recogerte?

La pregunta me desconcertó porque no sabía la respuesta, estaba desconcertado, así que dejé de hablar con Marco y decidí no pensar por un tiempo en ello.

Estaba tardando mucho en volver y empecé a observar todos los alrededores del hotel para pasar el tiempo. Se llamaba Baur au Lac, y era un edificio de cuatro plantas haciendo esquina. Estaba situado junto a la ribera de un río. A lo lejos podía atisbar que desembocaba en un precioso lago, me hubiera encantado salir corriendo para verlo, nunca había estado en uno, igual que nunca había tenido la oportunidad de divisar el mar. Mi mente infantil se perdió en un mundo imaginario y comencé a viajar en un barco de vela con dos mástiles dando la vuelta al mundo buscando nuevas aventuras y tesoros que encontrar, hasta que unos golpecitos en el cristal de mi ventanilla me hicieron atracar a puerto.

Se trataba de un señor uniformado de unos cuarenta años que me abrió la puerta y me pidió, con amabilidad, que me reuniera con mi tío en el interior del hotel. Al mismo tiempo Marco se bajó y empezó a sacar las maletas.

- Sígame por favor, su tío le espera en el bar.

Empezó a caminar hacia el interior y le seguí mirando todo lo que nos rodeaba, a izquierda y a derecha, una ciudad enorme con edificios gigantescos y esbeltos. La recepción era también proporcional al conjunto que la albergaba !Era más grande que la casa de Pier! Había

muchas personas fumando puros, sentadas en enormes sofás manteniendo alegres conversaciones que no lograba escuchar. Hablaban muy bajito, como si de un secreto se tratara. El suelo estaba cubierto de alfombras de diversos dibujos y colores. La que más captó la atención representaba la caza en elefante de un tigre bengalí con rayas negras y amarillas, daba pena pisar sobre ella, el zapato era amortiguado y parecía que andaba sobre una nube. Se podía respirar el humo de los cigarros, al principio era extraño, en casa nadie fumaba y no estaba habituado al olor, al instante tosí un poco pero pronto me acostumbré.

Al entrar por un largo pasillo a la izquierda, llegamos al bar y pude ver a mi tío conversando con dos caballeros de edad pareja. Parecía una reunión de negocios a punto de concluir y se estaban dando la mano con una sonrisa de todos los presentes, daba sensación de que habían cerrado un trato. Al acercarme mi tío se despidió definitivamente de sus "socios".

- ¿Tienes hambre? Tendrías que quedarte sin comer después del lamentable espectáculo que has dado hoy en el coche. Pero me has pillado de buen humor, este viaje ha merecido la pena. Por fin he logrado cerrar un contrato muy importante y beneficioso- se terminó su copa hasta apurarla y me invitó a sentarme en una mesa. Se despidió y se fue sin decir nada más. Encima de la mesa había dejado una llave con un número de habitación 323.

Yo le había asentido a todo lo que había dicho, la verdad es que estaba muy avergonzado, había dado señales claras de debilidad, debía mantenerme fuerte pero no pude. Permanecí sentado en la mesa mientras le veía hablar con un camarero. Éste apareció un instante después y me preguntó en un perfecto francés qué deseaba cenar. Al oír ese idioma las energías acudieron a mí y sonriendo le pedí un bocadillo y una limonada. No tardó en regresar con todo lo que le había pedido y algo más. Traía varios cubiertos y el bocadillo estaba troceado en varias partes, lo habían destrozado.

El camarero se percató, por la cara que le puse de que algo no estaba bien.

- ¿Hay algún problema, señor?

- No, no, no... Todo está bien- aunque pensaba lo contrario, ¡que pena de bocadillo!

- Si necesita algo no dude en llamarme, que disfrute de la cena señor- se dio media vuelta y volvió a sus labores detrás de la barra.

En quince minutos había cenado y me encontraba durmiendo en la habitación.

El sol asomaba tímidamente por los Alpes cuando ya estábamos de nuevo en camino. Me caía de sueño, no había pegado ojo soñando con mi padre, se me aparecía constantemente. A veces me daba ánimos y otras corría detrás de él intentando coger su mano sin lograrlo, momento en que me despertaba súbitamente empapado en sudor. El

ruido del motor no ayudaba, y cuando mis párpados se habían cerrado totalmente dejándome llevar por el ronroneo del coche, mi tío me sobresaltó otra vez:

- Marco...he cambiado de opinión, vamos a Hochwald.

- ¿Hochwald?- era la primera vez que escuchaba ese nombre - ¿No vamos a Berlín?- salté como un muelle.

- ¡No! y quizás por un largo tiempo. Se avecinan malos tiempos para nuestra patria. Me comunicaron anoche que van a comenzar manifestaciones y disturbios por toda la ciudad. Hemos perdido la guerra. Son todos unos alborotadores, si hubieran luchado más por su país, ahora estaría haciendo negocios en un café de París con la torre Eiffel de fondo y con decenas de parisinas a mis pies. Guillermo ha sido un inútil, siempre lo había sido, mira que lo avisé, nos equivocamos en apoyarle, menos mal que tiene sus días contados. Así que mejor alejarnos de los problemas por un tiempo. Además, tenemos que cambiar esos modales pueblerinos que tienes y que resultan muy desagradables.

Al hablar lo hacía con rabia, arrogancia, y con el puño de la mano derecha bien cerrado. Por un lado me alegré de no ir a Berlín, pero por otro lado quería conocer la casa donde había nacido mi padre. Saqué fuerzas para volver a preguntar, pero una pregunta comenzaba a recorrer mi mente, ¿A qué se dedicaba mi tío?

- ¿Hochwald está cerca de Berlín?- me atreví a preguntar con algo de miedo.

Me miró a la cara, me daba la sensación que despreciaba mi

ignorancia. Aspiró con fuerza y respondió.

- Nos vamos a Baviera, a la residencia de campo de nuestra familia. Espero que ese cura tuyo te haya enseñado algo de geografía, pero no me extrañaría que ni él supiera donde está.

Volví a contenerme, no quise responderle. Ese desprecio empezaba a crisparme los nervios. Ahora era yo quien tenía el puño cerrado, pero decidí que el silencio era la mejor respuesta, por ahora. Cómo iba a decirle que sí, si desconocía donde estaba Baviera.

Las montañas estaban más y más cerca, por el sol sabía que nos dirigíamos al sureste, seguramente cerca de Austria. Veía la nieve lejana en algunas cumbres, seguramente las más alta, las praderas verdes por doquier nos rodeaban, y el frescor entraba por las ventanillas eliminando cualquier resto del desagradable hedor que dejé la mañana anterior, claro que Marco había hecho el trabajo sucio. Con el sol en su cenit llegamos. Una enorme puerta metálica con el nombre de "Hochwald" nos mostraba la entrada, y el camino de arena y grava que comenzaba allí terminaba en una enorme mansión de estilo casi colonial, rara en esa zona, con una fuente frente a su entrada que estaba seca. Marco anunció nuestra presencia tocando el claxon en repetidas ocasiones al pasar la puerta. Esos trescientos metros que nos separaban del edificio los hicimos despacio. Pude ver a dos personas saliendo con premura del edificio, una señora mayor entrada en carnes con los mofletes colorados, vestida de blanco y negro; y a un hombre alto y delgado que se ponía una chaqueta negra

en ese mismo momento.

El hombre abrió la puerta del coche en cuanto se paró.

- Bienvenido señor, no le esperábamos hasta dentro de dos semanas, todo está preparado a su gusto. ¿Desea que le ensillen su caballo?

- Hoy no, gracias Albert. Estaré en mi despacho todo lo que queda del día, instalad a mi sobrino donde las visitas incómodas ¿Tiene todo preparado?

- Por supuesto, todo como nos indicó ¿Quiere tomar algo antes de almorzar?

- No, comeremos en una hora, que me preparen lo de siempre.

- Claro señor ¿Y para el joven?- lo dijo mientras me miraba a los ojos.

- Lo mismo, tiene que ir aprendiendo a comer como un hombre.

Fue derecho a la puerta mientras la señora le hacía una reverencia a su paso. Al cruzar el umbral ella salió corriendo para entrar por una puerta lateral. Albert me abrió la puerta mientras Marco sacaba el equipaje.

- Bienvenido señor, es un placer conocerle, su padre nos era muy querido por todos nosotros, ha sido una pérdida muy dolorosa, lo sentimos mucho.

- Gracias- no sabía que responder, me había recordado su muerte y el dolor interior había vuelto.

- Es usted muy alto, igual que su padre. La primera vez que le vi tendría más o menos su edad, se parecen mucho en la barbilla y en la boca. Pero tiene los preciosos ojos de su madre, tenía una de esas

miradas que uno no olvida, si me permite decírselo, señor. Si me sigue le llevaré a su habitación.

Se acercó a Marco y le dijo algo al oído intentando que no le pudiera escuchar:

-Sube primero las maletas del señor, parece que viene de buen humor y no debemos sacarle de ese estado por nuestro bien.

Mientras entrábamos, pasamos entre las dos columnas enormes que flanqueaban la puerta, no dejaba de mirarlas hasta que el interior me llamó aún más la atención. Presentaba una enorme escalera de madera que se dividía en dos para dar acceso a cada ala de la casa. A mi izquierda pude divisar una especie de biblioteca, y a la derecha un salón enorme con una mesa larga cubierta de candelabros. Mientras subíamos, la madera crujía bajo los pies. Albert giro a la derecha y caminó por el pasillo que teníamos enfrente, tenía cinco puertas a cada lado. Cuando pasamos por la cuarta puerta de la derecha, Albert se paró y me comentó que era la habitación de mi padre, y la de enfrente de mi tío. La mano salió disparada hacia su pomo pero al intentar girarlo no pude. Estaba cerrada.

- Me temo señor que la habitación lleva cerrada mucho tiempo, desde que su padre nos dejó. Su tío guarda la única llave. Si desea verla tendrá que solicitársela ¿Seguimos?

Mi habitación era la siguiente, justo al lado de la suya. Sonreí, estaba junto a la suya. Estaba ilusionado, podría ver sus cosas y conocerle mejor, ¿qué tendría? En cuanto viera a mi tío le pediría la llave y haría el mayor descubrimiento de mi vida, me sentía como un pirata al capturar su mayor botín. Sin embargo, mi habitación era tan sencilla y triste, igual que lo era la del hotel de la noche anterior. Pero presentaba un gran ventanal con unas vistas envidiables de los Alpes y de las copas de los árboles de toda la comarca.

- Si necesita algo el señor no dude en llamarme. Soy Albert, y comeremos dentro de una hora. Le recomiendo que no llegue tarde, al señor no le gusta la impuntualidad.

Salió por la puerta y la cerró. Otra vez solo.

CAPÍTULO 10: La Institutriz

No había transcurrido ni siquiera una hora, cuando ya me encontraba sentado en la mesa del comedor. Era consciente de la situación y que no debía tentar a la suerte. El silencio reinaba por toda la sala, los sonidos del exterior no conseguían o no querían colarse por los resquicios de las ventanas, todos los cuadros de la estancia me transmitían tristeza y resultaban muy lúgubres, estaban muy ennegrecidos por el paso del tiempo, sucios por la escasa limpieza, los marcos apenas dejaban atisbar el dorado original, en realidad, toda la mansión me causaba tristeza y frialdad, muy diferente a la alegre "Le Château Vert" donde brotaba hermosura, vida y felicidad. Suspiré. Junto a la puerta del comedor estaba Albert, firme como una estatua, esperando al dueño y señor de la casa. No se movía ni un milímetro.

A los pocos instantes entró tranquilo, con aire frío y distante y se sentó con la ayuda de Albert, que le deslizó la silla con mucho cuidado para facilitarle su asiento. Tras el consentimiento de mi tío salió rápido y veloz rumbo a la cocina para comenzar la procesión de platos. En ese instante nos miramos los dos a los ojos, parecía que nos escrutábamos al detalle. Fueron unos pocos segundos, pero me parecieron minutos. Se notaba que era un hombre curtido en mil batallas y yo solo un crío de un pueblo perdido. No pude aguantar, bajé la cabeza y miré al plato vacío, a los cubiertos de plata y al mantel de un blanco impecable con estampados floridos en sus laterales.

Mi tío comenzó la conversación:

- Aquí era donde tu padre y yo pasábamos los veranos ¿Sabías? Mientras tu abuelo mantenía los negocios de la familia trabajando veinticuatro horas al día- Hizo una parada mientras recorría con la mirada, de derecha a izquierda, toda la estancia, recordando hechos que habían acontecido en cada uno de sus rincones. Luego continuó con el tono serio y aburrido que había mostrado en todo momento- Las cosas han cambiado poco desde entonces, solo las cuadras, pero el resto lo ves como nosotros lo veíamos entonces.

Continuó después de desaparecer lo que me pareció que era una pequeña sonrisa fugaz de su rostro:

- Quiero que sepas que podrás pasear o correr, o las cosas que hagan los niños de tu edad, por todo nuestros dominios. Pero deberás, a cambio, cumplir con las normas de conducta que han regido en esta casa desde hace ya muchos años, y sobre todo las órdenes que te dé. Soy tu tutor hasta que seas mayor de edad, deberás obedecerme como si fuera tu padre. Además, soy muy estricto con los horarios, llegarás a comer puntualmente, sin retrasos, o te quedaras sin almorzar como castigo. Mi despacho estará cerrado para ti, no quiero que entres nunca. Cuando tenga alguna visita sólo hablarás cuando se dirijan a ti, y nos dejarás solos para poder hablar de nuestros asuntos sin ser molestados. Vestirás correctamente, limpio y aseado, no como un mendigo como hacías antes. Todos los domingos iremos los dos a misa, debemos estar en paz y armonía con Dios nuestro señor ¿Te han quedado claras las normas de esta casa?

- Sí, muy claras, pero... ¿Qué ocurre con la habitación de mi padre?- me atreví a preguntar, era lo único que me rondaba la cabeza, y me salió a trompicones. Me asustaba su reacción, pero necesitaba verla, tocarla y respirar el mismo aire que él. Me preguntaba que habría dentro, quizás sus juguetes preferidos, me hacía ilusión tocarlos.

- ¿Qué le pasa? ¿Quién te ha hablado de ella? Veo que la discreción brilla por su ausencia de esta casa, ya hablaré con él más tarde.

- ¿Puedo verla por favor?- pregunté con toda la amabilidad que pude concentrar en solo cuatro palabras.

- Por supuesto que no. Esa habitación está clausurada ahora y para siempre. Olvídate de ella ¿Está claro? ¿Has entendido?

Asentí sin mucha pasión, estaba decepcionado y enfadado. Él no era nadie para impedírmelo, era mi padre. Tarde o temprano lo conseguiría, estaba seguro, nadie podría arrebatarme eso ¿Quién se creía que era? En ese momento la comida llegó e interrumpió estos pensamientos enrabietados. Era un cochinillo sonrosado entero, con cabeza incluida, con una manzana verde en la boca, y los ojos medio fuera. Al verlo me entraron unos retortijones que me revolvieron el estómago. Me brotaron unas tremendas ganas de vomitar que no pude remediar, me levanté corriendo haciendo que la silla cayera tras de mí con un tremendo estruendo, miré por todos lados buscando un lavabo con las manos tapando la boca, pero no había o no lo veía, así que salí del comedor buscando la salida de la casa, pero no llegué a tiempo.

Albert me ayudó a incorporarme y a subir a mi habitación, me temblaban las piernas, las escaleras se me hicieron eternas, más cuando escuchaba las carcajadas que procedían del comedor. Al llegar me tumbé en la cama, mirando al techo, parecía que se movía en círculos, pero la sensación iba desapareciendo poco a poco. Me encontraba algo mejor. Empecé a golpear el colchón con mi puño loco de ira hasta que me cansé y, al darme cuenta de que no servía de nada, empecé a llorar.

Bien pasada la tarde, me levanté y me asomé a la ventana, podía ver a lo lejos las cumbres nevadas de los Alpes y cómo la luz creaba unos tonos violetas sobre sus cumbres, un mar verde de árboles rodeaba toda la finca solo dejando ver algunos pocos edificios que se elevaban levemente sobre ellos, supuse que serían otras mansiones o palacios de los vecinos. A la izquierda veía, en la lejanía, una cruz que sería de una iglesia, ese debía ser el pueblo más cercano, seguramente sería allí será donde iríamos a misa los domingos. A mi derecha lograba ver algo diferente, no estaba muy lejos, parecía un castillo, ¡debía de ser enorme! (hablé en voz alta sin darme cuenta), de esos que aparecían en los cuentos que me leía mi madre antes de dormir, pero necesitaba abrir la ventana para verlo mejor.

Me costó abrirla, seguramente no se había abierto recientemente y la madera estaba hinchada y deformada de las lluvias de la pasada primavera. Cuando logré sacar la cabeza lo vi con más claridad, era un

castillo precioso, con tres torres almenadas que acariciaban el cielo. Una, la más baja, parecía una torre de vigilancia o algo así ¿alguien me estaría viendo? sonreí. Se encontraba junto a la entrada, custodiándola, y las otras dos más altas, podrían ser barracones para la tropa. Todas las torres terminaban en forma cónica, como un intento de llegar más alto aún y pinchar las nubes.

El edificio en sí era grandioso, tenía más de cinco plantas, la mansión familiar era ridícula frente a este castillo. No podía dejar de mirarlo. Quizás esperaba ver alguna princesa asomándose por alguna de sus múltiples ventanas. Ya tenía un objetivo para explorar, que pena que esta vez iría solo, sin Pier no sería lo mismo. La entrada era igual de espectacular, presentaba una fachada rojiza de tres plantas escoltadas por dos torres blancas que parecían figuras de ajedrez. Mas tarde Alfred me contó que era el Castillo de Neuschwanstein, pertenecía a los monarcas de Baviera, lo hizo el rey, uno loco que perdió la cabeza o eso se rumoreaba.

Un viento frío comenzó a soplar dejándome helado, mis ojos empezaron a empañarse y decidí cerrar la ventana pero cuando estaba anclando la primera hoja me percaté de una cosa mirando hacia abajo. Había una cornisa en su exterior que recorría toda la fachada, y por tanto, ¡llegaba a la ventana de su habitación! Lo confirmé volviéndome a asomar, pero en ese instante vi a mi tío doblando la esquina a caballo, cerré tan rápido como pude, no debía de descubrirme. Pude verlo alejarse al galope por la puerta metálica que

daba entrada a los terrenos familiares. Todo estaba bien, no me había visto. Suspiré y sonreí.

Los siguientes días transcurrieron sin sorpresas, me encontraba solo casi todo el día, mi tío trabajaba de sol a sol, salía con Marco muy temprano y solo coincidíamos a la hora de cenar. Sin duda, el peor momento del día. ¿A dónde iba? Lo desconocía. Empecé a explorar cada terreno, cada esquina, cada árbol, cada montículo de tierra que rodeaba la mansión Hochwald, aún no me atrevía a salir, quería aprenderme todo poco a poco. Uno de los lugares que solía visitar todos los días era el cementerio familiar donde estaban todos mis ancestros, cuatro generaciones se encontraban allí. De vez en cuanto le ponía flores que recogía con cuidado a mi abuela en honor a mi padre, siempre decía que era la única que lo entendía. Le ponía margaritas amarillas combinadas con unas flores lilas de las que desconocía su nombre, pero que estaban cerca de un arroyo que encontré al sur, su olor me recordaba la campiña francesa y esos días que compartí en familia.

Pasada una semana de adaptación comenzaron las clases de equitación, mi tío no quería que me pasara todo el día haciendo el vago, y me buscó actividades diversas que me abrieran el camino para ser un caballero alemán. Albert me levantó antes para ir a los establos, al llegar no encontré a nadie, le llamé a gritos pero nada. Varios caballos estaban en sus cuadras comiendo los restos de alfalfa del día anterior. Olía a estiércol, algo común al pequeño establo de "Le

Château Vert" donde vivía Horsy.

Entré y uno de los caballos me llamó la atención, era de un hermoso pelo blanco. En cuanto lo vi, sabía que sería para mí porque al verme entrar giró su cabeza para otear al intruso que se acercaba. Levantó las orejas sorprendido, me miró y relinchó. Me acerqué a su cuadra marcada con el número cuatro con cautela y él se quedó parado, vigilante, sus enormes ojos negros me miraban, seguí acercándome muy, muy despacio. El frío que descendía por las mañanas desde los Alpes hacía que al respirar todos expulsáramos un vaho cuantioso, el suyo parecía muy agitado. Cuando nuestros alientos se cruzaron me paré. Levanté mi mano derecha para acariciarle pero volvió a relinchar, me paré un instante por precaución y algo temeroso, pero finalmente mi mano alcanzó su objetivo y me dejó acariciar sus crines blancas, cuando un sonido desde el fondo rompió ese momento especial haciendo que el caballo comenzara a agitarse dando una vuelta sobre sí mismo. Me asustó y di un paso hacia atrás que me hizo trastabillarme, poniendo mis posaderas en el suelo. Me giré indignado para ver quien era el que estaba aplaudiendo. Se acercaba sin dejar de reírse y de aplaudir.

Entonces mi cerebro se paralizó, no podía creerse lo que le transmitían los ojos. Era la chica más guapa que había visto en toda mi corta vida, el corazón latía con fuerza, ¿Por qué? Me costaba respirar, pero era una sensación a la vez angustiosa y agradable. El momento de enfado se había esfumado. Sus ojos azules no dejaban de posarse en los míos,

me paralizaban. Se retiró la capucha y pude ver sus hermosos cabellos castaños que le llegaban por debajo de los hombros, noté como algo se despertaba por debajo de la cintura. Me puse en un momento colorado y bajé la cabeza, como un caballero medieval frente a su reina. Con cada paso que recorría ella me ponía más y más nervioso, las manos me comenzaron a sudar.

- ¡Bravo! ¡Bravo! ha sido espectacular, creo que tienes un nuevo amigo "Huracán", le sonrió al caballo. Es viejo pero tu tío no quiere deshacerse de él, le costó una fortuna traerlo de Arabia. Yo le tengo un especial cariño porque aún conservaba ese porte esbelto y un trote elegante, que da la experiencia de los años.

Estiró su mano hacia mí, entonces me percaté de mi precaria situación, sentado en el suelo del establo después del tropezón, había quedado como un tonto ¿Qué impresión se habría llevado de mí? Dí un brinco y me incorporé de inmediato. Ella retiró su mano y se volvió a reír.

- Ya veo que eres igual de orgulloso que tu tío. Su risa parecía inundar todas las esquinas dándole luz en donde antes solo había oscuridad - perdona por asustarte. Me llamo Antje, seré tu profesora de equitación, y mientras te encontramos una escuela digna de ti, también seré tu nueva institutriz. Te ayudaré a ponerte al día y al mismo nivel que tienen los chicos de tu edad aquí, en Alemania. Siento de todo corazón tu pérdida, no conocí a tu padre

personalmente, pero por lo que he escuchado era un hombre extraordinario.

- Gracias.

- Por las mañanas cabalgaremos por los alrededores ¿No te parece que Baviera es precioso? Cuando el sol se refleja en las cumbres nevadas me parece el paraíso- no paraba de hablar, enlazaba frase con frase y yo no podía dejar de mirarla.

- Comenzaremos el próximo lunes, si estás de acuerdo, cuando te hayas aclimatado a todo esto, incluso a tu tío (volvió a sonreír), lo primero que haremos antes del desayuno será equitación, eso ayudará a abrir el apetito. Tras éste, daremos clases de alemán, intentaremos quitarte esa rara entonación con un claro estilo francés que podría causarte futuros problemas en el colegio. Seguiremos con las ciencias y la historia. ¿Te parece bien?

- ¿Entonces nos veremos todos los días?- Solo podía pensar en verla.

- De lunes a viernes, por las mañanas. Tendrás todas las tardes libres, y podrás librarte de mí. No me digas que te he caído mal, es una pena, a mi me pareces un encanto.

- No, no. No he querido decir eso...eh...era para saber si tendría más profesores, solo eso- conseguí salir airoso de la pregunta por poco, ya que volvió a sonreír.

- Me temo que no, tendrás que aguantarme a mi solita, a finales de septiembre te librarás de mí.

- Yo no tengo inconveniente en que seas mi única profesora.

- Ves, como te decía, un encanto. Entonces nos vemos el lunes. Adiós- dio media vuelta dejando un olor a flores tras de sí.

La seguí con la mirada todo el tiempo hasta que desapareció al doblar la esquina del establo. ¡Que extraña sensación! Antje, que precioso nombre, como ella. Ya deseaba que fuera lunes. Me volví y me dirigí al caballo:

- Hola Huracán- él respondió con las orejas tiesas. Se acercó a mi y me dio un ligero empujón cariñoso, momento que aproveché para acariciarlo de nuevo unos instantes, ya tenía un amigo en este desdichado lugar. Acerqué mis labios a su oreja y le susurré:

-¿No te parece un ángel? creo que estoy enamorado- relinchó con fuerza - Ya veo que tú también.

CAPÍTULO 11: Sonidos En La Noche

Parecía que el lunes no quería asomarse por el horizonte del ventanal, se me hacían eternas aquellas horas en esa gigantesca y horripilante casa, contaba los minutos que me separaban de volver a verla. Menos mal que al menos no llovía, en esos días plomizos me quedaba todo el día encerrado entre esas cuatro paredes leyendo el libro de mi padre al que solo le restaban unas pocas hojas. Para su lectura prefería sentarme en la biblioteca, junto al fuego. Aunque era verano, allí el frío se conservaba como ahora lo hace una nevera, esos muros tan gruesos aislaban a la perfección. Otras veces escogía mi habitación, sobre todo a última hora del día y el resto de las ocasiones entre la frondosa vegetación que nos rodeaba, bajo la sombra de los abetos rojos que colonizaban la región. Eran esos momentos, debo confesar, en que alguna lágrima caía sobre mis mejillas, al recordar a mi padre. Era sábado, eso lo recuerdo bien, porque ese día fue un tanto especial y extraño al mismo tiempo, abriendo unas nuevas expectativas a mi vida presente y futura. Me ayudó a ser consciente de donde estaba y quien era mi tío.

La cena concluyó como siempre, con un mínimo de palabras entre nosotros y sin cruces de miradas, sólo el sonido de los cubiertos rozando los platos rompía el glacial silencio que nos imbuía. Me encontraba en mi habitación jugando con un viejo tablero de ajedrez que había encontrado en el fondo del armario junto a unas piezas de

madera desgastadas por el tiempo y su uso. Apenas sabía jugar, conocía sus reglas pero ninguna jugada o estrategia, era sólo una ayuda para conciliar el sueño. Tras perder conmigo mismo un par de veces, me dispuse a acostarme, notaba entumecidas las rodillas y el calor de las mantas me lo remediaba. Cogí el pijama de debajo del almohadón de la cama y me lo puse. Era nuevo, recién comprado, estaba algo tieso y picaba, pero al rato ya no lo notaba. Me deslicé en ella y me tapé con la manta de terciopelo gris, suficiente para vencer el frío reinante. Cuando empezaba a coger el sueño algo me desveló volviendo al mundo real. Era el sonido de varios automóviles entrando en la casa, ¿Qué pasaría? Era muy tarde para recibir visitas.

Me levanté descalzo y me asomé a la ventana tras descorrer las tupidas cortinas marrones, algo descosidas por sus bajos, que colgaban de unos tubos metálicos que daban la impresión de que se podían caer en cualquier momento sobre mí. Contaba siete coches y dos carruajes negros tirados por cuatro corceles de idéntico color. Los visitantes se habían congregado en torno al primero, mientras el segundo se quedaba algo rezagado, a unos pocos metros del primero. Mi tío salió y se unió al grupo. Como estaba cansado apoyé mi hombro izquierdo sobre el lateral de la ventana, buscando soporte y liberando algo el peso del cuerpo, y uno de los pies en la rodilla del otro para que se calentara por lo menos uno, sentía el suelo bastante frío.

Estaba tranquilo observándolo todo porque no podían verme, de noche parecían espejos las ventanas de la mansión. Algo me llamó la

atención en la indumentaria de esos visitantes. Llevaban toda la ropa de color negro, qué extraño. En ese justo momento se abrió la puerta del carruaje, salió un hombre de porte esbelto, bajó y todos lo demás entraron tras él por parejas ¿dónde estaba mi tío?, lo había perdido de vista. Justo antes de entrar me pareció que era la sexta pareja, pero la verdad, no podría asegurarlo.

Cuando reinó el silencio de nuevo en el exterior, el segundo carruaje se acercó a la entrada con parsimonia. La puerta se abrió desde dentro, sacó la pequeña escalera plegable y bajaron dos personas igualmente vestidas de negro, junto a una tercera que parecía que llevara un saco en su cabeza que le impedía ver, de hecho, trastabilló un momento, pero no calló gracias a la ayuda de uno de sus "escoltas" que le agarró del brazo en el último instante.

Cuando estos entraron, me encaminé al pasillo para averiguar que estaba pasando. Al llegar a lo alto de la escalera todos estaban ya en el interior de la biblioteca. ¡La puerta estaba abierta! Me levanté con sigilo para acercarme un poco más, pero en ese momento unas sombras se acercaron a la puerta. Retrocedí a mi anterior punto de observación cuando la figura que emergió de la sala era la de mi tío junto a Albert. Éste último llevaba una bandeja vacía en su mano derecha, parecía que había dejado comida y bebidas dentro.

- Albert, no quiero que esta noche nos molesten, ¿Está claro?

- Sí señor. Estaré en la cocina si me necesita.

Y tras estas palabras cerró la puerta bruscamente. Albert al girarse me

vio de reojo. Se paró. Me miró a los ojos y negó con la cabeza. Me quedó claro y volví al dormitorio. ¿Qué estaba ocurriendo en esa habitación? ¿Quienes eran esas personas? Esta casa ocultaba muchos secretos y nadie parecía querer decir nada al respecto. Me sentía como un pájaro en su jaula, un simple adorno al que le dan de comer y le limpian su prisión cuando al dueño se le antojaba. Eso debía cambiar. Con esos pensamientos me acosté con los pies fríos. El sueño regresó cuando se volvieron a calentar.

No sé que hora sería cuando unos sonidos me volvieron a despertar en la madrugada ¿Era música? ¿Parecían unos cánticos? Me asomé al pasillo tras abrir la puerta con suma delicadeza tratando de no delatar mi presencia. No había nadie, ¡bien! Seguí de puntillas hacia al segundo objetivo, la escalera, desde ella se divisaba completamente la entrada de la biblioteca. Nadie. Albert cumplía las órdenes a la perfección, los cánticos se hacían más fuertes y claros, pero inteligibles para mí. Bajé los escalones hasta llegar a la puerta, me agaché y miré por el ojo de la cerradura.

¡Qué extraño! no había nadie, solo se veían las sombras que generaba sobre los objetos el fuego de la chimenea, puse mi mano en el tirador de la puerta, estaba frío, y lo giré. Nada, estaba bloqueado, cerrado. Me sentí frustrado y lleno de preguntas. Me volví a la habitación cabizbajo con una amarga inquietud. Con los pies nuevamente fríos por andar descalzo (la próxima vez no se me puede olvidar calzarme, me repetía a mi mismo), y un sueño que no regresó, me quedé horas

mirando al techo o eso me parecieron.

La mañana siguiente amaneció con una lluvia discreta, casi no se dejaba sentir, pero que avecinaba otra jornada aburrida. Tras ponerme la mejor ropa para la misa, bajé a desayunar. Al tío Heinrich le gustaba ir a Füssen, su iglesia guardaba toda la estética de la zona, sus paredes blancas y sus techos a dos aguas con las tejas rojas. Tenía un reloj mecánico en la torre que marcaba las horas con total exactitud, aunque en Baviera las cosas se tomaban con cierta tranquilidad, muy distintas a las prisas de los centros urbanos. En su interior presentaba las vidrieras en forma de medio punto, con los marcos en madera. Aunque no creo que la estética o la religión le importaran, lo que le gustaba era reunirse con la flor y nata de la región, se encontraba muy a gusto saludando a todos, e incluso feliz, si eso era posible, con su compañía. Justo cuando empezó la ceremonia un pensamiento cruzó mi mente ¿Estaría ella aquí?Sería lo más probable, ¿no?, y el corazón dio un vuelco que me invadió.

Miré a todos lo reunidos que estaban en los bancos que me precedían, a la izquierda nada, a la derecha, tampoco. Me giré para ver los bancos a mi espalda y nada. Mi gozo en un pozo, pero en ese momento se escuchó la puerta de entrada cerrándose con estruendo. La mitad de los feligreses nos giramos, y el corazón por poco me salió por la boca, ¡era ella! con un precioso vestido amarillo, con un cinturón de tela roja y un sobrero rojo de ala ancha. Miró a ambos lados buscando un sitio donde sentarse y en ese momento, nuestras

miradas se cruzaron, la saludé tímidamente con la mano, y ella me sonrió, pero ese instante se vino abajo con el coscorrón que recibí de mi tío, mostrando su enojo por mi comportamiento en este santo sitio. Parecía que mi sino me acompañaba, los recibí del maestro René, luego del padre Bernard y ahora de mi tío, que demonios les pasaba a los adultos, no sabían lo que dolía.

Tras la tediosa ceremonia, salí con la intención de verla pero se había esfumado, como lo hace el rocío de la mañana, pero noté algo que me tiraba de la ropa por la espalda, me giré y vi a una niña, de más o menos mi edad, con dos coletas a cada lado de su cara adornadas con unos lazos azules, mofletes rojos poblados de pecas y cara redondeada, un pequeño lunar le asomaba del cuello, era como una marca de nacimiento.

- Ha salido la primera- Me habló con voz de pito algo molesta.

- ¿Qué? ¿Cómo?- No entendía lo que me decía.

- Buscas a Antje, ¿no? vi como la saludabas cuando entró.

Me ruboricé de forma inmediata, tan claro se notaba, como que una desconocida había podido notarlo.

- No sé de que me hablas- le mentí.

- ¿No eres el sobrino de Heinrich Von Munster? Todos hablan de ti en el pueblo, podría decirse que has sido la comidilla de todos esta semana. Perdona, no quería incomodarte.

- No importa- volví a mentir.

- Me llamo Ula, soy la prima de Antje- me quedé perplejo, por eso me

conocía, ahora todo encajaba.

En ese momento mi tío se acercó con un caballero que me resultaba familiar, dónde le había visto, y un flash vino a mente. Era uno de los que acompañaba al hombre de la capucha la noche pasada, el que le ayudó a no caerse.

- Buenos días Ula. Veo que has conocido a mi sobrino.

- Buenos días Sr. Von Munster- y asintió con la cabeza.

- Estupendo, enséñale un poco el pueblo, necesito hablar con tu padre un rato, ¿te importa?- Qué raro, estaba siendo muy amable, esto no era normal.

- Claro señor, será un placer- hizo una pequeña reverencia, me cogió del brazo y me dijo:

- Vamos al lago, que el sol está a punto de abrirse camino entre las nubes, ¡vamos! es el lugar más bonito de todo Baviera.

- Cuida de él, Ula- dijo mi tío sonriendo.

No necesitaba que cuidasen de mí, y menos una chica. Ya empezaba a entender las sonrisas de mi cruel tío. La verdad es que al llegar al lago Alpensee, confirmé que era espectacular y enorme, mucho más bonito que el lago que vimos en Suiza. Me quedé embobado mirándolo. Tenía un pequeño muelle con algunas barcas, el tiempo mejoraba, y algunas parejas de enamorados aprovechaban para dar un paseo íntimo y romántico.

- Te lo dije, ¿a que es precioso? Solía venir con mi prima muy a

menudo, incluso nos bañábamos en verano, pero últimamente no nos vemos mucho. Desde que estudia en la universidad solo la veo en las vacaciones de verano y navidad, y ya no le apetece pasear conmigo. Creo que tiene otra amiga.

- Estará muy ocupada estudiando- le sugerí.

- No lo sé, ni siquiera ha sacado sus libros de la maleta ¡Mira el castillo! - me dijo señalándome con su dedo índice en dirección suroeste.

- Ese es el castillo que veo desde mi ventana.

- Es el castillo de Neuschwanstein, dicen que está embrujado que por las noches se escuchan voces. Se sospecha que son de Luis II, que murió en extrañas circunstancias. Mientras me quedaba mirando el castillo algo me asustó y pegué un respingo, al mismo tiempo que Ula se reía a carcajadas mientras salía corriendo. Había sido ella, era igual de risueña que su prima. Me había puesto un saltamontes en el pelo.

- Te vas a enterar- y salí tras ella corriendo, era pequeña pero parecía una liebre, corría igual que yo. ¿Quizás había conocido a mi primera amiga?

CAPÍTULO 12: El Futuro Jinete

¡Por fin era lunes! Los primeros rayos de sol se mostraban perezosos intentando rebasar los límites que marcaban las cortinas de la habitación pensando en el largo trabajo que les quedaba por delante en este día de finales de junio. Estaba tan nervioso que me levanté como un resorte y por primera vez desde mi llegada desayuné temprano junto a mi tío. Demostró su asombro elevando sus cejas al verme entrar. Tras un saludo frío, me dijo con una sonrisa irónica:

- Hoy es tu primer día de clase ¿verdad? Me complace que llegues a tu hora, la puntualidad es una cualidad necesaria en cualquier persona que quiere lograr algo en su vida. Y deberías acostumbrarte a madrugar, desperdicias mucho tiempo durmiendo.

- Tío ¿puedo hacerte una pregunta?- aproveché ya que parecía estar de buen humor.

- Por supuesto, aunque lo dijo con la boca chica y su frente empezó a mostrarme unas pequeñas grietas que dejaban entrever sus primeros síntomas de estar siendo molestado.

- ¿Cuáles son los negocios de nuestra familia?

Soltó la pequeña taza de café suavemente y apoyó su vieja espalda sobre el respaldo, parecía que se acomodaba.

- Buena pregunta, creo que ahora es tan buen momento como cualquier otro para hablar de este tema. Vamos a ver, tenemos varias fábricas que construyó tu bisabuelo que se dedican al tratamiento de

metales, desde simples sartenes hasta materiales para el ejército, como los casquillos de bala o de obús. También tenemos negocios en Suiza, aunque éstos son relativamente recientes y como averiguarás con el tiempo, también somos accionistas minoritarios de varios bancos suizos, de las cuales mi hermano te ha cedido parte de estos activos que podrán ser tuyos cuando seas mayor de edad, mientras tanto yo seguiré administrándolos, es la parte más rentable que tenemos – como no, pensé.

- Hemos obtenido magníficos resultados durante esta guerra pero ahora nuestras fábricas se encuentran en una situación precaria, el estado esta arruinado y es nuestro mejor cliente, los trabajadores están en huelga y esperamos grandes revueltas en varias ciudades, sobre todo en Munich, donde se encuentra nuestro principal centro de fabricación, que ahora se encuentra parado. Al perder la guerra vamos a entrar en un período de crisis del que tardaremos muchos años en recuperarnos. Seguro que nuestros adversarios nos sacarán las entrañas y nos dejarán con las manos bien atadas para que no podamos levantar cabeza y así asegurarse de no volverles a causar miedo. ¿Sabías que nos temen? Cuando estés preparado tendrás que ayudarme en varias empresas, pero mientras yo pueda estaré al frente, cosa que te aseguro, será durante mucho tiempo. A tu padre no le interesaba el dinero, pero estudió medicina porque lo teníamos. Gracias a mis esfuerzos por sacar las empresas familiares adelante, fue un desagradecido y para colmo se casó con ella. Lo hubiera tenido todo si me hubiera hecho caso, pero las faldas pudieron más que su sangre y ahora dónde está él y dónde estoy yo- Soltó una carcajada

que me heló la sangre, había rencor en sus palabras.

Volvió a coger la taza y retomó su café, la verdad era que los negocios me daban igual, sólo quería saber qué hacía durante todo el día. Aspiré profundamente y saqué fuerzas para hacer la siguiente pregunta que me venía rondando la cabeza desde el pasado sábado.

- ¿Qué ocurrió el sábado por la noche? ¿Quiénes eran todos esos caballeros que nos visitaron tan tarde?

Su rostro quedó congelado en el tiempo, la taza le tembló un instante en su mano antes de retornar nerviosa junto al plato. Se limpió la pequeña gota que se deslizaba por su barbilla después de dejarle un pequeño reguero marrón a su paso.

- El sábado no pasó nada ¿está claro? - parecía una amenaza - ¿está claro?- me repitió en un tono más alto y severo.

- Está muy claro le respondí tembloroso- momento en que se levantó furioso y se fue sin despedirse.

Terminé rápido el resto del desayuno y salí corriendo hacia las cuadras. Al llegar ya pude ver que habían ensillado a Huracán, me acerqué con mesura por si se había olvidado de mí, pero no, me saludó alegremente dándome un pequeño empujoncito con su cuello al acercarme a su lado, ¡me recordaba! Metí la mano derecha en el bolsillo y saqué un terroncito de azúcar que me había guardado del desayuno. Fue en un suspiro, en cuando lo vio se lanzó hacia él y con gran pericia lo cogió y lo engulló.

- Buenos días - pegué un respingo, otra vez, al escuchar las palabras que procedían de mi espalda. Otra vez me había sorprendido, empezaba a crisparme los nervios.

- Hola - le respondí, dándome la vuelta y fue entonces cuando la vi, tan radiante como el día anterior. Pero...no estaba sola, ¿qué hacía ella aquí?

- Perdona, creo que te hemos vuelto a asustar, tengo esa mala costumbre de entrar sin hacerme notar. Desde hoy Ula, creo que ya la conociste ayer, asistirá a las clases de equitación con nosotros, aunque debes saber que lleva un mes practicando y no lo hace nada mal, confío en que puedas alcanzarla rápidamente, me da en la nariz que serás un buen jinete, lo llevas en la sangre ¿Sabías que tu padre ganó premios cuando era joven?

Intenté no reflejar el enorme disgusto por tener a Ula, pero no podía hacer nada para remediarlo, la decisión estaba tomada y saber que estaba haciendo lo mismo que mi padre me ilusionó, no conocía su pasado, y poder parecerme a él. Me encantaba.

- En esta primera clase quiero que os conozcáis mejor, caballo y jinete deben trotar como uno solo, así que comencemos con esa idea, te ayudaré a subirte, y tu Ula, coge a "Manchas" -una vieja yegua gris con enormes manchas negras de tamaño pequeño, ideal para una niña.

Ula se subió sin ningún problema haciendo uso de una pequeña caja a modo de escalón, y yo no tenía ni idea de como hacerlo sin él, lo había visto en muchas ocasiones, pero del dicho al hecho. Se inclinó

un poco y entrelazó sus dedos de sus manos para darme un punto de apoyo que me ayudara a subirme. La miré asombrado, no aguantaría conmigo e incluso le podría hacer daño, no me lo perdonaría. Cuando se percató de mi expresión saltó veloz:

- ¡Venga pon tu pie, que soy más fuerte de lo que tú te crees!

Entonces puse mi pie izquierdo con delicadeza sobre sus manos enguantadas y en ese momento la fragancia de un perfume me envolvió de abajo a arriba, era de un fresco dulzor que me embriagó y descolocó al mismo tiempo. Ya estaba sobre el caballo cuando volví en sí, no recuerdo como llegué allí. Pasados unos segundos volví a ser yo mismo, empecé a darme cuenta de que la sensación de estar sobre el animal era muy extraña y agradable al mismo tiempo, podía sentirle.

Ella se sacudió los guantes mientras le decía a Ula que pasara primero y nosotros la seguiríamos. Cogió mis riendas y comenzó a guiar a Huracán sin necesidad de tener que decir ni una sola palabra. Yo mientras, comencé a pegar saltitos mientras me agarraba con fuerza al cuero de la silla para no salir disparado.

- Tranquilo, déjate llevar, relájate, siente como se mueve el caballo, únete a su movimiento no luches contra él - así permanecimos durante una hora y la verdad, no me costó nada adaptarme, el único inconveniente fueron los dolores que aparecieron en la entrepierna que me impedían andar con las piernas juntas sin notar un escozor que me hacía dormir toda la noche con un suave cojín entre las piernas.

Tras un receso me citó en la biblioteca, allí habían colocado una mesa con dos sillas. Sentí alivio porque eso significaba que Ula no estaría y podía estar solo con ella. En cuanto me senté caí en la cuenta de que no tenía ni libros ni cuadernos, serían clases sencillas, yo haría que escucho asintiendo de forma regular y que pasen las horas, con ella claro. ¡Qué inocente era!

- Ya estoy aquí espero no haber tardado mucho, tenía que llevar a Ula aquí al lado y tomar algo para desayunar, tengo un hambre atroz.

Al verla sufrí una sobredosis de realidad, venía cargada con un montón de libros, lápices, cuadernos y material diverso para aprender, incluso traía libros de poesía. Empezaba a lamentarme de estar solo y por supuesto, tener una profesora tan hermosa a la que no podía defraudar, no quería que pensara que era tonto o algo así. Eso me obligaba a estudiar, con lo poco que me gustaba, mierda. Todo apuntaba a clases intensas y lo peor, tareas que llenarían la tarde completa y parte del fin de semana.

- Vamos a comenzar con un repaso general para poder evaluar tu nivel y saber donde debemos insistir más o menos. ¿Te parece bien? Queremos que estés al mismo nivel que tus compañeros cuando comience el próximo curso escolar.

- Vale.

- Seguidamente continuaremos con cuatro asignaturas que considero fundamentales, las matemáticas y la física en la parte de ciencias y la literatura junto al arte, en las letras. Tu tío me ha insistido en que debes mejorar el alemán para que nadie tenga la menor sospecha de tus orígenes, no queremos que tengas problemas en el colegio. Y el

arte, que es una apuesta personal mía, espero que te abra la mente a otra forma de entender la vida.

A mi todo me sonaba aburrido pero no podía defraudarla y mi primer día empezó de la forma peor posible, con un examen. Debo sincerarme y decir que la mitad de las preguntas ni me sonaban y la otra mitad me costaban mucho encontrar las respuestas, concentrarme con ella a mi lado era muy difícil, sobre todo cuando bajaba la vista y podía aprovechar esos momentos para observarla. Le miraba sus manos, su cara, sus labios, sus ojos y se perdía mi vista sobre su blusa buscando su precioso escote, hasta que ella se movía y volvía a centrar la vista en las preguntas.

Cuando ya no supe qué más escribir empecé a otear la habitación para entretenerme, aquí era donde se reunieron el pasado sábado y ¿adónde fueron? Cuando miré por el ojo de la cerradura se habían esfumado y de la casa no habían salido porque los coches seguían fuera. Entonces debía haber gato encerrado, todo apuntaba a la presencia de otra habitación oculta a unos ojos que no sabían de su existencia. Quizás detrás de alguna librería, de la chimenea, algo en el suelo, cuando de repente un golpe en la mesa captó mi atención.

- Has terminado supongo - Me retiró el examen tras asentirle con la cabeza. Había pasado de ser un ángel a parecer un ogro de los bosques enfundado en traje de profesora, cosa que también me gustaba de ella, aunque daba grima.

- Hoy te dejaré la tarde libre de deberes, pero dependiendo de esta

prueba así serán mañana. Aprovecha por tanto esta tarde, que me da la impresión que será de las pocas libres que tengas en estas semanas. Hasta mañana.

Salí enfadado por sus últimas palabras, no me lo podía creer, esto cada vez se ponía peor pero de mi boca comenzaba a brotar una sonrisa pícara, que se precipitaba poco a poco hacia la felicidad, ¡estaba enamorado!

CAPÍTULO 13: Los Secretos, Secretos Son

El mes de junio terminó como temía, pasándome las tardes encerrado en la casa realizando multitud de deberes sobre la mesa del dormitorio y leyendo libros terribles que me costaban un enorme esfuerzo, sobre todos los de poesía, tenía la firme convicción de que no servirían para nada. Desde que comenzaron las clases, coincidía con mi tío a la hora de desayunar, no era lo ideal, pero por lo menos no estaba solo del todo, aunque el silencio parecía ser un tercer comensal. El domingo era el día de la familia y estaba más tiempo con él.

Noté que solía recibir bastantes visitas los fines de semana, gente que desconocía (normal siendo un recién llegado) pero parecía que todos estaban cortados con un patrón similar al suyo, permanecían largas horas reunidos en la biblioteca mientras mantenían conversaciones de negocios y política. Me percaté que desde hacía unos pocos días mi tío se encontraba más irascible que de costumbre, si eso era posible. Me daba la sensación de que sus negocios en general, y sus fábricas en particular, no lograban remontar el vuelo y con la reciente firma del Tratado de Versalles, en el que se concretaron las condiciones de la capitulación, estaban peor. Se pasaba todo el tiempo maldiciendo a los franceses por ser la causa del mal estado de su economía personal y recriminando la actitud de sus trabajadores ante las influencias de las ideas bolcheviques que solo traían huelgas y libertinaje a sus fábricas. Por si eso no era suficiente, nos causó una gran tristeza la noticia que nos llegó desde la costa norte, la maltrecha y reducidísima armada

había tenido que ser incendiada y convertida en chatarra para cumplir con una de las cláusulas de la rendición. Más tarde descubrí que todos los barcos tenían componentes surgidos de nuestras fábricas y en un suspiro nos quedamos sin uno de nuestros mejores clientes.

Respecto a todos los secretos que esta casa albergaba, no había avanzado casi nada, sólo había logrado escuchar una breve conversación que se mantuvo en la biblioteca un domingo por la tarde de hace dos semanas. En ella planteaban tomar posiciones en el gobierno para impedir o controlar el mal estado en que se encontraba la nación tras la guerra, y en particular, los anarquistas que se había instaurado en el gobierno de Baviera. Insistieron en que no podían dejarlo en manos de los trabajadores, eso sería el mundo al revés. Incluso uno de los interlocutores comentó que estaban a punto de terminar una nueva constitución que instauraría la república al país. La verdad, parecía una reunión para intercambiar todas las noticias que cada uno de ellos conocía, ya que aquí entre las montañas, apenas teníamos contacto con la capital. Quedaron en reunirse a finales del verano cuando toda la logia estuviera presente.

A esa reunión no podía faltar, sería un invitado más, ese debía ser el día perfecto para poder enterarme a qué se dedicaba en secreto mi tío. Parecía que formaba parte de algún tipo de organización de empresarios que conspiraban con o contra el gobierno.

En relación con la habitación de mi padre hice el intento de entrar por la cornisa pero la ventana se encontraba firmemente cerrada y las

cortinas no me dejaron ver nada de su interior. Para colmo, se caían trozos al suelo con cada paso que daba sobre ella, sospechaba que no estaba diseñada para soportar mi peso así que descarté cualquier nuevo intento de acceder de este modo, sólo me quedaba la puerta.

La parte más gratificante de estos días fue el descubrimiento de mis habilidades como jinete. Había llegado al nivel de Ula y comenzaba a superarla, en breve podría dar mis paseos en solitario, aunque debo confesar que prefería la presencia de Antja, era el único momento en que no hablábamos de historia o de matemáticas, poesía o literatura. También mi relación con Ula iba mejorando, debo decir que los paseos que dábamos juntos los domingos me resultaban muy agradables en el fondo, me encantaba toda la región, sus prados, sus montes, sus personas y sus vidas. Incluso me presentó algunos de mis futuros compañeros del colegio, pero éstos resultaron ser algo esquivos y recelosos conmigo. Creo que todos conocían mi pasado en Francia y la derrota en la guerra seguía haciendo mella en sus corazones. A mí me daba igual, la tenía a ella y con eso era suficiente, se mostraba más dulce y cariñosa conmigo, dándole alas a mis esperanzas, incluso fuimos juntos a comprar un nuevo vestuario necesario para adaptarme a este nuevo nivel de vida, a merendar y pasear un rato mientras me enseñaba toda la ciudad. Otra tarde visitamos el Castillo, hubiera sido mi primera cita con ella, pero apareció Ula y se rompió el romanticismo, no me importó, resultó la mejor tarde en lo que llevaba allí.

El tiempo pasaba sin otras novedades y julio llegó ventoso y caluroso, todo permanecía igual. Los estudios progresaban pero parecía que no lo hacían al ritmo deseado, el nivel de conocimientos seguía muy distante al de mis futuros compañeros y se lo notaba en la cara cuando tenía que explicarme algo varias veces o hacía referencia a temas ya estudiados, ella me animaba lo que podía pero le notaba que no confiaba mucho en que lo lograse. También escribía a Pier contándole como eran las cosas aquí, pero no recibía contestación. No sabía si era porque no le llegaban mis cartas o porque las respuestas no me llegaban, con mi tío todo era posible.

Agosto se acercaba y una rutina diaria se instaló definitivamente en mi vida. Me levantaba a la misma hora, iba a clase, luego la comida y continuaba por la tarde con las tareas, sólo disponía de algo de tiempo libre antes de la cena. Únicamente se rompió esta aburrida monotonía el último sábado del mes cuando se repitió la misma escena nocturna que había visto nada más llegar a la mansión. Multitud de coches y luces entrando en la finca y aparcando uno junto a otro cerca de la entrada, la formación de parejas tras el líder y la siguiente procesión para entrar se repetía, la única diferencia consistió en que no desaparecieron de la biblioteca tan misteriosamente como la vez anterior. La reunión debía ser de una gran importancia por el tono de voz que empleaban entre sí los invitados y por las tres horas que pasaron discutiendo. Las entradas y salidas de la reunión fueron constantes. Se traía comida, bebidas y tabaco casi sin parar hasta que vi cerrar la puerta con llave desde dentro, era la hora, lo importante

estaba a punto de comenzar. Dejé pasar un periodo de tiempo prudencial para acercarme a la puerta y poder mirar a través de la cerradura, ahí comenzó mi prematura carrera en el espionaje local.

Cuando todo se calmó en el interior, comencé a escuchar con atención:

- Debo daros las gracias a todos por venir a esta discreta reunión, sobre todo sabiendo lo acaecido en nuestra orden desde el pasado mes de abril. Os he reunido a todos hoy aquí, en secreto, gracias a la generosidad de nuestro hermano Heinrich, para tratar un tema de suma importancia para nuestra Logia y para el futuro de nuestra sociedad- hizo una pausa y continuó- Estamos en peligro de muerte. Los bolcheviques son cada vez más fuertes y la izquierda revolucionaria nos teme, nos persigue, y hace tres meses siete de nuestros hermanos fueron ejecutados a pocos kilómetros de aquí. Yo, Rudolf Von Sebottendorff, gran maestre de la Logia Thule de Baviera, me siento responsable de sus muertes y tened seguro que serán vengadas por nuestro ser supremo, derramarán hasta la última gota de sangre por sus actos de vileza- dando un golpe con su puño en la mesa reanudó su discurso tras otra ligera pausa para beber un poco de lo que parecía vino.

- Mientras tanto debemos tomar todas las precauciones que sean necesarias para nuestra protección. Las reuniones en las "Cuatro Estaciones" deberán reducirse al mínimo, incluso si es necesario

deberán suspenderse. En el último registro, profanaron nuestro templo, se quedaron con nuestros símbolos y con el listado de todos los componentes de la Logia, la familia Walterspiel ha sido avisada para que tome medidas extremas en su hotel, Munich no es seguro ahora. Nosotros los maestros tenemos que cuidar de nuestros hermanos inferiores, que cada día son más, y confían plenamente en nosotros. Me he convertido en un peligro para todos vosotros y lo que es peor, he puesto en peligro a nuestra Logia, y… además sé (hizo otra pausa) que muchos me recriminái mi actuación en el intento de golpe de estado que terminó con la muerte del príncipe y la baronesa, y no sin razón. Por tanto, he decidido retirarme cediendo el mazo de Gran maestre a nuestro hermano de mayor edad, Dietrich Eckart. Como estamos en una situación tan precaria no podemos reunirnos todos para realizar una votación sin llamar la atención de la policía. Espero que esta medida extraordinaria sea de vuestro agrado y aprobación, transmitiéndosela a todos los hermanos que hoy no están presentes.

Por lo que podía ver todos se miraron entre sí, dando su conformidad en el traspaso de poderes.

- Le he pedido al general Haushoffer, que se encargue de vuestra seguridad, por su elevada experiencia en estos temas, espero que todos colaboréis con él en todo lo que os pida. Yo desapareceré desde este preciso momento y os doy las gracias a todos por estos años.

- ¡Arriba Alemania! – gritó.

- ¡Arriba! - gritaron todos.

Se enfundó su abrigo, mientras el silencio reinaba en la habitación. Yo

me levanté y corrí escaleras arriba para no ser visto. Adiós hermanos. Salió de la casa y de él solo quedó su recuerdo.

Al reanudarse las conversaciones volví al puesto de vigilancia.

- Más tarde procederemos a la coronación de nuestro nuevo Gran maestre en la silla de Salomón, pero ahora debemos hablar de otro tema. Me imagino que todos os habéis dado cuenta que hemos sido convocados los veintiún hermanos, cuando lo normal son veinte. Ahora con Rudolf lejos volvemos a ser veinte. Tenemos un nuevo miembro en el consejo, todos lo conocéis por su buena reputación y por pertenecer a una de las familias mejor reconocidas por nuestra sociedad, es un joven brillante y prometedor, con muchas ganas de aprender y desarrollarse ayudando a nuestra gran Logia en estos momentos de penuria.

Miró a su izquierda y señalando con la palma de la mano hacia arriba dijo:

- Rudolf Hess será mi nuevo vigilante junto a mi viejo amigo Dietrich Eckart. Brindemos por ellos- todos se pusieron de pie y brindaron en su honor, comenzaron los saludos y felicitaciones a los nuevos vigilantes.

No podía ver ahora con claridad, solo veía los cuerpos de los presentes moviéndose por toda la habitación, cuando de repente el hueco por el que veía quedó oscuro, salté a toda prisa buscando las escaleras mientras escuchaba el chirriante sonido de la llave al girar, me faltaban cinco escalones cuando las bisagras de la puerta se quejaron

al girar, corrí buscando el dormitorio y me encerré en él. ¿Me habían visto? esperaba que no, por si acaso me metí en la cama. Escuché el crujido de las tablas de madera del pasillo, alguien estaba en la puerta. Cuando los latidos hacían que el corazón saltara de mi pecho escuché como esos mismos pasos se alejaban poco a poco. Estaba claro que me habían visto o por lo menos lo sospechaban.

Ya era domingo por la mañana y tenía un miedo atroz por encontrarme a mi tío en el desayuno. Bajé pronto, el sueño se fue veloz por los nervios, estaba solo en la mesa esperando al juez para que dictara sentencia. Le sentí llegar, no pude verle porque tenía la cabeza gacha, igual que el rabo de un perro entre sus patas traseras, no me atreví a mirarle. Sirvieron los platos y no me quedó más remedio que verle para poder comer. Justo cuando saqué mi mano derecha buscando unos bollos de leche que estaban entre los dos comenzó a hablar.

- He hablado con tu institutriz, está contenta con tu evolución pero creemos que no es suficiente para comenzar el curso con la suficiente solvencia. Te quedan sólo quince días y mucho que progresar. Quizás este no sea el mejor sitio para conseguirlo. Antja dice que si te esfuerzas más lo podrías lograr aunque yo no estoy tan seguro. Ella se va en dos semanas a Berlín para poder continuar sus estudios universitarios, aprovecha esos días lo que puedas por tu bien, o te buscaré otro lugar mejor.

Empezaba a relajarme, quizás no me había visto, cogí el bollo y le di un gran bocado, estaba muy tierno, se deshacía entre mis dientes. Quizás no me vieron.

- Aunque yo me iría pensando la posibilidad de ir a algún otro sitio donde tu concentración fuera mejor, sin distracciones, que hubiera gente de tu edad y posición, con un profesorado que hiciera de ti un hombre hecho y derecho.

¿Qué Ocurría? ¿Estaba planeando mi futuro sin consultármelo? Salté inmediatamente intentando quitarle esa idea tonta de la cabeza.

- No hará falta, me esforzaré al máximo, lo prometo, estas semanas estudiaré mucho más, no tendrás ninguna queja sobre mí.

- Eso ya lo veremos, por lo pronto vete pensando en la posibilidad de ingresar en una academia militar, allí te formarás en múltiples campos, y quizás quien sabe, podrás dirigir un ejército y conquistar ese poblacho donde te criaste. Quizás se te quiten las malas costumbres, que sin dudas aprendiste de allí, como esas de espiar a la gente o escuchar conversaciones privadas a las que uno no ha sido invitado.

Fue como un jarro de agua fría con témpanos de hielo que se me clavaban en la piel, esa fue su sentencia, me condenaban al exilio y a la tortura militar. Aunque tenía dos semanas para demostrarle que estaba equivocado, aún cabía una posibilidad remota de conseguirlo. Le había cogido cariño a esta región, a vivir bajo el mismo techo que mis antepasados.

Esas semanas dormía lo justo, me pasaba todo el tiempo estudiando, Antja me ayudaba, le había contado la conversación con el ogro, y me apoyaba en todo lo que podía dentro de sus limitadas posibilidades, todo dependía de mí. Incluso me daba una hora de clase por la tarde sin cobrársela a mi tío, pero en mi interior sabía que no era suficiente, me faltaba tiempo. Pasamos toda la semana juntos, eso compensaba con creces el esfuerzo que hacía, y pensar en vivir en un internado con un régimen militar me motivaba a seguir cuando el cansancio estaba a punto de triunfar.

Por desgracia cuando queremos que el tiempo pase con lentitud, suele ocurrir lo contrario, y esos catorce días pasaron en un suspiro, sería el último día que estaría con ella. La busqué en la mañana por el pueblo, la iglesia, el lago, incluso en su casa, pero no la encontré. Me pasé el mediodía rezando para que no se fuera sin despedirse de mí, quería decirle lo que sentía, era mi última oportunidad, no había logrado reunir el valor suficiente para decírselo antes y ahora no la encontraba. Llevaba todo el mes escribiendo una poesía que expresara mis sentimientos más íntimos hacia ella y que pudiera llevarse consigo a la universidad. Sabía que la poesía le encantaba, lo notaba cuando me la leía en las clases, era como si con ella viajasemos juntos a otro mundo.

Me encontraba en la habitación tras el almuerzo, desde la ventana se divisaba toda la finca, pero nadie entraba ni salía. Estaba perdiendo la

paciencia cuando a última hora de la tarde entró un coche verde oscuro, se paró tocando la bocina. Ella salió radiante y a la vez muy elegante, estaba más atractiva cada día que pasaba. Bajé corriendo, pero mi tío se había adelantado, ya estaban hablando resultaba odioso.

- ¿Cuando te volveremos a ver, Antja? ya te estamos echando de menos - dijo mi tío de forma muy agradable.

- Quizás en navidad pueda venir unos días para pasarlo en familia. Mi padre está peor y quizás no supere el invierno.

- Te quería dar las gracias por dedicar parte de tus vacaciones en la formación de mi sobrino, sé que has hecho un gran esfuerzo con él, pero es un tarugo. Toma este dinero como pago por toda tu ayuda, te vendrá muy bien en Berlín, no me lo rechaces porque allí están las cosas muy delicadas, y te puede ayudar a mantenerte lejos de los problemas, en estas semanas se avecinan movimientos en todo el país, prométeme que te cuidarás.

Yo no sabía que decir, solo era un oyente y no participaba en la conversación, las palabras que salían del corazón no llegaban a mis labios. Por tanto, me metí la mano en el bolsillo para darle mi regalo, la poesía, pero no estaba, con las prisas me lo había dejado en la mesa de la habitación.

- ¡Espera, no te vayas! tengo que darte algo, me lo he dejado en mi cuarto - gritaba mientras me dirigía a la casa.

- Tengo prisa, me tengo que ir- me dijo ella.

- ¡Espera! es solo un momento - le gritaba mientras corría.

Cuando llegué a la habitación vi la carta en la mesa, menos mal, y cuando me asomé por la ventana el mundo parecía que se paraba, me quedé aletargado, confuso, mis ojos me engañaban, no podía ser cierto lo que veían por mis retinas. Mi corazón se paraba alarmado, me eché la mano al pecho del dolor que brotaba en él. Me temblaron las piernas y me caí al suelo. Las lágrimas brotaron con fuerza de mis ojos, y me repetía una y otra vez que no era posible lo estaba viendo.

Acababa de ver a ambos besándose apasionadamente desde la ventana, mi tío con ella. No era posible, ella se merecía algo mejor, él era viejo y huraño, mi tío me había quitado mi pasado, y ahora me había roto el corazón. Ya no me quedaba nada que me uniera a esta familia, solo el dolor y la pena. Mi mano seguía en mi pecho, como impidiendo que el corazón se saliera o se rompiera en pedazos y la rabia brotaba.

Durante la cena me recriminó el comportamiento que había tenido dicha tarde, hice esperar a Antja y no volví. Pero lo que le dije le cambió su cara, le pedí que me enviara a la Academia Militar ese mismo lunes, había fracasado en los estudios y en el amor. Me

preguntó que había pasado para que cambiara de opinión de forma tan inesperada y repentina. Y claro, le mentí, le dije que en esta semana me había dado cuenta que necesitaba un ambiente nuevo, y ese era el ideal. No sé si le convencieron mis palabras, pero sus cejas se arquearon con la respuesta, aunque le daba igual, había logrado librarse de mí, los dos estábamos de acuerdo por primera vez.

El lunes tenía la maleta lista y un coche esperándome en la puerta, mi tío se despidió temprano con un frío adiós, me dio un sobre con mucho dinero que debía administrar bien hasta las navidades y una carta de recomendación para el director de la Academia. Esa mañana había dejado un último ramo de flores en la tumba de mi abuela y me despedí de ella. Albert y su mujer me esperaban para lo mismo.

Pero era el momento ideal que llevaba esperando en estos meses, tenía poco tiempo, estaba frente a la puerta de la habitación de mi padre, levanté mi pie derecho y golpeé con todas mis fuerzas sobre el picaporte de la puerta reventando la cerradura y abriéndose de par en par, tenía poco tiempo antes que subieran a buscarme. Había una foto de mi padre junto a mi tío encima de una mesilla, tendrían quince años y parecían felices, los armarios permanecían llenos de ropa, la habitación permanecía igual que si no se hubiera ido, rebusqué en los cajones pero solo encontraba ropa y más ropa, no sabía que buscaba en realidad, quizás algo que me ayudara a no olvidarle o algo suyo que conservara en su nombre. Fue entonces cuando en el último cajón de un armario empotrado, debajo de su ropa interior, encontré una

vieja foto de mis padres escondida, estaban muy jóvenes ambos, ¿estaría hecha al poco tiempo de conocerse?, la cogí y me la guardé en el bolsillo de la camisa, cerré la puerta como pude y bajé. A los pocos minutos salía de la finca y dejaba atrás un mal recuerdo, llevándome un tesoro como premio.

Cerca de las seis de la tarde llegamos a mi destino, era el colegio militar de Wahlstatt, un edificio imponente, sobrio y sencillo, con una entrada principal que alcancé tras subir unos escalones de granito gris. No había mucha gente, los estudiantes no llegarían hasta finales de mes, pero uno de los pocos que encontré me señaló donde podría localizar el despacho del coronel-director. Cuando llegué me llamó la atención una vitrina de madera llena de trofeos que estaba frente a su puerta, algunos de los premios eran de esgrima, otros de equitación, pero lo que más me llamó la atención fue una foto de un hombre con un gorro militar y una cruz de malta colgando de su cuello, me acerqué para verlo mejor y poder leer su nombre. "Aquí estudió Manfred von Richthofen el mejor aviador que ha surcado los cielos de nuestra ilustre madre patria". No me lo podía creer, estaba en la misma escuela que el barón rojo, un ligero escalofrío recorrió mi cuerpo como si algo de otro mundo estuviera junto a mi ¿me sentaría donde él se había sentado? Palpé mi chaqueta y noté que el avión de madera seguía allí. Miré al techo del pasillo y pensé "gracias papá".

1975

Un sonido fuerte me llamó la atención, miré alrededor, volvió a sonar,

estridente como una trompeta que sonaba en el interior de mis oídos. Abrí los ojos, tenía Irlanda frente a mí, la bocina del ferry anunciaba que habíamos llegado.

CAPÍTULO 14: Irlanda

En el puerto todo se encontraba en constante movimiento, los trabajos de enganche del ferry eran lentos y medidos al milímetro, el ancla estaba finalmente echada y los cabos firmemente enganchados a los amarres oxidados del muelle. Todo estaba dispuesto para comenzar el desembarco del pasaje. Parecía que estábamos en una colmena de abejas a la que estaban a punto de golpear con una vara. Mis pacientes perseguidores, sin perderme de vista ni un solo instante, seguían a mi espalda. Había solo dos, el tercero suponía que estaría en la cubierta inferior, en su flamante coche alemán.

Yo estaba con Gerhard Fritz, uno de mis nuevos amigos de viaje. El otro, Thomas Leisser, estaba en la furgoneta, una “VOLKSWAGEN BULLY” pintada con múltiples flores de muchos colores y el clásico símbolo de la paz en cada puerta, eran dos semicírculos unidos con una "Y" invertida en su interior. Creo que sería muy fácil, para cualquiera, seguirnos con un vehículo tan discreto y lento, el aspecto que ésta presentaba, parecía increíble que aún funcionara, era para echarse a temblar, el tubo de escape se sostenía con dificultad gracias a una vieja correa de cuero que lo mantenía unido al chasis, el motor traqueteaba como si alguna pieza estuviera desprendida y el embrague chillaba como un cerdo en el matadero. Descarté la posibilidad de despistarlos, hubiera sido una estupidez.

Me contaron mientras arrancaban y después de darle un par de caladas a lo que parecía un porro que escondían en un hueco secreto dentro de la guantera, que ambos habían huido de su país natal hacía ya más de un año por negarse a realizar el servicio militar, y que, desde entonces, se habían unido a una comunidad en Irlanda, donde les habían acogido sin preguntas ni reticencias, se sentían como en casa.

En menos de diez minutos me encontraba rumbo a Belfast con el mercedes pegado al parachoques como una negra sanguijuela a la piel, necesitaba conseguir algo de tiempo para llegar solo al aeropuerto si quería lograr escapar. Calculé un minuto para localizar la consigna, otro para vaciar su contenido, dos para encontrar el primer vuelo, cinco para comprar los billetes, y algo de tiempo para embarcar. Todo eso sumaba al menos nueve o diez minutos de espacio. Tenían que implicar a mis acompañantes lo máximo posible para poder lograrlo. Entonces improvisé una historia que explicara cómo había llegado a esta situación e intentando hacerles partícipes del problema. Eché una calada al pitillo esperando que me inspirara y comencé:

- Mientras salía de Edimburgo, en una pequeña localidad que no recuerdo, a unos pocos kilómetros supongo, la noche me acechaba y necesitaba un sitio donde dormir al cobijo de la lluvia y ya de paso comer algo, estaba hambriento. Entonces cogí la primera salida que vi, un camino de arena en buen estado que terminaba en una pequeña granja, en ella vivían una pareja, él era ya un madurito cincuentón

algo tosco mientras ella era joven y de una belleza propia de su juventud, no llegaría a los veinte, ya sabéis, ¿no? Con todo en su sitio. No muy guapa pero atractiva.

Sus caras me mostraron, tras mirarse entre sí, que estaban muy interesados en la historia y proseguí, algo de sexo ayudaría. Tenía que ser muy convincente y no era fácil, quizás al seguir fumando la marihuana sus cerebros no estaban en pleno uso racional y se tragaban la historia, pero al menos lo suficiente, o eso esperaba, para no tener un accidente con el coche que diera al trasto con todo.

- Ambos se portaron muy bien conmigo, vieron a un anciano empapado que realmente daba pena, con una tos profunda junto a algo de fiebre que les dio la sensación de que estaba enfermo, tanto que me ofrecieron que permaneciera unos días con ellos hasta que me pudiera recuperar completamente. No conocía la zona y me pareció bien. A los pocos días empecé a notar un cambio en ella, me miraba de forma distinta, no sé como expresarlo, quizás algo lasciva, pero no le hice mucho caso. Y cuando, pasados unos días, él se fue al pueblo a por unas herramientas que tenía su hermano y algunas piezas para reparar el motor del viejo tractor, me visitó en mi cuarto. Parecía un ángel, yo no sabía que decir ni ella, supuse que quería hablar conmigo.

A continuación se aproximó a mí, se soltó su preciosa melena rizada, y lentamente se desabrochó uno a uno los botones de su vestido

amarillo y verde. Lo dejó caer entre sus piernas, mostrándome su cuerpo esbelto libre de ataduras y se me echó encima sin dudarlo. Terminamos, no sé cómo, haciendo el amor en el dormitorio conyugal, quizás le daba más morbo, por el camino me desnudaba a tirones, como una loba en celo. Estaba claro que le volvían loca los maduritos y me dejé llevar por tanta energía. Pero con tan mala suerte que su marido llegó a los pocos minutos y vio mi ropa tirada por toda la casa, empezó a pegar gritos al percatarse de lo estaba sucediendo. En ese momento ella se levantó veloz de la cama y cerró la puerta de la habitación desde dentro justo a tiempo, yo estaba desnudo, así que abrió el armario cogiendo un traje de su marido, una camisa y unos zapatos, me los dio junto a un último beso y salí corriendo desnudo por la ventana, con la ropa en la mano y sin nada más.

Thomas estaba como loco ¡el amor es libre! gritaba, no debía haber actuado así, el matrimonio es una esclavitud del capitalismo. Y eso no es todo, les dije, y terminé de contarles la historia.

- Cuando salí corriendo pinchándome con todos los chinos del camino, oía a mis espaldas lo que decía. Gritaba muy cabreado que iba a reunir a sus hermanos y cogerme para cortarme las pelotas a trozos. Desde entonces me siguen, si miráis por el retrovisor, ¿no hay un coche negro que nos sigue desde que dejamos el barco? Son ellos, me han encontrado.

- Ya los había visto, pensé que era un capitalista dando por culo, pero la verdad, me da igual lo que hagan los demás, vive y deja vivir-

Comentó Gerhard al mismo tiempo que miraba por el retrovisor.

- No te preocupes- me decía Thomas - conocemos unos amigos que nos pueden ayudar en esto, no eres el primero que le pasa algo parecido, a Charles Manson le pasó algo similar hace un año ¿te acuerdas?- soltaron ambos una carcajada al recordarlo.

-Tengo una buena idea para ayudarte a salir airoso de ésta - se miraron ambos sonriendo dándole una nueva calada al pitillo, tan intensa que dieron un volantazo que me tiró al suelo de la furgoneta.

Entramos poco a poco en la ciudad, nunca había estado allí, y me sentía algo indefenso. Podía ver en las calles donde el IRA estaba haciendo de las suyas y se notaba en algunos barrios por los que circulábamos, claras señales de violentos altercados, incluso me pareció ver varios coches incendiados al doblar una esquina a la izquierda. Las pintadas en las paredes pedían la independencia y recordaban a las víctimas del terrible domingo sangriento, del que hacía ya, casi tres años. La muerte de inocentes había producido una profunda herida en los corazones irlandeses que no sabría decir cuánto tardaría en cicatrizar.

Al llegar cerca del centro, Thomas pidió a Gerhard que parara en el siguiente cruce y que diéramos vueltas por la ciudad para volver a recogerle en unos diez minutos. Tenía que ponerse en contacto con sus amigos. Eso hicimos, sabía que mis perseguidores no actuarían, tenía doce horas por delante, pero si sospechaban algo, por raro que fuera, no me extrañaría que ese tiempo pasara a ser cero, y eso me hacía

sentir impotente. Si por lo meno tuviera un arma, los podría contener o alejar.

Transcurridos esos pocos minutos encontramos a Thomas junto a otras cuatro personas justo donde se había bajado, indudablemente eran colegas en su filosofía de vida, su ropa parecía cortada por el mismo patrón multicolor que podría tener origen en cualquier país centroamericano, todos venían con los pelos largos y sucios, no llegaban a ser los de ese jamaicano, ese tal Marley o algo parecido, que tocó junto con Eric Clapton hace unos meses, del que debo confesar que soy un fan desde su etapa en Cream, y que tuve la fortuna de conocer en Manchester, pero eso es otra historia.

¿Qué estaba pensado hacer este tipo? pronto me daría la respuesta. Todos subieron a la camioneta haciéndola balancearse cada vez que entraba uno y me comenzaba a sentir como una sardina enlatada con un olor a humanidad inaguantable para mis viejos pulmones. Le costó arrancar, dio un par de tirones que nos hicieron chocar unos con otros, pero al final pudo con los siete.

- Toma, ponte esto- y me dio una bolsa negra, en ella parecía que había ropa. La saqué, una camiseta, un pantalón, unas sandalias y pude ver que también que había una peluca. Empezaba a sospechar cuáles eran sus intenciones.

- ¡Cámbiate, rápido!, tenemos poco tiempo. Se acerca la hora.

- Gerhard ve a la estación de autobuses. En cuanto llegues aparca en la puerta, donde la otra vez y salimos todos por la puerta lateral ¿entendido?- nos contó su plan, parecía increíble y lo mejor, no solo podía funcionar, sino que ya había funcionado perfectamente en otra ocasión. Quizás no eran tan tontos como pensaba. El chirrido de los frenos me indicó que habíamos llegado.

Salimos a toda velocidad, pero sin correr, había bastante gente que entraba y salía de la estación con prisas, con sus problemas y circunstancias particulares rondándoles la cabeza, y sin preocuparse de nosotros y nuestro singular aspecto, nadie nos miraba. La furgoneta petardeó a mi espalda al alejarse. Todos mirábamos a nuestro frente, con nuestro plan en la cabeza, ya estábamos todos dentro dispuestos a cumplirlo. En mi foro interno estaba feliz, no podía creerlo, incluso me sentía joven otra vez. Volvía a la acción de manos de los más insospechados personajes que había conocido, también sentía las cosquillas en el estómago y el miedo justo que me hacían estar alerta, la adrenalina volvía a fluir por mis venas de nuevo.

Nuestro primer objetivo era llegar al centro de la estación pero en el camino debíamos cruzarnos unos con otros, como una baraja de naipes, llegando al centro a la vez. Eso fue relativamente fácil. No miraba atrás, puesto que mi cara era mi peor delator. Cuando alcanzamos el centro, salimos cada uno en una dirección, como si de un cohete al explotar se tratara, yo me dirigí a una entrada lateral a paso firme. La ropa olía fatal y la peluca picaba a rabiar, pero lo peor

era la sensación de que en cualquier instante alguien pusiera una mano en mi hombro y diera adiós a la huida no paraba de darme vueltas. Pero no me rendiría sin luchar, en un sitio público no serían capaces de sacar el arma.

Me quedaban tres metros hasta la puerta que estaba atestada, era muy pequeña para tanta gente queriendo salir a la vez por ella. Tendría que estar unos segundos en cola, no lo tenía previsto, quería mirar atrás y ver si me seguían, la duda hizo acelerarse aún más el corazón, y cuando no podía más y comencé a girar la cabeza encontré un hueco entre una anciana señora y un joven estudiante. El aire puro inundó mis pulmones y la furgoneta que unos segundos antes me hacía aborrecer Irlanda, me esperaba con la puerta abierta, subí rápido y Thomas cerró la puerta corredera a mi espalda al tiempo que Gerhard pisaba a fondo el acelerador. La tensión continuó unos instantes hasta que escuché:

- ¡No están! lo hemos logrado - me quité la peluca y suspiré aliviado. Nos chocamos las manos entre todos e incluso algún ligero abrazo.

- ¿Donde te dejamos? - me preguntaron ambos. Necesitaba un tiempo para reordenar mis ideas.

- Necesito irme lejos. Tengo un amigo que quizás me pueda ayudar.

- Vale, y ¿dónde vive? - preguntó Gerhard.

- No lo sé, hace años que no nos vemos, pero sí que recuerdo que trabajaba en la parte de equipajes del aeropuerto.

- Al aeropuerto entonces.

- Gracias - era lo único que podía decir.

- ¡Por el amor libre! gritó Thomas.

- ¡Por el amor libre! contestamos los dos con fuerza.

En diez minutos estábamos allí, me había vuelto a cambiar en el camino, y me sentía mejor aunque el olor seguía presente. Me abracé a mis compañeros dándoles las gracias y deseándoles lo mejor.

- Toma, aunque es poco dinero, creo que tú lo necesitas más que nosotros.

- No, no. Ya habéis sido muy generosos, no puedo aceptar más, al contrario tendría que ser yo.

- Ha sido divertido luchar contra el sistema otra vez, añadió Thomas, toma y no lo dudes. Eso sí, nos debes una visita, cuando todo esté más tranquilo, tienes que contarnos las historias de tus viajes, me muero por saber a cuantas jovencitas como la granjera has conocido.

- Prometido.

Nos volvimos a reír juntos de nuevo y entré.

CAPÍTULO 15: Volando

Estaba de pie en la acera, con la gabardina reposando sobre el brazo, con un cansancio psicológico más que físico, y con un destino incierto frente a mí. Tras las puertas de cristal de la terminal, me esperaba el destino. Me di media vuelta, veía alejarse a la furgoneta y no tenía a nadie. Suspiré y mirando a ambos lados de la entrada, atravesé las puertas del aeropuerto mientras mantenía la respiración al mismo tiempo.

Era como todos los aeropuertos del mundo, gente de un lado a otro, solo me llamaba la atención el elevado número de militares que pululaban por cada esquina, pero gracias a Dios, esta vez no era a mí a quien buscaban. Tras recorrer varios pasillos encontré a una guapa señorita detrás de un cartel de información amarillo, no quería perder ni un segundo paseando de aquí a allá buscando el dichoso sitio.

- Buenas días- tenía el pelo negro recogido, y unos preciosos ojos verdes que seguro le habrían hecho conseguir este puesto de trabajo.

- Buenos días caballero ¿en qué podemos ayudarle?

- Necesito, si es tan amable, que me diga cual sería el primer avión que podría coger para ir a Centroeuropa.

- ¿Y qué destino le busco?- preguntó de forma automática.

- Me da igual, hay tanto por descubrir- levantó las cejas sorprendida y me puso una mirada muy extraña, pero tras mirar unos instantes entre todos sus papeles me comentó, siempre con la misma sonrisa forzada que le obligaba su puesto.

- Tenemos dos posibilidades, caballero, en una hora sale un vuelo de Air France a París y en dos horas otro de British Airways a Lisboa-. A mismo tiempo que lo decía iba señalando los lugares dentro de la terminal donde podría comprar los billetes a cada uno de los destinos.

- ¿Alguna cosa más?

- No gracias. Espere, si que tengo una cuestión más, ¿dónde puedo encontrar las consignas?

- Al final de ese pasillo a la derecha.

- Gracias.

Fue a lo primero que me dirigí, necesitaba el contenido de esa taquilla. Mientras andaba me entraron de nuevo las dudas. ¿Y si no había nada? ¿Y si lo que había era insuficiente? Y la peor de todas, ¿era una trampa?

Volví a recapacitar, compré *The Times* en el kiosco que estaba a la izquierda y me senté en un banco desde el que pudiera divisar con comodidad dichas consignas. Paciencia me decía a mi mismo. Tras unos instantes de observación no encontré nada sospechoso, y por desgracia no tenía otra opción, necesitaba el dinero, eso sí lo había, en caso contrario estaría en un serio problema, si es que no lo estaba ya.

Doblé el periódico, lo metí bajo el brazo izquierdo, y cogí la gabardina. La planta donde escondía la llave era una palmera grande que volaba sobre mí más de dos cuartas, la única que había en las proximidades, y la tierra oculta bajo unas cuantas piedras blancas decorativas. Seguro que tras ellas estaría mi objetivo.

No podía ponerme a levantar todas las dichosas piedras, llamaría la atención que alguien estuviera hurgando en el macetón, y mientras me acercaba aposté por una de ellas, la más grande, yo la hubiera dejado allí. Al llegar dejé caer el periódico junto al macetón y al recogerlo levanté la piedra mientras me apoyaba en la maceta y ¡allí estaba!, era dorada con una funda roja y un cinco en su interior. Me terminé de incorporar con toda normalidad y localicé la cerradura de la taquilla número cinco, introduje la llave y al girarla me sobresalté pensando que podría haber explotado en ese momento y nunca sabría qué había pasado. Quizás exageraba, pero el miedo me rondaba desde el día anterior y me costaba controlarlo. Abrí la puerta y una bolsa de cuero marrón apareció frente a mis ojos. La saqué ligeramente y abrí la cremallera, lo primero que vi eran 3 pasaportes, uno verde y dos marrones, y debajo de ellos dos fajos de billetes, uno en libras y otro en dólares americanos. Suspiré.

Volví a mirar alrededor antes de sacar todo el contenido y guardarlo en mi chaqueta y bolsillos retornando la bolsa de nuevo a la taquilla. Separé unas libras para pagar el billete, y las guardé junto con un pasaporte italiano en mi bolsillo derecho del pantalón. Mientras

cerraba la puerta, los altavoces del aeropuerto llamaban por primera vez a los pasajeros del vuelo a París.

Debía de darme mucha prisa, quería salir de allí lo antes posible, y lo lograría siempre que quedaran plazas libres en ese avión, en caso contrario estaría tentando a la suerte dando unas hora más a mis adversarios, tiempo que consideraba suficiente para localizar a mis salvadores y hacerles hablar. No me gustó la idea.

En unos instantes estaba en el stand de Air France, que no presentaba ninguna cola:

- Ciao, un biglietto per Paris per favour- El italiano no era mi fuerte, sabía lo justo, si la conversación variaba o se complicaba me perdería, y podía perder mi tapadera.

- Abbiamo un volo che esce in cinque ore- Estaba claro que ella conocía muchos idiomas al contestarme en un perfecto italiano. Normalmente hablaban cuatro o cinco, era uno de los requisitos que pedían en las compañías aéreas.

- Ho molta fretta.

- C'è uno che esce in 10 minuti, ma non so se gli darà tempo.

- Perfetto.

Se quedó sorprendida, pero aceptó. En el pasaporte no se fijó mucho intentando darse prisa y así poder llegar a tiempo de coger el vuelo, para mi suerte, la foto era nueva frente a lo antiguo del resto de documentación. No llevar maletas que facturar me ayudó a acelerar los trámites.

- Porta 5, buon viaggio.

- Grazie

Y salí corriendo, al tiempo que volvían a llamar a embarque. Había una cola en el control de acceso, mierda pensé. Miraba a las puertas del aeropuerto que tenía a unos sesenta metros, no veía nada. Delante mía la cola andaba a buen ritmo, pero a mi me parecía eterna. Llegaba a ver la puerta cinco entre las cabezas de los viajeros que me antecedían. Tan cerca pero tan lejos. Llegó mi turno, entregué mi pasaporte y el policía se quedó mirándolo, creo que dudaba o veía algo raro. Mientras escuchaba:

- Última llamada al vuelo 352 a París, por favor, embarquen por la puerta 5, gracias.

Creo que no me va a dejar pasar, cuando detrás mía alguien gritó -tengo prisa, que pierdo el avión, ¡venga ya!- me devolvió el pasaporte y gritó -¡Siguiente! ¡Siguiente!

Salí corriendo a la puerta 5, veía que estaban a punto de cerrarla, cuando le entregué la tarjeta de embarque:

- Ha llegado justo señor Montorolo, por poco lo pierde, buen viaje.

- Grazie

Y cerró tras de mí, pero escuché un grito a mi espalda.

- ¡No cierre! ¡no cierre!- Era el mismo que había gritado en la cola, tenía un ligerísimo acento que me resultaba peculiar, con razón se había puesto así en la cola, perdía el mismo avión que yo, y las cosas del destino, yo estaba dentro con su ayuda y él se quedaba fuera.

Pude ver un instante como un hombre de mediana edad y tez morena discutía acaloradamente con las azafatas intentando convencerlas de que le abrieran. Les dejé discutiendo mientras me dirigía al autobús que nos acercaba al avión, y justo cuando me senté le vi aparecer corriendo y entrar sudoroso por la puerta, momento en que arrancó el conductor. Me sentí en el pequeño trayecto seguro y tranquilo, los había esquivado. Subimos al avión, y localicé el asiento 14B, que estaba en el pasillo, dejé la gabardina en el compartimiento que estaba sobre mi cabeza y me senté a leer el diario. Tenía a un joven francés, o eso me pareció, a la derecha, absorto con lo que veía a través de la ventanilla.

Los motores arrancaron con un sonido estridente mientras una azafata nos indicaba con las manos que nos pusiéramos los cinturones de seguridad.

El joven, posiblemente un estudiante que viajaba en avión por primera vez, se percató de mi presencia y me saludó con intención de entablar alguna posible conversación, pero yo le contesté en italiano que no entendía nada de lo que decía al tiempo que abría el diario por la parte de internacional. Se quedó perplejo al ver que era *The Times*, un periódico inglés, pero cogió la indirecta y no me volvió a molestar en todo el trayecto.

Tras despegar tenía algo más de cuatro horas por delante, así que

intenté dormir pero había muchas dudas que me rondaban en la cabeza durante estas últimas horas, y la verdad, no encontraba unas respuestas convincentes. ¿Quienes eran? ¿Por qué me habían dado ese plazo? Era un riesgo innecesario y poco profesional. Los ojos los notaba muy cansados, mi vista había decaído en los últimos años por tener que leer tantos expedientes durante el día y la noche, y sentía de vez en cuando una presión interna que me obligaba a mantenerlos cerrados durante unos minutos.

Unas turbulencias nos hicieron pegar un salto a todos los viajeros, fue de esos que te agarras a los reposabrazos con tanta fuerza que se quedan los dedos blancos. Pasados esos momentos de angustia colectiva, volví a cerrar los ojos y reflexionar. Estaba claro que me conocían y sabían de mi pasado, posiblemente mi cabeza tendría un precio lo bastante suculento para mover a tres personas, pero ¿Por qué me avisaron con una carta? ¿Qué buscaban en el apartamento?

Si fueran de algún cuerpo de inteligencia, no estaría aquí, luego lo descarto. Sólo quedan unos caza recompensas, seguro que dirigidos por un ex-miembro de algún servicio secreto o algo así. En ese caso sólo buscan dinero, y de eso mi familia tiene de sobra, y...si esperaban que les llevara directamente a mi fortuna ¡eso era! obtendrían dos recompensas en una. Suspiré, lo hice con tanta fuerza que los ocupantes de los asientos contiguos me miraron. Ahora estaba libre, tenía dinero, varias identidades, y tres horas para descansar.

Otra sacudida me desveló, pero fue lo último que recuerdo hasta que la azafata me despertó, estábamos sobrevolando París.

- Hemos llegado, por favor, pónganse los cinturones.

- ¿Podría ir un instante al lavabo?- le indiqué, dándole a entender que no podía esperar.

- Claro, pero por favor dese prisa.

- No tardaré, se lo prometo- la edad me impedía retener durante mucho tiempo la orina, creo que empezaba a tener problemas de próstata, aunque eran muy intermitentes.

Me levanté y recorrí todo el pasillo hasta llegar al final del avión donde se encontraba el aseo. Pude ver que en la última fila se sentaba ese individuo chillón que me había permitido llegar a tiempo al avión, era realmente moreno, posiblemente fuera de origen africano, y por su acento, de cualquier territorio que estuvo bajo la corona inglesa.

Diez minutos más tarde poníamos pie en suelo francés, había dejado atrás los fríos y húmedos paisajes escoceses y volvía a Francia, el país que me recogió en la infancia. El estómago resonó con fuerza, tenía hambre y un aspecto deplorable. París me resolvería esos problemillas, y mañana sería otro día.

CAPÍTULO 16: La Torre De Acero

El taxi que cogí a la salida de la terminal internacional del aeropuerto Charles de Gaulle me llevaba directo al corazón de la vieja París, una bella ciudad que me traía muchísimos recuerdos de un pasado que veía muy lejano, algunos de ellos eran buenos y otros, por desgracia, no tanto. Desde el final de la guerra no pisaba sus taciturnas calles, es verdad que había estado de forma fugaz en varias ocasiones cumpliendo misiones, pero no disfruté paseando por sus bulevares. Ahora que veía en la lejanía la esbelta figura de la torre Eiffel asomándose me embriagaban algunos recuerdos casi olvidados.

Parecía mentira que unas horas atrás estuviera conduciendo por unas carreteras perdidas de la profunda Escocia, durmiendo en un pueblo olvidado para el resto del mundo, mientras un reloj de arena deslizaba sus granos por un conducto cada vez más y más estrecho esperando llegar a al otro extremo donde estaba el vasto descanso, dándome unas últimas horas de libertad antes de un incierto final. Eran cerca de las ocho y no había comido nada desde el desayuno, sentía como transpiraba y el sudor se hacía perceptible para cualquiera que se aproximara a mí.

Le había pedido al veterano y silencioso taxista que me dejará en algún buen hotel cerca de la estación de tren del Este, era la puerta lógica hacia Suiza, Alemania o Italia, y un camino más discreto que un

avión. Recordé en ese momento a mi padre y sus cartas ya que desde ese punto solían partir las tropas francesas para el frente durante la primera guerra mundial, incluso también el famoso Orient Express, ¡como me encantaba leer las novelas de Agatha Christie!, otro libro que se quedó en Edimburgo. Estaba loco por asearme y comprar algo de ropa, normalmente cerca de los buenos hoteles podía encontrar las buenas tiendas de moda, aunque era bastante tarde y lo tendría que dejar para mañana.

La hermosura del "coloso de hierro" seguía hipnotizándome con el transcurrir por las calles, era como una antena que mandaba señales a todos los incautos que osaban mirarla haciendo que se enamoraran de ella, la veía como una visión futurista de la Medusa decapitada por Perseo.

El resto del viaje me lo pasé mirando ansioso por la ventanilla del Peugeot 504 intentando recordar las calles de mi juventud, las esquinas de mis primeras noches locas y del amor, aunque fue más sexo que otra cosa, pero no estuvo mal. Una sonrisa brotó espontáneamente de mis labios, Monique ¡que tiempos aquellos! ahora no me importaría que volvieran, con la experiencia adquirida hubiera disfrutado mucho de la experiencia, mi corazón se espabiló con la espontánea idea que pronto se esfumó del mismo modo en que llegó a mí, París fue la ciudad de la pasión para un joven pueblerino que desconocía la vida y sus placeres.

El taxi se paró en un hotel perfecto, discreto y elegante, no quería visitar alguno donde hubiera estado antes, no fuera que me reconociera algún empleado. Le pagué la carrera en dólares y me devolvió en francos una cantidad muy inferior a la correcta, pero para qué discutir. Me dirigí a la recepción a buen ritmo y la cabeza alta. El recepcionista vestía un traje impoluto de color negro, y cuando me vio, mostró una mueca de disgusto ante mi indumentaria.

- Buenas tardes ¿en qué podemos ayudarle señor?- dijo en un perfecto francés algo estridente.

- Hola, soy el Sr. Montorolo, acabo de venir de viaje y me gustaría pasar la noche aquí si es tan amable.

- Claro Señor- mientras buscaba el nombre en el pasaporte. - Montorolo, si necesita cualquier otra cosa no dude en pedirla, soy el Sr. Moreau.

- Me temo que sí. He perdido la maleta en el aeropuerto y puede que me la traigan en cualquier momento, me avisará si tengo la suerte de que me la manden, les he dado esta dirección- Saqué unos cuantos billetes que hicieron que se esfumaran todas las dudas del recepcionista sobre mi nivel adquisitivo y la extraña pérdida.

Mientras, apuntaba todos mis datos y le firmaba en el libro de entrada con un trazado ininteligible. - Si necesita ropa, podemos conseguirla de la tienda de al lado, pertenece al hotel.

- ¿No es demasiado tarde? Creía que...

- Para los buenos clientes nunca es tarde, señor- Me guiñó el ojo y nos entendimos a la perfección.

- Lo dejo en sus manos entonces, súbame lo que usted crea necesario.

- Gracias por su confianza señor, habitación 401, tiene las mejores vistas que desde este humilde hotel le puede brindar París. Podrá ver Notredame y el Arco del Triunfo- decía esto mientras recogía el billete que le había dejado entre las páginas del libro de firmas.

- Grazie.

Cogí el ascensor y en unos segundos estaba arriba, una alfombra larga y estrecha cubría el suelo del pasillo, a mi derecha del 421 al 440 y a la izquierda la 401-420. El olor que respiraba era el característico de todos los hoteles del mundo, olía a los productos de limpieza que empleaban en su mantenimiento. La habitación era la última del corredor, abrí con la llave y encendí la luz, el día se acababa y no dejaba verse por los visillos. Una mesa con dos sillas presidía la entrada, y al final el dormitorio. Cogí la silla y la coloqué inclinada bajo el picaporte de la puerta tras cerrarla con llave. Aunque no había señales de esos hombres, debía tomar ciertas precauciones. Corrí las viejas cortinas y las primeras luces artificiales de París se mostraron ante mí, el recepcionista no mentía, las vistas eran preciosas, abrí las ventanas de madera y una brisa entró con descaro. Dejé la gabardina y saqué el avión de madera, me quedé mirándolo otra vez, era lo único que me mantenía unido al mundo real. Lo dejé en la mesilla de noche y me fui al cuarto de baño, tras abrir la ventana, permitiendo que el

aroma de la ciudad embriagara la estancia.

En la ducha el agua caliente tardó unos instantes en salir, pero al notar su cálido contacto cambié de opinión y decidí girar el grifo azul a tope, necesitaba relajarme y la frialdad sobre mi piel lograba ese efecto. A los pocos segundos me sentía mucho mejor, apoyé mis brazos sobre la fría pared y dejé que el torrente de agua cayera sobre mi nuca, abrí los ojos y veía caer el agua a chorros sobre las pestañas, la sonrisa volvía, los recuerdos me invadían, ese día llovía a mares.

Berlín, junio de 1928

Estaba bajo la tibia lluvia de finales de primavera en medio de la plaza circular que daba a la entrada de la academia y me sentía fuerte, seguro de mí mismo, el cuerpo se había formado completamente y la musculatura se marcaba con claridad sobre mi ropa, aunque mi mente incompleta guardaba algo de la solitaria infancia que no habían logrado arrebatarme entre esas paredes, ni órdenes ni castigos. Estos años en la academia de cadetes me habían acercado a la madurez. Debo confesar avergonzado que añadido a la altura, me había convertido en un hombrecito muy atractivo para las mujeres, lo notaba al ver como me miraban al pasar junto a ellas, aunque había decidido no tener relaciones sexuales con ninguna aún, sí que

tonteaba un poco con ellas y les servía de anzuelo a mis compañeros que me usaban sin reparo para acercarse a ellas. Los fines de semana de permiso recorríamos Berlín de día y sobretodo de noche, muchos de mis compañeros regresaban oliendo a perfume barato y con el bolsillo totalmente vacío, alardeando de las veces que lo hacían, de lo que habían ligado, ocultando cómo habían sido engañados y desplumados por el sexo "débil", o queriendo alardear de unos pocos minutos vendiéndolos como horas ante sus amigos que esa noche no habían tenido la fortuna de obtener compañía femenina.

Llevaba el uniforme puesto, sólo protegido por una especie de chubasquero que me refugiaba de la lluvia. Me lo ponía todos los días, era una obligación en todo cuerpo militar y aquí, en el primer escalón de la carrera militar, no iba a ser menos, me sentía muy cómodo y seguro con él. Por la visera de la gorra de deslizaban todas las gotas que se concentraban sobre la cabeza. Tenía frente a mí al mismo edificio que me recibió años atrás cuando intentaba huir del pasado, de mi fracaso amoroso y de mi amargada familia. Por él no pasaban los años, seguía transmitiendo la sensación de antigüedad, esos muros enormes se habían ganado el respecto de todos los ciudadanos, todos sabían que en su interior se albergaba y cuidaba el germen de la nueva Alemania. Salí orgulloso de sus instalaciones lejos de cómo entré, un chiquillo miedoso que había tenido su primer amor platónico.

Los años de formación, como decía antes, me habían cambiado, el

pasado se había quedado atrás, había dejado de escribir a Pier, ¿por qué?, la verdad es que un día no me apetecía y al siguiente tampoco hasta hoy, y por tanto, no sabía nada de ellos, de esa parte de mi vida solo había conservado la costumbre de ir a la iglesia más cercana a poner una vela en honor a mis padres cuando se cumplía su aniversario.

Mi tío hizo de las suyas en mi ausencia, y se había llevado el cuerpo de mi padre a Baviera, al cementerio familiar. Nunca se lo perdoné. La voluntad de mi padre se había violado y me sentí traicionado, pero la venganza es un plato que se sirve frío y ya llegaría mi turno. Solo tenía la desdicha de verlo durante las vacaciones, que llegaban, por desgracia, con demasiada frecuencia.

Aprendí a ser adulto entre las paredes de esta Academia, a conocer la responsabilidad, a distinguir entre el bien y el mal. Conocí la lealtad y la camaradería, todos mis compañeros y yo formábamos una pequeña familia. Los que alguna vez se pasaron de la raya fueron puestos en su sitio con solo recibir unos “golpes” de disciplina paternal. Los moratones en el cuerpo nos servían como una advertencia y recordatorio a todos, y puedo decir que yo no me libré de ellos. Era curioso, había sido feliz a mi manera en ese tiempo, quizás de distinta forma que el resto, pero en definitiva lo fui. Estaba dejando atrás también ese tiempo de esperanza y alegría, de llantos silenciosos en mitad de la noche y de fríos cumpleaños que sólo yo celebraba con regalos imaginarios.

Miré al suelo, mis botas estaban sobre un charco casi circular sobre el que se veían caer incesantes las gotas de la lluvia creando pequeños círculos que desaparecían en un instante dejando paso a otros y otros, el agua no me había calado los pies, que buenas eran estas botas.

Levanté la vista para despedirme de mi penúltimo hogar, aunque no todo había sido bueno en esos años para el resto de los ciudadanos, la crisis que sufría todo el país era enorme, nosotros no la habíamos notado demasiado, al fin y al cabo, teníamos familiares que eran gente acomodada, y el dinero no nos faltaba, pero la inflación se había disparado en todas las provincias y nuestra asignación que era buena un mes, al siguiente nos resultaba escasa, el sueldo de los trabajadores no crecía y cada vez podían comprar menos cosas con él, junto al paro y a las personas que veíamos pasear por las calles, podíamos vislumbrar que la nación se moría de hambre.

Nos inculcaron el odio en nuestros corazones a todos los que nos habían derrotado años atrás y nos habían exprimido todo el alma dejándonos en esta situación tan precaria de hambre y necesidad, pero los alemanes somos fuertes y nos levantamos después de cada golpe, nos repondremos más fuertes que antes y volveremos a ser esa gran nación que a todos causaba miedo y pavor. La venganza enraizaba en los corazones de todos los jóvenes que salían de la academia, esperando a que les encendieran esa llama algún día. A mi no me afectó en exceso pues tenía mi corazón dividido, pero a otros el odio

les salía por los ojos en cuanto salía la conversación en una comida o tertulia. El germen se había sembrado.

¡Adiós! Di media vuelta y me metí en el coche que me llevaba de vuelta a Baviera, todavía quedaban cosas por hacer allí. Era mayor de edad, y estaba dispuesto a todo para tener el control de mi vida, y quien sabe si el control de todos los negocios de la familia, o por lo menos la parte que me correspondía por derecho.

A las pocas horas ya me encontraba en Hochwald, dejé las maletas en la puerta, y me fui directo al cementerio. Siempre hacía lo mismo al llegar, tenía que saludar a mi abuela y ahora, por primera vez, tenía a mi padre. Me arrodillé a quitarle las hojas secas que tenía encima y se me congeló el alma durante un segundo al ver su nombre frente a mis ojos. El llanto seco inundó mis ojos y el corazón del guerrero bajó su telón.

- Perdona por no cuidar de vosotros, os he fallado, seguro que en Francia estabas mejor con mamá y más a gusto lejos de la perversidad que reina aquí, pero tu hermano, papá, tiene el corazón helado y solo piensa en sí mismo. Pero no te preocupes, sé lo que tengo que hacer, no sé cómo ni cuándo, pero lo haré. Mamá, no te preocupes, tendré cuidado, lo prometo. Recogí todas las flores que tenía a mano y se las coloqué, el sol aumentó un instante la intensidad dándole más colorido aún a los pétalos de colores que decoraban con esmero las frías losas de mis congéneres.

Vamos allá, terminemos de una vez con esto. Me encaminé a buen paso a la mansión. Tenía mucho que discutir y negociar con mi tío, sólo tenía una idea, la misma que me rondaba la cabeza estos últimos meses, la independencia y el poder. Tenía que dominar a la familia y entonces le dominaría a él. Preparaba varias tácticas que emplear y tenía la esperanza de que funcionaran en este campo de batalla, aunque sabía que estaba en territorio enemigo y eso era un inconveniente que debía superar con paciencia e inteligencia.

CAPÍTULO 17: Tras La Noche Siempre Llega El Día

Mis maletas seguían en el mismo lugar en donde las había dejado una hora atrás, que raro. ¡Albert!, grité sin encontrar respuesta. Cogí yo mismo las maletas al ver que nadie aparecía y empecé a subir buscando la habitación del final del pasillo que me servía para aislarme cuando me quedaba en Hoshwald, cuando el viejo mayordomo apareció sudoroso. Venía con un viejo rifle en su mano derecha preparado por si habían entrado algún amigo de lo ajeno.

-¿Qué ocurre? ¿Quien es? ¡Ah! qué susto señorito pensábamos que... no le esperábamos hasta mañana. Está usted enorme, cada vez que le vemos está más y más crecido, espere yo le subo las maletas, ¿Qué tal el viaje?

- No hace falta Alfred, ya las subo yo ¿podrías buscar a mi tío? me gustaría hablar con él.

- Lo siento señor, o señorito, me cuesta decirlo. No llega hasta mañana. Como le decía antes, no le esperábamos tan pronto. ¿Quiere que le prepare algo de comida? Debe estar hambriento.

¡Qué mala suerte tengo! ahora que tenía todo preparado, una estrategia a seguir, las fuerzas necesarias para enfrentarme a él, y resulta que no está. Será mejor que guarde mi ímpetu hasta mañana. Quizás podría relajarme un rato.

- Ahora no Alfred, gracias, voy a darme un paseo a caballo, luego, ¿sigue estando Huracán en su cuadra?

- Lo siento mucho señor, pero por desgracia no superó el pasado invierno, ya era muy viejo.

El pasado se desvanecía poco a poco dejando un futuro incierto por delante y la tristeza en forma de un saco sobre la espalda al que todo el mundo metía una piedra haciendo que su peso me machacara durante toda la juventud, y quizás borrando el último recuerdo alegre de mi primer amor platónico. Viendo mi reacción me comentó elevando su ceja derecha.

- Su tío acaba de comprar un precioso semental árabe, es una fiera, no lo monte señor, sobre todo porque su tío se puede enojar y... usted sabe, terminaremos todos pagándolo- me parecía que sonaba a reto, y a eso no me podía negar. Era el mejor jinete de mi promoción y era una estupenda oportunidad de relajarme, así que le guiñé un ojo dándole a entender que lo había comprendido.

- ¿Cómo se llama la nueva adquisición?

- Bucéfalo, señor.

Sonreí, tenía la posibilidad de enojar a mi tío, quizás el día mejoraba y por el tono creo que Alfred buscaba lo mismo, era un zorro viejo que había sufrido en sus carnes una gran variedad de vejaciones a lo largo de los años. En las cuadras todo estaba tranquilo, sólo el relinchar del nuevo equino rompía la tranquilidad de esta tarde de finales de primavera. Le había puesto el mismo nombre que al caballo de Alejandro Magno, se creería el nuevo conquistador de Europa o del mundo. Me daba mucha pena, incluso lástima, sus ansias de poder

estaban en todo lo que tocaba, su grupo perseguía eso, los hombres ambiciosos se unen por el poder hasta que lo tienen y deciden que no quieren compartirlo, entonces aparece la dictadura y la tiranía.

Abrí la cuadra y lo ensillé sin problemas tras cepillarlo brevemente y conseguir relajarlo, su piel brillaba como si de un potrillo se tratase, con lo bravucón que parecía no me había costado nada ponérsela, me imagino que cabalgarlo sería harina de otro costal. Le susurré al oído antes de montar, me gustaba que escucharan mi voz, como intentando formar un nexo de unión entre ambos mediante la palabra.

- Ahora tú y yo vamos a dar un largo paseo, sé que no quiero hacerte daño y tú a mí tampoco, y por eso, haz honor a la sangre de la tierra que llevas en tus venas, un caballo árabe debe corresponder a su jinete con el mismo respeto y cuidado a que es sometido por su dueño, así que vamos a disfrutar de Baviera como si de tu Arabia natal se tratase.

Le di un par de golpecitos en el cuello y me subí en un suspiro, noté que sus músculos se tensaban, normal, pesaba algo más de noventa kilos, y no creo que estuviera acostumbrado a una montura como esa. Le acaricié el cuello de nuevo, esperé unos segundos y le golpeé con suavidad con mis talones, se tambaleó un instante, como indeciso ante la situación, pero comenzó el trote elegante. El caballo era admirable, en eso mi tío sí sabía elegir, seguro que le había costado una fortuna, y allí estaba yo disfrutando o despilfarrando su inversión, según se vea.

- Vamos Bucéfalo, vamos a ver qué tal galopas. Esto no es el desierto, aquí verás un suelo de un fresco verdor y unas montañas blancas con

nieve que tus ojos nunca han visto, el frío entrará por tu hocico haciendo que respires con dificultad, pero la brisa de los Alpes reavivará tus fuerzas.

Cabalgábamos veloces, el aire nos helaba la nariz a los dos, le notaba la respiración alterada, pero sin ahogarse lo más mínimo. Era el mejor caballo que había tenido la oportunidad de montar, en la academia no había ninguno igual, solo el caballo criollo argentino del coronel-director podría compararsele, pero muy de lejos. Al rato, no sé porqué, acabé en casa de la familia de Antje. No había nadie, habían sucumbido a la crisis de la posguerra y tuvieron que emigrar a los Estados Unidos, ella nunca volvió de la universidad, creo que se casó con un profesor y viven en Roma. Pero siempre la guardaré en mi corazón y cuando pasaba por su casa esperaba tontamente que saliera a saludarme con esa sonrisa que me encantaba o que me gastara una de sus bromas. Me di un paseo por Füssen, la gente me miraba con cautela, mi uniforme y el caballo llamaban la atención de todos los viandantes, y soltaban las más jóvenes sonrisitas entre ellas haciéndome sentir algo incómodo. Cerca del lago descansamos para que pudiera beber y hacer un pequeño tramo a pie siguiendo los senderos que contorneaban la silueta del azulado lago que me permitía recordar aquellos domingos del pasado junto a los niños del pueblo corriendo y brincando entre rocas, praderas y setos.

Pasadas un par de horas regresé a la mansión, estaba realmente cansado y hambriento, así que cené y me acosté. Ni noté la diferencia

de colchón, necesitaba de todas las energías para enfrentarme a mis miedos y temores, aunque estaba disfrutando pensando en mi tío, imaginando su cara en el momento en que se enterase de mi larga galopada con su corcel, su carísimo semental árabe.

A las seis de la mañana ya estaba completamente despierto, era el horario de estos años y me había acostumbrado a él plenamente, sobre todo si no quería un toque de disciplina por parte de un superior. Intenté volverme a dormir pero nada, entre una cosa y la otra fue inútil, y entonces me incorporé, me limpié con el agua de la palangana y me afeité con una navaja que me regaló una chica, hija del cónsul de Finlandia, en un intento desesperado por hacerme su novio. La barba se había endurecido al tener que cortármela todos los días de academia, aunque en algunas partes se mantenían algunos pelillos que me recordaban que la pubertad había pasado como una brisa de verano.

Me puse unos pantalones azules y una blusa de lino blanco que me colgaban por debajo de los bolsillos, y bajé a desayunar, la puerta de la habitación de mi padre parecía una caja fuerte, se había reforzado y tenía un candado más grande que mi mano junto al tirador, mi tío se había propuesto que nadie entrara y con esas medidas de seguridad, no había dudas de su logro. Lo que él desconocía era mi poco interés por ella, ya había visto lo suficiente y no me llamaba la atención volver a visitar el interior. Todo en la casa seguía igual de lúgubre, limpia pero oscura, sin alegría y todo el que permanecía mucho

tiempo entre sus muros terminaba marchitándose como una flor en un invierno de nieves.

Bajé por las escaleras y giré a la izquierda buscando el comedor, cuando entré vi a mi tío presidiendo la mesa. Dudé un momento, no sabía que hacer y me quedé parado, no estaba preparado para la lucha, podía ver como sus canas pronto renacerían en su pulcra cabellera, cada navidad le veía más y más viejo, pero su mal genio parecía un buen vino que mejoraba con el paso de los años.

- Pasa muchacho, no querrás que hable con la nuca, es de cobardes aparecer por la espalda sin avisar.

Pasé por su izquierda, estaba disfrutando de una tostada untada con una buena capa de mantequilla suiza. Un lujo que pocas personas se podían permitir en estos tiempos.

- Veo que por fin has terminado el colegio, tienen unos precios astronómicos pero hay que reconocer que han hecho un hombre de ti, un alemán de pura raza, eso está muy bien, pero que muy bien. Eres el futuro, y tenemos grandes planes para ti.

¿Tenemos? ¿De qué está hablando? Estará senil o aquí hay algo nuevo, no será cosa de su grupito de amigos, esos de las reuniones secretas y planes para gobernar el mundo. Me sentí en ese instante como un peón de ajedrez movido por el rey que está a punto de ser sacrificado por un caballo saltarín.

- Yo también los tengo. Acabo de cumplir los dieciocho años ¿lo

recuerdas, verdad?

- Ah, eso. Es verdad, ya eres todo un hombre entonces, de eso hablaremos más tarde, ¡Alfred!- Y cogió una vieja campanilla que balanceo en varias ocasiones hasta que apareció.

- ¿Si, Señor?

- Ponle a mi sobrino, que ya es todo un hombre, el desayuno, con un Bauernfrühstück será suficiente (era muy parecido al desayuno inglés de huevos con beicon y le añadimos patatas, cebolla y pimienta negra).

El enojo comenzaba a invadirme. Cómo se atrevía, quería controlar mi vida y hasta qué desayuno, cerré el puño de la mano derecha para contenerme y no saltarle a esa bocaza, le dejaría sin respiración en menos de tres segundos. La batalla sólo había comenzado, sus piezas se movían al ataque y yo decidí colocar las mías a la defensiva esperando a que el contraataque se diera en el mejor momento. Por desgracia esta situación se había repetido tantas veces que el ánimo empezaba a decaer, siempre había perdido al no encontrar fisuras en su recio ataque.

- Tenemos que hablar de negocios- primer tiro.

- Claro, claro, luego. ¿Qué tienes previsto hacer ahora? ¿Irás a la academia de Oficiales, no?- Su defensa, intacta.

- Aún no lo he decidido. Tengo varios proyectos en mente, me gustaría visitar algunos países, lo que me recuerda que tenemos que hablar del

tema económico y de la herencia- segundo tiro, aunque desde muy lejos.

Me ignoró cambiando de tema:

- Quizás te interese entrar en las SA, tenemos un buen amigo allí, el Teniente General Goering, que acaba de volver de Austria, le podría hablar de ti, y no te sería difícil ascender en el escalafón. Quizás te admitiera como su pupilo- otro cañonazo directo al flanco.

¿Pero no me había escuchado? y ¿las SA? de qué hablaba, si eran un grupo paramilitar del partido NSDAP, que eran famosos por montarla por donde pasaban y que se encargaban, en teoría, de la "protección" de los políticos pertenecientes a los nuevos partidos que empezaban a aflorar queriendo cambiar Alemania, y que querían alzarse con el poder en la próximas elecciones. Desde luego que la carrera militar no estaba entre mis planes, y menos para mezclarme con esos. Durante mi estancia en el colegio sé de algunos a los que les interesaba el tema, porque creían que podrían ascender rápidamente sin necesidad de pasar por la academia de oficiales, y el poder les encendía las venas, y éste era un buen atajo.

- La carrera militar no está entre mis prioridades- una defensa sencilla y directa.

- Entonces entrarás en política, no hay más que hablar, es otra gran elección muchacho, se avecinan muchos cambios, y un Von Munster debe estar allí. Tenemos contactos, muchos, en las altas esferas, quizás te podría hacer una carta de recomendación, pero deberás mudarte de inmediato a Munich. Lo prepararé todo e incluso te podría presentar a

algunos personalmente. Te inscribiré de inmediato en el NSDAP.

Qué estaba pasando aquí, que tenía entre manos con este partido político, si habían sido ilegalizados y no tenían nada de apoyo, creo que había apostado por el bando perdedor. No sabía mucho de ellos, solo algunos titulares de periódicos que circulaban por las salas comunes, un hombre con bigote era su líder, un simple cabo. Comencé a reírme al descubrir su apuesta para cambiar Alemania. Esta vez se estaba equivocando.

- La política no me interesa nada, y menos unirme al NSDAP- se lo dije sonriendo, el cañonazo había caído muy lejos.

Entonces el juego se terminó con un ruidoso estruendo al soltar los pesados cubiertos de golpe sobre el plato, que a duras penas aguantó la embestida del metal:

- Si no aceptas mis consejos muchacho, ¿en qué demonios vas a malgastar tu vida?- Jaque.

- Quiero hacerme cargo de las empresas de la familia que me corresponden, quiero ser empresario, como el abuelo antes que tú.

La cara se le quedó pálida durante un breve instante y su boca parecía que cambiaba, estaba sonriendo, algo iba mal, hasta que la carcajada se hizo evidente confirmando una posición de debilidad.

- Ya soy mayor de edad y tengo derecho a mi parte en las empresas, ¡no lo niegues!- le grité levantándome de la silla.

- No lo niego, vaya, vaya, si tengo un sobrino más ambicioso de lo que

pensaba. Qué pena que seas tan inocente e ignorante. Claro que tienes derecho a tu parte de las empresas, cómo no.

- Ah, entonces estamos de acuerdo- volví a sentarme. Todo había salido al final como me había planteado, quizás las formas y la metodología no eran las previstas pero lo importante es que lo había logrado. Pero, quizás, ¿habría sido demasiado fácil?, algo olía a chamusquina.

- Cuando yo me muera- y comenzó a reírse él solo, haciendo que el eco resultara diabólico entre estas paredes - Tu padre me dejó por escrito el control de su parte, no quería tener ninguna relación económica con la familia, cuando se fue con esa muchachita francesa. Así que tus aspiraciones de empresario tendrán que esperar unos años. Mientras permanecerás a mis órdenes. No todo son malas noticias, como eres mayor de edad, te pasaré una pensión para que aprendas a administrarla y puedas ser independiente, es el primer paso que debe aprender un futuro empresario- jaque mate.

Me sentí amargado, triste, enfadado e indeciso, mis manos sobresalieron de las asas de la silla. Me levanté de la mesa enojado y mientras regresaba a mi cuarto, no pude contenerme y le solté lo que llevaba dentro:

- Estupendo caballo ese semental tuyo, lamento informarte que se pasará unos días en la cuadra recuperándose de la cabalgada que lo dejó exhausto ayer.

- ¿Cómo?- Me dijo con la boca abierta.

- Y por cierto, mañana salgo para París, será mi nueva casa a partir de ahora. Adiós.

CAPÍTULO 18: Dando Tumbos

Ahí estaba otra vez, metido en un coche, rumbo a Munich, donde buscaría el primer tren que me llevara a París. ¿Por qué había dicho esta ciudad? fue la primera que se me ocurrió en ese momento, seguramente la elegí pensando en fastidiarle más que por querer ir allí, el odio que demostraba hacia Francia era más que evidente, e intenté golpearle donde le pudiera doler.

No conocía la ciudad, así que en principio tendría que quedarme en cualquier hotel, a ser posible barato, para poder encontrar algo más permanente y que, sobre todo, pudiera mantener. La pensión que me pasaba el ogro era más bien escasa para lo que podría haber recibido, y seguramente lo hacía a drede como venganza, por que el caballo recién comprado que cabalgué hasta la extenuación había perdido el apetito por montar a las yeguas, por lo menos, durante un tiempo. Las acciones no las podía vender sin su consentimiento, aunque fuesen mías.

Era huérfano, y la única familia que conocía me resultaba realmente odiosa, por tanto, no tenía un hogar como todo el mundo entiende, desde hacía mucho tiempo, y quizás, nunca lo tendría. Al no tener algún tipo de atadura, el viajar a otros sitios me resultaba fácil y sin añoranzas que me hicieran regresar, me estaba convirtiendo en un nómada a ninguna parte, con un principio y sin un final.

Ahora me encontraba perdido y sin un futuro claro, qué podía hacer, no necesitaba trabajar si lograba administrar con mesura mi capital. El dinero lo recibía en dólares con lo cual no se veía afectado por la inflación galopante a la que estaba sometido el marco, una lección de economía que permitía al grupo de empresas de la familia salir con cierta indemnidad del germano caos monetario.

Estudiar, mejor que no, nunca se me había dado bien, me aburría y me sacaba de quicio, terminé la escuela de cadetes con un aprobado raspón, sólo superado por las excelentes notas en asignaturas físicas o equitación. Así que lo primero que deseaba hacer era descansar y conocer París. Quería divertirme un poco y olvidar una lamentable vida, sin una brújula que me marcara el norte y libre del control férreo al que era sometido por los demás. Ya con el tiempo, sin prisas, buscaría un trabajo y quien sabe, a lo mejor encontraba mi media naranja entre las calles y plazas parisinas, mi padre lo había logrado, ¿porqué yo no? Con esos pensamientos inocentes llegué a la capital francesa con el alma abierta a nuevos planes y una ilusión destrozada.

Las primeras semanas la soledad era aguantable y hacía una vida tranquila. Paseaba entre las calles, avenidas y jardines, cada día con un rumbo diferente para esquivar la rutina, adaptándome a la ciudad y disfrutando de sus olores y rincones tan pintorescos, viendo como los pintores recreaban la hermosura de París en sus blancos lienzos, el surrealismo acababa de nacer y luchaba por hacerse un hueco en cada

esquina o parque. Visité Notre-dame, el enorme Versalles con sus jardines, leía los clásicos por los paseos elíseos, subí a la torre Eiffel, incluso visité el Cementerio de Père-Lachaise una tarde por casualidad, y me aburrí en el Louvre. Pero todo fue cambiando poco a poco, cuando la angustiosa soledad se infiltró en mi débil corazón casi sin darme cuenta, y no podía estar en casa sin sentir que las paredes me oprimían el pecho quitándome el aire que respiraba. Los días pasaban iguales, vacíos, en esta inmensa urbe me sentía solo. No conocía el cariño o el amor desde la muerte de mi padre, y eso, ni con todo el oro del mundo, podría sustituirlo.

Intentando huir de esa angustiosa situación comencé a coquetear con la inquietante y a la vez fascinante noche parisina, en el amparo de la oscuridad me sentía cómodo y protegido. Empecé a visitar lugares poco recomendables en la orilla del Sena pero que me acogían con más o menos alegría y cariño, gracias, claro está, según fuera el tamaño de la cartera del visitante. Llegaba a "casa", un pequeño apartamento de treinta y cinco metros cuadrados, justo antes del amanecer y totalmente ebrio, me levantaba muy tarde y los paseos se hacían tan poco frecuentes que los dejé. La vida nocturna de París me había capturado entre sus dulces garras, era como la primera brisa de aire fresco que respira el minero al salir de la mina después de tantas horas de trabajo en su interior. Era el centro del glamour y de la creatividad europea, en los bares y cafés te podías encontrar con todo tipo de personas con inquietudes de lo más variopintas, pero lo que más me gustaba eran las mujeres, con esos vestidos oscuros y el pelo

tan corto que realmente me hacían sentir que París era la ciudad del deseo, donde todo era posible, incluso para mí.

Pero me empezó a costar llegar a fin de mes, solo si reducía algunos gastos y retrasaba el pago del alquiler, podía mantener ese mismo ritmo de vida frenético. También dejé de visitar los teatros donde podía disfrutar de la belleza más privada de las mujeres que actuaban allí, me resultó muy duro no volver al Moulin Rouge. Pero la espiral seguía sin control y mi casero amenazaba con echarme a la calle cada vez que me veía. Comía lo justo para ahorrar y tener dinero para la diversión, y comencé a beber hasta de día. Pero como todo tiene su principio y final, toqué fondo una desdichada noche, volvía renqueante al apartamento y no pude entrar, mis cosas estaban en la puerta, no eran muchas la verdad. Metí la mano en el bolsillo y noté que me quedaba algo de dinero, de perdidos al río, y me encaminé con mis pertenencias a la parte más oscura de Montmatre, entré en un bar y una camarera no tardó en acercarse a mí, quizás de una forma demasiado cariñosa:

- Hola guapo, qué deseas, aquí tenemos de todo- me costaba distinguirle la cara con tanto maquillaje impregnado por todo su rostro.

- Por favor, ¿puedes ponerme lo más fuerte que tengas?

- ¿Una mala noche, eh? quizás prefieras terminarlo con algo mejor que una copa. Se retiró la falda dejándome ver toda su pierna con su media negra y su liga roja.

- No muchas gracias, pero lo que quiero es olvidar- le negué con el

dedo.

- Para un chico como tú, te puedo hacer un precio especial, y seguro que te hago olvidar a esa mujer que te ha roto el corazón.

- Me siento alagado por tu oferta, pero necesito beber. Saqué el dinero que me quedaba, lo puse sobre la mesa. Ponme una botella y el resto para ti. Esperaba que de esa forma me dejara tranquilo de una vez, y funcionó. Cogió el dinero con la velocidad de una gacela y no tardó en llegar con la botella que contenía un brebaje rico en alcohol pero intragable.

- Gracias.

- ¡Ya era hora que entrara un cliente amable en este sucio tugurio! - gritó mirando al salón- si necesitas algo estoy en la barra.

Los vasos se vaciaban de un sorbo y se llenaban de forma idéntica, intentaba que su efecto embriagador se acelerara y me liberara la mente de todos los problemas. La botella se acabó y me levanté medio mareado. Cogí las pocas cosas que me había sacado el casero y salí, llevándome por el camino una mesa con la pierna derecha y una silla al suelo con la otra. No tardé ni dos minutos en caer al suelo inconsciente. Y así terminé la noche, con el ruido de los pájaros al amanecer como último recuerdo y yo borracho a tal extremo que mi mente se apagó por completo y por fin pude olvidar.

La consciencia regresaba y mi cabeza parecía que iba a estallar al hacerlo, intenté abrir los ojos, pero un latigazo de luz me obligó a

cerrarlos de nuevo ¿dónde estaba? con las manos palpé todo lo que me rodeaba. Estaba en una cama, el olor del recinto era algo húmedo y cerrado, mezclado con un perfume cargante. Y sobretodo, qué hacía desnudo, quién me había quitado la ropa, pero al pensarlo me molestó tanto la cabeza que me volví a quedar dormido.

Me dolía el lado derecho, eso me despertó ayudado por algo que...se deslizaba por mi piel, empezó por el ombligo hasta terminar entre mis piernas, yo reaccioné con un respingo, pero estaba desfallecido, notaba como lo único que tenía vida propia y unas energías que yo no tenía se encontraba totalmente despierto y acoplado con esos movimientos rítmicos que esa mano tenaz hacía sobre mí. Solo escuché una voz femenina susurrarme al oído:

- Relájate y déjate llevar.

No lograba abrir los ojos, me sentía inmerso en un profundo sueño del que no lograba escapar, intentaba razonar si estaba despierto, vivo o muerto, me percaté como ella, diosa o ninfa, se echaba sobre mí, sentía todo su cuerpo frotándose con el mío, mi respiración se aceleró, y noté como poco a poco entraba en ella, fue molesto al principio pero luego mi respiración se acompasó con la suya, se me aceleraba el corazón, mi ritmo cardíaco subía y subía. Ella me tenía a su merced, lo hacía todo. Me gustaba. Se incorporó sobre mí mientras escuchaba sus jadeos, me cogió las manos y las puso sobre sus pechos, eran pequeños y firmes, y sus pezones me mostraban su estado de agitación, ella empezó a cabalgar sobre mi, gritando y gritando hasta que los dos desaceleramos al llegar a esa felicidad casi celestial que

solo me duró unos pocos instantes pero que valieron como si de horas se tratase, yo empapado en sudor volví perder la consciencia.

Al fin logré abrir los ojos y despertar de un sueño donde la diosa Afrodita me había visitado mostrándome los aislados senderos del paraíso, no sabía donde estaba, era un apartamento más pequeño que el mío, tenía ropa de mujer colgada por todos lados, todo estaba muy desordenado. Me incorporé un poco, fatigado y dolorido, entonces fue cuando el sueño se hizo realidad, una mujer estaba acostada a mi lado, era joven, de unos veintitantos, morena y cuya cara me sonaba. Claro, era la camarera de anoche, o de anteanoche, no sabía qué día era. No era muy guapa pero mejoraba si no se ponía tanto maquillaje. Ella me había abierto las puertas a un mundo nuevo, y quizás a otros que no debí visitar.

Ella se despertó al sentir que me movía, se giro ante mí, y puso su mano sobre mi pecho:

- Hola guapo, hacía mucho tiempo que no compartía el lecho con un joven tan guapo y agraciado como tú. Me llamo Monique.

- Yo me llamo...

- No me lo digas- me interrumpió poniéndome una mano en la boca- no quiero saberlo, así es más excitante.

- Puedes quedarte unos días si te apetece, no es muy grande pero nos apañaremos, solo tendrás que dejar esto libre si subo con algún cliente, no suelen estar demasiado tiempo y además no hay muchos en

esta época del año.

- ¿Qué hago aquí?- le pregunté desconcertado.

- Te encontré tirado en la calle justo en frente de mi portal, y no pude evitar recogerte, un chico guapo, amable y educado, era una oportunidad que no dejé escapar.

- ¿Y lo de anoche? ¿Fuiste tú?

- Llámalo un regalo, deseaba compartir, por una vez, esta cama con alguien que yo eligiese y no al revés.

Se levantó, pude verla desnuda por completo, la verdad es que era una joven atractiva y era la primera vez que veía una mujer desnuda tan cerca, en el teatro se veían tan lejos que no podía apreciar la belleza del cuerpo femenino. Se vistió y aseó en un instante, no sin que yo la perdiera un instante de vista, no podía dejar de mirarla y al mismo tiempo desearla, volver a experimentar esas sensaciones de forma consciente.

- Tienes algo de comida o fruta, me voy a trabajar, volveré esta tarde.

Y se fue.

En los días posteriores puse mi residencia en casa de Monique y en esas pasionales noches seguíamos disfrutando de nuestros cuerpos, formándome en el culto al sexo, me enseño todo tipo de caricias, posturas y a reconocer las partes más sensibles de una mujer. Sabía que para ella yo era solo un juguete pero yo me había vuelto un adicto a ella, a sus ojos, a sus piernas y lo que escondían, a su cabello, a sus

manos incansables, era su esclavo dispuesto a hacer lo que me pidiera por seguir disfrutando otra noche de su cuerpo. Los días que no trabajaba lo hacíamos varias veces, unas rápidas y otras tan lentas, recorríamos cada esquina del apartamento buscando nuevas posturas y sensaciones que me dejaban agotado e insensible durante un largo tiempo. Me dejé llevar por ella sin medida, por su forma de ver la vida, tanto me aferré a ella que me introdujo en las drogas sin darme cuenta, siempre buscando una forma de prorrogar el placer del cuerpo, me decía que con ellas el arte del amor llegaba a su cúspide, una proposición que acepté sin miramientos. Al abrir esa puerta dejé pasar a un enemigo más fuerte que yo, dio comienzo la peor etapa de mi vida hasta entonces, que dejó una triste impronta para el futuro.

Concretamente, el declive comenzó unas semanas después, cuando una tarde nublada, de regreso a casa, la encontré con su nuevo amante y mis cosas junto a la puerta, era aún más joven que yo y con el pelo rojo, era un crío. Me encontraba de la noche a la mañana en la calle, sin un techo donde cobijarme, con una adicción al sexo y a las drogas que no podía controlar.

En esas condiciones me encontré perdido, enfermo y sin una salida. Amanecía por las calles tirado por el suelo, muchas veces la policía me detenía durante un día para quitarme del medio o me daba una paliza, era un pordiosero sin rumbo ni destino, las drogas me habían despojado de un alma y de una voluntad propia. Y un jueves de otoño, cuando mis únicos pensamientos estaban en unirme a mis padres

ocurrió algo curioso y extraño. Esa tarde cuando estaba sentado junto al Sena, sufriendo el síndrome de abstinencia más severo de las últimas fechas, sin dinero para poder saciarla, con las piernas temblando sin control y una botella de vino medio vacía en la mano derecha, me decidí. Puse los pies junto al borde, con las puntas de los zapatos sobresaliendo unos centímetros sobre el vacío, y cuando estaba a punto de acompañar a una botella que flotaba río abajo unida a la corriente, escuché una voz a mi espalda:

- ¿Necesitas ayuda?

Solté un respingo del susto que casi me hizo caer al río antes de tiempo.

- Déjeme en paz, ¿no tiene a otro a quien molestar?- le respondí sin mirar atrás.

- Ahora mismo, la verdad, no, ¿estás bien?

- Usted qué cree, si me deja en paz, sabrá la respuesta- siempre hay gente pesada por toda el mundo.

- ¿No te parece que a tus padres eso no les gustaría?- al mencionarlos me llenó de ira, como se atrevía tan solo a nombrarlos, no sabía nada de mi vida y me dí media vuelta con el deseo de golpearlo y poner fin a esa bocaza. Y cuando tenía el puño preparado, me encontré con un viejo sacerdote, al que conocía, me paré sorprendido y caí de rodillas ante él llorando como un poseso.

- Quiero estar con ellos, padre, ¿no me comprende? Les he fallado.

- Sé que en este momento es lo que estas pensando, la soledad le hace a uno pensar en cosas raras y el mal nos acecha en esos instantes de

debilidad, se aprovecha de los miedos para corrompernos, pero creo que ellos al igual que yo, no opinamos de igual forma que tú, y por eso estoy aquí, aunque tú te hayas olvidado de nosotros, nosotros no de ti, se lo prometí. Me estiró su brazo para ayudarme a levantarme, lo agarré con fuerza entre lágrimas, y fue así como al incorporarme volví a tener frente a mí al padre Bernard, más viejo que antes pero con la misma fuerza de espíritu de siempre.

CAPÍTULO 19: El Renacer

Una vez pasados los miedos tenía muchas preguntas que comenzaban a emerger en tropel, invadida por una inquietante curiosidad y la sorpresa ante una respuesta que no quería escuchar:

-¿Cómo me ha encontrado? ¿Cómo sabía que estaba en París? ¿Y en este barrio? Si es una ciudad enorme- me salían las palabras atropelladamente.

- Los caminos del señor son infinitos, y sus ojos ven por todos lados, el que tenga ojos que vea solía decir, aunque, que quede entre nosotros, tu tío me ayudó un poquito- me lo decía mientras guiñaba un ojo.

- ¿Mi tío, ese cerdo racista sin escrúpulos? Le odio.

- Cuidado con esa boca, veo que no te han enseñado buenos modales en esa Academia. Sí, tu tío, con todos sus defectos, que indudablemente los tiene, me ha ayudado bastante. ¿Cómo te encuentras? ¿Puedes andar? Mis viejas piernas no aguantan estar mucho tiempo de pie, pero el andar lo llevo mucho mejor.

- Lo intentaré.

- Estupendo, ¿a dónde vamos? ummm...- se quedó pensando mientras se mesaba la barba con su mano derecha- estamos muy cerca de la torre Eiffel, y la verdad, nunca he podido visitarla, me hace ilusión, y ¿no le vas a conceder ese pequeño capricho a este viejo sacerdote?- nada se le resistía.

- Venga, lo intentaré, aunque debe saber que el camino es largo- me dolían los músculos a rabiar, quizás algo de ejercicio podría desentumecerlos.

- ¿Por dónde?- me lo dijo con la ilusión de un colegial de doce años al que le acaban de traer sus regalos en navidades.

Por allí, y le señalé el camino que bordeaba el río.

- Veo que estás pasando un mal momento, eso nos pasa a todos pero quizás la solución sea enfrentarse al problema no rendirte o darle la espalda ¿no te parece?

- No tiene ni idea de lo que es mi vida- no me gustaba que me dieran lecciones.

- ¿Tú crees? ¿No pensarás que por ser un viejo cura de un pequeño pueblo no sé nada del mundo? Muchacho, eres mas inocente de lo que pensaba, quizás tengas remedio- lo dijo riéndose- Estás lento, sube el ritmo, que estas viejas piernas pueden con todo.

La verdad es que las mías me dolían y me costaba respirar, los costados me pinchaban como agujas, que vergüenza estaba pasando, parecía que estaba otra vez en el colegio. Debía aguantar, aunque me estaba costando una barbaridad conseguirlo.

- ¡Me va a contar de una vez cómo me ha encontrado!- la abstinencia me hacía gritar.

- Bueno, mi impaciente niño ¿Te importa que te llame así? Es que cuando te veo me recuerdas a esa época. Bueno, perdóname, a veces pierdo la concentración y desvarío, la vejez me puede. Como te estaba diciendo, cuando dejaste de comunicarte con nosotros, me comencé a

preocupar y decidí ponerme en contacto con un viejo colega del seminario, y debo añadir, una encantadora persona, el párroco de Füssen, y me puso al día de los meses que pasaste allí, también me comentó que si conocía alguna novedad me avisaría de forma inmediata.

Empezaba a comprender, la Iglesia tiene los brazos muy largos, y este cura cotilla los usa a su merced, pero ¿cómo podía encontrarme en París?

- La verdad es que París es sublime, aunque tiene un olor tan particular, sus calles rebosan de historia y suciedad, debería haber venido antes. Bueno, volviendo al tema. ¿Por dónde iba? Ah ya, sabía que estabas en el escuela militar, y tus progresos también eran conocidos por el capellán de la escuela, este no era tan simpático, pero me ayudó. Todo el pueblo quería saber de ti, siempre me paraban en la calle y me comían a preguntas.

La sensación de culpa comenzaba a tocarme el corazón, este viejo zorro sabía donde golpear y como tratarme, mejor dicho, maltratarme.

- Pero cuando dejaste los estudios y volviste a casa te perdí la pista, y es cuando me empezaron las dudas y las preocupaciones, debo confesar que nos asustamos, y sólo encontré un camino para dar contigo, tu tío. Contacté con él mediante carta y hace una semana me contestó, su educación le obligaba a escribirme aunque no se esmeró en palabras. Sólo me dijo que residías en París, que no sabía nada de ti salvo donde mandarte el dinero de tu manutención. Esa pista me trajo aquí, y con la descripción que le daba de ti a la gente, te encontré.

Muchos te habían visto, y no hablaban muy bien de tu comportamiento y otras cosas que no me gustaron nada oír de sus bocas.

La torre Eiffel estaba ya más cerca, me encontraba algo mejor, el ejercicio me ayudaba, ¿El viejo lo habría hecho aposta? sé que a París había venido varias veces y ahora quería ver el monumento, qué extraño. Descarté esa posibilidad, no podía ser tan listo.

- ¿Es verdad todo lo que dicen de ti esos pobres descarrilados de este barrio?

- Seguramente.

- ¡Dios mío! se santiguó. Gracias señor por dejarme llegar a tiempo. Lo primero es alejarte del problema y lo segundo es que quieras de corazón salir del problema.

No le contesté, estaba en mis pensamientos y no le había escuchado, pero un golpe en la cabeza me sobresaltó. Esa extraña manía de pegarme era irritante, ¡ya no era un niño!

- ¡Despierta!... ¿me has escuchado lo que te he dicho?

- Sí claro- mentí.

- ¿Te quieres curar o no? O quieres ser un pordiosero toda tu vida- parecía que hablaba mi padre.

La verdad es que ese instante de debilidad que casi me deja bajo las aguas del Sena sin vida se había esfumado y quería seguir en la tierra, volver a vivir aunque no sabía como.

- Sí quiero, pero… no sé como hacerlo, necesito ayuda.

- Puso sus brazos sobre mis hombros y me comentó feliz: Eso, muchacho, déjalo en mis manos, recojamos tus cosas y salgamos de viaje, sé el sitio perfecto para ordenar tus pensamientos y recuperar tu cuerpo del mal que te invade ¿Dónde vives?

- En un cuchitril a cuatro manzanas de aquí- era un local abandonado en el que me colaba para dormir y realmente nos cogía de camino a la torre, ¿casualidad?

- Pues vamos, tengo ganas de volver a viajar y que me cuentes estos años que me he perdido y además quiero contarte cosas del pueblo, Pier se nos casa, ¿te lo puedes creer?

- ¿Pero qué pasa con la visita a la torre Eiffel?- le pregunté para saber la verdad.

- Ah, la torre, pues tendré que venir otro día a verla, así ya tengo una excusa para volver a París.

Me había engañado todo el tiempo, y ¿como lo había logrado?, qué listo era, ¿será por eso que se hizo gran amigo de mi padre? eran ambos muy inteligentes, esas partidas de ajedrez de los viernes debieron ser apasionantes. Bajé la cabeza y subí los hombros, que más daba, me había traído nuevas ansias por vivir y la esperanza renovada de una vida mejor, salí andando con un “trote” mucho más alegre:

- Vamos padre, no se quede atrás, a ver como le sienta que le gane un muchacho tan insolente como yo, o quiere que le queme la sotana otra vez.

Se levantó la sotana con las dos manos:

- ¡fuiste tú, lagartija del diablo! Ahora te vas a enterar- y salió corriendo unos metros detrás de mí, sonriendo de oreja a oreja.

Esa tarde saldríamos los dos rumbo a Normandía, el dolor de las piernas volvió y unas tremendas ganas de volver a beber que me hacían temblar de frío. Lo intentaba disimular pero era demasiado evidente, las gotas de sudor caían por mi frente, solo me dejó beber una copa de vino de camino a la estación, no podía más, eso me calmó algo los dolores y mi mano derecha dejó de temblar, comenzaba otra etapa dura en mi vida, que sigo intentando olvidar, pero me temo que aún no lo he logrado.

CAPÍTULO 20: El Silencio De La Isla

Allí estábamos los dos en el sucio andén de la estación de ferrocarriles de París. Como había ocurrido previamente en todos los capítulos de mi corta vida, me disponía a cambiar de rumbo en un intento de encontrarme a mí mismo, o quizás, poder encontrar mi propio Santo Grial en otra parte. El vapor de la locomotora no me dejaba ver con claridad más allá de cinco metros, olía a carbón quemado y a aceite chamuscado, tras la enorme máquina seis vagones repletos de pasajeros cada uno con una historia diferente y un futuro por delante. El padre Bernard quería alejarme de la tentación, para ello me mandaba al oeste, junto al mar, era lo único que me había trasmitido. Mientras tanto, me inquietaba lo que no me había dicho, lo conocía lo suficiente para intuirlo, el mar me sonaba muy tentador, sabía de sobra que no lo conocía, y claro, poder bañarme en agua salada me fascinaba ¿Qué escondía bajo la sotana este viejo zorro?

Miré el enorme reloj que colgaba del techo, las 17:57, en tres minutos salía el tren.

- ¿Subimos?- Estaba muy cansado y necesitaba sentarme.

- Yo me quedo- Le miré sorprendido.

- ¿Cómo? ¿No viene conmigo ahora? Entonces…

- Este camino lo debes emprender tú solo. Tendrás que soportar el dolor con la ayuda de Dios. Que te dé fuerzas en los momentos más

oscuros y que ilumine tu camino cuando no puedas más. Por favor, recuerda que tus padres siempre estarán en tu corazón.

- ¡No puedo hacerlo solo!- le grité al mismo tiempo que una nube de vapor nos envolvía.

- Eso no es cierto, late en ti una vela con una llama que se ha apagado, ella te ayudará a superar todo lo que te plantees en la vida, lo único que debes hacer es encontrarla y encenderla.

17:58

- Me temo que mi fe está olvidada padre, Dios no está en mis pensamientos.

- Eso puede ser, pero no olvides que él no te olvida a ti, siempre estará contigo. Allí donde vas podrás hablar con él, reconciliarte, y conocerte a ti mismo, solo entonces podrás vivir tu vida aquí en el mundo, plantearte objetivos que den razón a tu existencia, no dejes que el odio inunde tu corazón o nunca conocerás el amor del prójimo.

- ¿Qué quiere decir con eso, a dónde voy?- me estaba intranquilizando, un tirón en el gemelo derecho me hizo inclinarme un poco dejando el peso sobre la otra pierna.

- Es verdad, me hago mayor, quizás demasiado, toma este billete a Pontorson, allí te esperarán dos monjes franciscanos que te llevarán a tu destino, han sido muy amables haciéndome este favor, pórtate bien jovencito y no me dejes en mal lugar.

17:59

- ¡Venga conmigo por favor!

- Me temo que el tiempo de viajar ha terminado para mi, regreso a casa para poder terminar mis días, con las promesas cumplidas.

- ¿Cómo? ¿Qué quiere decir con eso?

Me empujó hacia el tren hasta que me dejó dentro, subí y dejé mis cosas sobre el banco de madera que estaba junto a la ventana y me asomé:

- ¡No puede ser, usted también!- comencé a llorar como si fuera un niño, alargué la mano en un intento vano de que entrara.

- Ya soy mayor, he tenido una vida muy feliz, ahora le toca a los jóvenes como tú disfrutarla, y descubrir la belleza que Dios nos brinda.

18:00

El tren hizo sonar su silbato al mismo tiempo que comenzaba a girar las ruedas con un pequeño tirón inicial del vagón.

- Padre está a tiempo de subir, ¡vamos!

- Adiós lagartija, te estaré vigilando, no lo olvides, adiós.

Su figura se perdía poco a poco en la nube de vapor y humo que brotaba de la chimenea de la locomotora. Pude ver que unas lágrimas recorrían su cara, eso me rompió el corazón mientras me sentaba en el asiento, la gente me miraba sorprendida pero yo no decía nada.

Me pasé todo el tiempo sopesando lo que me había ocurrido en este extraño día, al mismo tiempo que miraba por la ventana, observaba los pueblos y lugares por donde pasábamos, y a veces, cuando la luz del exterior se reducía por el paso de una nube, veía mi reflejo en el cristal solapado con la bella panorámica de la campiña francesa. Las lágrimas caían más despacio con cada curva y localidad que rebasábamos, incluso se secaron a medio camino, la tristeza había logrado calmar los dolores físicos por un tiempo, pero no sabía cuánto.

Al llegar al destino, cogí la única maleta que llevaba, no necesitaba más, el resto de mis pertenencias se quedaron atrás. Mi ropa olía al humo que se lograba meter por las ventanas abiertas que impedían que nos asfixiáramos de calor. Al bajar vi a los dos monjes enseguida, su hábito era inconfundible, una túnica negra y un escapulario. Uno era muy joven, quizás incluso un novicio, el otro entrado en años y en carnes me buscaba con la mirada, solo con verlos me estaba entrando un calor soporífero.

- ¿Sr. Von Munster? - me pregunto el mayor de ellos.

- Sí, soy yo.

Hizo un gesto al joven que cogió la maleta veloz y salió corriendo rumbo a un desgastado carro tirado por un viejo caballo con un porte cansino que estaba colocado a la sombra de un enorme sauce.

- Vamos rápido, la marea está a punto de subir y aún nos queda un buen trecho para llegar a casa.

La noche se echaba encima lentamente, las nubes lejanas se tornaban rojizas con los últimos rayos del día, solo nos iluminaba el farol que colgaba del lateral del carro, atrayendo con su brillo a todos los insectos de los alrededores, y mientras, el caballo que se sabía a la perfección su camino seguía trotando con la misma parsimonia.

- Me llamo Fray Bartolomé y mi compañero novicio es el hermano Gerôme, tiene hecha una promesa de silencio y no podrá hablar con nadie este mes, espero por favor que la respetes, al igual que el resto de nuestras costumbres.

- Pooor su...puesto, me tembló la voz. Habían vuelto los dolores y las nauseas, y esta vez eran mucho más fuertes.

- El padre Bernard me pidió que te ayudara, no me dijo para qué, pero ya veo el problema, por desgracia está ocurriendo más a menudo de lo deseado, sobretodo en los jóvenes que se emancipan de sus padres y pierden la referencia familiar, pero espero que con la ayuda de Dios lo consigas, entre los muros del monasterio tendrás lo necesario para solucionarlo. Para no llamar la atención, te hemos traído un hábito, te ruego te lo pongas, en cuanto cruces la puerta serás un novicio que viene de la capital, te llamaremos Isaías, para que seas la salvación de Dios, como indica su nombre. La maleta la guardaremos hasta que decidas irte, lo material debe quedarse fuera.

Así que en un carro viejo, que cogía todos los baches y piedras del camino, logré cambiarme no sin dificultad, solo me guardé el avión en un bolsillo de la túnica, que quien sabe cuántas personas antes que yo

la habían utilizado. Su tacto con mi piel desnuda me resultaba extraño, no me gustaba, pero no me quedaba elección.

- Somos pocos aquí, se nos permite estar con esa condición, apenas salimos para no llamar la atención, solo para comprar algunas cosas que necesitamos. Pronto conocerás al resto, somos una pequeña pero bien llevada familia y espero que te integres lo mejor posible, saben lo necesario sobre ti y no te harán preguntas.

Ya divisaba algunas luces del pueblo, era muy pequeño, situado sobre un montículo de reducidas dimensiones, la humedad aumentaba con cada metro que recorríamos y el olor a salitre me saturó la nariz. Sabía que el mar estaba cerca pero no lo podía ver, la luna estaba en cuarto menguante, y no iluminaba en demasía nuestro camino.

Entramos al pueblo en silencio, era tarde y los vecinos estaban a punto de irse a dormir, solo se escuchaba el traqueteo que desprendían las ruedas al circular por el camino empedrado que serpenteaba desde el puente levadizo de la entrada hasta la cima.

- Nos dirigimos a la parte más alta, y para llegar allí tendremos que recorrer todas las calles, ponte la capota y mantén la cabeza gacha, no quiero que nadie te vea que ya empiezo a ver algunas miradas furtivas en algunas viviendas- yo no veía nada, aunque con los dolores me senté encogido, con la mirada en los cascos del caballo, en un intento

vano de sobrellevarlo lo mejor posible.

Así fue como llegué al monasterio, como un fantasma en la noche, pocos sabían de mi existencia y ahora, esos pocos no sabrían donde estaba. Aunque yo tampoco. Parecía un pueblo medieval perdido en la Normandía francesa que me resultaba totalmente desconocido. Tras varios tramos empinados donde incluso nos tuvimos que bajar para facilitar el ascenso del carro, el camino pedregoso en forma de círculos tocó a su fin.

- Hemos llegado, ahora sígueme, mantente cerca y no hables con nadie, espero que no nos crucemos con alguien, no es momento de explicaciones, y menos a esta hora. Hermano Gerôme, guarda el carro y regresa a tu celda lo antes posible como habíamos hablado.

Parecía que habíamos entrado en un laberinto de oscuros pasillos, me desorienté enseguida solo me dediqué a seguirle, la luz era muy tenue, un pequeño candelabro con dos velas que habíamos cogido en la entrada iluminaba tembloroso el camino, tras subir por unas interminables escaleras y cruzar varios pasillos, Fray Bartolomé se paró frente a una puerta de madera oscura de dos metros por uno de ancho.

- Este será tu morada mientras estés con nosotros. A las seis nos levantamos todos los días para rezar, mañana hablaremos, buenas

noches.

Entré y tras de mí la puerta se cerró con estrépito, al mismo tiempo que escuchaba como se cerraba el pasador que servía de cierre ¡Dios mío! ¡Estaba encerrado! Golpeé con fuerza la puerta pero siguió bloqueada.

- ¡Sáquenme de aquí!- gritaba con fuerza sin hallar respuesta.

Me asomé por la delgada ventanita que presentaba la puerta, la luz del candelabro se extinguió al final del pasillo y sólo podía contemplar tras ella la oscuridad a ambos lados. Me habían encerrado, pero ¿por qué? A los pocos minutos la vista se fue adaptando a la oscuridad y pude atisbar algo de la celda con la poca luz lunar que entraba por una ventana de cincuenta por cincuenta centímetros que estaba justo encima del cabecero de la cama, una mesa con su silla y un crucifijo, un orinal, un pilón y poca cosa más. Al rato veía mucho mejor y pude distinguir algo en las paredes, parecían marcas, eran como señales, me acerqué y pude leer, ayudado un poco del tacto, como si de un ciego se tratase:

"Aquí estuvo Louis Auguste Blanqui, encerrado por ser realista y pedir lo imposible. 1847"

- Dios mío ¡me ha encerrado en una cárcel!

CAPÍTULO 21: Un Espíritu Renacido

La noche parecía que no tenía fin, había vomitado lo poco que había comido, me intentaba limpiar la barbilla con la manga de la sotana, y para colmo de males, empezaba a tener alucinaciones de todo tipo, incluso me pareció ver un fantasma que atravesaba de una pared a otra sin percatarse de mi presencia. Tenía calor, me encontraba empapado en sudor y los ojos no podían cerrarse para dejar paso al día siguiente. Se me aparecía gente conocida del pasado, que me miraba pero no me decía nada, e incluso me parecía que la silla se movía de una esquina a otra de la celda, la cabeza me estaba a punto de estallar, el dolor era tan agudo que me hacía chillar.

Necesitaba aire, me faltaba para respirar, la habitación se había quedado sin él, así que con la mesa la silla y la cama, improvisé una escalera que me dio acceso a la pequeña ventana en un intento de escapar del vacío. Cuando mis ojos llegaron a la altura de la ventana solo pude ver agua, más bien lo sospechaba porque veía el reflejo de la menguante luna sobre ella, pero nada más, me habían encerrado en una isla sin lugar de escape, y menos para un pobre muchacho que no sabía nadar. Por lo menos el aire fresco alivió la angustia solo por un instante.

Intenté asomarme un poco más por si podía escapar escalando o descendiendo, pero la pared presentaba más de una decena de metros

en caída libre sin un hueco donde poder aferrarme. Pero algo pasó: escuché un chasquido, algo se rompía, y en un instante la escalera improvisada se vino abajo, el golpe fue tan severo que perdí de inmediato la consciencia.

Los rayos del sol de mediodía me calentaron las mejillas y me desperté con esa sensación de calidez que tanto agrada. Al incorporarme parecía que tenía las púas de un erizo clavadas en los músculos y descubrí un chichón en la frente que me hizo recordar la fulminante caída de anoche. Estaba sobre el viejo lecho ¿cómo había llegado? La habitación estaba limpia, sin restos de comida ni de orina que había expulsado sin control. Todo estaba ordenado, incluso tenía una bandeja de comida sobre la mesa. Me levanté rápido al ver una jarra junto al plato, la cogí y me bebí su contenido con atroz sentimiento de culpa pero deseando que calmara la sed de alcohol que no me dejaba vivir, pero iluso de mí, el contenido resultó ser solo agua, y sin darme cuenta la jarra se deslizó entre mis manos cayendo al suelo y destrozándose en numerosos trocitos.

Miré la puerta, corrí hacia ella, y con todas mis fuerzas grité pidiendo auxilio:

- ¡Socorro!, ¡que alguien me ayude! ¿Es que no hay nadie?

Tras el quinto intento desistí y caí al suelo con mi espalda apoyada sobre la puerta, comencé a llorar desconsolado. Cuando la última gota terminó de caer, me fijé en la mesa y me levanté con dolores en toda la columna vertebral. Sentado en la silla que hacía unas horas bailaba

de un lado a otro encantada por algún fantasma de pasado, decidí comer esa sopa fría con trozos de pollo y verdura, terminando con una manzana con un sabor fuerte y dulce a la vez. Al terminar me fijé que debajo del crucifijo había un cuaderno con hojas y unos lápices, pensé en escribir pidiendo auxilio o incluso lanzar algún avión de papel describiendo mi situación, pero recordé de la noche anterior que bajo la ventana solo había agua.

Miré a la cama y pude ver que tenía una pata reparada hacía poco, supuse que esa fue la que cedió dejándome caer y haciéndome este feo chichón que al tocarlo me hizo dar un respingo de dolor. Ni me había enterado de la reparación, ni de acostarme y menos de que me dejaran la comida. ¿Cuánto tiempo había estado inconsciente? Lo cierto es que estaba mejor. Miré el cuaderno lo abrí y pensé en escribir algo, como hacen todos los presos del mundo, pero me dolía la cabeza y no tenía ganas, comencé a garabatear un poco y sin darme cuenta me encontré garabateando la celda. Dibujé las paredes, el techo, la ventana, en fin, todo. Y cuando terminé, me quedé sorprendido de lo que había hecho con un poco de papel y un gastado lapicero. Realmente estaba muy bien, cómo era posible, ¿yo sabía dibujar? nunca lo había intentado. Los lápices me daban "urticaria", como quien dice, pero se me habría pegado algo de esos pintores bohemios de París, o era algo innato que había surgido después de un gran golpe en la cabeza.

No podía ser, pero para descartar esa posibilidad me puse un reto de verdad complicado: el crucifico presentaba la talla de Jesús en la cruz,

no hay nada más complicado que dibujar el cuerpo de una persona. Y la siguiente hora la pasé trabajando, me pareció un suspiro, hasta que al ver terminado el dibujo me llevé una grata sorpresa. Estaba muy bien, claro, para ser un novel. Y esa tarde me la pasé dibujando todo a mi alrededor, como un poseso, como alguien sin voluntad, y con cada dibujo superaba al anterior hasta que los últimos mostraron una mano temblorosa del artista, con el anochecer volvieron los dolores y terminé en la cama, en posición fetal, aguantando los dolores de las piernas y de la cabeza. La sopa no tardó en salir, no pude contenerla y los gritos de dolor llenaron la noche.

¿Es que nadie me oye?, ¿habrá más presos como yo? y ¿dónde estaban los demás monjes? No sentían piedad por un inocente, tenían que estar ahí, debía insistir hasta que me escucharan, no podían comportarse como demonios, solo quería una copa de ese vino dulce que consumen ellos, sólo una. Me levanté y se volvía a repetir la escena de la noche anterior.

- ¡Socorro! Sé que están ahí, solo quiero un trago que calme este dolor ¡por piedad! son todos unos desgraciados enfundados en sus hábitos que esconden la maldad entre estas paredes.

Golpeaba con pies y manos la puerta que se mantenía firme cada vez que intentaba tumbarla. Me dolía todo, ya no podía más, los nudillos no tardaron en sangrar, cogí la silla y la estampé contra la ventanilla haciéndola añicos, y terminé golpeando mi cabeza contra ella, desorientado caí en la cama temblando de pies a cabeza entre gritos y sollozos de dolor. Fue una de las peores noches de mi vida, junto con

la del día anterior. Sólo recuerdo de esa noche que el odio hacia el padre Bernard era lo que me mantenía con vida.

Al día siguiente algo había cambiado, la cabeza no me dolía tanto y al despertarme descubrí la figura de Fray Bartolomé frente a mí.

- Tendrás que perdonarnos, pero era la única forma de sacar el mal del alcohol de tus venas. Comprendo si no lo haces, pero quiero que sepas que ha sido muy duro para nosotros no salir a consolarte, pero era la única forma, créeme. Incluso el hermano Gerôme rompió su promesa intentando ayudarte, cuando al fin lo comprendió decidió comenzar otra vez pero manteniéndola el doble de tiempo.

No sabía que decir, aunque el dolor había cesado, me encontraba cansado como si todo yo fuera una agujeta andante.

- Esta puerta no se cerrará más salvo por dentro, eres libre de pasear por el monasterio, te ruego que guardes respeto por mi y mis compañeros, este es un recinto de oración y recogimiento, donde vivimos por y para Dios.

Miró hacia la mesa y vio los bocetos que había dibujado:

- No sabía que eras pintor, aquí podrás dibujar lo que quieras, la belleza de Mont Sant Michel es conocida mundialmente, y hay muchas esquinas con una oculta hermosura que un pintor como tú descubrirá con el tiempo. Si quieres más papel o lápices pídeselo a Fray Martín, él puede conseguírtelo. Bueno, nos vamos a rezar, son casi las doce, en una hora comeremos, date un paseo y así conocerás la que va a ser tu

casa durante el tiempo que consideres oportuno. Eres bienvenido y puedes permanecer entre nosotros todo el tiempo que gustes.

Seguí sin decir nada, sólo le miraba.

- Por cierto, tienes la palangana llena, te recomiendo que te asees, encontrarás todo lo necesario en el pasillo. Recuerda, con el repique de la campana comeremos.

Y salió veloz con las manos cruzadas en su hábito sin decir ni una palabra más, sin explicaciones o respuestas, así que me levanté despacio y me asomé lentamente hacia la puerta que ahora se encontraba abierta de par en par. Miré. Sólo había un pasillo con celdas en ambos lados, en el suelo, una toalla blanca y una pastilla de jabón verde. Al cogerlo pude ver que entre la toalla se encontraba un manuscrito con unos planos del monasterio, fundamentales para poder desplazarme, con una flecha que me indicaba mi posición y otra donde estaba el comedor.

Al limpiarme sentía que estaba mejor, más a gusto, y eso que el agua estaba gélida. Me daba la sensación que el hábito olía de forma extraña, rozando lo desagradable, ya pediría otro o algo para lavarlo.

Con el planito en la mano comencé la visita al monasterio, tenía un rato antes de comer así que quería aprovecharlo recorriendo este sitio, luego tendría tiempo de preguntar que ocurría aquí. Mientras lo pensaba me estaba dando cuenta de una cosa, que la necesidad de beber alcohol que me exigía el cuerpo se había casi esfumado, aunque la voluntad para hacerlo aún estaba allí, esperando abrirse camino en

un momento de debilidad y engancharme de nuevo en sus garras. Pero todo había cambiado, estaba solo en otro sitio, sin influencias externas pero también vacío, tenía que volver a encontrarme y quizás, gracias al padre Bernard, este sitio podía ser el adecuado para lograrlo.

CAPÍTULO 22: De Lobo A Cordero

A veces, los recuerdos de aquellos meses en la isla, me ayudaban trayéndome consuelo en esas noches en que la conciencia te cimbrea la sien impidiéndote dormir. Fue un periodo de sosiego y tranquilidad, de reflexión, de encontrarse con uno mismo. Permanecí dentro del recinto de la abadía como me habían pedido y pasaba largas horas mirando al mar, pensando, y dibujando. Con tanto tiempo ocioso comencé a leer algunos libros de la vieja biblioteca, intentando dar un sentido a mi vida. La oración, ese extraño momento en que uno habla consigo mismo, logré apaciguar la ira interior y a buscar apoyo en las pequeñas cosas positivas del día a día. También, aunque pareciera mentira en mí, esas numerosas horas de soledad en la celda me permitieron retomar una vieja costumbre ya olvidada, volví a escribir.

Le mandaba cartas a Pier narrando todo lo ocurrido, poniéndole al día, y contándole lo grande que era el mar, las montañas y el mundo que tenía frente a mí. Le felicité por su boda e incluso, con la ayuda de Fray Martín le pude mandar un regalo. Curiosa persona este fraile, se dedicaba al estraperlo en su juventud, pero cuando en una de sus operaciones nocturnas perdió un brazo en un accidente, se dio cuenta que todo lo que había hecho en su vida era para nada, una perdida de tiempo, todo para ser un lisiado, y fue entonces cuando encontró la respuesta en la fe. Como las viejas costumbres adquiridas nunca las había perdido del todo, seguía siendo un experto en conseguir lo que

quisieras, le hacía sentirse mejor al recordar a esa persona que fue cuando aún conservaba su cuerpo intacto. El abad, sin duda, hacía la vista gorda sabiendo el bien que le producía, y con una ligera penitencia de un par de padrenuestros, solucionaba esa pequeña falta.

El otoño pasó tranquilo y suave, como un recuerdo de la infancia. El invierno, sin embargo, fue peor, encerrado siempre entre estos espesos muros me volvían las ganas de beber, pero gracias a las frecuentes charlas y controles de Fray Bartolomé lograba calmar ese ímpetu y tenerlo bajo control. Teníamos largas conversaciones caminando por el patio interior buscando el sol de mediodía y si llovía, nos sentábamos en el refectorio, junto a la ventana. Me contaba cosas de su vida, incluso algunas confidencias de sus aventuras con el padre Bernard, nunca me las podría haber imaginado, el viejo sacerdote resultó ser un hombre increíble. Todos tenemos un yo interior que late fuerte y que alguna vez sale con alegría si uno le deja salir y con esas palabras me daba energías para salir y comerme el mundo. Era tanto lo que desconocía.

1929

La primavera llegó hermosa y cálida, los bosques de la abadía recobraban su verde esplendor de antaño, para entonces, me conocía al dedillo todas las estancias y escaleras del monasterio, y cuando todos dormían, yo salía furtivamente para andar por el bosque, me recordaban esos árboles tanto a Baviera que no me pude resistir,

bajaba por las escaleras de piedra que unían el monasterio con la parte posterior de la isla, buscando la fuente y la capilla de San Aubert, una pequeña península de piedras donde había una pequeñísima estructura. Allí encendía de vez en cuando una vela en recuerdo de mis padres y me pasaba el resto del tiempo nadando desnudo sobre las frías aguas junto a la fuente cuando la marea llenaba todos los bancos de arena que rodeaban el montículo. Algunas noches andaba solo en silencio descalzo por el pueblo, me encantaba pasear callado sin que nadie me viera, mirar por las ventanas e imaginar quién residía en cada una de las casas. La luna me hacía compañía y desde entonces me gusta andar o correr por la noche de vez en cuando como un gato que busca una presa que echarse algo al estómago.

Antes del verano, a finales de mayo, me sentía ya con las fuerzas necesarias para emprender un nuevo viaje, pero llegó Fray Bartolomé con la triste noticia de la muerte del padre Bernard, un cáncer se lo había llevado poco a poco, murió en un hospital de París, donde llevaba más de un mes ingresado sin que yo tuviera noticia.

- Lo siento en el alma, se que le tenías mucho cariño, murió feliz sabiendo que te habías reformado y que había cumplido la promesa que le había hecho tiempo atrás a tu padre. Me mandó una carta hace unos días para agradecerme lo que habíamos hecho por ti, además de mandarnos un generoso donativo por las molestias, que por supuesto rechacé, éramos amigos, y la amistad no se compra. Por desgracia el

abad no opinó lo mismo y lo cogió cuando se enteró haciendo un uso "irregular" de mi confesión semanal. También me pidió que te dijera que tu amigo Pier iba a ser papá y que si fuese niño le pondrían tu padre y si fuera niña como tu madre, para que su nombre siguiera en la memoria de todos en el pueblo. Ese Pier debe ser un amigo especial, no lo pierdas- se paro un instante suspirando.

- ¡Ay! el padre Bernard se ha ido y ya echo de menos no haber podido pasar más tiempo con él- me confesó.

Retrasé una semana la partida por la noticia, me vinieron ganas de emborracharme. Pero el momento llegó, no valían más excusas para no partir. Me despedí de todos, incluso del hermano Gerôme, con el que apenas pude hablar por sus promesas, nunca las cumplía y tenía que volver a empezar, y ya iban nueve intentos. A Fray Bartolomé le di la asignación de estos meses sin que se diera cuenta, en el abrazo de despedida que le di se lo dejé sigilosamente en su bolsillo, seguro de que no me los aceptaría si se lo daba en mano, también le dejé todos los dibujos que había hecho en estos meses de permanencia entre ellos y que habían adornado las paredes de la celda, todos menos uno. Fue ese que tardé semanas en terminar, la escena era especial, estaban todos los monjes juntos en la iglesia cantando, pero los había caricaturizado, la broma no la entenderían, pero yo me llevaba un hermoso recuerdo del grupo de monjes de Mont Sant Michel.

Dije adiós a mi celda cogiendo un cuchillo de la cocina y grabando debajo de la frase de Louis Auguste Blanqui algo que pudiera servir al

que tuviera la suerte o el infortunio de residir en ella:

"lo imposible se hace realidad cuando uno deja de buscarlo" Von Munster 1929.

En la puerta me devolvieron mis cosas y un coche enviado por mi tío, cómo no, me esperaba para llevarme a la estación de ferrocarril. Tras recorrer un largo camino y subirme a varios trenes, llegué directo a Baviera en un tiempo récord. ¿Qué me espera allí?, más de lo mismo, pero había decidido "someterme" a él, darle una última oportunidad al único familiar que me quedaba, pero manteniendo la independencia y no olvidando el pasado, ¿Y si no funcionaba? Me mantendría a su merced hasta que bajara la guardia o encontrara un hueco en su dura armadura para hacerme con el control y destruirle. Tendría que actuar frente a él durante mucho tiempo, lo que esperaba, sin mucha confianza, es que no me destrozara la vida aún más de lo que estaba. Llevaba siete meses sin beber ni por supuesto drogarme, pero ante algún complicado dilema ese tiempo parecería solo horas y podría caer de nuevo, solo mi fuerza de voluntad adquirida en la clausura me serviría de auxilio.

Al día siguiente estaba de nuevo en Hochwald, con una pequeña maleta y la cabeza baja, como un perro con la cabeza agachada. De lejos oteaba a Alfred en la entrada liado con la puerta, estaba más envejecido, cada año estaba peor. Al verme venir salió cojeando a mi encuentro:

- Buenos días señor, gracias al cielo que está ya con nosotros.

- Hola Alfred, no te puedes imaginar hasta que punto son ciertas esas palabras.

- Estábamos muy preocupados por usted, su tío estaba muy intranquilo, quizás más que de costumbre, nos dijo que estaba usted muy enfermo y que desconocía si lo superaría. Pero yo sabía que volvería, los Von Munster son muy fuertes, y desde luego, usted parece el más fuerte de todos. He limpiado la tumba de su padre en su ausencia, y siempre ha tenido unas bellas flores a su lado.

- Gracias Alfred, siempre te lo agradeceré- quizás mi tío sentía algo por mí.

- Su habitación está lista como siempre, aunque me temo que no podrá darse ningún paseo a caballo.

- ¿Por qué dices eso?- le pregunté sorprendido, me encantaba.

- Me temo que el señor ha vendido todos los caballos al poco de irse usted, acérquese- me dijo susurrándome al oído- me cuentan que a su tío no le van tan bien los negocios como antes.

- No importa, me daré un paseo a pie antes del almuerzo como sustituto.

La verdad es que no me extrañó, Alemania seguía sufriendo por tener que devolver las inmensas cantidades de dinero que exigían los aliados como indemnización por los actos de guerra. El paro y la inflación en esas condiciones seguían aumentando año tras año y la producción industrial disminuía mes a mes. Desconocía la situación real por la que estaban pasando las empresas de la familia, pero sólo con ver el rostro del ogro, creo que podría adivinarla.

En el monasterio me había desconectado de lo que sucedía en el mundo, pero Alfred me puso al día. Los políticos seguían igual, la república de Weimar, lo más democrático que había tenido Alemania en los últimos años, daba sus últimas bocanadas. El viejo presidente Hinderburg se encontraba entre las cuerdas y con dos pequeños partidos políticos incordiando. Éstos buscaban, con relativo éxito, la exaltación del pueblo y la revolución ante los problemas sociales que acechaban a la sociedad y que pretendían que se rompiera de forma inmediata con el tratado de Versalles. Esos dos partidos eran nuevos, los comunistas y el Partido Nacionalsocialista de los Trabajadores Alemanes (NSPDAP), que acababan de conseguir ambos representación en el parlamento, una minoría pero con derecho a ser escuchada.

Mi tío, me contó Alfred, tenía algo que ver con estos últimos, no sabía qué, ni en qué medida. Y la curiosidad me pidió que lo averiguase, sería un joven espía infiltrado en sus líneas donde me podría enterar de todos sus complots y otras tonterías suyas, siempre a la espera, en busca de una estrategia que me ayudara en caso necesario, la parte del niño que seguía conservando salía a la luz cuando llegaba a casa:

"Si conoces al enemigo y te conoces a ti mismo, no debes temer el resultado de un centenar de batallas" de Sun-Tzu.

Esta frase la leí en uno de los libros de Sima Qian que cogí al azar en la abadía, me inspiró a seguir adelante.

Mi tío no apareció hasta bien entrada la tarde, y fue en la cena cuando comenzó todo, otra vez en esa sala empezaban todas las conversaciones, esta vez era yo el que estaba cenando cuando él entró, y su rostro me indicó que Alfred tenía razón, las canas de las patillas seguían veloces su ascenso hacia la coronilla y las ojeras colgaban con mayor fuerza. Problemas, pensé; evita ese tema, solo serviría para irritarlo.

Al entrar con la cabeza gacha no me vio, hasta que le saludé:

- Buenas noches tío.

Se quedó clavado, levantó la cabeza para identificar a su interlocutor y se sentó con una ligera sonrisa en su cara.

- Veo que Alfred me guardaba una sorpresa, no me había dicho que ya habías venido.

- No quería esperar más, el viaje ha sido agotador pero he logrado llegar un día antes.

- Te ocurre algo sobrino, te veo diferente, me imaginaba que tu desvergonzada vida en esa ciudad pestilente te habría pasado factura, pero veo sorprendido que te has convertido en un hombre hecho y derecho de nuevo, estoy orgulloso de eso, ese cura amigo tuyo ha hecho un buen trabajo, claro que me ha costado un dineral.

Mis manos por debajo de la mesa se cerraron, los puños apretados me contenían ante el desprecio que mostraba hacia el padre Bernard.

- Murió hace una semana.

- Ah, una lástima. Me habría resultado muy útil en el futuro, su capacidad de persuasión era considerable para ser un simple francés. ¡Alfred! pon la cena- gritó cuando tenía la campanilla a su lado.

- Bueno, bueno, bueno. Veo que no te han tratado mal esos frailes, estás en plena forma, me pregunto ¿por qué has venido?

- Este es mi hogar- le respondí.

- ...ummm, es cierto, lo quiera o no, un Von Munster debe estar aquí. A ver, jovencito ¿qué quieres hacer ahora con tu vida? si se puede saber.

- Creo que debo continuar con mi formación, debo especializarme en algo, quizás estudiar arte. No lo decía en serio, me gusta dibujar pero sólo como hobby, no como profesión. Pero sabía que mi tío se negaría en redondo y me soltaría una retahíla de improperios que terminarían con sus planes para mí.

- ¡Pero que estás farfullando! ¡Artista! Ni lo sueñes. Eres un ejemplo de lo que es un alemán de raza aria ¿no te miras al espejo? eres un hombre perfecto, perteneces a una familia de noble estirpe y sangre pura, no permitiré que termines pintando en cualquier maloliente esquina por unas monedas que te tiren por pena en un sombrero harapiento. Si se enteraran tus ancestros de lo que insinúas se levantarían de la tumba para luego volver a morir .

Estaba enojado, se revolvía en su asiento, incómodo.

- ¡Alfred!, muchacho desagradecido, tengo grandes planes para ti, y no vas a negarte, con todo lo que he hecho para conseguirlo.

Quería moderar la conversación, no quería ser presa fácil y que le

llamara la atención mi suavidad impropia de nuestra relación.

- Era solo una idea, nada concreto ni inmediato, sólo que he descubierto que pinto bastante bien. Tengo aquí uno, me levanté y lo recogí del suelo, debajo de la silla donde lo había escondido, y se lo dí. Al verlo se quedo "impresionado" pero rápidamente lo cogió y lo tiró al suelo. Se trataba de un retrato suyo, y la verdad estaba muy logrado, incluso le había quitado sus defectos faciales.

- Está claro que sigues necesitando disciplina, hablaré con Himmler para que te unas a las Schutzstaffel, me debe un favor, lo tenía reservado para otra cosa pero creo que esto merece la pena. Lleva seis meses de Reichsführer y se lo tiene muy creído, pero cederá, me lo debe. Hablaré con él este fin de semana, viene a ver la zona y creo que tiene la intención de comprar algo por aquí, me ha pedido que le haga de guía, y quiere ver los castillos de Welwelsburg y de Neuschwanstein. Él te dará disciplina verdadera, y terminará de pulir ese diamante en bruto que eres. Es una lástima que no sirvas para la política, podrías haber sido ministro de la guerra, con mi ayuda y la de los míos, tendrías el control del ejercito y quien sabe...

- ¿Quién?- le pregunté, no sabía quien era ese Himmler.

- Es verdad que has estado fuera mucho tiempo. Heinrich Himmler. Pertenece al partido nacionalsocialista, mano derecha de Hitler y es el responsable de un nuevo cuerpo militar. Las Schutzstaffel o como le llama la plebe, las SS. Se encargan de la protección de los miembros más importantes del partido.

- ¿Quieres que me una a las SS?- por un lado el ejército me gustaba pero por qué a estos, ni siquiera había oído hablar de ellos, debían ser

unos pocos que estaban al servicio de la política en cuestiones de protección, era un cuerpo menor ¿por qué no me incorporo a la Academia de oficiales del ejército (la Reichswehr)?

Tras unos segundos de silencio, le respondí:

-Lo intentaré, pero no te prometo nada.

- Sobrino, tienes las pocas miras de un topo. Créeme, eso va a cambiar en breve, en unos años te comerás esas palabras y me darás las gracias. Hombre Alfred, justo a tiempo, acabo de recuperar el hambre.

Cogió la copa llena de vino y brindó:

- Por la familia Von Munster, pronto será una de las familias que liderarán Alemania en esta nueva etapa que está a punto de empezar.

Yo le seguí el juego sin ganas, levanté la copa y, por supuesto, sin beber alcohol. La tentación se quedó en Normandía.

CAPÍTULO 23: La Formación

Antes de ingresar en las fuerzas paramilitares, quería hacer muchas cosas, de esas que uno va dejando pasar y no ve el momento de poder hacerlas, además estos meses de mayo y junio eran preciosos en Baviera, me apetecía mucho aprender alpinismo y poder escalar esos empinados Alpes que siempre habían estado frente a la ventana del dormitorio, ya habría tiempo en septiembre de buscarme problemas y amarguras. Los paisajes me seguían embriagando hoy igual que ayer, con sus dulces fragancias y variedad de tonalidades que intenté inútilmente plasmar en su totalidad pasando del triste gris al color, usar las temibles pinturas, y la verdad, como había supuesto siempre, fue un grandioso fracaso, mi "talento" se limitaba al humilde carboncillo y al triste grafito.

Logré aprender a escalar, alzándome victorioso en el macizo del Mont Blanc, en Tacul y Argentiere. Cuando podía, me escapaba unos días, aprovechando los largos viajes de negocios de mi tío, para recorrer viejos senderos con destino incierto y preciosos parajes, ocultos por años de crecimiento incontrolado de una naturaleza a la que el hombre no había arrancado aún su fuerza innata. Era el momento en que me sentía libre, me quedaba mirando desde las alturas todo lo que me rodeaba, esos momentos de soledad sana eran irreemplazables.

En mi cuarto colgué el dibujo de mis ex compañeros franciscanos y usé un marco diferente en un intento de alegrar la vieja habitación,

ser el punto de luz en la noche entre tanta tristeza, quería sentirme en otro lado cuando entraba, inhibirme del entorno en esos momentos. Mi tío seguía con sus planes, decidió formarme en antiguos conocimientos que me daban acceso a su "secta" sin perder tiempo ¿y qué podía hacer? creo que se merecía darle una oportunidad y ver hacia donde me llevaba.

Me proporcionó diferentes libros que me ayudaron a entender su forma de pensar, necesitaba abrir la mente para poder ser admitido por el resto. El grupo se dedicaba, en teoría, al estudio de la antigüedad germánica, de su origen hasta la actualidad. Querían demostrar que los alemanes provenían de una sociedad pura, la original o raíz que existió en Europa, que podían ser incluso los descendentes de la anhelada Atlántida de Platón, una sociedad superdesarrollada que desapareció por motivos desconocidos hasta hoy. Algunos mantienen que quedó sumergida bajo las aguas del Mediterráneo, como un castigo divino a su insultante poder, y otros que cayó en el olvido tras numerosas guerras internas. Estas leyendas les daban una razón para existir, que justificaban sus pretensiones políticas e incluso el uso de las armas o el asesinato, como una herramienta más a su disposición, en pos de un objetivo único, el poder.

Para comenzar me obligó a leerme muchos libros: "*El talismán de los rosacruces*", de Sebottendorff; "*La voluntad de poder*", de Friedrich Nietzsche; "*La doctrina secreta*", de Madame Blavatsky; y "*Mi lucha*", de

Adolf Hitler, que acababa de editar el líder del partido NSDAP tras escribirlo en su breve periodo de reclusión en la cárcel tras el golpe de estado fallido. Estos libros nos servían de comentario durante la cena, así mi tío sabía si los leía y sobre todo, entendía su contenido, o mejor dicho, los interpretaba como él pretendía. Mantenía que "*Mi lucha*" resumía las ideas de su sociedad secreta, que debía ser mi libro de referencia siempre si quería no perderme en la noche. Era lo peor del día, deseaba que se acabaran las preguntas y poder cenar en paz.

Incluso un fin de semana me presentó a uno de sus amigotes, su amigo Himmler venía a cenar. Tras su visita a Baviera recorriendo algunos castillos, era quien me iba a ayudar a ingresar en las SS evitando algunos filtros y a ser posible, saltarme algún escalafón de suboficial. Cuando llegó, le recibimos con honores en la entrada, acababa de hacerse con el cargo y tenía muy buenos contactos según mi tío, era una persona que querías tener como amigo y nunca como enemigo.

- Buenas noches Heinrich, gracias por invitarme. Se dieron un abrazo como viejos amigos que hacía mucho tiempo que no se veían. Estás igual que siempre, por ti no pasan los años.

- Buenas noches, gracias a ti por venir. Siempre es un placer contar contigo.

- Ah! este es tu joven sobrino del que tanto presumes, la verdad es que no habías exagerado, es digno de tu familia, y un modelo ario alemán. Estaré encantado de ayudarle, pero quiero decirte una cosa, se lo debe ganar. Yo le daré un empujón, pero debe demostrarme a mi y a sus compañeros que es digno de ingresar en nuestro cuerpo. ¿Sabías que ya somos más de mil en el cuerpo?

A mí este hombrecillo me dio sensación de debilidad, me parecía más un político que un soldado, mis profesores de la escuela militar tenían otro porte, otra forma de ser, pero era mi tío el que mandaba. Además no cumplía en absoluto con el modelo de ario que podía leer en los libros. Me imagino que los que escriben esos textos están exentos de cumplir con lo que cuentan en ellos.

- Mi sobrino representa el cambio, el futuro de nuestro país, le estoy formando personalmente para que pueda entrar en nuestra sociedad si estáis conformes todos.

- Ya tienes mi conformidad. ¿Ya le has apuntado al partido? preguntó mirándome entre sus finas gafas y su minúsculo bigote. Su media altura, no llegaba al uno setenta y cinco, no imponía respeto, pero había algo en sus ojos que me helaba la sangre. Parecía una persona entrañable, pero había algo de ira, odio o venganza en su mirada que me impresionó, y que más tarde confirmé y temí.

- Claro, hace ya unos meses, no lo dudes.

En ese momento llegó Alfred con una bandeja de plata con tres copas de brandi:

- ¿Una copa, Heinrich?- le preguntó mi tío a su invitado.

- Por supuesto, brindemos, ¡Por la nueva Alemania!

- ¡Por la nueva Alemania! -gritamos nosotros.

Mi tío había estado haciendo cosas a mi espalda, me preguntaba que tenía en mente, seguro que algo que le diera dinero o poder, esas son las dos cosas que buscan con pasión los ambiciosos.

- ¿Cenamos? Alfred, sírvenos cuanto antes que seguro que Heinrich

viene hambriento. Me tienes que poner al día de la política, llevo una temporada ausente empleando todo el tiempo en los negocios y no he podido leer muchos periódicos o hablar con alguno de nuestros hermanos.

Entramos en el comedor y se pasaron horas y horas hablando de política, mientras yo pensaba en que iba a hacer al día siguiente. Ese día conocí al líder de las SS, nunca lo olvidaré, pude ver como el tiempo transformaba a un gato en un tigre.

Cerca del mes de agosto, terminó la iniciación y como años atrás se repetía la historia que había visto desde la ventana de la habitación del fondo del pasillo. Un hombre bajaba de un carro con un saco en la cabeza, pero esta vez el individuo era yo, lo que veía era oscuridad, respiraba con dificultad, y me sudaba todo el cuerpo. Estaba apunto de entrar en su logia y conocer uno de sus secretos más profundos. Tenía alguna idea de lo que me esperaba, la ceremonia de iniciación donde uno muere y vuelve a nacer en la luz del conocimiento la conocía, frases y representaciones también, pero ver las caras de sus miembros, que por cierto, por el ruido que escuchaba debía haber un lleno completo, me mantenía nervioso, Nos dirigíamos al templo de Salomón, ese lugar secreto que busqué mucho tiempo en la biblioteca sin éxito, tenía tantas preguntas que podrían ser respondidas en unos minutos que no me percaté de donde pisaba y caí al suelo, aunque no me dolió mucho gracias a la colaboración de dos brazos que me aferraron en el último instante.

Recordaba otro de los libros que me vi obligado a leer, "la historia de la francmasonería". Desde el origen como constructores de catedrales hasta nuestros días, su simbolismo, su confraternización entre los miembros, sus estudios y la creencia en un mundo mejor gobernado por un solo Dios supremo. Notaba que había pasado el umbral de la mansión al sentir el suelo más firme y duro. Giramos a la izquierda, la biblioteca, unos pasos tras de mi noté que se cerraba con llave la puerta, con todo el silencio escuchaba mi respiración acelerada bajo el saco, ¿Y ahora hacia dónde? Giramos a la izquierda, pero si no hay nada, las librerías están a la derecha allí solo hay...la chimenea.

Me bajaron la cabeza ¿entramos dentro de ella? y noté el vacío al apoyar el pie derecho, lo bajé buscando algo firme hasta que encontré lo que parecía un peldaño ¡había una escalera! esto se ponía interesante, tenía tantas cosas por descubrir.

1975

Empezaba a tener calor, mucho calor, me quemaba, ¡estaba encendida la chimenea! en ese momento salí del trance y me encontraba de nuevo bajo la ducha del hotel, había golpeado el grifo del agua caliente y me estaba escaldando, lo cerré torpemente y noté de nuevo el frío del agua. ¿Cuanto tiempo llevaba? Que más da, salí de la ducha y me enfundé en el albornoz que tenía tras la puerta del cuarto de baño.

Ya en el salón de la habitación, salí a la terraza y me quedé contemplando París, y comencé a darle vueltas a mi situación una vez más. Escuché la puerta poco después, alguien llamaba con los nudillos, me acerqué cauteloso, la imagen de un sobre bajo la puerta la tenía muy reciente. Pregunté:

- ¿Quien es?

- Sr. Montorolo, le traigo la ropa que pidió- y un suspiro salió sin querer.

Quité la silla, pero no la cadena de la puerta, la abrí con cautela y pude ver a un mozo con varios trajes y zapatos en sus manos, le abrí relajado y los dejó con suavidad sobre la cama.

- Desea alguna otra cosa, me dijo mientras ponía la mano en busca de un detalle económico.

- Súbame algo de comer, lo que sea, algo de pollo y fruta valdrá, esta noche no tengo ganas de salir. Le di su propina y volví a cerrar la puerta con su silla en el picaporte.

Me probé la ropa y estaba como un guante, en ese momento me di cuenta que no tenía donde guardarla, una maleta, bueno seguro que el recepcionista encuentraba algo. Media hora después estaba cenando en la terraza un pollo a la naranja con setas y brindando en honor a mi fortuna y pensando a qué país paradisíaco me desplazaría para envejecer definitivamente, aunque sería aburrida eso sí, sin emociones ni adrenalina, pero estaría vivo. Una hora después dormí como nunca

lo había hecho, como un bebé, inconsciente de lo que ocurre fuera de su cuna, pero la ciudad no duerme y alguien miraba, desde el otro lado de la acera, esa habitación que hacía unos instantes había dejado de estar iluminada y que contenía un pequeño tesoro para él.

CAPÍTULO 24: Unas Piedras En El Camino

Presente

Me desperté sin prisas, el silencio me había permitido dormir y me sentía con energías renovadas y dispuesto a poner, de nuevo, distancia entre mis perseguidores y yo, tenía la intuición que estaban cerca, pero mejor no tentar a la suerte. Tenía pensado desaparecer para siempre, y que mejor sitio que en alguna isla pérdida del caribe, en Brasil, Chile o Argentina, aunque este último me traía malos recuerdos del pasado y lo descarté. Buscaba países con una basta extensión de terreno donde poder perderme entre millas de terrenos no colonizados.

Pero algo me decía en el corazón que debía despedirme para siempre de mis padres y, por supuesto de ella, un último paseo por las montañas, dejar unas flores que dignifiquen su descanso, sentía la necesidad de hacerlo, y así que decidí cambiar la ruta. Iría a Suiza tras pasar por Füssen y visitar los restos de Hocthwald, presentaría mis respetos por última vez y desde ese momento tomaría cualquiera de las personalidades que había recogido del aeropuerto de Belfast para comenzar de nuevo.

Gracias al siempre servicial Moreau, tenía ya una maleta de piel a mi

disposición y un taxi en la puerta para llevarme a la estación de tren del este. Me gustaba viajar así, podría decirse que era un viejo romántico, pero tenía las ventajas de ser un transporte discreto y populoso, cualquiera podría perderse, esconderse o escabullirse entre la multitud cuando llegaba o salía un tren a la estación sin que nadie te mirara. Munich era mi destino y ya desde allí un coche para Baviera.

El taxi no tardó nada en llegar a su destino, la carrera fue tan pequeña que el taxista demostró en su cara el disgusto por el escaso beneficio. La estación estaba prácticamente al lado, podría haber ido andando, pero sospechaba que el Sr. Moreau podría venderse a cualquiera que preguntara por mí, por un mísero franco que le pusieran por delante, su discreción seguro que tenía un precio muy bajo, así que le comenté que me iba al aeropuerto, rumbo a Estambul, y que intentaría reclamar de nuevo las maletas allí, también le comenté que había dado sus datos a la compañía aérea por si mandaban la maleta. Si esto ocurría, le rogué que la mandara a mi residencia en Roma, a la dirección que le di, la misma del pasaporte, por supuesto falsa y que le estaría muy agradecido por ayudarme. El incentivo económico no faltó.

No sabía si funcionaría el truco, incluso si alguna vez alguien se presentaría preguntando por mí, pero mejor no dejar cabos sueltos. Alquilé un compartimento para mi solo y poder seguir el viaje más tranquilo. A las 12:00 el tren arrancó puntual y una procesión de

edificios comenzaron a circular por la ventana, me indicaban que otra vez estaba en marcha, la torre Eiffel se hizo cada vez más pequeña hasta que dejé de verla en una curva. Tardaría casi doce horas en llegar, pasaría por Stuttgart donde hacía una larga parada, tendría que comer en el propio tren. Ya no era tan joven para una paliza de tantas horas de viaje pero el resto de opciones parecían una insensatez.

Prefería salir lo menos posible del compartimiento, tenía cama y baño, solo me faltaba el almuerzo y la cena, porque para comer solo tenía un sándwich que había comprado en un puesto de la estación. Debía hacer noche en Munich y alquilar a la mañana siguiente un coche que me llevara a casa, eran ciento cincuenta kilómetros que se hacían en casi tres horas, me esperaría y luego camino a Zúrich. Todo lo tenía planeado, o eso pensaba yo, pero hay variables en el campo de juego que uno no maneja, que siguen el libre albedrío y otras que son movidas por los adversarios. Hocthwald había desparecido casi por completo, durante la segunda guerra mundial fue empleada por los aliados como base en el ataque a Berlín y la Luftwaffe lo destruyó en un bombardeo, pero el cementerio se mantenía intacto, mis padres ya descansaban juntos, necesitaba visitarlos para despedirme y volver a disculparme por el pasado, me hacía viejo, así que no me quedaba mucho para reunirnos definitivamente con ellos en la otra vida, y menos tiempo si, por desgracia, cometía alguna estupidez que acelerara el proceso.

Cerca de las nueve de la noche, volvía a tener hambre, el efecto del

sándwich del mediodía se había desvanecido por completo, así que me di un paseo por el vagón comedor, y así también estirar algo las piernas. Los pasillos estaban abarrotados de pasajeros que salían a fumar, a estirar las piernas o a charlar un rato. Esquivándolos logré llegar y coger la única mesa libre que quedaba justo antes de que una pareja de españoles acelerara su marcha desde la puerta contraria del vagón a la mía intentando llegar antes que yo, pero fui más veloz. Apenas entraba ya luz por las ventanillas, y comenzó a crearse un ambiente de tranquilidad y sosiego ayudado por el vaivén del tren que nos mecía como si fuéramos bebés. Comí algo de pasta y otra cosa que dejé casi por completo, parecía un pescado seco o algo así, la tres copas de vino me subieron a la cabeza muy rápido, me sentía algo mareado y el traqueteo del viaje no ayudaba, por tanto puse fin a la cena y me volví al vagón para descansar las pocas horas que me quedaban de trayecto.

Al levantar la mirada algo me llamó la atención, para pasar de un vagón a otro solo se tenía que abrir una puerta de cristal en cada lado, pero me pareció ver una cara conocida a través de esos dos cristales que me separaban de él, no caí en ese momento. Al levantarme el mareo se acrecentó, que mayor me hago si no aguanto tres copas, eso o eran de un vino realmente malo. Cuando regresaba al compartimiento logré reconocer esos rasgos árabes que me habían llamado la atención ¡mierda! era el tipo del aeropuerto, el que me había ayudado a pasar justo a tiempo y que también logro pasar. Era demasiada casualidad, parecía egipcio. No más bien palestino ¡dios

mío! era judío, seguro que de Israel, el Mossad, ¡estoy perdido!

Llegué trastabillado a mi vagón, el número tres, pero ¿dónde estaba la gente? El pasillo estaba vació, al fondo emergió una figura colosal, protegiendo la puerta que llegaba al vagón número cuatro, un musculoso matón de dos metros de altura bloqueaba el paso. Me estaba mareando más, no atinaba a meter la llave, me sentía muy mareado, ¡me habrían drogado!, el vino tenía algo, atiné finalmente con la llave y abrí, pero en ese momento una cortina negra inundó mis ojos, no veía nada, era como si llevara de nuevo el saco de mi iniciación, me empujaron al interior y en ese momento noté un intenso dolor en la cabeza y luego el silencio.

1929

Bajaba con precaución la estrecha escalera que estaba oculta tras el hueco de la chimenea ¿cómo no se me ocurrió? con las horas que me había pasado sentado junto a su fuego leyendo el libro de mi padre. Sentía la fuerza que ejercían mis acompañantes para mantenerme sin que me tropezara. Estaba preparado para la iniciación, conocía todos los detalles, pero nunca había estado allí dentro, no creía en ellos, lo hacía para agradar a mi tío, pero sentía algo mientras bajaba, esa sala guardaba secretos y poder.

El descenso terminó, y las manos quedaron libres, si agachaba algo la

cabeza, podía distinguir algo del suelo, era negro, no blanco, parecía un tablero de ajedrez. Era como me había contado, simbolizaban el ying y el yang, las dos caras de todas las cosas, lo uno y su opuesto. Y entonces empezó la tenida. El simbolismo era tan voluminoso que me costó estudiarlo y muchas cosas no las recordaba, pero lo básico lo sabía, para ellos empezaba una etapa de aprendizaje y formación que duraría toda la vida. Estaba realizando una farsa, no me interesaban sus historias. Solo lo hacía por él o eso creía.

Llegué a una pequeña habitación, le llaman "la Cámara de Reflexiones", donde la oscuridad y una futura muerte ilustran el interior, paredes y techos con símbolos del tránsito, de hecho tenía que redactar un testamento filosófico, simbolizando el trance y la llegada a la iluminación en un nuevo resurgir. Aunque no todo seguía las normas estrictas de la masonería, mi tío y sus "hermanos" habían modificado y adoptado una nueva filosofía, pero sí que habían respetado lo básico, les servía como filtro ante posibles intrusos no deseados.

Luego llegarían un montón de rituales que no vienen al caso recordar, tras estos me hicieron llamar a la puerta del templo, me cambiaron el saco por una venda y comenzaron nuevas pruebas y pruebas, pero hubo algo que se clavó en mi mente y que no olvidé: era la prueba de la amenaza. Me quitaron la venda y pude ver a un hermano muerto ensangrentado en su interior por faltar a sus obligaciones, resultaba una amenaza muy convincente y en ese instante pensé que me habían

descubierto o que dudaban de mí, pero no era así. Desde luego me tomé muy en serio el aviso, entraba en algo peligroso, y con personajes influyentes que podían retirarte del mundo terrenal sin que nadie se percatara.

Finalmente, tras andar sobre piedras y jurar y jurar, era miembro de la Logia Thule de Baviera y pude ver los rostros a todos los miembros presentes con sus espadas. A muchos los desconocía, pero algunos los recordaba. Los había visto años atrás a través del hueco de la cerradura. Dietrich Eckart, más calvo que lo recordaba; Rudolf Hess, Johannes Hering, Gottfried Feder, Hans Frank, Karl Haushofer, y a otros que fui conociendo poco a poco. El templo era como me lo imaginaba: el altar, las tres velas donde juré mientras sentía el filo del cuchillo en el corazón, el ojo del gran arquitecto que todo lo ve sobre la silla del gran maestre. Y qué era aquello, era una esvástica como la del partido NSDAP pero con las líneas exteriores redondeadas ¿Cómo era posible? si esta sociedad era anterior a la formación del partido. Empecé a ver las relaciones que existían entre ambos, los secretos se abrían ante mis ojos, esta sociedad había creado, influido o participado desde la sombra de este partido, al mismo al que me había inscrito mi tío ¿casualidad?

En mi mente uní todas las cosas que sabía, que tenía ante mis ojos, y enlazando unas con otras llegué a una sola respuesta: querían hacerse con el poder en Alemania, y yo sin quererlo me había convertido en uno de ellos, en un conspirador. Esto me estaba desbordando, y tras

recibir las felicitaciones de todos los allí presentes me fui al dormitorio con mi mandil y los guantes blancos, con una cara de incredulidad que no podía evitar, sin dejar de pensar que si nos descubrían estaría en peligro. De hecho, ya murieron varios miembros años atrás según les escuché, en el diecinueve, tras intentar dar un golpe de estado. Se les acuso de intentar infiltrarse en el gobierno, justo lo que estaban intentando estos locos a los que me había unido. Esa noche me costó dormir, daba vueltas y vueltas hasta que, con la luz de la mañana, me rendí.

CAPÍTULO 25: Los Tiempos Del Cambio Se Avecinan (1929)

Los días posteriores a la incorporación a la sociedad Thule, mi tío seguía muy encima mía, machacándome con su filosofía de la vida, con su forma de ver las cosas en un intento de clonar en mí su desgarrada mente, pero no cedía por dentro, no conseguía limpiarme el cerebro, aunque a los ojos del mundo era un alumno ejemplar que seguía a manos llenas su doctrina aria, siempre repetía hasta la saciedad que los alemanes descendíamos de una sociedad superior. Cuando bajaba sus defensas en esas reuniones donde el brandy mantenía las copas llenas de ese marrón caramelo, me contaba otros sucesos que afectaban a la familia, entre ellos el tema económico y la política en general, eran sus temas favoritos. Me contaba que la mayoría de los empresarios se encontraban en una situación bastante crítica desde el final de la guerra, y eso que ya habían transcurrido más de diez años. Las deudas del país y de los propios dueños de estas empresas provocaba que esa falta de liquidez lastrara sus cuentas y las del país, pero veían con rencor a otro grupo de personas que no se veían tan afectadas por esta situación, entre ellos los banqueros y prestamistas que hacían de esta situación un negocio muy lucrativo.

Este colectivo se convirtió en el centro del odio para aquellos ciudadanos que pasaban hambre, miseria o simplemente no llegaba a fin de mes. ¿Quienes eran estas personas que vieron en el dinero y los negocios su forma de vida? Los judíos, gente emprendedora y

trabajadora que sabía poner sus barbas a remojar antes que ni siquiera se mojaran las del vecino. Era de imaginar entonces que fueran el blanco de muchas miradas y algo más. Para colmo, lo que se avecinó a finales de año hizo que esas miradas se convirtieran en odio y envidia. Esto no daba más que apoyo a la sociedad Thule, que defendía la clase aria europea y despreciaba a gitanos, comunistas, homosexuales, tullidos y judíos.

Por mi parte, puse distancia entre mi tío y yo a finales del verano, necesita salir de allí y dejar de escuchar su martilleante voz. Me presenté en el centro de formación de las SS dispuesto a comenzar con la formación militar, y deseando olvidarme de la secta a la que me había incorporado para siempre, en un agónico deseo de contentar a la única familia que tenía. Pensaba que la relación con el líder de estos paramilitares, que no llegarían a dos millares en sus filas, me habría hecho más cómoda la estancia aquí, pero me equivocaba. Incluso creo que fue peor, me ponían tantas veces a prueba que llegaba agotado cada noche a los barracones, se me llevaba al límite de mi fortaleza. La verdad es que fueron unos meses de una formación militar avanzada, la mayoría de estas fuerzas ya contaban con experiencia previa, mis compañeros procedían la mayoría de Academias Militares o similares y el resto rebotados de la "Reichswehr" (conocida posteriormente por la "Wehrmacht") o ejercito regular. Cada semana llegaban más y más, en tres años ya éramos más de cincuenta mil.

Los prejuicios me habían cegado, nos preparaban para todo, podíamos

enfrentarnos a cualquiera, y la unión fraternal entre todos los allí congregados era digna de llamarse una familia modelo, me sentía a gusto, nos motivaban para ser soldados de Hitler. Tendría que pasarme aquí algún tiempo, mucho más de lo que había supuesto, pero si además quería tener un grado de oficial que me destacara del resto, más.

Después del primer año hacíamos operaciones de escolta a los miembros del partido, incluso recorríamos las calles para que todos los ciudadanos nos pudieran ver. Comenzamos como un pequeño batallón dependiente de las SA, dirigida por Ernst Röhm, que eran realmente el cuerpo superior encargado de la protección de la NSDAP durante sus discursos, charlas, reuniones o conferencias.

Pero nuestro pequeño cuerpo se estaba ejercitando con una formación mejor, los miembros éramos jóvenes e intrépidos, no como los viejos enchufados de las SA, que resultaban ser un cuerpo decadente y enfermo. Desde que Himmler se hizo con el mando de las SS todo había cambiado, quería soldados a su imagen idealizada, que dieran su vida por el partido, por Hitler y por Alemania.

Como comenté antes, a finales de 1929 ocurrió un punto de inflexión que nadie esperaba pero que fue utilizado por los partidos minoritarios para conseguir muchos votos, arrebatándoselos a las formaciones políticas mayoritarias que estaban en el poder. El “crack” en Wall Street golpeó con saña al mundo capitalista. Las deudas

contraídas por Alemania durante la guerra eran enormes, y los aliados, en concreto los estadounidenses, comenzaron a estrangular aún más la ya mermada economía alemana en un intento de recuperar la liquidez perdida en la quiebra bursátil y que les llevaba reclamando desde su derrota once años atrás. Esto colocó a la ciudadanía al borde del colapso, pero no a todos. El grupo adinerado perteneciente a familias judías sufrieron bastante menos que el resto de la población, otra vez, y esta fue la semilla definitiva que creó el odio visceral contra ellos. Muchas empresas de la gran manzana también pertenecían a familias judías, y por tanto, eran también la causa del problema. Parecía que se habían unido para destruir al mundo o esa fue la imagen que quisieron meternos en la cabeza.

En medio de esta vorágine me encontraba yo, en un cuartel perdido de la mano de Dios, con el capitalismo en estado de shock y escribiendo en secreto a Pier para no llamar la atención al intercambiar correo con un francés, y lamentándome día tras día del lío en que me había metido.

En las navidades de ese año volví a casa y puse al día a mi "hermano" y tío, pasé al segundo nivel de aprendiz en la Logia, y ya era cabo primero, todo marchaba en su línea. Pasadas las navidades y el año nuevo, volví a Berlín, todo seguía en su tónica, con la novedad de ser año electoral. Eso suponía multitud de visitas, discursos y reuniones que nos hacían viajar a todos lados siguiendo a los políticos por todos los pueblos y ciudades, manteniendo su seguridad intacta. Solo los

más veteranos se encargaban de la protección de los líderes del partido, y en especial de Hitler, yo recorría los alrededores de los locales en busca de algo sospechoso, lejos de lo importante, pensaba mientras paseaba como se movía el mundo y yo me lo estaba perdiendo, quería estar allí, conocerlo todo. Gandhi aparecía como figura en la India, el cine sonoro comienza a revolucionar la sociedad, aparece un nuevo planeta, y yo dando tumbos lejos de mis objetivos pensando en visitar todas las cordilleras, escalar los picos más altos para poder sentirme libre.

Fueron meses que pasan en la vida sin dejar recuerdos alegres o tristes, de esos meses que dan igual que sean lunes, jueves o domingo, a veces me iba a dibujar a diferentes zonas de Berlín como vía de escape a esta monotonía, o me quedaba leyendo en el cuartel. Cogía el tranvía durante horas mirando por la ventanilla, o paraba a dibujar en la plaza de la república, intentando plasmar el entorno a carboncillo. No quería salir a menudo y volver a caer en las garras malditas del alcohol, tampoco tenía ganas de conocer a otras mujeres, simplemente dejaba pasar los días y me dedicaba al entrenamiento.

1930

En septiembre llegó la reválida que todos buscábamos, las elecciones se presentaban igualadas y esperábamos un vuelco de última hora que no llegó. El método empleado por el partido funcionaba, el miedo era un arma peligrosa en manos de políticos, el odio al resto de los países

daban alas al nacionalismo y la mala gestión económica empleada por el canciller Brüning hacía que muchos votos fueran a la oposición, aunque no los suficientes. El país aún no estaba preparado para el cambio y las elecciones las volvió a ganar el partido social demócrata que estaba en el poder. Quedamos segundos, que era lo mismo que nada. La tristeza nos envolvió a todos y a la Logia aún más, tenían muchas esperanzas en hacerse con el poder tan pronto, que no vieron que la sociedad no estaba aún preparada. Entonces decidieron incrementar sus esfuerzos, recurrir a todo, para lograr que el gobierno recién nombrado no durara mucho.

Los meses posteriores eran un calco de los anteriores, intentábamos aumentar el clima de inestabilidad, incitábamos al pueblo a que hablara, a que se quejara de su situación de precariedad, que señalara a los culpables, y que viera en nosotros la solución. Personalmente el trabajo para mí resultaba decepcionante, me sentía afligido y quizás algo deprimido al no ver con claridad a dónde me llevaba todo esto. Entonces decidí aprender otras cosas, me empezaba a gustar el riesgo al no tener nada que perder. El alpinismo me ayudaba a sentir la adrenalina regando el corazón y había descubierto que la velocidad también me causaba esa sensación. Aprendí a conducir los coches, pero en lo que más disfrutaba era sentir el aire en mi rostro cuando circulaba a gran velocidad con mi moto recién comprada, una NSU 501, con ella me escapaba cuando estaba de permiso, la mantenía siempre apunto, la mecánica también empezaba a gustarme. Buscaba en el riesgo eso que me faltaba en la vida, esa falsedad que me comía

por dentro.

En ese año todos nos enamoramos de Marlene Dietrich cuando la vimos en el cine en "*El ángel azul*", muchos empezaron a tener fotos suyas en las carteras o en las taquillas. Un soplo de aire fresco llegó cuando la región de Renania quedó libre de la ocupación aliada tras diez penosos años de ocupación, y todos miramos a Hindenburg con el deseo de que actuara para recuperar plenamente la región colindante con Francia y Bélgica, pero no ocurrió, el ejercito no entró en la provincia, formándose un nuevo foco de tensión entre los partidos políticos que nosotros, como no, llevábamos a la calle a todos los que nos querían escuchar e incluso a los que no lo deseaban. Creo que empezaba a actuar por iniciativa propia, teníamos que hacer algo para cambiar la situación, plasmaba los rostros de tristeza en papel y al escuchar a Hitler vi que podía tener la solución. Empezaba a entender a mi tío ¿tendría al final razón?

CAPÍTULO 26: Tiempos De Renovación

1932

Una nueva reválida nos llegó antes que la primavera, las elecciones presidenciales se anticiparon como consecuencia de la crispación que reinaba en cada calle, plaza o esquina de las ciudades germanas. Yo había alcanzado el rango de alférez, y ya me quedaba menos para el objetivo que me había planteado, tenía a las puertas el rango de teniente, pero no resultaría fácil. Con este grado estaría en compañía de los militares de alto rango pero con poca responsabilidad, no me interesaba ascender más, bastante lío tenía ya para tener que involucrarme en demasía. Con el rango de teniente nadie sospecharía de la implicación en el regimiento, quizás me llamarían incapaz por no llegar más alto, pero no por ello quedaría fuera de las reuniones importantes.

El 13 de marzo se acercaba, ya éramos cuarenta mil en las SS, las ideas hitlerianas habían calado en gran parte de la población, y otros veían que el poder estaba ya muy cerca y se enrolaban con esa idea. La campaña fue muy agresiva, mucho más que la anterior, nos encargábamos de repartir infinitos panfletos por todos los rincones del país, incluso en periódicos afines a nuestra causa, y Hindenburg tenía por el contrario, el apoyo de todos los grupos estatales y buena parte del empresariado. Sin ese pilar, el dinero para mantener la campaña era muy difícil de conseguir.

Pero, por desgracia, todo el tema electoral lo tuve que ver desde la distancia porque el fin de semana previo sufrí mi primer accidente de

moto, me reventó la rueda trasera en una curva y me rompí varios huesos y alguna costilla. Permanecí dos meses en el hospital, en una sala con diez camas, que en la mayoría de casos permanecían temporalmente vacías con pacientes entrando y saliendo. Las ventanas daban a otro edificio situado a doce metros. Estaba terriblemente irascible al tener que mantener siempre la misma postura, la pierna y un brazo en cabestrillo, no podía girarme para dormir. Desde entonces me lo pensé varias veces cuando giraba a tope el puño derecho de la moto, y la velocidad dejó de interesarme.

Todo ese tiempo me sentía muy solo, no tenía visitas, ni cartas, ni siquiera vinieron mis compañeros que solo me visitaron el primer día. La verdad es que no les culpo por ello, estábamos en época electoral, una cita que llevábamos esperando con suma ansiedad desde dos años atrás, y no querían dejar sus puestos porque un voto era un voto. Recordé que la conversación que se mantiene con uno mismo en los momentos de soledad dista mucho de ser espontánea o fresca, incluso puede llegar a estar envenenada. Menos mal que en esos días tenía su inocente sonrisa, su rubia melena recogida bajo la blanca cofia y esos tremendos ojos verdes que te embriagaban. Se llamaba Zelda, y era una preciosidad de persona, por dentro y por fuera. Todos la mirábamos cuando pasaba de un lado a otro del pasillo, yo como una amiga, el resto desnudándola con la mirada, pero ella ni se inmutaba. Se pasaba a verme siempre que podía sin que yo se lo pidiese y la verdad, no sé que hubiera hecho sin ella, quizás hubiera acabado en el ala de psiquiatría o peor. Me leía la prensa, algún libro e incluso me escribía alguna carta para Pier en secreto, comentábamos las noticias

de ese día e incluso intercambiábamos nuestras ideas, pensamientos, sueños y anhelos que tenemos fuera del hospital. No paraba de preguntarme por “Le Château Vert”, por sus campos y paisajes, por sus costumbres y gentes, se le iluminaban los ojos. En alguna ocasión nos cruzamos miradas, sin palabras, quizás buscando algo más, pero no fue más allá y seguíamos hablando.

Cuando llegaba su día libre se me hacía eterna su vuelta, pero cuando llegaba y me sonreía de forma espontánea, con una de esas sonrisas sinceras que tienes que corresponder con otra, toda la soledad que me rodeaba se esfumaba, el sol de sus ojos verdes difuminaba la niebla de mi vida y los dolores me hacían cosquillas a su lado. Era una pena que descubriéramos que no éramos uno para el otro. Ella tenía su novio que trabajaba en un banco y yo tenía el corazón bien encerrado bajo doble candado, y sabía, lo presentía, que ella no era la poseedora de la llave. Pero fue una amistad sincera en tan poco tiempo, quizás fuera la mejor amiga que había tenido en la vida, junto a la joven y loca. Ula de mi infancia.

Al salir no volví a verla, me pasé varias veces por el hospital para sacarla de la tristeza que albergaba el edificio pero ya no estaba, dejó su trabajo, y sé que se casó al poco tiempo de darme de alta. Le mandé el mejor regalo que pude mediante una cadena de intermediarios, una estancia en París con todo pagado, la ciudad del amor. Esos dos meses valían eso y mucho más. Lo último que supe de ella fue una carta que me llegó al cuartel, con el consiguiente risoteo

de mis compañeros al recibir correspondencia femenina. Me daba las gracias por el viaje, que había sido una luna de miel preciosa e inolvidable gracias a mí, y que habían trasladado a su marido al norte, a Hamburgo. Había encontrado trabajo cuidando a personas mayores en una residencia, y que me deseaba que encontrara el amor de mi vida, lamentando que no hubiera sido ella. Se había dado cuenta que no amaba a su marido y que conmigo había sentido algo tan bonito que lo guardaría en su corazón para siempre, pero se debía a su pareja, y con el tiempo quizás le amara tanto como a él. Me suplicó que no intentara contactar con ella, esta era su despedida. Yo, por supuesto, le mande dos cartas que nunca respondió y a partir de ahí, respeté sus deseos y Zelda pasó a ser parte del pasado. Y en numerosas ocasiones miro atrás con inocencia, pienso como hubiera sido mi vida si de esas miradas silenciosas hubiéramos dejado camino a esa atracción física que hubiera nacido con un simple gesto de cariño. Una vida tranquila por el sur de Francia, con una mujer preciosa, con cuatro o cinco hijos y una vida de inmensa felicidad. Muchas vidas se habrían salvado y quizás, un futuro mejor para muchos. Pero estos pensamientos pasan y no me arrepiento de la decisión.

Mis compañeros se reían diciendo que me había dejado una chica, que no sabía darles lo que ellas querían. Sabía que estaba en una estación y que había dejado pasar un hermoso tren sin subirme a él, pero mi corazón me decía que llegaría otro.

Fueron unos días en que me sentí libre de la carga que tenía sobre mis

espaldas y que volvía a ser yo mismo. Pero todo pasó, las elecciones también y una derrota nos golpeó, menos mal que no me encontraba en el cuartel. Volvió a ganar el viejo Hindenburg aunque no con mayoría, eso obligaba a una segunda vuelta y otra oportunidad, aunque en tan poco tiempo no daba tiempo a casi nada. El 10 de abril Paul Von Hindenburg ganó con mayoría absoluta. Esta derrota empezó a mover las manillas de los relojes que estaban parados, todos los que buscaban poder cerca de Hitler veían que no lo alcanzaría, que se habían equivocado de bando y empezaron los problemas internos.

El máximo responsable de las SA, y por tanto de las SS, viendo que el proyecto de Hitler se hacía pedazos quiso anexionarlo al ejercito estatal, mientras que los ganadores no estaban dispuestos a integrar ese germen dentro de sus fuerzas, y viendo la debilidad que tenían, el canciller Brüning deseaba su desaparición, y quitarle a su adversario político un arma muy delicada. Pero como todo en la vida, Hitler tenía amigos o aliados dentro del ejercito y del gobierno, que hicieron desaparecer a su mayor enemigo hasta la fecha y nombrar a un nuevo canciller, Franz Von Papen. Estos movimientos externos querían dejar a Himmler sin sus SS, a la madre sin su cachorro. Este intento nunca lo olvidó, como más tarde narraré. La venganza es un plato que se sirve frío.

Alemania parecía la corte de cualquier monarquía europea del siglo XVI a XVIII, llena de corrupción, de engaños, ansias de poder, manipulación. Toda esta información la obtenía de las reuniones de la

sociedad que hacíamos cada cierto tiempo, todos los políticos movían sus fichas, tanto que realmente me mareaban. Lo importante fue que cerca del final de año, en noviembre, se volvieron a celebrar elecciones parlamentarias con la inesperada victoria del NSDAP, y las SS con cincuenta mil miembros lo celebró a lo grande. Parecía que mi tío había acertado en su apuesta aunque me daba rabia, era mejor así, mi cabeza estaba mucho más segura si me encontraba en el lado del poder.

Tras muchas negociaciones, el 30 de enero de 1933, Hitler llegó a ser canciller y nosotros nos encontramos siendo la protección del gobierno, un ascenso total. Desde ese momento todo cambió, comenzaron doce años de gobierno nazi que cambiarían el mundo y, por supuesto, a toda la familia Von Munster. El Tercer Reich había comenzado, tras el primero que fue el Sacro Imperio Romano Germánico y del segundo, el imperio alemán de Guillermo I de finales del siglo XIX, se escribían nuevas líneas en la historia del mundo.

CAPÍTULO 27: 1933

Desde finales de enero todo olía a cambio, el triunfalismo entre los miembros de las SS y personalmente en Himmler, era evidente, pero también comenzaron a ocurrir cosas "curiosas", por llamarlas de algún modo. En particular, una noche a finales de febrero un grupo regresó al cuartel durante bien entrada la noche, algo totalmente inaudito y como decía antes, extraño. Pero cuando nos llegó la noticia, la mañana siguiente, informando que el inmenso edificio del Reichstag estaba en llamas, no sé porqué, lo relacioné. ¿Cómo podía haber sucedido eso? cuando Hitler acusó inmediatamente a los comunistas de este intento de acabar con la política alemana, casi todos lo aceptaron como ciertas y nuestras miras de odio apuntaron de inmediato a los bolcheviques.

Cuando, gracias a este suceso, consiguió plenos poderes para perseguir a los nuevos enemigos del país, las dudas se hicieron más pequeñas. Él era el que más ganaba con ello y cualquiera que lea el "Mein Kamp" vería que estaba intentando seguir sus propias ideas a rajatabla. Sí además, a los siete días del incendio, se celebraban elecciones y había logrado que, gracias al incidente, el partido comunista no pudiera presentarse a ellas, se había quitado un rival político y haciendo más coherente dicha hipótesis.

Se nos puso en alerta tras el incendio y salimos a la calle a perseguir

comunistas, incluidos los políticos elegidos por sufragio universal e incluso algunos opositores a Hitler que, aprovechando la coyuntura, fueron acusados de comunistas como excusa para su arresto y como medio de acallar esas voces críticas contra él. Todo me recordaba a la Inquisición, como las falsas acusaciones de brujería permitían quitarse a un enemigo del medio. Los peones en el tablero de ajedrez se movían. Las SA controlaban el parlamento, y a finales de mes las sesiones parlamentarias se convirtieron en monólogos, la oposición dejó de asistir y los partidos pequeños desaparecieron.

Por mi parte, llevaba más de tres años en las SS, y empezaba a estar harto de permanecer allí, pero la cadena de acontecimientos empezó a engranarse y no pude salir de ella. Se formó un grupo dentro de la élite del regimiento, dirigido por el Gruppenführer Dietrich, íntimo amigo de Hitler. Buscaba lo mejor de lo mejor, me di cuenta de que alguno de sus nuevos miembros formaba parte del sospechoso grupo que llegó la pasada noche del incendio. Con el tiempo, formarían la guardia personal del Führer. Un selecto centenar de soldados dispuestos a todo. Yo también presenté una petición a mi superior, pero fue rechazada directamente por Himmler. Me dijo que tenía otros planes para mí, que si resultaba ser la persona que mi tío decía, llegaría muy alto junto a él. Entonces quedé fuera de la Guardia de Korps de Hitler, lejos del poder. Fueron separados del resto y trasladados al cuartel Alexander, en la Friedrichstrasse, no lejos de la residencia oficial de Hitler que sería el que tendría el control total a través de Dietrich, y fuera de las manos de Himmler, pero a cambio,

éste ganaba el control de la policía secreta, un arma que usó a su merced.

Por lo menos llegaron los nuevos uniformes negros confeccionados por el diseñador Hugo Boss, afiliado al partido nazi, que no vio otra solución para salvar su negocio en estos tiempos de penuria que trabajar para el ejercito, igual que algunas empresas de mi tío, llevaban haciéndolo desde antes de la primera guerra mundial. El uniforme negro con camisa marrón o blanca nos quedaba perfecto, la cinta roja con la esvástica le daba color al tono oscuro del resto, se notaba que todo había cambiado ese día de final de enero en que Hitler llegó al poder. Andábamos orgullosos por las calles con esos uniformes unidos a unas botas de un brillo solar, nos daba sensación de poder, y lo demostrábamos.

Comenzaron a formarse otros regimientos especializados en los meses sucesivos a la llegada al poder de los nazis. Se crea la Gestapo a cargo de Himmler, y los círculos de poder se empiezan a ver con más claridad. Todos crean grandes áreas de influencia a su alrededor, parecía que colonizaban terrenos vacíos, como colonos en tierras del oeste americano. Por mi parte seguía rellenando mi tiempo libre con emociones fuertes, la última fue el paracaidismo: me presenté voluntario para realizar unas pruebas y estudios de un posible cuerpo de paracaidistas como respuesta al cuerpo que ya existía en Rusia. Nunca lo había hecho antes pero tenía muchas ganas de probarlo. Nos presentamos solo cuatro locos a las pruebas, volamos en un nuevo

Junkers Ju 52 comercial, ya que no existían modelos militares, con tres motores, uno frontal y los otros en cada ala ¡Por fin volaba! Siempre quise entrar en Luftwaffe, seguir los pasos del barón rojo, pero el tratado de Versalles, otra vez, prohibió tener aviación militar e hizo añicos el sueño de mi infancia.

Las sensaciones en el despegue ya merecieron la pena, pero cuando la puerta del avión se abrió, y pude ver la tierra que se encontraba tan lejana, el miedo pasó a ser algo real y tangible. Teníamos claro que nada más salir teníamos que tirar de la argolla y el paracaídas saldría disparado, pero a todos no embargaba la misma pregunta, ¿y si no se abría? Habíamos hecho pequeñas pruebas de como caer sin rompernos las piernas saltando desde unas plataformas elevadas, pero esto era ya real. Yo saltaba el último del cuarteto, me tocó en suerte, nos lo jugamos antes del despegue. El primero saltó sin problemas, el segundo se agarró con fiereza al fuselaje con las manos que nos obligó a empujarle, el tercero se hizo sus necesidades allí mismo y no saltó (no tardó en ser expulsado del cuerpo), y yo en cuanto saqué la cabeza y noté el aire en mi casco dudé, vi un paracaídas ya desplegado, no llegaba a ver el otro, cerré los ojos y salté al vacío, notaba la adrenalina circulando a raudales por mi cuerpo, gritaba y gritaba de miedo y, al mismo tiempo, de felicidad, y cuando me di cuenta tiré de la argolla temeroso ante su reacción, en ese momento el paracaídas frenó de golpe la caída y empecé a aminorar la velocidad, entonces pude disfrutar de la vista, del silencio roto por el aire chocando sobre mí. Las manos no las podía soltar de las cuerdas del paracaídas que

me mantenía a salvo. Miré a mi izquierda y vi a otro llegando ya al suelo, pero no vi al tercero. Me daba la impresión de que algo no iba bien.

El suelo se acercaba, cada vez más y más, y mi velocidad era alarmante, me destrozaría las piernas, tenía que actuar como me habían dicho, caer rodando sobre el cuerpo y no sobre las piernas, tenía que ser como un fardo que se tira al suelo rodando, y eso hice, pero el tobillo no hizo caso y me pasé dos semanas con muletas. Peor suerte sufrieron mis compañeros, uno se rompió las piernas y el hombro al rodar sobre una piedra, y el tercero no tuvo la oportunidad de rodar, murió al instante al no abrirse su paracaídas. El desastre de la prueba hizo retrasar la formación del cuerpo otros tres años. Pero yo había disfrutado de la experiencia más excitante de mi vida, estaba deseando repetirla, pero con más seguridad. Había tenido suerte, mucha suerte.

1934

Para finales de la primavera del año en que Hitler subió al poder, conseguí el rango de teniente, era un oficial y todo cambió de repente. Un telegrama sin remite me llegó con el siguiente mensaje:

Preséntese en Carinhall el 20 de junio STOP uniforme de gala STOP

Tras preguntar que era este lugar descubrí que era la residencia de

verano de Herman Göring, ¿Para qué debía ir allí? Nadie me supo contestar, así que fui para averiguarlo. Todos hablaban del lugar como la casa museo de Alemania, guardaba en ella obras de Arte de gran valor y las esculturas que adornaban los pasillos estaban acorde con el resto. No estaba lejos así que no tenía nada que perder. En una hora podía llegar a mi destino, a los bosques de Schorfheide, al noreste de Berlín.

La mañana se levantó preciosa, y el sol se asomaba con fuerza entre las copas de los árboles, al llegar a las proximidades pude ver que había muchos coches circulando en la misma dirección. Aparqué la moto junto a todos los vehículos y empecé a notar que había mucha seguridad, aquí pasaba algo grande. Se formó una cola y me puse en ella con la intención de escuchar las conversaciones que mantenían los que me precedían.

- La han traído desde Suecia, donde falleció hace tres años- decía el más alto del grupo.

- Dicen que Carin era preciosa, que tenía unos grandes ojos que te cautivaban- le contestó otro.

- A mi me recuerda a Shakespeare, a la historia de Romeo y Julieta.

- Fue muy comentado, en su tiempo, que ella estaba casada, y que se fugó con él, poniéndose en contra de las dos familias, y que se escondieron en Baviera.

- Creo que Carin era hija de un Barón, con familia en Alemania, claro.

- No, eran de Estocolmo- respondió otro.

Mientras hablaban me empezaban a encajar las cosas. De la vida privada del as de la aviación no sabía nada, solo su vida militar y política. Hablaban en pasado, traje de gala, estaba sin duda en un funeral. Mientras seguía escuchando los comentarios y cotilleos, la cola llegó a su fin, y llegué al control de acceso.

- Nombre y documentación, por favor.

- Teniente Von Munster.

Empezó a mirar mis documentos conjuntamente con la lista de invitados.

- Bienvenido Teniente, pase. El siguiente...

Seguí a los que me antecedían en la cola en dirección a una pequeña cabaña de madera en forma de "L" que estaba al final del camino. La flor y nata de Alemania parecía presente. Militares de alto rango, políticos y empresarios con trajes de gala y sombreros de copa. Llegó un camión con un enorme sarcófago adornado de flores, parecido a los que se usaban en la antiguedad, que albergaban otros más pequeños en su interior, parecía un cubo perfecto de un metro de lado. Emplearon a más de doce personas para bajarlo y a ocho soldados uniformados para desplazarlo, cuatro por cada lado, aguantado por dos barras transversales. La ceremonia comenzaba.

En ese momento, una voz me susurró al oído:

- Me debes una, sobrino.

Me di la vuelta, era mi odioso tío, ya estaba tramando algo, seguro que la invitación era suya. Él nunca hacía nada sin buscar un beneficio

por ello ¿Qué tramaba?

- ¿Has visto la decoración? ¿Esos monolitos que adornan toda la zona? Todos tienen su razón de ser, están colocados en perfecta armonía y tienen unos signos que sólo un iniciado puede ver, claro que tu llevas mucho tiempo sin venir a las reuniones, nuestros hermanos hacen preguntas ¿Sabes?, en tu lugar no faltaría a la próxima- Asentí. La verdad es que nuestra relación ya no era tan fría, desde que acepté sus decisiones lo notaba más amable, pero no se me quitaba la sensación de ser utilizado.

Y en ese momento la música de Wagner inundó con suavidad el bosque. Todo el camino estaba custodiado por soldados con cascos en sus cabezas y cintas negras en sus brazos en señal de luto. El sendero de arena terminaba en una estructura subterránea. No lograba ver en la distancia con claridad, pero parecía que el séquito estaba encabezado por dos personas, que al acercarse más logré distinguir. Eran Göring y Hitler, con los rostros apesadumbrados. Al verlos me sentí copartícipe de algo importante, de algo que les incumbía en lo personal a los dos líderes. Volvía a estar con el poder, comenzaba a entender las palabras del ogro. La gente levantaba su brazo derecho en silencio cuando pasaban junto a ellos a modo de respeto y comprensión.

Cuando llegó a nuestro entorno, Wagner sonaba con más pasión. Notaba la energía que transmitían estos dos personajes, levanté mi brazo con felicidad, le debía una a mi tío. Tras ellos, dos coronas de

flores enormes que no me permitieron ver sus espaldas al pasar.

Pasados unos largos minutos, salieron ambos líderes de la tumba, cabizbajos y pensativos, la gente entonces comenzó a disgregarse. Noté como mi tío cogía mi brazo y me decía.

- Vamos muchacho, es nuestra oportunidad.

Me llevó a un pequeño corro donde Göring y Hitler hablaban, y con elegancia conseguimos entrar.

- Gracias por venir Heinrich- dijo Göring al vernos, dirigiéndose a mi tío.

Sabía que eran amigos aunque su relación parecía que se había enfriado últimamente, el poder cambia a las personas.

- Ah, éste es tu sobrino. Y alargó la mano hacia mí, y nuestras manos se juntaron, qué cerca estaba de un as de la aviación, lo estaba tocando. Creo que te gustan los aviones, quizás pronto puedas pilotar uno, y miró a Hitler con cara de complicidad.

En ese momento miré a Hitler y este me alargó su brazo. Se la cogí con fuerza.

- Creo que este joven representa la Alemania del futuro- dijo, y acto seguido, tras mirarme a los ojos, dio media vuelta y se fue a otro grupo donde estaba el ministro de propaganda Goebbels y varios embajadores extranjeros.

Ese día renové las energías, me fui sonriendo en la moto, sintiéndome fuerte y orgulloso. Y contento con el gesto que había tenido con su sobrino. No me lo esperaba, quizás el padre Bernard tenía razón.

30 de Junio 1934

Tras un semana tranquila en la que pude disfrutar de unas espléndidas vacaciones en moto recorriendo el sur de Francia y en particular visitando a Pier, mi destino daba un nuevo giro a la rosca. La tarde del treinta de junio, me llamó a su despacho Himmler. Yo estaba preocupado, en todos estos años no había hablado con él, solo saludos, más por obligación jerárquica que por amistad. Pero allí estaba, frente a la puerta de su despacho.

Su secretaria, la joven señorita Hinrichsen, que todos sospechábamos que mantenía alguna relación más allá de la profesional con él, me recibió amablemente:

- Buenas Tardes, en que puedo ayudarle.

- Hola, buenas tardes, soy el teniente Von Munster, tengo una cita con el Reichsführer Himmler.

- Sí, un momento- levantó el teléfono gris de su derecha y se puso en contacto con él.

- Puede pasar, le estaba esperando.

- Gracias.

Abrir esa puerta me daba grima, ese hombre me ponía los pelos de punta, pero debía parecer tranquilo. Al entrar pude ver su despacho. Era enorme, con una mesa al fondo sencilla, estandartes con la esvástica a sus lados y un busto de Hitler en una esquina. Dos grandes cuadros cubrían los laterales.

Cuando llegué a la mesa me cuadré y saludé.

- Buenas tardes joven Von Munster, descanse. Lo primero es felicitarle por su reciente ascenso y sobre todo por su flamante expediente, es digno de su apellido.

- Gracias Reichsführer.

- No hemos tenido muchas oportunidades de hablar en estos años, han sido muy complicados para todos, pero ya tenemos un rumbo marcado y todo irá bien. Hay muchas esperanzas puestas en usted, espero que no me defraude. La primera misión en su nuevo cargo debe ser discreta, muy discreta ¿Comprende? Ahora es un miembro de las SS y sólo se debe al cuerpo y a su patria, debe olvidarse de todo, familia, amigos, mujeres, solo importa Alemania.

- Claro Reichsführer.

- Bien, esta noche, justo cuando anochezca le espero en mi casa, deberá recogerme en un coche. Consiga uno por su cuenta, pero sin dar nombres ni razones. Sus superiores no deben saber nada, tómese el resto del día libre o lo que sea para tenerlo todo preparado. En cuanto me recoja, no habrá preguntas, sus labios estarán cerrados, solo cumplirá mis órdenes sin miramientos o dudas. Sé que puedo confiar en usted, espero que no me defraude.

- Por supuesto, Reichsführer.

- Si cumple bien su trabajo podremos pensar en usted para futuras operaciones.

- Gracias Reichsführer.

- Entonces hasta esta tarde, y salude a su tío si le ve. Por cierto...vaya armado.

Me volví a cuadrar y di media vuelta. Esbocé una sonrisa, por fin algo de acción, acababa de rebasar la línea de salida de una nueva etapa.

CAPÍTULO 28: El Bautizo Nocturno

Allí estaba yo, en la puerta de la casa de mi superior, dispuesto a todo, con un Citroen traction avant nuevo que saqué del cuartel, con la escusa de conquistar a una guapa chica y poder llevarla a un lugar oscuro donde los asientos de atrás serían el mejor hotel bajo las estrellas. Eso y un buen puñado de francos para convencer al encargado de los transportes. Se retrasaban.

A los pocos minutos se abrió la puerta y dos personas salieron veloces en dirección al coche cubiertas hasta arriba con dos gabardinas de cuero negro, salí apresuradamente a abrirles la puerta del vehículo, le acompañaba alguien con un sombrero que no dejaba ver su rostro.

Les cerré la puerta. En cuanto me coloqué en el asiento del conductor miré por el retrovisor esperando información sobre nuestro destino.

- Teniente, ¿ha puesto gasolina?- me preguntó incisivamente.

- Claro señor, y están llenos los bidones que he puesto en el maletero.

- Muy previsor teniente, nos harán falta, porque nos vamos a Baviera, y rápido, tenemos una larga noche por delante y no queremos llegar tarde. Sé que conoce muy bien la zona, vamos al lago Tegernsee, a Bad Wiessee.

Muy bien, estaba muy lejos pero sabía llegar sin problemas. En cuanto arranque miré intuitivamente por el retrovisor y pude ver la cara del acompañante. Me quedé sorprendido, y quizás algo asombrado,

durante un instante nuestros ojos se cruzaron.

- Buenas noches Von Munster.

- Buenas noches Sr. Hess- Tenía a rudolf a mi espalda, hermano de Thule, aunque no buenos amigos.

Estaba junto a la élite del partido nazi, los tres pertenecientes a la sociedad aunque sospechábamos que Himmler se había distanciado de nosotros, el poder es lo que tiene. Agarré con fuerza el volante para que no se notara que me temblaban las manos, tenía muchos kilómetros que recorrer circulando por las oscuras carreteras de Alemania.

Mientras conducía en silencio, nadie hablaba, pensaba en esta extraña situación, ¿Por qué tanto secretismo? Un camino tan largo se hacía rápido en avión, porqué esa discreción. Después de ocho interminables horas de trayecto, y un par de cabezadas de mis acompañantes, llegamos cerca de las tres de la mañana atravesamos Munich y seguimos rumbo sur.

Al doblar la última esquina, enfilamos la calle Bodenscheidstraße, cuando faltaban escasos ochenta metros paré a la derecha. Desde nuestra posición se podía ver la entrada del Hotel Hanselbauer perfectamente.

- Teniente, detenga el motor y apague las luces.

Hice lo que me pidieron mientras lograba ver como ambos miraban

con detenimiento sus relojes. Algo estaba a punto de suceder.

- Es la hora- dijo Hess -hemos llegado justo a tiempo, comienza la operación Colibrí.

Y salió presto hacia el precioso hotel de tres plantas con los balcones de madera adornados con flores de diferentes colores. Mientras, comenzaba algo, dos camiones nos rebasaron rumbo al final de la calle, estaban cargados de militares armados. Detrás tres coches oficiales pegados a ellos. De repente una puerta trasera se abrió y yo instintivamente eché mano a la pistola y apunté en dirección a la puerta cuando Himmler me bajo el brazo.

- Baje el arma, es un amigo- me imploró Himmler.

Esa persona se quitó el gorro al entrar y pude verle perfectamente.

- Lo siento señor, pensé en una visita traicionera- Guardé mi Mauser entre las piernas y me di cuenta que no había quitado el seguro, no me lo esperaba, imploraba para que no se hubieran dado cuenta de mi error de novato.

- Tranquilo teniente, lo bueno es que no disparó- dijo con la cara estirada Reinhard Heydrich, el ayudante de Himmler que tenía unos ojos pequeños y caídos que hacían pensar que era una persona amable y sincera, pero yo le conocía bien, y no era así. - Todo listo Heinrich- ¡cuánto tiempo sin verte! casi cinco años creo, cómo pasa el tiempo- dijo mirándome.

- ¿Os conocéis? - preguntó algo sorprendido.

- Estudiamos juntos y coincidimos de nuevo en las SS- respondió el ayudante.

Mientras esto sucedía, al final de la calle Bodenscheidstraße, ocurría de todo. Se bajaron todas las personas de los coches mientras los soldados les esperaban en la puerta armados hasta los dientes. ¡Dios Santo! no me lo podía creer, tras todos los soldados los que entraban en el hotel eran...Hitler y Goebbels. Hess se unió discretamente al grupo, nadie se percató de su llegada.

A los pocos instantes, se escucharon disparos, se podían ver los destellos de las armas en las ventanas, algunos salían por las ventanas de la planta baja y eran disparados por la espalda mientras intentaban escapar. Mi mano la tenía sobre el arma. Miraba por el retrovisor y veía a mis pasajeros impasibles, con los ojos fijos en el hotel. ¿Qué estaba pasando?

Tras unos minutos la calma volvió, no se escuchaban disparos y poco a poco empezaron a salir soldados con prisioneros vestidos con el uniforme de las SA. También sacaron dos cuerpos semidesnudos y otros cinco cuerpos uniformados. Tras ellos salió Hitler con un arma en la mano que apuntaba a Ernst Röhm, con su cara ovalada, su reducido pelo en la cabeza, y la cara de pánico en su rostro. Su uniforme con la esvástica en el brazo, cinturón de cuero de doble hebilla con cruce en el pecho, era inconfundible. Tras una breve charla se lo llevaron en un camión con el resto de los arrestados en esta "redada". No divisaba bien los galones, pero parecían todos altos cargos de las SA, creo que había sido testigo del final de la historia de

las Sturmabteilung.

Los camiones se marcharon poco a poco y los coches les precedieron.

- Ahora hay que arrestar a todos los demás- sentenció Himmler.

- La Gestapo ha rodeado la estación de tren, esperamos que el resto del grupo llegue en las próximas horas.

- No debe escapar nadie, ¿lo has entendido? – ordenó Himmler.

- Ninguno lo hará – dijo muy seguro Heydrich.

Y salió del coche perdiéndose en la noche.

- Una noche interesante, Von Munster, ¿verdad?

- Ya lo creo, señor- Tenía ganas de preguntar por lo sucedido, pero me pudo el raciocinio y lo dejé pasar.

- Creo que podemos celebrarlo, ¿una copa? y sacó una petaca con dos pequeños vasos- cogí uno mientras él se quedaba con el otro.

- Brindemos, ¡por una nueva Alemania! - gritó tan fuerte que me hizo balancearme.

- ¡Por Alemania!, grité yo también, y el licor llegó a nuestras gargantas en un santiamén.

- A casa teniente, hoy todos dormiremos mejor con unos traidores menos en las calles.

- Sí, mi Reichsführer.

Después de otras ocho horas le dejé en su casa, él descansó porque durmió casi todo el trayecto y yo acabé reventado. Eran más de las doce y cómo demonios podía justificar llegar al cuartel a esa hora y

devolver el coche tan tarde sin que me hicieran un montón de preguntas. No importaba, estaba dentro, sentía en las venas el poder, lo demás no tenía importancia.

CAPÍTULO 29: Un Paso Tras Otro

La mañana se hacía tarde y yo me había saltado una guardia para realizar esta "misión", me había sorprendido un viaje tan largo, si no hubiera cambiado el turno con algún compañero, tenía un problema. También debía pasar sin levantar sospechas o dejando preguntas en el aire. Con el coche no tenía dudas, unos cuantos billetes cerrarían la boca, pero faltar al cuartel de noche y llegar por la mañana ponía un punto negro en un expediente impecable, no me cabía dudas que mis superiores me llamarían al orden y se cuestionarían lo sucedido.

Así que la única solución es que fuera algo tan evidente que no habría más preguntas. Me paré en una licorería, compré una botella de vino y otra de whisky, también paré en una droguería y me traje una barra de labios rojo intenso y unas medias, gracias al uniforme, el tendero no hizo preguntas, ni me miraba a los ojos, intuí que era judío. Me paré cerca del cuartel, vacié las botellas en el suelo no sin antes salpicarme la ropa con ellas y enjuagarme la boca con ambos, estando a punto de vomitar, había llegado a odiar tanto el alcohol que me había vuelto casi alérgico. Me saqué la camisa por fuera del pantalón y me manché las solapas con ligeras líneas de carmín. Tiré la barra de labios y dejé en el asiento de atrás las botellas y las medias rasgadas.

Con esa pinta llegué al cuartel, dando eses y pitando a todos, al aparcar le di un pequeño roce a la aleta delantera del coche.

- Pero que le has hecho a mi coche. Dios santo, como lo vea el coronel, me mata.

Metí con dificultad la mano en mi bolsillo y le di todo el dinero. Le cambió la cara. Todos sabíamos que a Hector Müller le encantaba el dinero.

- Por esta vez, te lo paso Von Munster, pero no te acerques a ninguno de mis coches. Y me debes un extra por el rocetón que tiene en la aleta.

- Vale, Vale, mañana te lo doy.

Y fui cantando una vieja canción dispuesto a dormir la mona. Pero no logré llegar a mi barracón, el mayor Richard Glücks me esperaba con dos soldados que se quedaron unos pasos atrás:

- Teniente, es usted una deshonra para nuestro cuerpo, tiene suerte de tener un expediente impecable, sino estaría fuera de aquí en un segundo – me lo dijo en un tono que solo ambos pudimos escuchar.

- Acompañen al Teniente, queda arrestado durante diez días para que recapacite sobre lo sucedido. Y por favor, métase la camisa.

- Sí, mi Sturmbannführer.

Caminé escoltado mientras los compañeros me miraban asombrados, la verdad que me daba vergüenza, pero debía hacer el papel, caminaba haciendo eses y saludando con la mano a los que conocía.

Y allí acabé, encerrado, aislado de todos, durante diez días, tomando pan y agua y con una pequeña ventana que me permitía saber si era

de día o de noche. Para mí era un justo precio a una noche en que mis sueños y anhelos comenzaban a coger forma. Me sentí importante, había logrado algo renombrable en la vida, mi tío no había cubierto las expectativas que tenía sobre el concepto de familiar, solo me utilizaba como peón de Thule, cosa que me crispaba enormemente los nervios, y por ello dejé de asistir a las reuniones, pero ahora me sentía fuerte, algo más permisivo con él y mejor conmigo mismo.

Cuando regresé todo había cambiado, cuando pasaba junto a cualquier grupo, todos me decían:

- ¡Menuda noche! o ¿cuando nos la presentas? Müller había informado a todo el cuartel de mi nochecita, él se libró por los pelos de acompañarme en el arresto por prestarme el coche, pero tenía buenos contactos y, sobre todo, suministraba de todo a la cúpula del cuartel, le debían muchos favores.

Sin embargo, mis superiores me machacaron un tiempo hasta que todo volvió a la normalidad, para las demás misiones debía tenerlo todo preparado y evitar otro incidente, de éste me había librado, quizás no tendría la misma suerte en posteriores ocasiones.

Me pusieron al día de las novedades que habían acontecido en estos días de clausura. Mi compañero de habitación era Manfred Von Knobelsdorff, miembro de Thule, y buen amigo desde que nos incorporamos juntos a las SS. En cuanto llegué nos pasamos casi toda la noche hablando.

- Todos estamos sorprendidos por lo que hiciste, debía ser una mujer de bandera.

En estos días en que estuve encerrado, pude preparar lo que iba a contarles a todos, darle más coherencia y credibilidad. No quise contarle nada, hablar con él de ciertos temas era como hablar con mi tío, y esto debía mantenerse en secreto.

- Manfred, ni te lo imaginas, me volvió loco en cuanto la vi, tenía los ojos marrones y pelo negro azabache, pero lo mejor es que tenía un cuerpo ideal para el pecado.

- ¿Cómo la conociste? no me habías contado nada.

- El mes pasado la conocí mientras pintaba cerca del parque, yo no la había visto pero estaba detrás mía, en cuanto me percaté que alguien estaba detrás, la vi, y ella me preguntó si podía dibujarla, y yo le dije que por supuesto. Entonces, mientras la pintaba, me percaté de su figura, sus ojos, sus piernas, me gustaba. Y estuvimos charlando un buen rato.

- Yo creía que las mujeres no te interesaban desde lo de París.

- Ya ves, su sonrisa me cautivó.

- Si, su sonrisa, qué mentiroso- mientras ambos nos reíamos.

- La volví a ver y quedamos, yo me presenté con el coche y a ella le encantó la idea. Salimos de Berlín, y en una arboleda nos tomamos las botellas que tenía en el maletero y lo uno llevó a lo otro.

- Qué, estrenasteis el asiento del coche- lo dijo mientras me guiñaba un ojo.

- Cuatro veces, tenía unos...perdón, soy un caballero, no hablo de esas

cosas. Solo te diré que mis manos eran pequeñas, muy pequeñas- nos volvimos a reír.

- Eso lo tenemos que celebrar como Dios manda, tenemos que salir a cenar este sábado.

- Me temo que tengo guardias los sábados de los próximos tres meses.

- No te quejes, que había una porra entre todos en la que apostamos si te expulsaban o no.

- ¿Y qué apostaste?- le pregunté en un tono de queja.

- No te lo diré, solo te digo que la cena la pago yo- la verdad es que me reía a gusto, después del encierro me sentía muy feliz.

- ¿Qué ha pasado en estos días en que he estado encerrado? - quería saber si sabía algo de la noche en Baviera.

- De todo, sabes que Rohm se ha suicidado, aunque las malas lenguas dicen que se lo han cargado, que había alcanzado mucho poder y que el propio Hitler le paró los pies.

- ¿Y cómo ha pasado?- pregunté de forma exagerada.

- La noche de tu orgía, detuvieron a toda la cúpula de las SA mientras dormían en un viejo hotel al sur de Munich, se llamaba Bad Wiessee o algo así. ¿Te acuerdas de Edmund Heines?

- El ayudante de Rohm, ¿el que dicen que era su novio?

- Le cogieron con un chaval en la cama y se los cargaron a los dos- En ese instante me vino la imagen de los dos que sacaron muertos semidesnudos, seguro que eran ellos.

- Por qué será que no me sorprende- le dije al mismo tiempo que negaba con la cabeza.

- Por tanto, las SA han desaparecido, y solo quedamos nosotros, ¿no te parece genial?

- Me parece un sueño. Te acepto la invitación a la cena, tenemos mucho que celebrar.

Y continuamos hablando y hablando hasta que el sueño nos pudo.

CAPÍTULO 30: Dachau

A la mañana siguiente, justo antes de dirigirme a la sala de oficiales para desayunar alguien llamó a la puerta de mi dormitorio. Al abrirla pude ver a un chaval de no más de diecinueve años con un sobre en la mano:

- Buenos días mi teniente.

- ¿Qué quiere soldado?- le pregunté con un bostezo.

- Me han dado este sobre para usted- al estirar el brazo me dio la sensación que le temblaba el brazo.

- ¿Le está temblando el brazo?- cada vez hay más críos, pensé.

- No señor- Se cuadró y se fue veloz.

Dí la vuelta al sobre buscando un remitente y pude ver el sello de las Sicherheitsdienst (SD) y casi siempre eran malas noticias ¡Mierda! Esos cerdos que querrán, eran la policía de las SS por llamarlo así, seguro que nada bueno albergaba en su interior:

A la atención del teniente Von Munster:

Debido a los acontecimientos acaecidos en la mañana de 1 de Julio de 1934, en que nuestro cuerpo ha quedado en ridículo por su actitud, nos vemos en la obligación de informarle que se le ha abierto un expediente de expulsión, tras estudiar su historial y a recomendación de sus superiores, se le pondrá a prueba durante un periodo de tiempo no inferior a tres meses. Una vez transcurrido ese tiempo se volverá a estudiar su caso y se le

comunicará nuestra decisión.

Su destino será el campo de prisioneros de Dachau, cerca de Munich. Se le encomienda la renovación de las unidades de las SA por nuestro cuerpo, también supervisará y ayudará a la incorporación del nuevo comandante, Oberführer Alexander Reiner, en sustitución de Theodor Eicke., recientemente nombrad inspector de los campos. Estará a sus órdenes directas y evaluará su trabajo en este periodo.

Mañana a las 9:00 am le recogerá para llevarle a su destino. A partir de ahora queda desligado de la formación en nuestra academia y estará inscrito temporalmente en las SD, esperando que este incidente quede en el olvido, por el bien de nuestro cuerpo y de la nueva Alemania.

Reichsführer Heinrich Himmler
Comandante en Jefe de las SS

No sabía qué pensar, después de lo que había hecho me mandaban al agujero de Dachau, donde mandaban a todos los insurgentes del país: comunistas, judíos, terroristas...pero, qué remedio, debía poner la mejor cara y esperar esos meses aguardando nuevas misiones y con ellas acercarme más al poder, era la única manera de salir de esta. Por suerte no coincidía con Eicke, un personaje loco de atar, que debía estar en un psiquiátrico, fue uno de mis formadores en la Academia hasta que fue expulsado de Alemania por terrorista, lo que no entendí

como Hitler lo llamó a casa desde su exilio en Italia.

Lo bueno es que podría estar alejado de casa, quizás desde allí podría viajar a otros sitios, Venecia no estaba lejos y tenía ganas de visitarla, eran solo tres meses en el infierno, si me lo montaba bien, pasarían en un suspiro.

Esa noche no pude conciliar el sueño, cogí las escasas pertenencias que tenía, y salí en busca del transporte, gracias a Dios nadie se fijó en mí. Salí algo avergonzado, internamente sabía que me habían degradado, aunque no fuera con carácter oficial. Me metí en el coche sin mirar atrás, había una caja grande en el asiento.

- Buenos días teniente.

Miré a mi conductor, no le conocía de nada.

- Buenos días cabo, y ¿esta caja?- pregunté sorprendido.

- Es su nuevo uniforme, me dijeron que se lo entregara.

Abrí la caja. No se diferenciaba mucho del actual, salvo un rombo en el brazo izquierdo con las letras SD bordadas.

Levanté la chaqueta para ver cómo era el pantalón, y de repente pude ver un pequeño sobre escondido entre la ropa. Un pizca de alegría y mucha incertidumbre me embriagó ¿el compañero de viaje conocería el contenido extra de la caja? ante la duda decidí dejar para un mejor momento la lectura de su contenido.

- ¿Nos vamos? tengo ganas de comenzar en mi nuevo destino.

- Sí, mi Obersturmführer.

El trayecto se me hizo eterno, paramos a comer en Núremberg, algo rápido, unos filetes de ternera y una ensalada variada. La verdad es que el cabo resultó ser una buena compañía, yo solo escuchaba, pero él no paraba de hablar gracias a la confianza que cogió tras el almuerzo. El último tramo hasta Múnich se me hizo mucho más corto, pero llegué con un dolor de cabeza debido a su parloteo.

Recorridos los veinte kilómetros que nos separaban de Munich, decidí ir directamente al campo y presentarme al comandante. Luego buscaría alojamiento en el exterior, esperaba que no fuera difícil, no tenía la menor intención de vivir allí.

Nada más llegar pude ver la primera entrada al complejo, situada al suroeste. Era una zona de control que no desvelaba nada de lo que aguardaba en su interior; una garita de acero reforzado de forma cilíndrica controlaba el acceso, un edificio de dos plantas con una buhardilla de otras dos plantas, con el estilo de Baviera y el número uno en su fachada. Las ventanas enrejadas me recordaron que estaba en una cárcel.

Una impresionante puerta a su derecha daba paso al interior. La pared de piedra que guardaba la entrada estaba coronada por una enorme águila alemana sobre una esvástica coronada de laurel. Una puerta de madera en forma de rombos nos hizo pararnos. Tras enseñarles las credenciales a los guardias pasamos al otro lado.

- Señor, ¿a dónde vamos? ¿Quiere ir al campo de prisioneros o al SS-Übungslager (campo de entrenamiento)?

- Lo primero es presentarme al comandante.

- Entonces vamos a la comandancia. Ya verá teniente, este sitio es impresionante.

- Ya lo veremos- susurré para mí.

Cogió despacio la avenida de las SS, una larga recta que daba al recinto. Tenía un hermoso bosque a la izquierda con ocho bonitas casas y, tras una valla, campos de siembra a la derecha. Se respiraba tranquilidad, eso no me lo esperaba.

Al final llegamos a una plaza rectangular, con jardines en el medio, y una zona residencial en el lateral. Giró a la izquierda donde se podían ver dos grandes edificios.

- Ese edificio en forma de L (me señaló) es la academia. Allí suelo estar o en los garajes con los coches y motos. En medio, la zona de entrenamiento junto a la comandancia, que ese otro edificio.

- ¿Tienen motos?- pregunté con mucho interés, cada vez mejoraba mi situación

- No muchas, pero sí.

- ¿Y como podría usar una de ellas?- mostré mi sorpresa sin darme cuenta.

- ¿Oficialmente?- solicitándolo en la comandancia. Extraoficialmente, hablando conmigo.

- Es usted una caja de sorpresas cabo.

- Gracias señor.

Aparcó en la puerta. Me quité la gorra y entré. Había una chica morena tras una máquina de escribir.

- Buenas tardes.

- Buenas tardes- me respondió la joven, no tendría más de veinte años, pelo corto y muy, muy delgada. ¿En que puedo ayudarle?

- Soy el teniente Von Munster, tengo órdenes de presentarme ante el Comandante Reiner.

- Lo llamaré, no sé si estará. Llegó ayer y está entrando y saliendo continuamente. Cogió el interfono y pulsó un botón. Tras unos instantes ella colgó.

- Le espera en su despacho, es arriba a la izquierda, al final del pasillo.

- Gracias.

Llamé a la puerta y entré.

- Se presenta el teniente Von Munster, señor.

- Descanse teniente. Dónde tengo las órdenes y su expediente- estaba rebuscando en su mesa, que parecía un mar de papeles desordenados.
- Aquí están- se quedó un rato leyéndolas y las dejó en la mesa.

- Primero, no me gusta que las SD entren en mi campo, pero son órdenes directas de Berlín. Sus conocimientos en entrenamiento militar nos vendrán bien. Veo que se le ha abierto expediente de expulsión, mal asunto. Como puede ver necesito algo de ayuda. Eicke hizo maravillas en este sitio, pero la parte administrativa era y es un

desastre. En esa parte entra usted, se actualizarán las fichas de todos los prisioneros, supervisará las obras de ampliación de la zona oeste, y más cosas que ahora mismo no recuerdo. Haga bien su trabajo y no tendrá problemas teniente, pero si me provoca en lo más mínimo, la deshonra será el menor de sus temores. ¿Está claro?

- Sí, mi Oberführer.

- ¿Alguna pregunta?

- Estaba interesado en alquilar una casa en el pueblo ¿Habría algún problema?

- Por supuesto que lo hay teniente. Sólo personal civil reside fuera del campo. Se le ha asignado una residencia junto a la plaza Eicke- cogió el teléfono- Froilan Marie ¿tiene las credenciales del teniente Von Munster? gracias. Mi secretaria le dará esa información. Mañana se incorporará a la Academia. Ya se puede retirar. Buenas tardes.

- A la orden.

Y bajé algo sorprendido, me parecía que este traslado no iba a ser tan agradable. La escuálida Marie me esperaba.

- Aquí tiene las llaves con la dirección, los planos del recinto y una información básica de como se vive aquí. Si necesita algo más ya sabe donde encontrarme.

- Gracias.

Salí, me esperaba Muller.

- ¿Le llevo a algún sitio?

- No, lleve mis cosas a esta dirección que me han dado, quiero pasear

y conocer este sitio.

- Sí señor.

Me puse la gorra con el símbolo de la calavera, que me pareció más real aquí, y comencé un paseo por el complejo e inmenso recinto. A esta hora todo era tranquilidad, no había ni un árbol en todo su interior que diera la sensación de vida, solo la hilera que marcaba el paso del río Würm, frontera entre el campo de entrenamiento y la prisión, no entré, solo la ví de lejos, pero pude ver a los prisioneros paseando con su ropa de rayas grises verticales de un lado a otro rellenando su largo tiempo de encierro. Parecía que el río era la frontera entre el cielo y el infierno.

CAPÍTULO 31: Un Largo Trimestre

El paseo no duró mucho, no podía quitarme de la cabeza el sobre que encontré junto al uniforme, ¿Qué podría ser? ¿ me encargaban algo? ¿Volvería a estar junto a la cúpula? pero en este sitio no podía ser nada importante, quizás seguía estando a prueba, aceleré el paso. Las residencias estaban al sur, lejos de las instalaciones militares. Busqué la casa número veintidós. Fue fácil, estaban perfectamente numeradas en orden creciente, y entré, la puerta estaba abierta, dentro del centro no había ni robos ni delincuencia, solo se cerraban con llave las puertas por pura intimidad, a nadie le gusta que le pillen en un momento indiscreto con tu mujer o con otra u otro.

La casa era pequeña, tenía dos plantas; la inferior con una sala de estar y un despacho, no tenía comedor, ¿para qué? teníamos una sala de oficiales, donde comíamos todos, el plano indicaba su localización dentro del campo. La caja estaba sobre la mesa entre dos sofás junto a las llaves, la abrí casi desesperado, tenía que ser algo importante, no deseaba estar aquí durante mucho tiempo. Era una simple hoja, me senté a leerla.

Un saludo teniente:

Ha sido trasladado a Dachau con un doble objetivo, tendrá que ser un

soldado ejemplar delante de sus superiores para poder cerrar el expediente de forma digna, pero su misión será otra. Nos realizará un informe quincenal sobre la situación del campo, prisioneros (amistades, familiares, visitas...), personal interno y externo... vigilará al comandante para que continúe con la línea que dejó el comandante Eicke, queremos que sea un campo ejemplar y un modelo a seguir. Intentos de fugas, castigos, visitas, todo. Esperamos su total discreción. Su informe completo deberá ser entregado en mano a SS-Gruppenführer Reinhard Heydrich en la sede de la Gestapo en Munich. Esperamos un perfecto trabajo por usted y por la nueva Alemania, más grande y fuerte.

Heil Hitler

Cuando terminé alguien entró por la puerta y estoy seguro que vio como instintivamente escondía el papel, porqué lo siguió por la mirada. Tras un segundo de dudas, el intruso habló:

- Perdóname, a veces se me olvida que no vivo solo, perdona. Soy Fritz Knöchlein, tu compañero de casa.

- Disculpa tú también, pensé… que estaría solo.

- Eso era antes, ahora el centro de entrenamientos se hace más grande y los prisioneros no paran de llegar, los oficiales debemos compartir residencia. Tú debes ser Von Munster, me informaron ayer de tu llegada, es un honor conocerte. Llevas mucho tiempo en las SS, me han dicho, es un placer compartir alojamiento con un veterano. Yo

llevo solo unos meses en el cuerpo.

¡Y ya era teniente! Últimamente se le otorgaban niveles de oficial a los nuevos que procedían de familias acaudaladas o nobles, eran tanto los que ingresaban que tuvieron que poner filtros para acceder a la oficialidad.

Nos saludamos. Me apretó con fuerza, quizás con demasiada.

- ¿Interrumpo algo?- y miró hacia el papel que había dejado doblado.

- Ah, eso. Es una carta de mi ex-novia, que sigue sin aceptar que la deje- me pareció que no se lo creía.

- ¿Te apetece una copa? guardo una botella en el armario.

- Mejor no, no bebo- no me gustaba decirlo, me salió así.

- Una pena, no te importará que la tome yo, estoy agotado y me apetece tomar un trago.

- Por supuesto, estas en tu casa- me senté y guardé con toda naturalidad la carta en el bolsillo. Pero el sobre se quedó en la mesa y llevaba el sello de las SS en el cierre, aunque gracias a Dios, estaba en el lado inferior. Me fui a levantar a cogerlo cuando Fritz se sentó frente a mí, en el otro sillón, cortándome el paso.

- ¿Qué se cuentan en Berlín? Están llegando muchos detenidos de las SA, y también muchos rojos antipatriotas. Es una pena no estar allí para presenciar las detenciones, se lo tienen merecido.

- No tengo mucho que contar, lo siento, he estado de viaje estos últimos días y he desconectado (no le iba a decir que me habían arrestado). Sé que las SA se han disuelto y que se han integrado en las SS y en el ejercito.

- ¿Y qué haces aquí? – me preguntó sin tapujos.

- Estoy aquí para supervisar el cambio de manos del campo de prisioneros- le hice un pequeño resumen de los acontecimientos.

- Entonces…¿Has conocido al nuevo comandante?- me preguntó cambiando de tema mientras se servía una segunda copa.

- Hace un rato me presenté y me puse a sus órdenes.

- ¿Y que te ha parecido?- No me agradaba la conversación, había algo en sus preguntas que no me gustaban. Si no le decía la verdad se daría cuenta y podría pensar que también era mentira lo del sobre.

- Que le superan las circunstancias, para eso me han mandado aquí, para ayudarle en lo que pueda, aunque también quiere aprovechar mi experiencia en la formación de los soldados para el campamento.

- Exacto, ya veo que eres perspicaz. Sustituir a Eicke le pone un reto del todo imposible, no hay visionario mejor que él. Seguro que no dura mucho en su puesto y no creo que tu ayuda le sirva de mucho, no te ofendas.

- ¿Y que haces aquí en Dachau, Fritz?- ahora era yo el que cambiaba de tema.

- Estamos motorizando la 3ª división, pero vamos muy lentos- en ese momento miró su reloj de pulsera dorado- mira qué tarde es, ya es hora de cenar. ¿Vamos? Te presentaré a tus nuevos compañeros- se terminó la copa de un sorbo y cogió su gorra.

- Dame dos minutos, me quisiera asear un poco ¿Dónde está el baño?- le pregunté mientras me levantaba.

- Está arriba a la izquierda. Tu habitación es la que está a su derecha.

Cogí mis cosas, el sobre y subí. En el cuarto de baño, abrí la ventana y quemé la carta en el lavabo, del sobre ya me ocuparé más tarde y me lo guardé en el interior de la chaqueta. Me aseé lo mejor que pude y bajé.

- ¿Nos vamos?- le pregunté bajando las escaleras.

La comida no se diferenciaba de lo habitual, lo que sí veía eran multitud de altos oficiales que en breve serían destinados a otras bases y que formarían una multitud de nuevos regimientos que se estaban creando en Alemania a espaldas del Tratado de Versalles. Ya en casa me despedí de Fritz y me acosté pensando en el presente y futuro que tenía por delante.

Aquí estaba yo, en un pueblo perdido a la falda de los esbeltos Alpes, lejos del bullicio berlinés. El silencio de la habitación lo confirmaba, estaba puesto a prueba, vigilado, pero mirándolo objetivamente y siendo sincero, no tenía amigos que dejar atrás ni con quien compartir mis cosas. Conocidos muchos, pero nada más-. Así que sentía muchas veces una gran soledad a mi alrededor. Y mientras daba vueltas y vueltas en la cama, meditaba sobre ello, si merecía desperdiciar mi juventud siguiendo los consejos de mi tío, obedeciendo a la familia que me quedaba, por tomar mis propias decisiones que habían sido un desastre hasta la fecha o dejar todo atrás. Tenía dinero, mi padre me lo dejó y sigue allí, no lo toqué, había vivido de mi asignación familiar y ahora tenía un sueldo, no era mucho pero lo suficiente, y ¿por qué no buscar una buena mujer con quien compartir el resto de mi vida? ¿Era demasiado exigente en la búsqueda del amor? Quizás. Otras

veces pensaba en luchar por mis derechos familiares, por la herencia que me arrebataron, pero me faltaban las energías y los medios para ello. No se me quitaba la sensación de ser utilizado, me encontraba inmerso en un remolino en medio del océano que no me dejara salir por mucho que nadara, y cuya única salida era llegar al fondo y rezar por que haya una salida al final de ese oscuro túnel.

Me levanté temprano, con ganas de sudar, y tras correr media hora por la base a buen ritmo, una ducha y un buen desayuno, me incorporé a la academia. Por las tardes en el edificio de administración, el trabajo crecía día a día, y resultaba muy difícil dedicarme a mis otras actividades. El día de la primera entrega se acercaba y no tenía nada.

CAPÍTULO 32: Perdido

1975 en algún lugar de Francia

Recuperé algo la conciencia, la cabeza me dolía como si miles de agujas se hubieran clavado una y otra vez en el cerebro. Solo podía recordar el pasado, como si lo volviera a vivir, en un intento sombrío de olvidarme del presente que veía muy negro. No veía nada, seguía con la capucha puesta, pero también tenía algo en la boca que me impedía gritar en busca de auxilio. Los brazos y piernas, atrapadas con lo que suponía sería unas cuerdas, lo único que podía hacer era escuchar e intenté moverme pero estaba en una espacio tan pequeño que enseguida chocaba con algo, y el sonido que me rodeaba parecía el de unas ruedas sobre el asfalto. Estaba en el maletero de algún coche, tras unos momentos que no puedo traducir a minutos el vehículo se paró, escuché la apertura y el cierre de dos puertas, poco después abrió el maletero y pude atisbar la luz a través de la tela negra que me cegaba, y una tormenta de aire fresco se introdujo hasta mi nariz, la cabeza me molestaba algo menos. El aire tenía algo especial, era bastante cargante, como si estuviéramos cerca de...el sonido de la bocina confirmó lo que sospechaba, estábamos en un puerto.

- Mira, se ha despertado.

¡Pon! otro golpe me dejó en penumbras y de regreso a la juventud.

Noviembre 1934

Por fin llegó la solicitud de regreso a Berlín, tenía fecha para la evaluación. En estos días había logrado, salvando las sospechas de Fritz y el recelo del Comandante, presentar los informes detallados sobre la situación del campo sin que me pillaran viajando tan frecuentemente, por fin mejoraban mis habilidades en el doble juego que me traía. Entregaba una ficha completa de cada prisionero, de algunas dos líneas y de otras folios completos. Me dejaban estar presente en todos los interrogatorios con la escusa de estudiar sus métodos, anotaba todo, pero realmente apuntaba lo que me interesaba de las declaraciones. Otro aspecto desconcertante fue que alguno de los hombres que tenía sentado junto a mi con la indumentaria de rayas me eran conocidos de vista, incluso con alguno había compartido tareas de vigilancia cuando estaban en las filas de las SA. Oficiales detenidos tras la noche de los cuchillos largos (como algunos le llamaban por ser el día de la venganza), y cuyo único delito había sido ser fiel a Rohm y a Hitler. En los interrogatorios intentaban sacarles una posible amistad con un judío o alguna relación sanguínea con el pueblo hebreo, con algún comunistas o intentar descubrir alguna desviación sexual, razones suficientes para estar allí encerrado de por vida.

Ante esta situación los intentos de fuga resultaban frecuentes, pero

pocos lograban su objetivo dando su vida en el intento. Al otro lado del río Würm la base de las SS crecía día a día convirtiéndose en la más importante del país, y con vistas a una futura base permanente de la caballería pesada. En ese año Alemania había cambiado, la producción industrial volvía a crecer teniendo como base la fabricación armamentística, era un secreto a voces, todos lo sabían pero hacían oídos sordos, las victorias diplomáticas del ministerio de exteriores daban carta libre a la creación de una futura Armada (aunque limitada) y la reconstrucción de una fuerza aérea desintegrada tras la guerra. Para ello Hitler le dio el encargo a Göring, que lo aceptó de inmediato, nostálgico de sus victorias en antiguas batallas.

A comienzos de septiembre se celebró en Berlín El Reichsparteitag y miles de jóvenes se reunieron en torno a Hitler como señal de lealtad. Varios trenes partieron de Dachau con los mejores soldados y alguno de los primeros tanques que habíamos recibido de las fábricas del norte. Tenían previsto unas maniobras frente a la cúpula nazi para demostrar que el ejército había resurgido tras la derrota de la guerra, como una señal al mundo de que Alemania resurgía de sus cenizas como ave fénix. También se me negó la incorporación a las tropas que partían rumbo a Berlín por encontrarme en mitad de una investigación.

En estas semanas me sentía atrapado, no podía hacer casi nada, era como si estuviera estudiando para enfrentarme a un examen que

podría poner fin a todo lo hecho en estos años. Alemania cambiaba a gran velocidad y me daba la sensación de estar viendo como se iba el tren de mi destino desde la estación, donde me habían encadenado sin sentido, por cumplir con mi trabajo.

Cualquiera con dos dedos de frente se daría cuenta de que Hitler seguía al pie de la letra lo que había vaticinado en su libro. Austria era Alemana, y los nazis habían intentado semanas atrás dar un golpe de estado en un intento de adhesión no militar, pero fracasaron. Todos los que le conocíamos, sabíamos que no se rendiría en su objetivo. La pregunta era ¿cuándo volvería a intentarlo? Así que cuando me llamaron de la comandancia dándome las órdenes para mi retorno me sentí liberado de las cadenas y deseando volver a coger el siguiente tren. Se avecinaban cambios y debía estar en primera línea para no dejarlo pasar, quería estar preparado cuando Austria estuviera en el punto de mira.

Para no volverme loco viajaba siempre que podía, visité todo el norte de Italia haciendo alpinismo desde el lado sur de los Alpes y cuando conseguí un permiso más largo me pasé por Venecia, una ciudad maravillosa, aunque me tocó la fibra sensible. Ir allí solo, sin compañía, viendo a los sonrientes enamorados navegando por los canales me hacía sentir muy triste, quizás acabaría como mi tío, solo, malhumorado y enemigo del mundo. Me prometí a mi mismo que antes que eso ocurriera, me pegaría un tiro o me tiraría al río.

Tenía la maleta en la puerta, justo donde la dejé cuando llegué semanas atrás, esperando a que llegara mi conductor. La casa resultó ser cómoda, y Fritz un buen tipo. A su manera, nos pasamos mucho tiempo hablando de casi todo, salvo de temas en los que me interrogaba en un intento de sacarme algo que sospechaba desde el primer día que nos conocimos. Incluso un día me lo confirmó con palabras:

- Sé que estás aquí por algo diferente, lo intuyo, y espero que hagas bien tu trabajo. Yo me he dado cuenta enseguida, puede que algún otro también te descubra y llegue aún más lejos que yo en mis sospechas. Deberías ser más discreto en el futuro. No eres el típico ayudante.

Desde entonces no volvimos a hablar del tema y yo acepté el consejo

El timbre de la puerta sonó:

- ¡Fritz me voy!- grité para que me escuchara.

Bajó las escaleras y nos dimos un corto abrazo:

- Que tengas mucha suerte Von Munster, en lo que quieras que hagas, estoy seguro que nuestros caminos se cruzarán tarde o temprano, espero que esta vez invites tú.

- Eso seguro, pero es que bebes mucho y siempre terminas pagando, en el fondo eres un bonachón.

- Eso nunca, lo negaré siempre, espero que no divulgues esas blasfemias sobre mí.

- Hasta entonces Fritz.

- Adiós y buen viaje teniente, y que la evaluación sea perfecta.

Salí por la puerta suspirando.

- ¿Me da su maleta teniente?- me solicitó el conductor alargando su brazo.

- Ah, es usted otra vez cabo ¿y eso?

- Si le soy sincero, señor, nadie quería ir a Berlín, nos la jugamos a las cartas y perdí.

- Entiendo.

Le entregué la maleta, la metió en el maletero trasero y nos fuimos con rumbo al epicentro Europeo, allí se cocinaba el futuro que veríamos en los años venideros.

A la mañana siguiente, a primera hora, estaba sentado en la puerta del despacho de Himmler en la sede de Prinz AlbrechtStrasse nº 8. Había visto entrar a altos cargos de la SS, y llevaban un rato dentro. La silla era de madera, bastante incómoda y no paraba de moverme, la secretaria hacía sus labores ignorando mi presencia y los continuos movimientos, era nueva, no la conocía, pero pude ver que era poco agraciada, acorde con su jefe, me reí en silencio. Me miró un instante, se habría percatado que pensaba en ella. Tras una hora, la puerta enorme de madera se abrió, salieron todos, me cuadré y levanté mi brazo derecho, costumbre que se había puesto de moda en estos últimos meses, y me senté de nuevo.

El teléfono sonó, y la voz poco femenina de la secretaria me invitó a

entrar. Me sudaban las manos, al abrir la puerta pude ver a Himmler en su escritorio mirando unos papeles. ¿Estaría mi futuro escrito en ellos? Cogí aire y comencé a caminar hacia su mesa.

CAPÍTULO 33: La Travesía

Presente

Poco a poco me recuperaba, seguía con un dolor intenso en las muñecas y en los tobillos, la cabeza me dolía, pero podía soportarlo. Continuaba sin poder ver algo, la capucha me lo impedía y me notaba mojado de cintura para abajo. Estaba sentado sobre un charco o algo sí, con mi espalda apoyada sobre algo metálico y frío. Parecía que nos movíamos. El vaivén, el olor, las vibraciones y el ruido de las máquinas me hacían sospechar que estaba en un algún tipo de barco, apostaría por un viejo mercante o pesquero porque esa agua debía proceder de las posibles grietas propias de una larga estancia en el mar. Seguramente me metieron en él en algún punto de la zona sur de Francia, posiblemente Marsella. Era un puerto de grandes dimensiones con un control aduanero penoso y controlado por algunas mafias que por dinero te permitían entrar y salir sin preguntas.

De pronto, escuché el rechinar de una puerta metálica abriéndose y unos pasos, varias personas se acercaban. Me quitaron la capucha de un tirón y por unos momentos no pude ver con claridad, estaba en un recinto pequeño iluminado por una pequeña bombilla protegida por una rejilla, parecía una vieja bodega de un pesquero que hacía mucho que no se empleaba para este fin, el estraperlo era más rentable. Tras unos segundos pude ver que estaba en un espacio de unos ocho por tres metros con las paredes oxidadas y a mis dos captores. El tono de

la piel y la forma de los ojos les delataba, eran de oriente medio, israelíes o sirios. Mis manos estaban ensangrentadas, unas esposas me habían rasgado las muñecas, me habían tratado como un saco de arroz durante el secuestro.

El más alto me cogió con fuerza retorciéndome el hombro y sentándome bruscamente en una silla oxidada, mientras el otro se mantenía de pié con una carpeta azul en sus manos, andando pausadamente a mi alrededor.

- Bueno, bueno, bueno, debo estar ya muy mayor y empiezo a pensar como los chiquillos (se miraron entre ellos), porque tengo delante de mí a un fantasma ¿te lo puedes creer? quizás me den un premio Nobel o algo así, por ser el primero en capturar uno. Sabes, esto me recuerda a un libro que leí en la infancia, como era...ah, "El fantasma de Canterville", de Oscar Wilde, qué bueno era, creo que hicieron una película también.

Se rieron con absoluta normalidad, mientras me quitaba la mordaza que me impedía hablar, tenía insensible los labios y la boca seca.

- Por lo que parece usted no existe ni ha existido y todo lo que hemos podido recopilar sobre su vida está en el interior de esta carpeta.

La abrió despacio cogiéndola con las dos manos y abriéndola para que yo pudiera verla, aunque no tenía nada, ¡estaba vacía!

- Esto es un error, no sé de que va todo esto, no tengo ni dinero ni propiedades, vivo solo y no tengo familia, debe ser un error.

- Ah, ¿un error?, qué curioso. Porque mire- se sacó varios pasaportes

del bolsillo interior de su cazadora- tengo tres identidades diferentes de usted, con tres nacionalidades diferentes. Estaban en su chaqueta, con una buena cantidad de dinero.

- ¡Eso no es mío, se lo juro!, no sé quien me habrá puesto eso en la chaqueta.

Un puñetazo en mis costillas me dejó sin respiración. Cogió otra silla que estaba en una esquina junto a la puerta y se sentó a un metro de mi cara. Con los tres pasaportes abiertos y comparando la foto de su interior conmigo.

- Creo que no me he debido explicar bien, Mr. Winslet, por llamarle de algún modo, o prefiere que le llame Von Munster.

- Le repito que se confunde de persona- ese nombre casi me sonaba desconocido.

- Una lástima, ya veo que no quiere colaborar, esto sería mucho más sencillo para todos, le aconsejo que nos ayude, porque aquí mi compañero, tiene cierta aversión por su gente, sabe, perdió a toda su familia en Auschwitz, y además tiene un puño muy ligero que a veces no podré contener.

- ¡Se equivocan de persona!, Dios santo, no me escuchan, me confunden con otro, eso es, no se dan cuenta, alguien parecido a mí, seguro que está ahí fuera, riéndose de nosotros, ¡por Dios!, esto es de locos.

- Quizás la sed le haga entrar en razón, tenemos mucho tiempo por delante antes de llegar a nuestro destino- se levantó y mientras salía por la puerta un nuevo puñetazo me dejó inconsciente.

Había trascurrido un tiempo que no sabría adivinar cuando recuperé la conciencia. Estaba aislado, no sabía si era de día o de noche, eso hacía que el cuerpo se volviera loco y la mente moldeable, me encontraba en una situación bastante penosa por primera vez en muchos años, no sabía que hacer, solo podía ganar tiempo esperando averiguar que conocían exactamente de mí. Todo apuntaba que sabían mucho, demasiado, más de lo que decían. Podía aguantar las palizas pero todos tenemos un límite frente al dolor y la sed.

Pasaron lo que creía que eran horas cuando volví a recibir la visita de los dos matones. Entraron en silencio.

- ¿Cómo está hoy Benjamin? ¿Un cigarrillo?

- No, gracias- la boca la tenía tan seca que notaba algunas llagas en la lengua.

- Hemos revisado con detalle su vida, su empresa, sus amigos, y qué cosa más curiosa (se rieron ambos), el señor Winslet murió en 1945, pero según veo, ¿usted afirma llamarse así, no?

- Me llamo Benjamin Winslet, nací en 1910 en Oxford, en el barrio de Headington.

- Ya, ya...veo que ha hecho bien sus tareas y se sabe todo de memoria.

Se sacó otro papel de la chaqueta.

- Como le he dicho nosotros también hemos hecho nuestros deberes y aquí tengo su partida de defunción y algo que no deja lugar a dudas, una foto suya, ¿y sabe qué? ¡no se parecen en nada!- me gritó mientras me la enseñaba- Usted le robó su identidad.

Tras unos segundos de silencio, volvió a bajar el tono.

- Cosa que, por otro lado, no es nada fácil para una persona sin recursos. Esto me huele a la inteligencia británica, muy propio de ellos, chapuzas de principiante, aún así es usted un pez muy escurridizo.

- Todo es un tremendo error, se confunden, llamen a mi empresa, seguro que es otro Winslet.

Un nuevo puñetazo me rompió una costilla, el dolor no paraba de aumentar.

- Ya veo que niega una evidencia tan clara. Sigue igual de colaborador, es usted un loco cabezota como todos los de su calaña. Quizás esto le ayude. Sacó una foto y me la enseñó.

- ¿Se reconoce?- lo puso justo frente a los ojos.

Era una foto en la que estaba yo con Manfred, mi amigo y hermano en Thule, cuando le visité en el treinta y cinco mientras reformaban el castillo de Wewelsburg, hubo muchas fotos ese día pero no me acordaba de esta en concreto.

- Se parece mucho a mí, ya comprendo su error, no pensarán que ese soy yo, pero si son alemanes, y yo soy más inglés que el Big Ben, por Dios ¿no se dan cuenta?

- Además graciosillo, miró a su compañero que inmediatamente me pego una patada en el estómago que me hizo caer de la silla y perder la conciencia.

1935

Nos desplazábamos desde Braunschweig en coche hasta Renania,

Himmler había estado visitado la escuela-cuartel donde trabajaba para pasar revisión e inspeccionar la formación de los nuevos soldados del nacional socialismo. Tras ella, nos invitó a acompañarlo en su visita a las obras del castillo, que hacía poco había adquirido.

En el coche que nos precedía iban Himmler y uno de sus ayudantes, mientras que yo iba con el Standartenführer (jefe de regimiento) Paul Hausser. Era mi superior en la nueva escuela de Entrenamiento de Oficiales SS-Führerschule, en Braunschweig, donde fui trasladado después del periodo de "prueba" en Dachau, con el nuevo rango de Capitán con que me gratificaron por mis otras “labores”. Conducía el Sturm Hanomag negro recién sacado de fábrica, Joachim Peiper, uno de los nuevos alumnos que más prometían y que tenía como pupilo.

Allí nos recibió mi viejo amigo el Comandante Manfred Von Knobelsdorff, que nos guió por todo el castillo indicando las modificaciones y el estado de las obras que durarían, por lo menos, otros tres años, las reformas eran radicales. Un fotógrafo documentaba la visita de Himmler mientras éste ponía sus diferentes poses, terminó con una foto de grupo en la que no quise estar, no era más que un acompañante, pero al finalizar la sesión de fotos y comenzar una comida en el salón principal, Manfred le pidió una foto de los dos juntos, al fotógrafo, con carácter privado. Ese día hacíamos noche allí, pernoctando en el ala norte, justo al lado de la punta de flecha que formaba el edificio, creado en forma de triángulo isósceles simulando una punta de lanza. Eligió este edificio justo por esa razón, le

recordaba la lanza de Longinus. Se decía que estaba escondida en Viena tras pasar por diferentes manos después de la caída de Constantinopla, lo que desconocía en ese momento es que estaría entre mis manos tres años después.

Mientras caminábamos hacia el comedor, volvíamos a retomar nuestras viejas charlas que tanto añoraba. Era el único amigo de verdad que tuve en Thule, lástima que la sociedad me lo diera y luego me lo quitara.

- Tienes mucho que contarme, joven afrancesado- como él me llamaba para hincharme las narices, de forma amistosa claro.

- No te creas, no hago gran cosa últimamente.

- Siempre tan modesto, me tienes que explicar lo que pasó en Dachau y la resolución de tu expediente, tengo mucha curiosidad. Pocos salen indemnes de una situación similar- si que corrían las noticias.

- Eso es largo de contar, no creo que te interese.

- ¡Que no!, no sabes lo aburrido que es esto, solo veo ladrillos y madera, cualquier charla tuya que sería soporífera en otro momento, ahora sonará a gloria, esta noche hablaremos largo y tendido. Así que cuando todos se acuesten te espera una visita personalizada por el castillo, por la bodega (y me dio un codazo en los riñones) y me cuentas como le va al viejo Himmler y al cascarrabias de tu tío.

- Si me lo pides de esa forma tan educada quién se puede negar. Entramos riéndonos a la copiosa comida que nos esperaba, siempre con música de Wagner de fondo y un montón de camareras guapas,

con sus falditas nunca demasiado cortas, condición necesaria para tener muy distraídos a tanto oficial junto y sin esposas presentes.

La mesa era larga, llena de servicios y comida por doquier, Himmler la presidía. A su derecha, Manfred, y a su izquierda Hausser. Yo estaba en la esquina opuesta, sentado frente a un joven teniente que solo estaba pendiente de las chicas y de beber todo lo que podía. La conversación me pillaba lejana. Hablaban de Austria, de política, de Europa, del futuro, cosas que me daban igual. Yo me dedicaba a comer el estupendo pato relleno y a escuchar, a dar pequeños sorbos a un vino delicioso procedente de la campiña francesa que me hacía recordar los olores de mi infancia y los peligros del alcohol, pero no podía negarme, podría ser extraño.

De vez en cuando, alguna camarera se acercaba demasiado a la mesa para llenar las copas y se le salían los ojos a los comensales del otro lado de la mesa al agacharse ésta y mostrar el apretado escote, resaltado por unos corsés que formaban parte del uniforme. Entonces todos se reían, brindaban y en la euforia el comensal servido le tocaba el culo a la chica, acrecentando las risas y burlas de todos, y cuando una le dio una sonora torta a un viejo coronel que se sentaba a dos sillas a la derecha de Manfred, todos rieron y yo no pude evitar unirme y mirar la cara de atontado que le había quedado al osado, y fue cuando pude ver la cara de la insultada señorita, y en ese instante el mundo se paró, no escuchaba nada, no sentía. Sólo sabía una cosa, me había enamorado. La misma sensación que tuve en mi juventud

cuando una joven institutriz me abrió las puertas a nuevos sentimientos.

CAPÍTULO 34: La Camarera

Era incapaz de comprender lo que me estaba sucediendo, no podía dejar de contemplarla ni un instante. Se estaba recomponiendo su precioso pelo castaño después del tortazo, lo tenía recogido en un moño, pero se le había caído una horquilla que hizo que le cayera un hermoso mechón sobre su mejilla derecha dándole un toque de bella inocencia a su dulce rostro. Cogió la bandeja con desdén, la llenó de un par de copas medio vacías, recupero su porte y se dirigió a la cocina, y yo mientras me la comía con los ojos, con esa cara de tonto que se te queda. Justo en ese momento ella me miró y al ver mi cara de pánfilo, levantó las cejas:

- Ah, que tú también quieres pasarte esta noche, pues toma. Y derramó el contenido de una de las copas sobre mi cara.

Yo no sabía que hacer, todos se reían a carcajadas, mientras me limpiaba la cara con la servilleta.

- Este Von Munster es la monda, decía Manfred. Es un don Juan, si vierais la que montó en Berlín. Y comenzó a contar mi sonora historia y el expediente que me abrieron. Himmler también ayudó con un par de sarcasmos y el vino, para colmo, lo remató todo.

Me sentía fatal, como rechazado, no había hecho nada y esa belleza me despreciaba sin siquiera conocerme. No volvió a salir al comedor y yo me encontraba tan mal que en cuanto se dio por terminada la comida, antes de terminar en el salón contiguo, con unos brandis exclusivos que se escondían en la bodega del castillo y fumando los

mejores cigarros traídos de Cuba, me excusé aduciendo un ligero dolor de estómago y salí corriendo buscando alguna puerta lateral que diera a la cocina.

Por Dios, que no se haya ido, que no se haya ido. Rezaba en voz baja. Al fin encontré la puerta.

En cuanto me asomé, la pude ver en plena discusión, volví a sentir como me latía el corazón y me sudaban las manos.

- No te daré la paga. No insistas. Le gritaba un hombre que podría ser el encargado o el metre.

- He hecho mi trabajo y es mío. Se defendía con rabia.

- Has ofendido al oficial, y en la mesa de Himmler, ¿estás loca? tendré que invitarles a mis mejores bebidas para darles mis disculpas y esperar que no me cierren el negocio- el argumento era indiscutible.

- Pero se habían pasado, ¡me ofendieron! ¿Qué pensarías si le pasara a tu mujer o tu hija?

- No es suficiente razón, ¿no sabes quienes son?, por menos encierran a gente de por vida, especialmente a gente como tú.

En ese momento se percataron de mi presencia, estaba asomado a la puerta exterior que daba a la cocina y no me quedó otro remedio que intervenir.

- Siento decirle caballero que no me he sentido ofendido, todo lo contrario, soy yo quien quiere disculparse por el comportamiento de mis compañeros y del mío propio.

Ella se quedó un instante sin saber qué decir.

- Creo que la joven se ha ganado con creces ese dinero, aguantar a un

grupo de oficiales embriagados no tiene precio, y tener el valor de enfrentarse a ellos, más.

- ¡Pero si le ha manchado el uniforme! - dijo sorprendido.

- Creo que un soldado podrá sobrevivir a un ataque tan peligroso. Ella esbozó una inocente sonrisa que me dio ánimos para continuar.

- El Comandante Von Knobelsdorff me hará pagar con creces por lo sucedido, me ha buscado la ruina, y en la mesa de Himmler, terminaré encerrado en un agujero.

Decía esto mientras se mesaba los cabellos y giraba sobre si mismo.

- No se preocupe por eso, es un buen amigo y hablaré con él. Quizás si tiene un buen detalle con ellos y con algo más de alcohol, no recuerden lo sucedido.

- Gracias Capitán, muchas gracias y le pido mil disculpas por lo sucedido- se excusaba de forma babosa.

Le dio a regañadientes el dinero y en cuanto salimos al exterior terminó la discusión:

- Espero no volver a verla más por aquí. Se dio media vuelta y se marchó.

Ella se quedó en silencio mientras guardaba el dinero en su pequeño bolso negro.

- De nuevo le pido disculpas, señorita, por el comportamiento que hemos tenido ahí dentro.

Mi futura mujer me miró a los ojos por primera vez y la conexión se hizo real. Sería mi esposa aunque ella no lo supiera aún.

- Me siento como una tonta por lo que le hice, lo siento, creo que

pagué con usted mi rabia, he sido algo injusta.

- Perdone mi mala educación por no presentarme debidamente, soy el capitán Von Munster, y ¿con quien tengo el placer de hablar esta tarde-noche?.

- Soy Sara Müller.

- Encantado, ¿vive por aquí cerca?

- Estoy aquí por una temporada, en casa de mis tíos.

- Si quiere la puedo acompañar a casa, si no le importa claro. Deseaba hablar con ella, conocerla.

- Es usted muy amable pero tengo allí a unas amigas esperándome. Y señaló a la salida de la parcela donde había tres chicas esperándolas y chismorreando entre ellas.

- Ah, qué pena- No sabía que decir y bajé la cabeza, quería poder compensarla.

- Bueno me tengo que ir, gracias. Siento de veras lo sucedido, le pareceré una tonta.

Y cuando se giraba le dije:

- Una mujer como usted no se ve todos los días y... me gustaría volverla a ver- las palabras brotaban de los labios sin control.

Se giró con una sonrisa de oreja a oreja:

- A mi también. Y salió corriendo para unirse al grupo que la esperaba, me quedé mirándola con la misma cara de pasmado que había tenido en la comida.

Justo cuando se alejaba se giró a mirarme, dedicándome una sonrisa preciosa y me despedí con el brazo, deseando volverla a ver.

Tras una tarde de copas y bebidas, me daba cuenta que había conseguido estar durante unas horas cerca del círculo de amistades de Himmler, aunque creo que quizás fuera una exageración, digamos que ambos estábamos de acuerdo con esta situación, aunque después de ser presa de los ojos de Sara me di cuenta que me importaba poco, que solo quería volver a verla, conocerla, hablar, saber quien era.

La cena fue un calco de la comida, salvo por la ausencia de la joven rebelde, aunque se la recordó en un par de ocasiones, incluso se brindó por ella. Pasadas la diez de la noche, el silencio se hizo en la zona y me fui con Manfred a dar un paseo, hacía meses que no nos veíamos y teníamos mucho de que hablar- me recriminó severamente.

- ¿Qué hermosa noche hace, verdad Manfred?

- ¿Te ocurre algo?, te noto raro, además llegaste tarde a las copas, te perdiste parte de la conversación, recuerda que no puedes perderte este tipo de cosas, y más aún cuando el alcohol libera la lengua.

- Estoy bien.

- Qué raro, a ti te pasa algo, si tú no bebes desde aquello- me miraba a los ojos buscando algo.

- Bueno, necesito un favor.

- Claro, te debo muchos, así saldamos alguno. Ya sabía yo que pasaba algo.

- Quiero que no tomes represalias con los empleados por lo de hoy, especialmente con los camareros y su jefe- las promesas hay que

cumplirlas.

- Pero no puede quedar impune, nos han insultado, no solo a ti, sino a lo que representamos.

- Por eso se le llama favor.

- Haré lo que pueda, no te prometo nada.

- Con un aviso será suficiente, yo pagaré lo que haga falta.

- De acuerdo, y por qué te preocupas por eso, no lo entiendo.

- Necesito otro favor.

- Creo que hoy voy a saldar todas mis deudas de golpe, qué necesitas.

- ¿Te acuerdas de la chica de anoche?

- ¡Como olvidarla! ¿quieres que te la traiga para que tú mismo le des un escarmiento?

- No digas tonterías Manfred, que hablas conmigo- había subido el tono sin querer, era un buen amigo.

- Vale, vale.

- Necesito que averigües todo sobre ella, dónde vive, a qué se dedica, familiares, en fin, lo de costumbre.

- ¿Y eso?, para qué quieres saberlo si no quieres castigarla... ¡por Dios! no me fastidies, te gusta, por eso estás así- no paraba de reírse.

- Sé que se llama Sara Müller, es un comienzo. Es importante que seas discreto.

- Es fácil. No cambiarás nunca, un día las mujeres te traerán la desgracia. Pero cambiando de tema, te tengo que enseñar algo importante, acompáñame.

CAPÍTULO 35: Revelaciones

Nos adentramos en el corazón del castillo de Wewelsburg, bajamos escaleras hasta que nos encontramos en una gran sala, donde las obras iban muy avanzadas.

- Estamos en la cripta de la torre norte, justo en la punta de la flecha, para que te hagas una idea. La llaman Walhallah.

Me quedé perplejo con lo que veía, no me lo podía creer.

- Veo que te ha impresionado a ti también- le asentí con la cabeza.

- ¿Es lo que creo que es?- fue una pregunta retórica.

- Eso nos tememos. Nuestra hermandad está muy preocupada por esta situación y el gran Maestre está poniendo todos los recursos para solventarlo. Hemos apostado todo por el nacional socialismo, y hemos intentado en numerosas ocasiones reintegrar a Himmler como hermano, eso nos haría con el poder parcial, pero sin mucho éxito. Ya no quiere saber de nosotros.

- Lo sé, últimamente es el tema central en nuestras tenidas y talleres.

-¿últimamente? Si vienes poco, debes volver a ir, por lo menos por un tiempo, empieza a comentarse que te has aliado con Himmler y que puedes ser una amenaza, hasta tu tío no sabe que decir.

- No te preocupes, lo haré- no lo dije de forma sincera.

- Como te decía, nuestras relaciones siempre han sido muy fluidas entre nosotros. Pero hemos notado últimamente que está algo distante, no nos recibe, nos esquiva en las reuniones, comidas y

fiestas, y cuando tuve los planos de la cripta en mis manos, sumé uno más uno y lo vi todo claro. Hemos invertido mucho en él y no podemos permitirnos que nos dé la espalda. Por ahora, todo va bien, nada ha cambiado, nuestros planes para Alemania van acorde a lo que habíamos planeado, pero puede que nos la juegue en cualquier momento, cuando eso ocurra debemos estar preparados para dar un nuevo giro de tuerca.

- Entiendo.

- ¿Qué ves?- me preguntó mientras levantaba los dos brazos mostrándome la sala.

- Veo algo fascinante, la piedra como único adorno, estamos dentro de una torre circular en el extremo de una lanza, el círculo como la figura perfecta, sin origen ni fin, la futura mesa redonda, como la mitología celta narra en Camelot. Doce sillas junto a la pared, el techo abovedado con la esvástica en su cenit y el fuego que lo purifica todo en el centro del círculo. ¿Qué está planeando?

- Veo que te he enseñado bien. No lo sabemos, estamos averiguando a quien pertenecerán esas sillas, pero sin lograrlo aún.

- Parece que podría ser un poder en la sombra o un templo de una sociedad. Puede que ya no cuente con nosotros.

- Puede ser, eso haría que Thule se quedara en nada. Nuestros esfuerzos deben emplearse en un solo objetivo, captar al mayor número posible de seguidores en esos doce afortunados.

- ¿Y que puedo hacer yo? o mejor dicho, ¿qué debo hacer?, no me has traído aquí por casualidad ¿verdad?

- Ahora mismo eres el que más cerca está de él, averigua todo lo que puedas y, si es posible, el nombre de las personas que podrían estar en la lista, el resto lo haremos nosotros. Ahora mismo te necesitamos, te lo pido yo porque conociendo tu relación con tu tío, si él te lo hubiese propuesto te hubieras negado tajantemente. Estamos en tus manos.

- ¿Sabes lo que me estás pidiendo? si me descubre estoy muerto.

- Por eso te lo pido y no te lo ordeno, te debes a tus hermanos. Es el momento de elegir el bando, pero es tu vida la que entra en juego, eso debe ser elección propia, la luz de la vida se puede extinguir e ir de vuelta al oriente, pero no tenemos el don de darla o traerla al occidente.

- Me tienes que dar más tiempo.

- Sígueme al primer piso.

Esta sala era diferente. La luz entraba libremente por las ventanas, de la oscuridad y el secretismo de la cámara inferior pasábamos a la alegría. Parecía el infierno abajo y el cielo arriba. Todo era simbolismo, estaba claro que el castillo, y en particular, esta torre era el nuevo centro de poder y energía del líder de las SS.

- Aquí tenemos la sala donde creemos que tendrán sus celebraciones- yo no tenía acceso a las ceremonias más íntimas de Thule, aunque sabía que la magia negra era la base de ellas.

- Ventanas flanqueadas por doce columnas, el sol radiante en el suelo de mármol verde que emite doce rayos, uno por cada persona que es invitada al don de la iluminación, sobre el techo de la cripta que ilumina su destino. Doce símbolos rúnicos en cada rayo. Doce rayos con la figura de la esvástica. Ha creado una nueva sociedad a la que

no estamos invitados. Creo que tiene diferentes planes para Alemania. ¿Y Hitler?

- Creo que tiene cosas mejores que hacer, se avecinan nuevos tiempos, las simientes de la guerra se han plantado. Himmler será su líder y tendrá a sus doce apóstoles respaldándole.

- Eso me temía yo, tanta fabricación militar para dar empleo tiene que tener una salida, un objetivo mayor.

- Por tanto, Himmler tiene carta blanca.

- ¿Y Hess?

- Está vigilando a Hitler, no podemos prescindir de su trabajo. Estamos solos.

- Y... ¿con Reinhard Heydrich, habéis contactado?, seguro que es uno de los doce.

- Lo hicimos, mandamos a un primo segundo suyo para captarlo y ahora está muerto.

- Entonces nos faltan once que buscar, se ha delatado- comencé a dar vuelas alrededor del círculo.

- Tenemos algunos candidatos. Sacó una pequeña nota con sus nombres anotados del interior de su chaqueta, pero no me la dio.

- Puedo ver sus nombres- se lo pedí con la mano.

- Creo que no puedo dártela, si no aceptas esta tarea, sabrías demasiado y no sería conveniente.

- Le estiré la mano solicitándola.

- ¿Entonces podemos contar contigo?

- Venga dámela. La cara de felicidad y su suspiro lo decía todo. En la

lista aparecían veinte posibles candidatos, todos conocidos. Ahora estoy fuera de Berlín y poco puedo hacer.

- Por eso deberás pedir el traslado a las oficinas centrales, con cualquier excusa que se te ocurra.

- Sabes que me obligas a renunciar a uno de mis sueños.

- Cuando acepté ser tu padrino, juré ser como un hermano para ti. Sé lo que te he pedido, no quieras ir más allá de lo que te solicitamos, recuerda que no estás solo, otros hermanos te pueden ayudar.

- Me refería a volar, he vuelto a pedir el traslado.

- Ah, eso. Sigues con esa locura, piensa que los aviones seguirán estando allí cuando termines tu trabajo.

Había solicitado entrar en la Luftwaffe, buscaban pilotos, Hitler la estaba reorganizando rompiendo con el tratado de Versalles. Era el sueño de mi vida, lo tenía clavado a fuego, desde que vi el combate del barón rojo desde la colina de Bage-la-Ville, el gusanillo emergía de vez en cuando deseando volar. Bueno, pensé, siempre habrá otras oportunidades. El accidente con el paracaídas lo retrasó un poco, pero veía pasar los días insulsamente y necesitaba algo nuevo que llenara el vacío que sentía.

Le devolví la nota. Los había memorizado sin problema.

- Salgamos de aquí.

A la mañana siguiente, bien temprano, nos volvíamos a casa. Mientras todos se metían en los coches, yo me despedía de Manfred:

- Ten mucho cuidado- me pidió.

- Te mantendré informado, aunque me llevará algún tiempo- me dio una nota doblada discretamente.

- ¿Y esto?

- Es lo que me pediste.

- Tan rápido, y ¿cómo lo has hecho?

- El maestro no desvela todos sus secretos a sus alumnos, se guarda alguno para sí mismo.

- Gracias.

- Si aceptas un consejo, no vuelvas a verla.

- ¿Y eso?- pregunté con recelo.

- Te buscarás un problema.

- Mi vida privada es solo mía y nadie se puede meter, lo sabes muy bien.

- Que tengas un buen viaje, adiós- dio media vuelta y volvió al castillo.

Abrí la nota y me quedé con la última frase puesta en mayúsculas:

CIUDADANA JUDÍA CON RAICES SUBVERSIVAS, SUS PADRES HAN SIDO ARRESTADOS Y A ELLA SE LA BUSCA POR LA GESTAPO PARA INTERROGATORIO.

Mierda, que mala suerte, pero podía protegerla. ¿Donde podría encontrarla? miré la nota de nuevo, y decía que no había pasado la noche en casa de sus tíos, posiblemente había huido después del incidente de la tarde anterior.

El informe era impecable, Manfred era el mejor miembro de sociedad Thule, en temas de investigación e infiltración, de él había aprendido todo, pero seguía sorprendiéndome lo bien informado que se mantenía. Seguramente tenía algún infiltrado en la policía local.

- ¿Capitán?

Me di la vuelta y me metí en el coche. Tenía otra misión, encontrarla fuera como fuera.

Seis meses después seguía sin encontrarla.

CAPÍTULO 35: La Búsqueda

1936

Seguía buscándola por todas partes, sus padres habían desaparecido después de salir del interrogatorio, la versión oficial fue que se habían escapado y que murieron al resistirse al arresto, aunque todos sabíamos que los interrogatorios de la Gestapo siempre acababan mal. Sus tíos también habían desaparecido, los seguí hasta la misma Berlín donde residía el resto de la familia, los abuelos y bisabuelos, pero aunque los vigilé día y noche no aparecieron. Era una de esas familias numerosas que tenían primos y tíos por todas partes, y amigos incontables que se protegían unos a otros. Sus negocios habían sido boicoteados y lo peor de todo es que les habían prohibido casarse con no judíos, cosa que no pensaba cumplir, mi vida era solo mía, como mi padre había hecho antes que yo.

No me quedó otro remedio que ampliar mi búsqueda y comencé a seguir a todos los que entraban y salían, pero la lista se volvió tan grande que o me rendía o me volvía loco. Así que desistí durante un tiempo y me dediqué al trabajo, me había instalado en los sótanos de la central de las SS y hacía los "trabajitos" que me encargaban. Muchos consistían en averiguar todo lo que pudiera de algunos oficiales de alto rango que serían ascendidos o que ocuparían puestos de importancia, Himmler quería gente íntegra que pudiera cumplir perfectamente con sus obligaciones. Sobre todo no quería que sangre

judía pudiese contaminar los altos cargos de su querida organización.

Le acompañé hasta Aachen, en la frontera belga, que era el último territorio alemán que quedaba desmilitarizado y que recientemente Hitler había ocupado, el nuevo servicio militar proveía de soldados al Führer y los desplegaba por todos los rincones del país.

Y una mañana de abril regresé al despacho de Himmler:

- Capitán, tengo nuevas órdenes para usted. En agosto se celebran en nuestro glorioso país las olimpiadas de verano, nuestro líder ha decidido mostrar al mundo la grandeza de nuestra gente, su amabilidad y simpatía. Quiere que durante esas dos semanas todos sientan envidia de los alemanes. Estará bajo las órdenes de la policía local y se desplazará a la villa olímpica. Aquí tiene sus órdenes- Y me tendió un sobre- No quiero que ningún atleta, entrenador o componente del COI, pueda ver un gesto despectivo de un alemán, ni un cartel elocuente en su trayecto hacia el estadio. ¿Ha quedado claro?

- Sí, mi Reichsführer.

- Contará con cincuenta hombres para esta misión, usted los elegirá como quiera. No debo decirle que debe ser discreto, no queremos que los atletas vean soldados por todas partes.

- Sí, mi Reichsführer.

- Por otro lado (me dio un papel) quiero que vigile a los atletas que aparecen en esta lista. Si ve que hacen algo sospechoso me lo

comunicará de forma inmediata a mí, personalmente. Recuerde que si pasa algo desagradable en esto días el Führer en persona pedirá las cabezas de los responsables. Puede retirarse.

- Heir Hitler.

En la lista aparecían una veintena de nombres: Víctor Pérez (Francia), Samuel Balter (EEUU), Jesse Owens (EEUU), Gretl Bergmann (Alemania), Lilli Henoch (Alemania), Theodore Lewald(presidente del Comité Organizador), Marty Glickman (EEUU), Sam Stoller (EEUU), Helene Mayer (Alemania), Endre Kabos (Hungría), Roberto Fein(Austria) y así hasta veinte.

Las olimpiadas serían un escaparate para el mundo, el gobierno no quería que nada empañara esta celebración. A pesar de la crisis económica que teníamos encima, no se escatimó nada en inversiones, se limpiaron las calles de mendigos, se detuvieron a todos los gitanos que encontraron, no había ninguna señal de racismo en ninguna calle o esquina. Goebbels invirtió una fortuna en anuncios en periódicos, radios y cartelería de todo el mundo anunciando la fiesta del deporte con epicentro en Berlín, capital mundial en esas dos semanas. Incluso realizó un video propagandístico que se podía ver en el cine, al comienzo de una película. Alemania había cambiado después de la guerra y no era una amenaza para nadie, era un país hermoso donde residir.

Así que las órdenes eran claras. Escogí a los cincuenta mejores alumnos que tuve en la academia y los preparé en dos meses para la

operación. Les repartí fotos de los sospechosos, indumentaria civil, y clases sobre vigilancia y contra vigilancia. Llegado el momento, repartí a quince por la villa, quince en el estadio olímpico, diez en otras instalaciones deportivas y al resto por toda la ciudad. Eran los justos, pero la policía había hecho muy bien su trabajo, solo éramos un apoyo y una discreta medida de emergencia.

En la villa no podían ir uniformados, así que se disfrazaban de atletas, barrenderos, masajistas, empleados de mantenimiento o periodistas. Todo lo preparamos concienzudamente para que el uno de agosto todo estuviera listo. Incluso uno de mis hombres se disfrazó de corredor y estaba detrás del portador de la antorcha con la camiseta blanca con la "S" dibujada en su pecho, desde que entró en Berlín hasta que llegó al estadio. Llegó tan cansado que se pasó una semana en cama con dolores y fiebre, así que nos quedamos con uno menos.

Durante la inauguración, coloqué cuarenta hombres por todo el recinto, vestidos de civiles y dejé al resto en la villa, registrando las habitaciones de todos los citados en la lista, disfrazados de limpiadores, incluso a tres los disfracé de mujer para entrar en las habitaciones femeninas. Qué pena que nos les hicimos fotos, algunos se tuvieron que depilar las piernas, pero su germanismo no les hizo dudar y finalmente daban el pego.

El estadio contaba con dos columnas enormes en uno de sus laterales que me recordaban de alguna forma el toque personal de los masones

en la construcción. Un reloj se colocó en una de ellas y una esvástica en la otra y entre ellas los cinco aros olímpicos que representaban los cinco continentes. Con la llegada de Hitler un coro de trompetas le recibió, parecía el César entrando en el circo, mientras un coro de tres millares de voces cantaban el himno nacional y el del partido, dirigido todo por Richard Strauss, un seguidor empedernido de Wagner. Y en ese momento el vuelo del Hindenburg, el enorme dirigible, el orgullo de la nueva industria aeronáutica, entrando en el cielo del estadio portando una inmensa bandera olímpica.

Estaba ahorrando los mil marcos que costaba el billete para ir a Nueva York, una fortuna, pero merecía la pena, deseaba ver los rascacielos de Manhattan desde el aire y desde el suelo, poder disfrutar de un vuelo de dos días, este año olímpico me dejó sin vacaciones, pero esperaba poder viajar en junio o julio del año siguiente. El ruido procedente del estadio se hizo ensordecedor de repente, los pocos que quedábamos en el exterior imaginábamos lo que estaba sucediendo dentro, algunos vendedores ambulantes, todos los chóferes de los innumerables coches que trajeron a la florinata del partido y el servicio de seguridad siempre alerta, nos mirábamos desconcertados.

La envidia me comía por dentro, quería verlo con mis propios ojos, pero pronto pasó y durante la ceremonia solo podía pensar en ella.

Todo trascurría a la perfección, solo algún exaltado antisemita con un cartel que era reducido en pocos minutos y arrestado. Alemania

parecía el país perfecto lleno de "amor" y en armonía, aunque en las reuniones que hacíamos diariamente para coordinar las guardias y las vigilancias entre los diferentes cuerpos se decía de todo: "*que olía a muerte cuando entraban en las habitaciones de los negros*", "*que cogerían una enfermedad grave si tocaban a un judío*"...Las bases del nacional socialismo se habían guardado en un tarro durante quinde días, esperando a abrirse con más fuerza que cuando se cerraron.

Aprovechando la coyuntura y los permisos que me habían dado durante los juegos, entré sin problemas en la oficina central de la Gestapo con la escusa de revisar la ficha de un deportista, en concreto busqué en el archivo, sección Judíos, en busca de algo que me ayudara a salir del punto muerto que me encontraba. Por suerte o desgracia, encontré la ficha de la familia Muller. Todos habían desaparecido o habían sido arrestados salvo Sara y su hermana Eva. De esta última se sabía que había viajado a Londres con su novio, un diplomático de la embajada, y que no habían regresado, mientras que Sara se le había visto por última vez en Berlín, en la calle Oranienburg, dentro del barrio Judío.

Eso me daba esperanzas, estaba en Berlín, quizás había paseado por alguna calle y ella había pasado por ese mismo punto segundos antes, pero el barrio judío era zona "muerta" no conseguiría nada de su gente, tendría que ir sin uniforme, hacerme pasar por judío, quizás por un familiar, revisé los nombres de todos los hombres de su familia que pudieran servirme, me quedé con uno, Isaac. Memoricé su ficha

completa, no podía memorizar todo el expediente. Si permanecía mucho tiempo allí, llamaría la atención, así que dejé todo como estaba y salí del pasillo justo en el momento que una figura apareció:

- Algún problema capitán.

- Ninguno, ya tengo lo que venía a buscar.

- ¿Usted sabe que está en la sección de judíos? mientras me señalaba el cartel que lo indicaba.

Lo miré con sorpresa y reaccioné.

- Ya me parecía que olía a podrido, y solté una carcajada.

Me miró atónito y se rió aún más fuerte que yo.

- ¿Nos vamos?

- Claro capitán, sígame y no se olvide de firmarme el libro de entrada.

CAPÍTULO 36: España En Guerra

A las pocas semanas me había infiltrado en el barrio judío, visitaba las sinagogas y las tiendas haciéndome pasar por Isaac, pero no había tenido éxito, la gente tenía mucho miedo. Si llamaba a una puerta encontraba el silencio como respuesta; si preguntaba a algún transeúnte, indiferencia; y si preguntaba en algún local, miedo. Entrando en el barrio estaba poniendo mi carrera en peligro, si algún grupo me paraba y me reconocía, tendría que dar muchas respuestas que podrían transgiversarse, incluso podría ser tratado como judío o traidor, terminaría arrestado o torturado en algún campo de prisioneros olvidado del mundo.

A primeros de Octubre de ese año olímpico, tuve que dejar mi búsqueda, me volvían a pedir que me presentara en Prinz AlbrechtStrasse, el santa sanctórum de las SS, Himmler quería verme.

Entré en su despacho tras ser llamado por su secretaria, como lo hacía siempre, pero ahora había algo diferente, no se encontraba solo, también estaba Hermann Fegelein, Director de la Escuela de Equitación de las SS en Munich. Había coincidido muchas veces con él mientras cabalgaba por el Bosque de Perlach, la hípica era nuestra pasión, y junto a él, Reinhard Heydrich, con esa cara estirada que tanto odiaba.

- Capitán, tenemos una misión muy especial para usted- comenzó a decirme Heydrich, que estaba de pie a la derecha de Himmler, mientras Hermann estaba sentado en un lateral con las piernas cruzadas- ¿Conoce la mesa de Salomón?- preguntó sin tapujos.

- He oído hablar de ella, dicen que tiene el nombre de Dios escrito y quien lo descubra adquirirá un gran poder, la guardaban los visigodos en España, pero hace siglos que desapareció con la entrada de los musulmanes en Europa. Un cuento judío para niños.

- ¡Nada de cuentos capitán! Nos han llegado informes desde España que aseguran que es algo real, que existe y que está allí. Debemos verificar esa información. En estos momentos se encuentran en plena guerra civil y creemos que es el mejor momento para hacerlo, ahora son vulnerables. Su misión será formar un equipo, infiltrase en la ciudad, Toledo creo que se llama o algo así. Es una pequeña población en el centro del país no lejos de Madrid. Entrará en los sótanos de la catedral y realizar todo tipo de fotografías de la mesa, hará todo lo necesario para poder hacer una copia exacta aquí y ser estudiada por nuestros científicos.

- Nuestro Führer esta muy interesado en esta información- le interrumpió Himmler.

- Comprendo, necesitaré varios hombres de plena confianza, y dos meses de formación.

- Capitán tiene tres semanas. Elija bien a esos hombres y recuerde que si le capturan estará solo. Aquí tiene el dossier de la operación con los

permisos necesarios para realizarla y toda la información de que disponemos hasta hoy. La persona de contacto allí será Friedhelm Burbach, un personaje muy peculiar, tenga cuidado. Él los esperará en el sitio y hora que concrete. Buena suerte.

- ¡Heil Hitler!

- Por cierto- comentó Himmler- si encuentra algún objeto de interés que nos pueda traer, no lo dude, tráigalo.

- ¡Heil Hitler!

Salí contento por dos motivos, tenía una misión de enorme calado y un reto personal, y porque apostaría mi moto a que Fegelein era uno de los doce de la "mesa redonda" de Himmler. Avanzaba en los dos caminos, en pocas horas Thule tendría la información y a mí me dejarían tranquilo durante un tiempo.

Me desplacé a Dachau y me dejaron una pequeña nave abandonada, cerca del bosque, donde poder preparar concienzudamente la misión, escogí a dos sargentos y un cabo que sabía hablar español, a todos se les informó parcialmente de la misión, pero no del objetivo final, a la tumba solo entraría yo. Teníamos unas dos horas para entrar y salir de la ciudad, actuaríamos de noche, en noviembre oscurecía pronto, haría bastante frío y todos estarían en sus casas encerrados junto al fuego y refugiados de posibles saqueos.

Otro problema era llegar hasta la catedral, las calles eran muy estrechas, teníamos que emplear un vehículo pequeño pero lo suficiente para que entráramos los cuatro y el guía. Localizamos un punto de aterrizaje en el aeródromo de Velada, en la localidad de Talavera a noventa y tres kilómetros de nuestro destino, algo lejano, pero no podía arriesgarme a que asociaran ambas cosas. Según el dossier la Mesa estaba en los sótanos de la misma Catedral de Toledo. Con una maqueta del edificio, memorizamos varias rutas alternativas de entrada y salida, aprendimos técnicas para abrir todo tipo de cerraduras e incluso algo de español. El armamento sería ligero, una pistola Luger con silenciador encargadas a propósito para la misión.

20 días después

Llevábamos tres horas volando de noche, dejamos atrás Alemania y los uniformes, vestíamos de civiles, cuando el motor del avión redujo las revoluciones, procedimos a descender. El aeroplano era casi invisible, estaba pintado por completo de gris, sin ningún tipo de emblema que pudiera distinguirse en su fuselaje. Mis compañeros mantenían los puños cerrados por el miedo a volar, yo sin embargo me había dormido y disfruté del descenso asomándome a la cabina del piloto. Desde allí solo veía unas pocas luces en el suelo, colocadas por nuestros compañeros de tierra.

- ¿Podrá aterrizar allí?- le pregunté indicando el sitio con la mano.

- No hay problema, señor, déme diez metros y me sobrará uno, estas cosas las hacemos más a menudo de lo que creé. La pregunta es,

¿estarán de regreso en cuatro horas?

- Eso espero. Me fijé que tenía un puro junto al altímetro y no pude resistirme a preguntarle. Teniente…

- Adolf Galland, señor.

- Ese puro es…- me interrumpió.

- Para cuando volvamos a casa, señor, es una pequeña manía que tengo- tenía un bigote que le daba un aire sofisticado, que seguramente combinado con el puro le diera un aspecto aristocrático.
- Señor, no les esperaré, me entiende, no les esperaré. Las órdenes son muy claras.

Volví al interior, era una persona peculiar pero estaba claro que no podía contar con un margen extra de tiempo. Poco después aterrizamos con unos bruscos saltos pero sin problemas finalmente. Miré a mis subordinados:

- Recordar, no uséis las armas, tenemos que entrar y salir sin ser vistos, debemos ser como sombras en la noche.

Salimos en plena oscuridad, las antorchas que marcaban la pista se habían desvanecido, tras acostumbrar la vista a la noche cerrada, vimos dos luces a lo lejos, unos faros que nos hacían señales, fuimos para allá. Al llegar al coche pregunté:

- ¿Friedhelm?

- ¿Capitán?

- En marcha, vamos con el tiempo justo, hemos tenido viento de morro y hemos perdido algo de tiempo.

- Suban, le pondré al corriente en el coche.

Tras diez minutos de silencio, nuestro enlace habló:

- Tengo hombres en la zona para impedir que pase alguien descuidado o inesperado, la puerta lateral de la catedral la encontrarán abierta, eso no estaba en los planes así que les he ahorrado tiempo, no olviden cerrarla- tras unos segundos de indecisión- Capitán, aquí pasa algo muy raro, no entiendo por qué Berlín les manda a ustedes y no nos encargamos nosotros que estamos familiarizados con el entorno.

- Esas son las órdenes- dije sin dudar.

- ¿Qué hay ahí abajo que hace que manden a cuatro personas en la noche?- seguía insistiendo y no me quedó otro remedio que pararlo.

- Si Berlín quisiera que lo supiese, no le parece que ya lo sabría, usted cumpla sus órdenes y yo cumpliré con mi trabajo.

- Tenemos que tener cuidado al entrar y salir de la ciudad, últimamente hay mucho movimiento de tropas, el frente está cerca, a tan solo unos pocos kilómetros de aquí- el cambio de tema dio por concluida su curiosidad o los celos profesionales.

Y ahí terminó cualquier atisbo de conversación entre nosotros hasta que nos aproximamos a Toledo, una pequeña ciudad rodeada del río Tajo, que tenía en el centro la vieja muralla cristiana, restos de un país conquistado, que luego conquistó medio mundo gracias a Colón y que ahora lo estaban destrozando entre ellos sin necesidad de nadie externo.

En su interior albergaba la mayoría de los edificios importantes, entre

ellos nuestro objetivo. Atravesamos la puerta principal del recinto amurallado y comenzamos a subir con las luces apagadas, el reducido alumbrado local hacía más extraña nuestra visita. Solo el sonido lejano de la artillería y de nuestro motor rompía la calma del lugar.

Aparcamos a unos metros. Nadie se veía por los alrededores, teníamos diez minutos, como mucho quince si nuestro chofer pisaba el acelerador. Y Entramos por una puerta lateral previamente abierta por nuestros “socios”. Tras ésta teníamos una pequeña sala que daba al interior de la catedral, el silencio que reinaba era absoluto, cada pisada parecía que emitía un sonido atronador, dejamos al cabo cubriendo nuestra retaguardia y fuimos los tres buscando la entrada a las catacumbas, eso nos obligaba a atravesar de norte a sur toda la sala, no había nadie, así que entramos en la antesala, la puerta también estaba abierta. La suerte nos había ahorrado tiempo, pero la puerta de las tumbas estaba cerrada, y la cerradura se encontraba en un estado de conservación lamentable, el óxido prevalecía sobre el metal, el tiempo ganado lo perdimos enseguida.

Ya solo quedamos dos para entrar, el otro nos cubría la salida. Con las linternas buscábamos la sala, nos separamos, perdíamos mucho tiempo, miré el reloj, me preocupé, y en ese momento escuché un silbido, la había encontrado. La puerta estaba frente a nosotros, era de madera negra con la media luna en su cenit.

- Manos a la obra- le susurré.

- Es fácil, no esperan visitantes de lo ajeno- y en un minuto estaba

abierta.

Entré rápido y la vi en seguida apoyada en la pared. Saqué la cámara e hice decenas de fotos que llenaron el carrete, las bombillas del flash chasqueaban cuando las guardaba en el bolsillo.

- Listo el trabajo para el Führer- ahora el mío.

Saque unas láminas de papel y un carboncillo y grabé todas las siluetas de la mesa, parecía un poseso por la velocidad con que trabajaba, y luego miré el interior de la sala y cogí un pequeño libro que ponía "*Leonardo, visiones del futuro*". También cogí una copa de oro con incrustaciones de piedras preciosas que estaba guardada en una vitrina sin cerrojo, una joya digna de Himmler.

¿Por qué lo hice? ¿Quería impresionarle? No lo sé, pero no hay día que no me arrepienta de esta decisión sin sentido.

Salimos los dos tras cerrar la puerta, me miró sorprendido el saco donde guardaba los dos objetos, pero no dijo nada, y llegamos a la antesala:

- Vamos, vamos. Sabía que no llegaríamos a tiempo- Y en ese momento el sargento me indicó con el dedo que mirase al altar, había un monje con una vela rezando. ¡Mierda!, pensé.

-¿Cuánto lleva ahí?- le pregunté al sargento Mensen.

- Llegó en cuanto entraron ustedes a las catacumbas, no nos vio de milagro. Aunque no creo que tarde mucho, parece que busca algo.

En ese momento se agachó, cogió algo y volvió al ala opuesta a la nuestra. Corrimos sin pensar en el ruido de nuestros pasos. Los cuatro salimos con parsimonia como si no hubiera pasado nada, como cuatro amigos que vuelven a casa después de tomar varias copas, y entramos en el coche. Yo estaba sentado de copiloto con un sudor frío que caía por mi espalda.

- ¿Todo bien, capitán?- preguntó con algo de sarcasmo.

- Perfecto, acelere, el avión no nos esperará. Tendrán que cerrar ustedes la puerta, no tuvimos tiempo.

Y toda la discreción de la entrada se había perdido cuesta abajo saliendo por las puertas de la muralla, qué pena que visitara esa preciosa ciudad como ladrón y no como turista, otra vez sería.

- ¿Tiene todo lo que ha venido a buscar capitán?- me preguntó mientras señalaba el saco.

- Eso espero- no sabía le impresionaría el regalo que llevaba.

- Veo que su bolsa es más pesada que antes- no se le escapó ese detalle.

Saque mi arma y se la puse en la sien:

- Me están empezando a cansar sus insinuaciones, le voy a hacer una pregunta y sólo una, espero que me dé la respuesta apropiada. ¿Está con nosotros o no?

Se empezó a reír tras unos segundos de sorpresa y la atmósfera tensa que había entre nosotros se deshizo levemente.

- Entendido capitán, retire su arma, soy fiel a Alemania hasta la muerte, pero debo decirle una cosa: no llegará a tiempo para coger el

avión si nos peleamos como niños- en eso tenía razón.

- ¡Acelere!

Conseguimos recuperar algo de tiempo pero nos faltaban diez minutos, en cuanto llegamos pudimos escuchar el sonido del motor arrancado.

- Capitán, el avión se está moviendo, tendrá que pensar en otra forma de regresar a casa.

- De eso nada, saqué de nuevo el arma y repetí la jugada, póngase delante del avión en mitad de la pista.

- Pero no nos verá, nos chocaremos.

- Una buena forma de morir por Alemania ¿no le parece?

- ¡Esta loco!- los ojos parecían quererse desprender de sus órbitas.

Nos pusimos delante con las luces del coche lanzando ráfagas, y el condenado avión no frenaba, se acercaba cada vez más, hasta que notamos que las revoluciones del motor se reducían.

- ¡No tiene espacio para frenar!

- ¡Pues gire imbécil!- le grité.

El ala nos rompió el retrovisor al dar media vuelta en la pista pero logró detenerse sin más incidencias, salimos corriendo hacia el avión. Mientras, oía a Friedhelm maldecirnos en varios idiomas. Nos sentamos en el avión y yo en la cabina.

- ¡Está loco! les he visto por casualidad- me gritaba el piloto, haciendo multitud de aspavientos.

- Rumbo a casa, ¿todos estamos a salvo, verdad? Pues eso es lo importante, le mandaré una caja de puros habanos Galland- me

recosté hacia atrás, y me dormí.

CAPÍTULO 37: El Dilema

Después de este éxito todo cambió en el aspecto profesional, en el capítulo personal seguía perdido. La copa dorada robada en Toledo le volvió loco, aunque lo intentó disimular. El que no pudo fue Heydrich, que la quiso coger casi irradiando locura por los ojos. Desde ese momento comencé a trabajar en la sede central, en un pequeño despacho en el sótano, donde se creaban y sesarrollaban los proyectos más discretos de Himmler, y con ello, mejoró el reconocimiento y las competencias asignadas. Tenía acceso a mucha documentación clasificada, aunque no a toda. La cúpula de las SS seguía teniendo sus secretos. El libro de Leonardo lo guardé celosamente en la biblioteca de Hochwald.

A comienzos del treinta y siete, el nacionalsocialismo estaba llegando a todas las mentes alemanas. Los discursos de Hitler, los desfiles, todo creaba en el pensamiento del ciudadano un deseo creciente de vida, de autoestima, el sentirse alemán podía ser la mayor fortuna que un terrestre podría tener, y esa psicología que nos machacaba día a día, estaba dando sus frutos. La mañana del uno de marzo me llegó una carta que me entregaron en persona, llevaba el sello del águila sobre la esvástica de la Luftwaffe.

Había sido invitado de nuevo por Göring, esta vez a una cacería el último fin de semana del mes para celebrar su ascenso a Mariscal de

Campo. Me quedé perplejo ante la carta, pero son de esas cosas que uno debe ir obligatoriamente. Coloqué dos pequeñas maletas en los laterales de la moto y puse rumbo a Rominten, una pequeña localidad situada en el noreste de Prusia, donde tenía una mansión dedicada a su nueva esposa Emmy, con unos terrenos que tenían más de cuarenta mil hectáreas. Eran doscientos cincuenta kilómetros sobre un incómodo sillín, me arrepentí de no hacerlos en coche.

Las cacerías de Göring eran famosas. A ellas asistía la flor y nata de Alemania, todos los empresarios con dinero y poder habían pasado alguna vez por allí, incluso daban trofeos a los mejores tiradores. Para evitar la despoblación de la fauna, mandaba traer alces, jabalís, ciervos o patos desde otros puntos de Alemania que le permitiera seguir con ese deporte. Así que me sentía orgulloso de estar allí, aunque esta buena suerte solía presentarse con dos caras.

La entrada estaba repleta de coches de lujo, con chóferes colocados formando corralitos. Los invitados llevaban sus mejores galas para la cita, mientras que yo tenía el uniforme de diario, lleno de insectos por todos lados y mis gafas de conducir. Mi aspecto debió ser peor de lo que imaginaba puesto que no me dejaron entrar, sólo cuando les mostré la invitación cedieron aunque sus caras mostraban su repulsa. Me indicaron mi habitación y como llegar a ella. Ya en la entrada de la mansión en medio del bosque, había gente fumando y bebiendo. La casa era enorme, con el techo a dos aguas que llegaba hasta la mitad de su altura total, es decir, casi todo era tejado salvo una hilera de

ventanas.

Como mi aspecto resultaba desagradable para esa alta sociedad, decidí asearme en el dormitorio y coger uno de los buenos uniformes. Era viernes, casi había anochecido, comí algo y me acosté. La cacería comenzaría muy temprano y yo tenía un cansancio que deseaba aliviar con un sueño reparador.

El frío reinaba en el amanecer del sábado, las brumas y el silencio paseaban por los prados. Sin embargo, en el interior de la casa todo era diferente, parecía un hervidero de personas entrando y saliendo de las habitaciones, todos con el "uniforme" de cazador y una escopeta sobre los hombros ¡mierda! pensé ¿de dónde saco una escopeta ahora?. No decía nada sobre ella en la invitación, pasé entre los grupitos sin llamar la atención esta vez, hasta que una mano poderosa me hizo parar:

- ¿Qué haces tú aquí? - Su voz transmitía disgusto.

- Busco el desayuno, tengo hambre. Llevaba muchas horas sin probar bocado.

- No seas necio. Digo aquí, en esta casa.

- Vengo a la cacería.

- ¿Cómo has tenido la desfachatez de colarte aquí? como te descubran pondrás en entredicho nuestro apellido. Mi tío siempre pensando en sí mismo.

- ¿Eso es todo lo que te preocupa?- le reproché.

Me cogió del brazo mientras me susurraba al oído:

- Sal discretamente del salón, y con suerte nadie se fijará en ti.

Me sacaba con fuerza del salón, pasando entre los diversos corrillos de los expectantes cazadores, cuando reparé en un viejo amigo de la familia, Friedrich Flick. Me solté de su mano sin problema y entré en el círculo donde estaba éste junto a Konrad Kaletsch:

- ¡Cuánto tiempo sin verte, Friedrich!- Y nos dimos un buen apretón de manos.

- Es un placer saludar al menor de los Von Munster. ¡Ah! veo que tu tío también está, no se pierde una fiesta de Göring por nada del mundo. ¿Y qué haces ahora? tu tío no nos cuenta nada.

- Me han trasladado a las oficinas centrales de las SS- dije con orgullo.

- ¿Y qué va a hacer un águila como tú encerrado en los barrotes de ese edificio?- Buena pregunta a la que no podía responder.

- No pude decirle que no a Himmler- Le comenté con sarcasmo.

- Y que lo digas, te hubiera sacado todas las plumas. Y todo el grupo soltó una carcajada- Si queréis los dos podéis uniros a nuestro grupo, tenemos como objetivo cazar cuatro jabalíes, y un capitán de las SS nos vendría muy bien para mejorar nuestra escasa puntería.

- Muy bien, aceptamos la invitación, ¿verdad tío?

- Claro Friedrich, será un honor- dijo mientras me miraba a los ojos fastidiado.

La cara de mi tío era un poema dramático, estaba blanco. Cuando el anfitrión entró con su uniforme impecable junto al gorro con una esbelta pluma roja de adorno.

- Gracias a todos por venir, recordar que tenemos un trofeo al ganador de hoy, puede que os deje ganar hoy ¿Salimos?

Y Pasó entre los grupos saludando a unos y a otros, y cuando se paró a nuestro lado, me miró a los ojos y dijo:

- No sabía si vendría capitán, un militar no comprende el arte de la caza- y miró alrededor viendo las sonrisas de todos los que escuchaban la conversación.

Salió el primero como anfitrión, pasó por las seis columnas que soportaban la entrada y todos salieron como si el agua se liberará quitado el tapón de un lavabo.

Mi tío me cogió de nuevo del brazo y nos quedamos rezagados:

- ¿Qué significa todo esto?- estaba sorprendido.

- Que no tendrás que preocuparte por el honor de la familia.

- No digas sandeces, sabes de lo que te estoy hablando, ¿Por qué te ha invitado? Tú no eres nadie.

- Quizás por eso.

Y le dejé allí pensativo uniéndome al grupo, quería comprender que se sentía siendo un cazador entre tanto depredador de las finanzas.

- Que buen ojo tiene el viejo zorro, dijo Konrad al mismo tiempo que me miraba de arriba abajo ¿Dónde está tu escopeta?

- He tenido un pequeño problema.

- ¿Se ha estropeado? - preguntaron alarmados.

- Algo peor, nunca he tenido una, nunca he cazado- me miraban sorprendidos.

- ¡Ah! eso es fácil, me dijo Flick. Chascó los dedos y un chaval de no más de catorce años que nos acompañaba con un carrito lleno de suministros se acercó. Trae al capitán mi otra escopeta.

- Has tenido suerte, tengo otra escopeta nueva, casi sin estrenar, pero me resulta muy pesada y prefiero la vieja. Con esos brazos tuyos y tu experiencia podrás derribar un elefante con ella. Y en ese momento el chaval me la entregó. A mi no me resultó pesada, tenía un equilibrio perfecto, ya tenía ganas de probarla.

- Gracias, es perfecta, una gran arma - el chaval me dio un cinto con los cartuchos.

- Más vale, el judío que me la vendió me juró que era la mejor de su armería, y la pagué como tal, pero cuando volví para devolverla ya no existía la tienda- las risas del grupo volvieron- Capitán, le voy a ofrecer un trato.

- No descansas ni en una cacería- era famoso por ser una bestia negociando.

- Lo llevo en la sangre. Si ganamos el trofeo, la escopeta será tuya, pero si perdemos me tendrás que hacer una oferta por ella digna de un Von Munster.

- Y qué gano yo, siempre terminaré con esta escopeta, sea buena o mala- Él siempre ganaba, recuperaría el dinero de la compra o ganaba el trofeo para poder regodearse frente al mariscal.

- No está mal la oferta- dijo orgulloso, para él seguro, pero para mí no.

- Vale, con una condición, si ganamos el trofeo me lo quedo yo -así por lo menos ganaba algo.

- De acuerdo, la copa no la quiero para nada, sólo quiero ganar al fanfarrón.

- Trato hecho- y nos dimos la mano para cerrar el trato.

La cacería tenía la hora de comer como hora límite para su conclusión, todos llevaríamos nuestras presas capturadas y se haría un recuento para ver el grupo ganador. Era vox pópuli que Göring tenía presas escondidas para poder ganar siempre, para sorprenderle tendríamos que cazar el doble de normal, y claro está, ese día no se me escapó ni una presa, tantas que ganamos sólo por una pequeña liebre.

La noche tenía los tintes de ser larga, la carne de las presas de la mañana continuaban saliendo por doquier de la cocina, parecía que los abusos que habíamos cometido durante la comida del mediodía continuaban durante la noche. Todos los comensales vestían de gala, incluso yo llevaba un uniforme impecable. Göring llevaba su uniforme con los nuevos galones y la chaqueta blanca que tanto le gustaba lucir. Me habían sentado enfrente de mi tío, así que la visión de aquel rostro que empezaba a despreciar la tuve todo el tiempo.

Al concluir la cena se hizo la entrega de premios, tras la cual, un mayordomo se acercó y susurrándome al oído me dijo:

- Mi señor Goering le espera en su despacho, si tiene la amabilidad de

acompañarme.

Me levanté y le seguí. Notaba como unos ojos llenos de ira me perseguían, cómo estaba disfrutando este día, pero ahora llegaba el momento de saber la razón de encontrarme en este bello paraje, desconocía el motivo, pero tenía la impresión que tanta amabilidad ocultaba una intención que no me iba a gustar.

CAPÍTULO 38: Goering

El mayordomo me guió entre los diferentes pasillos hasta que abrió una puerta, entré y me cuadré delante de un oficial superior, ambos uniformados:

- Descanse capitán, estamos fuera de servicio. En esta casa me gusta olvidarme de las obligaciones que me atosigan en Berlín. Siéntese por favor.

Había dos sillas frente al escritorio, elegí la de la derecha:

- Debo confesarle que esta mañana ha llegado a irritarme durante un instante, quería ganar ese trofeo. Aguantar a Flick estos días se me harán eternos.

- Lo siento, señor, no era mi intención- o sí.

- Por favor, sin formulismos. No sea complaciente conmigo, lo estuve observando, y su puntería era impecable, no parecía que quisiera divertirse, parecía que…quería ganar.

- Puede ser, ganarle un trofeo al nuevo Mariscal de Campo, la verdad, resultaba un reto que no podía dejar pasar- soltó una carcajada, mientras se encendía un enorme puro.

- Me gusta su franqueza, y ¿a que se dedica ahora, capitán? si se puede saber, claro.

- Colaboro con las SD.

- Eso ya lo veo en su brazo, le pregunto qué trabajo hace. Mire capitán, me gusta ser directo a la hora de hablar, me han llegado

informes sobre usted.

*SD: Servicio de seguridad de las SS, ahora convertido en el servicio de inteligencia.

- ¿Sobre mí? si no soy nadie- tenía que estar muy precavido.

- Me comentan que usted hace ciertos trabajitos, como podría llamarlos, diferentes.

- Solo cumplo órdenes.

- Claro, claro, capitán- Hizo una pausa mientras hacía círculos de humo con la boca.

- A mi no me interesan las mismas cosas que a Heinrich, yo soy mucho más terrenal. Me gusta admirar la belleza de las creaciones realizadas por grandes maestros y… estaba interesado en participar en esos trabajitos que usted hace, claro está, de forma confidencial.

- ¿A qué se refiere en concreto?

- Me refiero a que si usted busca un objeto para Heinrich, de esos raros que tanto le gustan y tiene al lado una obra de arte, digamos por ejemplo, un Velazquez, podría guardarlo cuidadosamente y entregármelo de forma discreta en esta humilde morada, donde lo cuidaremos con mucho tesón y lo pondremos en el lugar que se merezca. A cambio de mi agradecimiento y de una ayuda personal que le puede encumbrar en nuestro partido.

- Para eso hay unos maestros de lo ajeno, no necesita un oficial de las SS.

- Es curioso que me diga eso, porque me han llegado rumores que en casa de Reinhard Heydrich ha aparecido recientemente una copa de enorme valor. También se dice que ha sido un regalo que le ha hecho

Himmler. Curiosamente esta copa ha desaparecido hace poco de una catedral española.

- Hay ladrones en todas partes.

- También me han dicho que usted disfrutó de la noche española hace poco.

- Le habrán informado mal.

- Sabe quien soy ¿verdad? Todo pájaro que sobrevuela nuestra patria lo hace con mi permiso, y tengo el parte de un avión que salió de Berlín con destino desconocido, hace unos meses. Y casualmente, el piloto me dio su nombre y su descripción.

- La discreción se está perdiendo en todas partes- maldito Galand.

- En conclusión, le ofrezco trabajar para mí. ¿Qué me dice?

- Me temo que no tengo tiempo para más cosas de las que hago- no quería ser una marioneta de todos, nadie me había preguntado qué quería yo.

- Es cabezota como su tío. Piénselo, podría ser muy ventajoso para ambas partes.

- El dinero no está entre mis necesidades, gracias.

- Pero seguro que necesita algo. Piense, soy una persona muy poderosa, puedo conseguir lo que quiera ¿No necesita nada? Tengo delante mía una vieja solicitud para ingresar en la Luftwaffe, podría llegar a ser piloto si quiere. Ahora mismo le puedo firmar su solicitud.

Era tentador, poder volar, pero ese gusanillo ya se había muerto tiempo atrás, en ese momento me acordé de Sara, seguro que podía encontrarla, pero me tendría atrapado en sus garras para siempre e

incluso podría chantajearme. Así que le dije que no.

- Piénsese la oferta, capitán, dígame por lo menos que lo considerará. Debo advertirle que no me gustan las negativas.

- Por supuesto, es un honor que se acuerde de este humilde soldado. De acuerdo, la estudiaré.

- Estupendo, vamos de vuelta al comedor que me apetece probar un champán francés que me han dicho que es una delicia, ¿le apetece?

- Será un placer.

El domingo me levanté con una resaca de caballo, no me quedó otro remedio que beber, con un montón de kilómetros por delante en moto ¡Por qué no cogí un coche! Claro que mi cabeza casi explota cuando mi tío me bombardeó con preguntas que no obtuvieron respuesta, aunque le intuí alguna especie de amenaza, debía estar atento.

El regreso se me hizo interminable. Estaba tan cansado que a falta de unos kilómetros para llegar a Berlín, mientras pensaba en mis cosas, se me cruzó un perro en la carretera, lo vi muy tarde y no pude frenar a tiempo. Me caí sin control y la cabeza fue a parar fuera del arcén, perdiendo la conciencia al instante.

Presente

Ya no sabía en que día estaba, ni la hora. Tenía mucha sed y hambre. Las heridas de las muñecas ya no las sentía, estaba aislado, solo el ruido del motor me recordaba que seguía vivo. Mis miedos más

profundos se hacían realidad, el pasado me había encontrado. Era como una sombra, siempre junto a ti, a veces la veía con mucha claridad en un día soleado, mientras que por la noche llegaba a desaparecer, otras veces era grande que incluso te duplicaba en tamaño y otras tan pequeñas como un enano de circo. Siempre junto a ti, nunca te abandona.

Los interrogatorios eran frecuentes, ya contaba unos quince, las fuerzas las tenía al límite, y creo que ellos lo sabían, habían reducido la violencia. Me desmayé.

Abrí los ojos lentamente al sentir el agua helada, el más joven de mis captores dejó el cubo junto a la entrada. ¿Qué ocurría?. Me pusieron de nuevo la capucha y me sacaron a rastras. El motor había dejado de oírse. ¿Habíamos llegado a nuestro destino? Justo en ese momento una ráfaga de aire entró con tanta violencia que me levantó parcialmente la capucha y el frescor que entró en los pulmones me dio la vida de nuevo, era de noche.

- Idiota, ¿no ves que puede vernos?- se dijo uno al otro.

Y de nuevo la oscuridad cubrió mi rostro. Pero había sido el tiempo suficiente para ver donde estaba. Aunque era de noche lo reconocí al instante, hacía más de diez años que no la pisaba, pero no olvidaré ese lugar, fue la mejor “juerga” a la que asistí. No pudimos impedir en el sesenta y cuatro que se independizaran, pero nuestro equipo consiguió mediante unas fotos indiscretas de un alto mandatario, que no se separaran de la Commonwealth, permaneciendo el control inglés de

las zonas más estratégicas de las islas. Lo celebramos durante toda la noche en una pequeña tasca de Bugibba, al norte de la isla principal. Yo me rendí el primero, debía hacerlo. Como jefe de equipo, tenía que dar una imagen. Además sin mi presencia tenían carta blanca para hablar de todo.

Sí, estábamos en Malta. ¿Hacia dónde me llevaban? Tras andar unos cincuenta metros, volví a sentir el vaivén de un barco. Me quitaron la capucha y volvía a estar en otro barco, mucho más nuevo.

- Le hemos trasladado a su nueva suite, a ver si ahora se vuelve más colaborador. Me dio agua que me costó beber, me ardía por el esófago- Hemos hecho nuestra última parada, ese viejo cascarón ha muerto.

- ¿A dónde me llevan?

- Volvemos a casa- salió de compartimiento y volví a estar solo. Por lo menos este nuevo sitio estaba limpio de corrosión y humedad.

Empecé a pensar en destinos posibles y me quedé dormido.

CAPÍTULO 39: Un Mal Pacto

La primavera brotaba por todas partes, y cada vez que veía a una pareja de la mano o besándose discretamente en una esquina me ardía la sangre, hasta que un día no pude más y tomé una decisión de la que luego me arrepentí. Como siempre que uno no se usa la cabeza y piensa con el culo, como decía el padre Bernard en su clase de filosofía.

Una mañana cogí un camión y a veinte de mis hombres de confianza con el objetivo de enseñar a los judíos quien mandaba aquí, aunque la realidad era otro el verdadero motivo, buscaba respuestas. Nos fuimos al barrio Este y nos paramos frente a la sinagoga de Rykestrasse, donde solían ir la familia de Sarah, era muy grande, con cúpulas doradas con estilo neorromántico, paredes enrojecidas y ventanas de medio punto. Íbamos a hacer mucho ruido.

Entramos a tropel, en segundos teníamos el control, pero el rabino se acercó con gritos:

- ¿Que está ocurriendo aquí? - preguntó furioso.

- Nos han llegado noticias sobre reuniones secretas donde se planea atentar contra nuestro Führer.

- ¡Eso es mentira! Esta es la casa de nuestro señor.

Le cogí del brazo y lo llevé dentro de una sala lateral.

- ¡Siéntese rabino!- le empujé hacia la silla.

- No puede creer que eso sea cierto, solo venimos a rezar.

- Lo sé, le comenté, dejándolo perplejo al instante.

- Entonces…-dijo temblando- ¿qué quiere?

- ¿Cómo se llama?- Le pregunté.

- Leo Baeck.

- Escuche atentamente, si no quiere que esto llegue a más, tendrá que responder a unas preguntas.

- Claro, claro.

- Donde está Sarah Müller- estaba cansado y quería respuestas rápidas.

- ¿Quién?

- Sarah Müller.

- No la conozco, ¿usted sabe cuanta gente viene a esta sinagoga?

- Y a la familia Müller.

- Conozco a varios con ese apellido.

- ¿A Isaac?

- Puede ser….Sí me suena. Pero qué ha hecho esa pobre desdichada para levantar la ira de las SS.

- Eso a usted no le concierne, necesito localizarla a toda costa. Tiene hasta mañana para darme esa información si no quiere ver su preciosa sinagoga hecha añicos.

Salí amenazando a todos los que estaban allí, la ira me pudo, lo confieso, pero no podía más.

- ¡Vámonos!

Nos metimos en el camión, me senté delante con el conductor, me quité la gorra y me mesé los cabellos. Escuchaba gritos de felicidad detrás y frases como: “se lo merecen”, “has visto como sudan estos judíos”, “olía a muerto allí dentro”, “has visto como les ha hecho temblar el capitán”.

Ya me estaba arrepintiendo, pero no podía echarme atrás, así que al día siguiente me presenté allí en coche, con un cabo que me guardara las espaldas y con mi gabardina negra de cuero que ocultara mi uniforme a los feligreses. ¿Por qué? En mi corazón sabía la respuesta.

Entré con decisión, me llamó la atención una cosa, no había nadie, mejor así. Pasé a la pequeña habitación y allí estaba, rodeado de papeles.

- Hola capitán…siéntese por favor.

- ¿Tiene la información?

- Ya veo que no se anda con rodeos. Puede ser, pero antes me gustaría charlar un poco si no le importa. ¿Sabe? en estos momentos hay que tener amigos en todas partes, y oídos que sepan escuchar ¿verdad?

- ¿A dónde quiere llegar?

- Sabe que nos hemos enterado que a Sarah Müller se le busca para interrogarla y no supone una amenaza a corto plazo, no está en la lista de preferentes de la Gestapo. Nada que justifique su presencia aquí y menos de sus soldados. Aún tenemos amigos poderosos.

- Es una investigación interna de las SS, no está en ninguna ficha que

cualquiera pueda ver. Creo que se está metiendo en temas que desconoce.

- Curiosa respuesta, me la esperaba. Se levantó y comenzó a preparar una infusión.

- ¿Le apetece un té, capitán?

- No, gracias.

- Es muy bueno, me lo traen de forma extraoficial, espero que no me detengan por eso… como le estaba contando, me esperaba su respuesta así que pregunté en las altas instancias y nadie sabía nada, entonces ¿Qué estaba pasando?

- Le habrán informado mal.

- No se crea, sabemos escuchar y las palabras venían de muy alto. Entonces, le hago una pregunta, ¿Qué quiere de Sarah?

- ¿Sabe o no sabe dónde está? Le insistí.

- Sí que lo sé, pero… ¿Por qué se la tengo que dar?

- ¡Se lo exijo! Si no quiere ver esta casa en ruinas. Seguro que arde con facilidad, mi gente lo está deseando.

- Me pregunto que pensarán sus superiores de un capitán de las SS, bien posicionado por lo que dicen, buscando a una joven judía y visitando sinagogas. Si esta información llegara a ciertos oídos podrían pensar que tiene relaciones con nosotros y qué le podría pasar.

Mierda, ya no sabía que hacer, pero necesitaba saber dónde estaba.

- Necesito esa información- saqué el arma y le apunté - si usted está muerto todo quedará en un judío menos y todo cerrado.

- Y qué gano yo con dársela, qué puede ofrecerme por saber su

dirección. Parece que es muy importante para usted, eso hace que suba el “precio”.

- Seguir vivo, si le mato nadie sabrá que he estado aquí.

- Si le doy esa información, qué cree que pensarán los hermanos que vienen a esta casa, ¿que soy pro-nazi?, lo peor que puede decir de un judío, me tacharán de todo menos bueno, y si se la doy ¿qué le impedirá matarme? siempre pierdo.

- ¡Suéltelo de una vez Sr. Baeck!- y disparé sobre la pared de su espalda.

- ¡no puedo dársela! Sólo si llegamos a un acuerdo se la daré.

- ¿Usted sabe lo que me está pidiendo?- le apunté a la pierna.

- Lo mismo que me pide usted, los dos estamos en el filo de la navaja. La pregunta es ¿hasta qué punto desea encontrar a esa mujer?

- Veo que lo tiene todo pensado, suéltelo todo de una vez, ¿Qué me está pidiendo exactamente que haga?

- Como bien sabe, a muchos judíos se les impide salir de Alemania, se les quitan los negocios e incluso el hogar en que han nacido y criado a hijos y nietos, necesito que los ayude a salir.

- ¿Y cómo piensa que puedo hacer eso?- dejé de apuntarle.

- Me han dicho que es un hombre de recursos seguro que encuentra la forma.

- Y si acepto, ¿cuánto va a durar este jueguecito?. Quizás sea más comprensivo con una pierna menos- le apunté al pie izquierdo y subí lentamente hacia su rodilla.

- Aunque me dispare cien veces no le diré nada, me matará en cuanto

lo sepa. Prefiero morir después de ayudar a otros- hizo una pausa al ver que dudaba -El precio será proporcional al riesgo que se corre, pongamos que colaborará con nosotros durante un año.

- ¡Está loco! Me levanté dispuesto a irme - volví a levantar el arma apuntando a su cabeza.

- Si lo prefiere, saque a cien familias. Le diré donde está, no está tan lejos- pensaba en torturarle para conseguir la información pero algo me decía que no funcionaría.

Si era rápido en un par de meses lo conseguiría, pero eran muchos. Los judíos eran familias muy numerosas, tenía que reducir ese número, sabía dónde estaba, yo después de meses no tenía nada.

- Cincuenta.

- Regateando con un judío, somos muchos y la necesidad nos apremia, ochenta.

- Sesenta o me busco otro rabino más colaborador.

- Está bien.

- Le advierto una cosa, si me miente o me traiciona no habrá esquina donde se esconda de mí, ni escudo que le proteja de una bala en medio de sus ojos, y no solo a usted, a todo el que entre aquí en el tiempo que tarde en cumplir con mi parte. Y esto no es un farol.

Salí tirando la silla y golpeando la puerta. Tenía que ser muy discreto, me había metido en un gran lío, había puesto todo lo que había logrado por ella, todo, incluso mi vida, espero encontrarla, sin ella no tengo futuro. Mientras regresaba al cuartel me vino a la mente una idea. Sí, por qué no. Sería sencillo y recóndito. Podría valer, pero tenía

que cerciorarme antes. Sonreí y volví a pensar en ella.

CAPÍTULO 40: Entre Montañas

Cuando estudiaba los diferentes planes recibí una mala noticia mientras escuchaba la radio. Uno de los sueños que tenía se quedaría así, en el limbo, el dirigible Hindenburg se había estrellado entre llamas a su llegada a la Estación Aeronaval de Lakehurst (Nueva Jersey). Miré con cariño el viejo avión de madera con tristeza y seguí trabajando.

Tardé casi un mes en tener completada una vía de escape. No me resultó fácil ni barato, no me quedó otro remedio que hacer uso de mis fondos que guardaba en Suiza. El plan era sencillo y a la vez peligroso. Una familia numerosa de judíos cargados con maletas y enseres era como un globo rojo en medio de un iceberg. Era de locos.

Tuve que esperar a que se me encargara una misión cercana a Suiza para poder hacer todos los preparativos. Contacté con un grupo de judíos residentes en Kreuzlingen gracias a Leo Baeck, y con otro grupo en Meersburg, necesitaba personal de confianza que no nos denunciara, discreción debía ser nuestra máxima. El objetivo era cruzar en barco el lago de Constanza durante los periodos de luna nueva, necesitaba dos barcos y sobretodo marineros dispuestos a viajar de noche y sin luces, sin hacer preguntas ni tener dudas. El dinero hace milagros. Partiríamos siempre desde puntos diferentes de la costa, siempre cerca de Meersburg y llegaríamos a un punto

próximo a la localidad de Kreuzlingen.

Las familias llegarían por sus propios medios y serían recogidos por nuestra gente, llevados al punto de amarre y esquivando las patrullas llegar a Suiza. Para ese tema desempolvé mi vieja chaqueta de las SD y visité el puerto militar con la excusa de una inspección ordenada desde Berlín, me estaba volviendo un experto en falsificación de documentos de las SS. Accedí a las rutas y horarios de las patrulleras, logrando encontrar una ruta no transitada, pero con poco margen de error.

Los barcos eran pequeños. Como mucho, veleros de treinta pies con motor. El viento era nuestro aliado silencioso, y el ruidoso motor como último remedio. Si el dios Eolo no nos acompañaba esa noche, teníamos que pernoctar con la esperanza de que la noche siguiente soplara el viento a favor. Por tanto alquilé una pequeña finca durante un año a un precio sangrante, no podía usar casas con vecinos curiosos, estaba apartada de las vías principales aunque algo distante del lago. Por último, un camión estaría siempre lleno de frutas y verduras con un doble fondo donde esconder a las familias.

Viernes 22 de Mayo 1937

La noche era perfecta, una brisa constante acompañada de una fría llovizna. La pena fue la tarde. La primera familia debían ser siete, cuatro adultos y tres niños, y aparecieron trece, cuatro adultos y dos niños no estaban en la lista, uno incluso era un recién nacido, que

lloraba constantemente. Se desplazaron desde Berlín en autobús y debían pararse a unos kilómetros con la excusa de la posible enfermedad de uno de ellos, el camión los recogería al instante llevándolos al barco. Las venas se me hincharon de repente cuando los pude ver deambulando por las afueras de Meersburg, en fila con enormes maletas, y la gente mirándolos. Se pasaron la parada. Todo un espectáculo. Menos mal que reaccionamos rápidamente y no dio tiempo a más. Me esperaba una conversación con el Rabí, me había engañado poniendo en riesgo la operación y a mí.

En el futuro tenía que plantearlo de otra manera, a este ritmo tardaría casi un año en lograr sacar a sesenta familias, debía renegociar el trato. Los días buenos para navegar con poca luz eran de unos escasos siete u ocho días al mes, los barcos tenía que ir y volver, el viento no siempre acompañaba, podría sacar a tres o cuatro familias al mes, una locura. Yo no podría estar presente siempre, no podía justificar mis escapadas. Dependería de otros, y en esta vida si quieres que las cosas se hagan bien las debes hacer tu mismo.

Me cubrí las espaldas como pude, usé identidades falsas, pagos en efectivo y por adelantado, y las personas de contacto las mínimas y localizadas, en caso necesario debería deshacerme de ellas.

Así que cuando las primeras hojas de los árboles cayeron al suelo terminaron las excursiones acuáticas habiendo sacado a solo dieciséis familias. Eso sí, parecían de conejos, proliferaban los hermanos tías,

suegros, cuñados, primas, un sin fin de relaciones que justificaran la salida, en total, más de cien. Y yo soportando otro invierno más de soledad, imaginando su presencia, sus manos, sus caricias, y en vez de eso Goering presionando con mensajes pidiendo mi respuesta a su proposición, yo sin investigar las relaciones de Himmler que me pedía la orden Thule y Himmler pidiendo cada vez cosas más extrañas cada día.

Hablé de nuevo con el rabí, necesitaba un nuevo acuerdo, y conseguí bajarlo a cincuenta, pero no me fiaba de él. Necesitaba pruebas de que sabía donde estaba Sarah, no quería ser utilizado para nada.

Año nuevo 1937-1938

Tenía que salir de Berlín, me oprimían las paredes, el tráfico, la gente, sobre todo la felicidad de estas fechas, cogí la moto y me fui a Baviera, sabía que él estaría allí. Solía celebrar el fin de año por todo lo grande, los negocios le iban bien, así que invitaba a toda la flor y nata de la localidad. Con tanta gente pasaría desapercibido, lo malo que es que había muchos "hermanos" también allí, significaba conversaciones de política, reuniones o quedadas, y realmente pasaba del tema. Pero no quería estar solo.

Llegué el treinta y uno de diciembre cansado, justo a tiempo de asearme e ir a cenar con los invitados. La música de una pequeña orquesta amainaba la velada, mujeres con hermosos vestidos y sugerentes escotes llamaban la atención, aunque la media de edad

sobrepasaba los cuarenta con creces. La juventud no venía a estas fiestas, tenían las suyas. Así que entré en el salón, me cogí una copa de champán dispuesto a disfrutar y olvidarme de Sara durante esa noche. La copa se vació en un suspiro. Busqué otra, el camarero tenía la última en su bandeja cuando fui a cogerla otra mano se me adelantó, llevaba unos guantes de seda de un lila muy tenue, la miré y le dije:

- Una joven más rápida que un soldado. Enhorabuena, se merece esta copa.

- Gracias, me miró y bajó la cabeza durante un instante sonrojada.

- Por fin encuentro a alguien que no me doble en edad- me salió sin querer mientras miraba a todos los que me rodeaban.

- Que exagerado eres, ¿a qué no sabes quien soy?- La pregunta me dejó traspuesto, no me sonaba la cara de nada. Tendría mi edad, no era una belleza pero tenía una bonita sonrisa y una bonita figura, seguro que el vestido escondía grandes sorpresas.

- Si aciertas quién soy, te doy la copa.

- Un reto, uhm…me parece muy bien, ya era hora de divertirse.

- Me puedes hacer tres preguntas. Si no lo aciertas perderás la copa y mi conversación, porque me sentiré muy ofendida si no me reconoces.

- La verdad es que me resultas familiar- Lo curioso del tema era que estaba a gusto con ella, había podido desconectar de todo concentrándome en su cara, buscando gestos que ayudaran a recordarla.

- El tiempo pasa, pregunta.

- ¿Te conozco de aquí o de fuera?- lancé la primera pregunta.

- Nos conocimos aquí, no muy lejos.

- ¿Hemos tenido alguna relación, llamémosle, amistosa?- segunda.

- Capitán, cómo puedes olvidar una cosa como esa- sonrió - No, éramos sólo amigos.

No sabía que preguntar. La música cesó y ambos nos giramos para aplaudir a la orquesta por la excelente interpretación de la pieza, cuando se le movió el mechón de pelo que le caía a cada lado de su recogido. Asomó con descaro un lunar que no me costó reconocer, cuando nuestras miradas se volvieron a encontrar me fijé que bajo el exceso de maquillaje asomaban unas pequeñas pecas, y en los aplausos me acerqué a su oído, mientras el director de la orquesta contaba hacia atrás desde diez:

- ¿Sigues paseando junto al lago? - le susurré al oído.

- Siempre que puedo-Y me dio la copa- Te ha sobrado una pregunta.

La música se reanudó, estiré mi brazo:

- Me la reservo, bailemos- le cogí la mano.

- ¿Y que hacemos con tu trofeo?, el champán se va a calentar.

- Ya no me interesa- ya estaba bastante tocado por el efecto del alcohol, no quería pasar esa línea.

Todos gritaron para dar la bienvenida al nuevo año, nos unimos a los gritos mientras la orquesta volvía a sonar, así que bailamos un precioso vals con el año nuevo recién estrenado. Bebimos, reímos y

cantamos juntos. Gracias a la compañía de Ula, la olvidé.

1 de Enero 1938

Habíamos estado hablando de cómo nos había cambiado la vida. Ella vivía en Roma, se había prometido con un diplomático de la embajada y se casarían en marzo. Yo de militar y Antjia en Nueva York, casada con un empresario de Wall Street, y con tres niños. Su relación con mi tío fue un capricho de juventud atraída por la experiencia de una persona adulta.

La cabeza me daba vueltas por la bebida, me acordé de mis oscuros días de París, y a ella no se le quitaba una risa tonta. Cuando ya nos disponíamos a irnos me preguntó:

- ¿Recuerdas la pregunta que te quedaba?, aún no la has hecho. Si me lo preguntas te diré que sí.

La cogí de la mano y subimos corriendo a mi cuarto. Terminamos con toda la ropa esparcida por la habitación. Practicamos sexo como animales en celo, los dos empapados en sudor, y nos dormimos abrazados.

Bien avanzada la mañana me desperté de nuevo con un dolor de cabeza que te deja medio mareado. Solo otra vez, con un mal cuerpo y con la conciencia de haber sido infiel a Sarah, aunque apenas me

acordaba de la noche, el olor a perfume que rezumaba mi cuerpo, junto a toda la ropa por el suelo no dejaba la menor duda de la situación. Creo que revivimos el pasado durante un instante. Ella volvió a Roma, se casó y se mudó a Argentina con su estrenado marido. No la volví a ver. Esa noche la guardaríamos en nuestra memoria, y nadie supo jamás lo que pasó.

CAPÍTULO 41: Europa Cambia

Ese invierno lo aproveché como mejor pude. Como tenía ciertos privilegios, podía cogerme algunos días libres y así lo hice. Cambié un poco la ruta, las zonas y tras nuevas amenazas conseguí del rabí que el número de familias se redujeran en diez.

Incluso recibí clases básicas de náutica, y eso que hacía un frío que te helaba las manos.

Estaba deseando que llegara el buen tiempo, pero aún quedaban meses para ello. Así que decidí buscar otras ocupaciones que me ayudaran a olvidarme de mis problemas. Salí a dar un paseo por la noche, me gustaba sentir el frío en la cara y una preciosa aurora boreal adornó el cielo, nunca la había visto, era un suceso muy extraño, me parecía un mal augurio, se avecinaban cambios y normalmente suelen ser malos.

Y la noticia no se hizo esperar: Al día siguiente se pusieron en alerta todos los cuarteles. No conocíamos el motivo, pero se anularon todos los permisos. Las SS y la wehrmacht quedaron a la disposición del recién nombrado comandante supremo de las fuerzas armadas, Hitler.

El 16 de marzo, Alemania se anexiona Austria, proclamándola como nueva provincia germana. Las fuerzas de la wehrmacht atraviesan la

frontera con el apoyo de un grupo de las SS. Al decidir Hitler entrar personalmente en Viena, y claro, todo su séquito junto a él, saltaron las alertas y nos movilizaron. Heydrich me ordenó que le acompañara, le gustaba recalcarme que era mi superior. Siempre había sido algo miedoso y le encantaba incordiarme, tenía miedo a que algún judío lo matara, por eso, creía yo, que los odiaba tanto. Mi puesto para aquella parafernalia de desfile triunfal fue la de copiloto. El miedo que me entró fue que Hitler seguía cumpliendo sus objetivos que había escrito en su libro. ¿Qué vendría después? En su discurso a los vieneses desde el balcón del palacio de los Habsburgo no lo dejó claro.

Una vez en Viena, se me ordenó la coordinación de los diferentes centros de control de las SS, debía localizar las sedes para oficiales, revisar el estado de los cuarteles del ejército austriaco, e incluso descubrir posibles insurgentes entre sus filas, que serían detenidos de forma discreta y llevados a campos de prisioneros para su reinserción.
Las zonas a cubrir eran principalmente las fronteras, y tras solicitar la zona oeste, se aceptó mi petición. Todo marchaba según mis planes.

Así que estuve muy entretenido esos meses. Pude conocer todas sus ciudades, me recordaban tanto a Baviera que me sentía como en casa, y decidí residir esos meses entre Innsbruck y Salzburgo, esta primera era la ciudad más cercana a Suiza, y ambas a tiro de piedra de Füssen, tenía la excusa perfecta.

En mayo comenzamos de nuevo con la emigración, gracias a Dios,

todo iba bien, y una noche que fui en persona a supervisar las operaciones, uno de los judíos me dio una carta de parte de Leo Baeck. En ella venía una foto, al observarla pude verla, seguía igual de preciosa que siempre, y por detrás escrito a mano, ponía: “Ella está bien, su familia se ha mudado a Austria, no sé cuanto tiempo estará allí, ya no es sitio seguro, dese prisa” y en una esquina ponía: “los judíos cumplen sus promesas, cumpla usted las suyas y yo le daré la dirección”.

Por un lado no pude quitarme la sensación de ser utilizado otra vez, pero por otro lado, sentía que estaba cerca, incluso podía estar en la calle de enfrente y no saberlo. Tras unos minutos de locura transitoria, reflexioné, ¿y si la foto era antigua? Cogí una lupa grande y revisé con precaución la foto, cada esquina, cada edificio que salía, cada ventana, puerta, coche, pero nada. Era una calle normal y corriente que podría pertenecer a cualquier ciudad. Así que me senté, relajé la vista y, espera un momento, en la esquina, cogí de nuevo la foto, había algo que sobresalía de un edificio, era pequeño, y muy distante. Era la parte de arriba de una torre, me sonaba, la había visto.

Tras diez minutos pensando caí, era la torre del agua de Viena. Lo tenía. Eso daba validez a la foto y reducía la búsqueda a una ciudad, pero yo estaba lejos. Así que no me quedaba otra que confiar en un judío, sabiendo que en estos tiempos era muy peligroso.

A finales de septiembre el tiempo se puso peor y no pudimos

continuar, en el último intento casi perdemos a un niño, se cayó al lago en un golpe de ola, menos mal que pudieron rescatarlo a tiempo, enseguida la hipotermia le invadió. Su madre y su abuela consiguieron que entrara en calor, pero para mi fue un aviso de que no todo vale para estar con ella, me faltaban ocho familias.

A principios de octubre, a los oficiales más veteranos de las SS se nos hizo volver a Berlín de manera inmediata. Himmler quería realizar unos cambios, se habían creado nuevas divisiones y necesitaba gente para dirigirlas. Esperaba por todos los medios que no me ascendieran, eso me alejaría de mis planes y haría dedicarme a la vida militar en cuerpo y alma, fallarle o negarse a cumplir los deseos de Himmler era como enfrentarse a un león con las manos atadas.

Pero no, a mi no me llamaban a las reuniones, volví a dar clases a los nuevos reclutas, esperando una explicación. Lo bueno es que estaba en Berlín y podía tener una charla con el Rabino, no podía esperar un año más, había hecho lo imposible por ayudar a esta gente, creía que merecía volver con ella, así que la semana siguiente acudí a la sinagoga.

- Baeck, ¡me lo debe!

- No le debo nada. Hicimos un trato, debe cumplirlo.

- He hecho por su gente todo, incluso he puesto mi vida en juego, y usted que ha hecho, dígame…nada.

- La gente empieza a hablar, dicen que hago trato con los nazis, están

perdiendo la confianza en mí, no diga que no hago nada.

- Usted lo ha querido. Salí por la puerta y le dije a los dos soldados que me acompañaban. Lleváoslo.

Y cuando salía por la puerta de la sala le dije:

- Quizás cambie de opinión si le encerramos un tiempo.

Quince días después le tuve que soltar. Algunos oficiales hacían preguntas y otros decían que lo llevara a la Gestapo, que ellos se encargarían, pero no podía hacer eso, le sacarían todo, incluso que le ayudé. Solo quería asustarlo, intimidarlo, pero era un hombre duro, incluso al final llegué a reconocer su valía a la hora de dar todo por su gente, pero no había conseguido nada por mi cuenta. Pero el tiempo de las libertades estaba pasando, las discriminaciones aumentaban, el racismo y el nazismo se hacían uno.

En noviembre todo se precipitó. Ernst Von Rath, secretario de la embajada alemana en París había sido asesinado por un judío, y el Führer clamó venganza, y el nueve de noviembre la rueda se puso en marcha pasando por encima del pueblo judío.

CAPÍTULO 42: La Noche Más Negra

6:00 pm.

9 de Noviembre de 1938

Mientras me duchaba tras correr durante una hora, me llegó una nota que decía:

"Por fin ha llegado la hora que tanto hemos esperado, esta noche nuestra raza volverá a estar limpia de escoria que la corrompe. Esta noche los alemanes volverán a ser la raza líder del mundo. Disfrútela."

Y tras leerla sonó una sirena, llamaban a formación a todos los hombres. Dios, en que están pensando ahora, me vestí tan rápido como pude, aunque estaba exento de ir, pero quería saber que estaba pasando. Bajé al patio, y pude ver al coronel supervisando la movilización.

- Señor, que ocurre.

- Hemos recibido órdenes de arriba, hay unos grupos de exaltados que están quemando los negocios de los judíos, incluso entrando en sinagogas, destrozando lo que pueden, se teme en que puedan quemarlas. Debemos controlarlos, limitar los daños que hagan, pero no podemos detenerlos. Todo judío que se resista o ponga oposición será detenido.

- ¿Puedo ayudar, mi coronel?

- No se preocupe capitán, esto es cosa nuestra.

Me di media vuelta y salí corriendo a por la moto, tenía una extraña sensación y resquemor en mi mente, todo podía irse al garete, meses perdidos. Si acaban con él… Así que giré el puño con fuerza y la gasolina entró en los cilindros, cada calle que pasaba veía gente destrozando escaparates, robando el contenido y quemándolo, judíos por los suelos golpeados, esto parecía el principio de una noche que podía acabar con ríos de sangre.

Ya solo me quedaban unas manzanas, en esta zona acababa de llegar todo un escuadrón de las SS junto con un grupo de las juventudes hitlerianas, entraban en todas partes, era un barrio judío. Sacaban a los vecinos de sus casas, los golpeaban y los dejaban en medio de la calle viendo como tiraban sus pertenencias por las ventanas.

Por fin paré la moto en la puerta, acababan de romper la cerradura y se disponían a entrar. Eran 3 soldados. Uno de ellos cabo.

- ¡Cabo!

Se dio media vuelta y se sorprendió al verme.

- ¡Hiel Hitler!

- ¡Hiel Hitler! Le contesté. Esta sinagoga está bajo investigación, nadie puede entrar sin mi consentimiento.

- Pero tenemos órdenes de…

- ¿Está desobedeciendo una orden directa de un superior, cabo?

- No, no señor.

- Porque es eso lo que parece.

- Nadie va a entrar, mi capitán- la respuesta fue perfecta.

- Para estar seguro, usted y los dos soldados se quedarán en la puerta e impedirán cualquier intento de intrusión. ¿Algún problema?

- No, mi capitán.

Con más tranquilidad recorrí los metros que me separaban de la sala donde suponía que estaba escondido Baeck. La puerta estaba cerrada, llamé con fuerza.

- Abra la puerta, Leo. Sé que está ahí. No se preocupe, está usted seguro, nadie entrará aquí.

Se escuchó el giro de la llave y como la cerradura se deslizaba.

- ¿Qué está pasando fuera? Parece que la gente se ha vuelto loca- preguntó asustado.

- Se ha dado orden de arrasar con todo lo que sea judío. Y esta sinagoga esta en la lista negra.

- Dios santo, esto es peor de lo que pensaba, nunca creí que llegaría este día. Hitler está loco, pero ha cruzado una línea que me temo no va a pararle.

- Tenemos que hablar Leo ¿Dónde está Sarah?

-¿Cómo?- se quedó sorprendido ante la pregunta

- ¿Dónde está?- le repetí

- El mundo se derrumba ahí fuera y usted solo piensa en una mujer. ¿Qué clase de hombre es usted?

- El único que la puede proteger, a ella y a usted, siempre y cuando me ayude a encontrarla.

Se escucharon varios disparos en la distancia.

- No sé cuanto tiempo podré impedir que entren. ¿Dónde está? Le juro que haré todo lo posible para que a Usted y esta casa queden al margen, pero necesito una dirección.

De repente se pudo oír con nitidez el sonido de un centenar de botas corriendo hacia ellos:

- Mi capitán, se acerca una multitud hacia aquí con antorchas, no se si podremos impedir que entren.

Le miré de nuevo:

- Usted decide.

Sacó un papel, anotó algo y me lo dio.

- Espero que no me mienta, si lo hace, yo mismo traeré esas antorchas y destrozaré este sitio.

- No le miento, y se sentó de plomo sobre la silla.

- Vamos soldado, tenemos trabajo.

Tampoco eran tantos, unos veinte, me acerqué a ellos mientras pedí a los tres que prepararan sus armas.

- ¡Qué ocurre aquí! - les grité.

- Venimos a por los judíos, a darles una lección y enseñarles quien manda aquí. Que esto es nuestro, de los alemanes puros, debemos erradicar la corrupción que vive entre nosotros.

- Esta sinagoga esta bajo investigación de las SS, búsquense otro sitio para purgar su ira.

- Esta sinagoga es un foco de vergüenza, debemos destruirla.

- Atentos, apunten.

Les ordené a los tres al tiempo que cogí mi pistola y la puse en la

frente del portavoz del grupo. Los demás inmediatamente dieron un paso atrás.

- Repito, aquí no se puede entrar- se quedó petrificado, como no decía nada le pregunté:

- ¿Hasta qué punto desea destruir este sitio?

Dio un paso atrás, y el grupo puso rumbo a otra parte.

- Cabo, no creo que le molesten más esta noche, que no entre nadie.

Cogí la nota, venía una dirección de Viena. Cogí la moto y volví al cuartel, me hubiera ido directamente, pero en estado de alerta se podría considerar una deserción y podría poner en peligro mi puesto. Si había esperado años un día más o menos sería un suspiro.

CAPÍTULO 43: Viena

Faltaban dos días para navidad, el camino hacia la capital austriaca se hacía largo. Había cogido un coche, estaba cansado de la moto, y además, con el frío que hacía, rezaba por no encontrar nieve en la carretera. Me pasé todo el trayecto pensando en ella, deseaba que ella se acordara de mí, y que de nuevo nuestra mirada se encontrara y sobraran las palabras, pero siempre podía ocurrir lo contrario y ella me rechazara. Con esa congoja recorrí las calles de Viena. Era tarde, así que busque un lugar donde dormir y poder madrugar. Me esperaba un día largo.

Los oficiales alemanes de alto rango se quedaban a pernoctar en el Hotel Imperial, cerca de la Ópera, pero aunque yo no tenía esos galones, sí disponía del dinero que ellos no poseían. Dos banderas rojas con la esvástica decoraban la fachada.

La nota ponía “Seitenstettengasse 4”, estaba a veinte minutos andando. Como me había levantado demasiado temprano, decidí dar un rodeo y disfrutar de la ciudad antes de verla. Me recorrí Kärntner Ring, seguí por Ringstrasse hasta que llegué a Maria-Theresien-Platz con la estatua de la emperatriz María Teresa. Seguí por la calle Schottenring buscando el canal, lo seguí hasta que me metí por Roterturmstrasse, giré a la derecha y entré en la calle, que tenía una ligera pendiente hacia la izquierda.

La calle era estrecha, estaba a tan solo quince metros cuando comenzaron a sudarme las manos. Una enorme puerta de madera guardaba la entrada. Era un edificio enorme de cuatro plantas con las paredes ennegrecidas. Llamé pero nadie me abrió, esperé un poco. Volví a llamar, nada. La gente me miraba con recelo, qué pasaba. Volví a llamar con más fuerza y al final una sonora cerradura cedió y un hombre se asomó.

- ¿Qué desea?- preguntó un hombre de edad avanzada.

- Busco a Sarah Muller. ¿Vive a aquí?

- ¿Aquí? Una mujer, por supuesto que no, que se cree que es esto, basta ya de tanta humillación y déjennos en paz- y comenzó a cerrar el portón.

- Espere, eso no es posible, me dieron esta dirección. Y le enseñé la nota.

- Pues le han gastado una broma, ¿no lo entiende? ¡Váyase!

- Debe haber un error, este edificio es muy grande, seguro que está aquí. Se lo dije bloqueando la puerta con mi mano para que la mantuviera abierta.

- Mire joven-miró a ambos lados de la calle- esto es el “Stadttempel”.

- ¿Una sinagoga?- parecía un edificio de viviendas, nunca hubiera supuesto lo que albergaba dentro.

- Sí, ¿lo comprende ya?

Sólo podía pensar en una cosa, me había traicionado, así que mis pensamientos brotaron por mi boca sin yo quererlo.

- En cuanto coja a Baeck se va a enterar de lo bien que arde la madera.

- Perdone, ¿qué ha dicho?- me preguntó sorprendido.

- Es el individuo que me dio la nota, Leo Baeck.

- Y por qué no lo ha dicho antes. Pase, rápido.

Entré. Cerró la puerta con tal fuerza que retumbó en toda la sala y le miré.

- Por favor, sígame.

Entramos en una vieja sala y tras ella una puerta, llamó y una voz se escuchó:

- Pasa.

- Aquí hay un hombre que viene de parte de Leo Baeck- dijo dejándome fuera.

- Que entre.

- Entre por favor. Perdone a Jacob, todos estamos muy asustados, este es el único templo que queda en pie en veinte kilómetros a la redonda, y en cualquier momento nos puede pasar a nosotros.

Un hombre con una enorme barba negra estaba sentado en un escritorio lleno de papeles, con un candelabro de siete brazos a su espalda, y dos estanterías llenas de libros viejos a ambos lados. Se levantó y nos dimos la mano. Menos mal que no había cogido el uniforme, entonces todo esto no estaría ocurriendo.

- Entonces le ha enviado Leo, ¿y como está? desde hace un mes y medio no sabemos nada de otras ciudades, desde que nos…

- Está bien, no le pasó nada, pero se avecinan tiempos peores.

- Me temo que sí, ¿y qué desea de nosotros?, ¿señor...?

- Van Munster, estoy buscando a alguien.

- Ahora hay demasiados desaparecidos. Mire la mesa, son familias que buscan a su hermanos, primos y abuelos, desde la terrible noche en que nos atacaron. Faltan muchos, tenemos listas incompletas de detenidos, pero no sé si podré ayudarle, ahora estoy perdido. Aunque, recuerdo que hace unos meses Leo me pidió que buscara a una mujer, se llamaba, umm…

- ¿Sarah?

- Sí exacto. Me pidió que intentara averiguar si seguía viviendo aquí- Parece que después de todo había cumplido su parte.

- Por favor, céntrese, ¿y qué averiguó? ¿sigue aquí?

Seguía buscando entre las montañas de papeles.

- Claro que sigue aquí, por los menos hasta noviembre, después nadie sabe nada… ¿Dónde lo he puesto? Tras unos segundos, cogió un trozo de papel ¿Puedo hacerle una pregunta?.

- Sí- ¿ ahí estará la dirección? no dejaba de mirar el trozo de papel

- ¿Por qué la busca?, tengo curiosidad, veo que no es judío. Sin embargo, está relacionado con ellos, y eso le hace “cómplice”. Puede estar corriendo el mismo peligro que nosotros.

- Porque será mi futura esposa- arqueó las cejas y una ligera sonrisa apareció en su rostro.

- Comprendo, el amor mueve montañas, como Noé y Naama, Abraham y Sarah, que casualidad, se llama igual. ¿Conoce el libro de los

Jueces?

- Pues no, nunca he sido muy religioso.

- Pues si puede léase la historia de Samson, me recuerda a usted. Tome y buena suerte. Se levantó, nos dimos la mano. Y salí del templo escondido.

No podía salir de mi asombro, “Judengasse 4”, cuarta planta, número 2, pero no conocía la calle, así que pregunté a la primera persona que vi, tendría mi edad, con sombrero y abrigo largo negro.

- Buenos días, perdone que le moleste, estoy buscando la calle Judengasse, ¿la conoce?

- Sí, está a cien metros, gire a la derecha y luego a la izquierda.

- Gracias.

Otra vez me sudaban las manos, estaba tan cerca, que en cinco minutos llegué a la puerta. Estaba abierta, así que entré y comencé a subir los numerosos escalones que había entre plantas. La cuarta planta era igual que las otras, cuatro puertas con sus números las identificaban. Me coloqué frente al número dos, y llamé con los nudillos.

CAPÍTULO 45: Entre Olas

Presente

El sonido de los motores me retumbaba por todo el cuerpo, ya se me había olvidado que era el silencio. Estaba claro que estaba vencido, como un gladiador arrodillado en la arena del Coliseo, desarmado e indefenso frente a su enmascarado oponente esgrimiendo su espada a lo alto esperando la orden del Cesar para cortarme la cabeza. Había pensado en numerosas ocasiones como sería el final pero nunca pasó por mi imaginación este desenlace, la realidad volvía a superar a la ficción. Yo solo quería que esto terminara, cada minuto de agonía era peor que el anterior.

Seguía con las manos atadas a la espalda, por detrás del respaldo de la silla, pero los pies estaban libres aunque necesitaba ayuda para levantarme y poder usar el cubo de la esquina que hacía las labores de letrina. De vez en cuando entraban, me dejaban alimentos y me cambiaban el cubo, los interrogatorios habían cesado, nos acercábamos a su destino y según habían comentado pasaría a otras manos menos “delicadas”. Así que tras pensarlo detenidamente y ahorrar todas las energías que pude, lo hice.

Un marinero entró, escupió entre mis piernas y se asomó al cubo:

- Así de podrido estás por dentro, cerdo nazi.

Y mientras se agachaba para recoger el cubo me levanté con todas mis restantes fuerzas y me abalancé sobre él, el impacto nos hizo caer a los dos de plomo. El brazo me dolía tanto que no pude evitar gritar, en contra, un cuerpo inerte estaba a junto a mi, le sangraba la cabeza después de chocar con la pared metálica que tenía en frente.

Me incorporé medio mareado y salí con cautela por la puerta. No había nadie, estaba en el fondo del barco y el ruido de los motores cubrió mi grito. A unos tres metros una escalera metálica subía a la siguiente cubierta. Todo estaba tranquilo, subí dos más hasta que pude ver la luz del exterior. Al final de un estrecho pasillo, con camarotes a ambos lados, una puerta con una pequeña ventana circular, dejaba pasar los últimos rayos rojizos de un día que agonizaba. Me acerqué. Abrí la puerta de espaldas, las manos seguían atadas, justo en el momento en que una bocina daba la voz de alarma al barco.

En un instante todo fue actividad, puertas abriéndose, sonidos metálicos, gritos…puse mis pies en el exterior, menos mal que había poca luz y no me costó acostumbrarme a ella. Miré a mi izquierda, la proa tenía dos hombres que me miraron sorprendidos, a mi derecha la popa despejada, corrí hacia allí. Miraba a mi alrededor buscando una salida que no encontraba, una bandera italiana ondeaba al viento ignorando a un polizón que no sabía que hacer.

Me agarré con fuerza a la barandilla buscando algo en el horizonte, pero solo había agua y más agua, me di media vuelta y ya tenía a

cuatro hombres cerrándome el paso. El hombre que dirigía los interrogatorios se adelantó.

- Por favor, vuelva al interior, aquí no puede ir a ningún lado.

Volví a darme la vuelta, me quedé mirando la inmensidad del mar mediterráneo mientras notaba las cuerdas en las muñecas.

- Tienes razón- y salté.

Tras dos segundos de vuelo me sumergí rápidamente, pero intuitivamente emergí, la cabeza sobresalía del agua lo justo para respirar algo. El barco se alejaba lentamente. El mar estaba en calma, pero me costaba respirar. Escuché los gritos desde lo alto al mismo tiempo que un calambre en el gemelo de la pierna derecha me bloqueó lo único que me hacía permanecer a flote y poco a poco me hundí en un mar transparente, había llegado la hora, me costaba aguantar la respiración, la presión de las toneladas de agua sobre mi cabeza se hacía inaguantables así que me dejé ir, dispuesto a reunirme con ella. Cerré los ojos. El ruido de los motores cesó y una paz y felicidad me embargó mientras mi vida se acababa.

CAPÍTULO 46: El Reencuentro

Escuché pasos que se acercaban a la puerta y la gran mirilla me mostró una cara que me miraba:

- ¿Quién es?- una voz de mujer se escuchaba tras la enorme puerta de madera de roble.

- Hola, buenos días señora, encantado de conocerla, busco a la señorita Sarah Müller.

- ¿Quién? ¿Puede repetírmelo? Es que a mi edad los oídos ya no están como antes.

- Claro, busco a la señorita Sarah Muller. Repetí en un tono más elevado.

- Aquí no vive nadie con ese nombre, lo siento.

- Perdone que insista, pero esta es la dirección que me han dado en la Stadttempel- parecía que esa palabra era mágica.

- Ah, sí, sí, aquí vive. Perdone, pero en estos tiempos no sabemos quien puede llamar a nuestra puerta, podrían ser esos cerdos nazis con sus insignias brillantes y su corazón de piedra.

- Claro señora.

Cerró la mirilla y la escuché gritar su nombre a través de la puerta, el sentido del oído lo tenía gastado pero el torrente de voz lo conservaba intacto.

- ¿Qué ocurre, abuela?

- Hay un hombre que pregunta por ti ¿ y qué le has dicho? ¿No le

habrás dicho que estaba, verdad? Hay abuela, tú sabes lo peligroso que está todo para nosotros.

- Le manda desde la Stadttempel.

- Eso lo podría haber dicho cualquiera, a tu edad eres más inocente que tus nietos.

- Y además es un hombre muy apuesto.

- ¡Abuela! - no pude evitar reirme.

La cerradura chirrió y la puerta se abrió lentamente.

- Sí dígame. Contestó al mismo tiempo que levantaba la mirada.

- Hola Sarah.

Se quedó traspuesta unos segundos, no sabía que decir ni que hacer.

- ¿Se acuerda de mí?- le pregunté al notar que no me reconocía.

- ¿Qué hace aquí? ¿No nos han hecho el suficiente daño ya a nuestra familia? ¿Qué más quieren?

- Yo solo quería… - Me interrumpió.

- Siempre es lo que ustedes quieren, egoístas y retrógradas, si no viene a detenerme será mejor que se vaya, adiós. Y cerró de un portazo.

- Verla- Le dije a una puerta cerrada que aún vibraba del impacto con las molduras.

Mi mundo se venía abajo. Me había convertido en lo que ella más odiaba, y lo peor era que tenía razón. Todo por no buscar otras cosas o por ser guiado de forma incorrecta. Ya de qué servía quejarse, no tenía solución. Así que me puse el sombrero y me fui paseando reflexionando sobre lo sucedido, lo peor de todo, es que al verla volví

a sentirme feliz y completo, seguía enamorado, y no podía rendirme, tenía que ganarme su confianza de alguna manera. Tan cerca pero tan lejos. Me daban ganas de volver y secuestrarla, llevarla lejos, pero ella era especial, su corazón no se ganaba por la fuerza.

No podía echarle en cara nada, en Alemania los judíos eran gente de segunda, despreciados por el resto, si además emigran a Austria y los problemas que creían dejados atrás le llaman a su puerta, la sensación de temor debe ser angustiosa, sentía en lo más dentro de mí la necesidad de estar con ella, pero no era un ciego, era muy difícil. Solo podía hacer una cosa, cuidar de ella y su familia en lo posible esperando que en un futuro tuviera la oportunidad de entrar en su corazón.

Así que volví a reclutar a mi viejo equipo y nos trasladamos a Viena, con la excusa de investigar a un grupo de austriacos que podrían estar agrupándose en contra de la anexión Alemana. Terroristas peligrosos. Montamos un piso franco en la misma calle que la familia Müller, con la idea de seguirlos y vigilarlos.

Ninguno sabía la verdad, eran gente de confianza, pero no lo suficiente. Yo tendría que viajar entre Berlín y Viena a menudo, dejando al equipo solo, pero eran lo mejor de lo mejor. Podría parecer que me había vuelto obsesivo y era cierto, pero no lo pude evitar.

CAPÍTULO 47: Oriente 1939

Poco después de las navidades, se me volvió a trasladar con carácter temporal a la sede de la sociedad Ahnenerbe en Brüderstrasse 29. Allí recibiría órdenes directas de Walter Wüst. Desconocía por qué un oficial de las SS era trasladado a una sociedad civil, pero la respuesta no tardó en llegar, Himmler estaba detrás de todo. Por suerte, a Walter lo había conocido años atrás, en los servicios de seguridad de las SS, yo trabajaba dentro del país y él fuera, era o fue un espía.

Eso me dio a pensar en muchas cosas, por fin podía acercarme a los secretos que Thule tanto quería saber, llamé a Manfred para decírselo, llevaba un año que no era el capitán del Castillo, le habían dejado fuera, así que se puso muy contento al saber que yo estaba dentro.

Otra cosa buena que tenía, es que no tenía que pernoctar allí como me ocurría en el cuartel, tendría más tiempo de ir a Viena.

- Se presenta el capitán Van Munster.

- Descanse capitán. Me alegro de que se una a nosotros, estaba cansado de tanto civil, tanto científico me vuelve loco. ¿Cuánto tiempo?- me preguntó haciendo memoria.

- Bastante, desde que te fuiste a Inglaterra a no sé que caso de un Lord ya no he sabido de ti.

- Es verdad, ni me lo recuerdes, casi no salgo de allí con vida ¿una copa?- y sacó dos vasos bajos de un cajón.

- Claro.

- ¿Le han comentado algo de lo que hacemos aquí?- me preguntó mientras me ofrecía la bebida.

- Poca cosa.

- Te lo resumo, somos las niñeras de un grupo de científicos que buscan las raíces de la raza aria.

- No me sorprende, es un tema repetitivo.

- Para eso hemos quedado, nos queríamos comer el mundo y ahora cuidamos de unos viejales excéntricos. Brindemos ¿por las mujeres guapas?

- ¡por las mujeres guapas!- Gritamos al unísono.

- Bueno, ahora a lo serio, ¿tienes ropa de abrigo?

- La justa, ¿por?- le devolví el vaso.

- Mañana sales en avión hacia Lhasa, en el Tibet chino. Tu misión será la de vigilar la expedición que dirige un experto en la zona, Ernst Schäfer, amigo personal de Himmler y miembro de las SS. Tendrás que preparar una vía de escape para los científicos por si las cosas se ponen mal, que se pondrán amigo mío.

- Bien ¿puedo llevar a parte de mi equipo?- no quería estar solo tan lejos.

- Me temo que no. No deben saber de tu presencia salvo Ernst. Tendrás que ser discreto, si se enteran que estás ahí tendremos problemas, esto es una sociedad civil, no quieren trabajar para las SS,

no quieren saber nada de cuestiones militares, solo permitieron una pequeña escolta y a regañadientes.

- ¿Alguna cosa más?¿algo más agradable?- le pregunté resignado.

- Contarás con fondos suficientes para sacarlos, la prioridad son los científicos, aquí tienes las fichas de todos los expedicionarios. Y buen viaje.

- Gracias- le dije con sarcasmo.

- Esas dámelas cuando vuelvas, esta misión me la ofrecieron a mí y me negué, así que vuelve de una pieza por el bien de los dos.

- De acuerdo. Nos dimos la mano y me fui de compras, no creo que encontrara nada discreto en las intendencias del Cuerpo.

Veinticuatro horas después viajaba en un Focke Wulf 200, con un paracaídas a mi derecha con los expedientes de Bruno Beger, veintisiete años, arqueólogo; Ernst Krause, botánico y aficionado al arte de veintiocho años; Karl Wienert, geógrafo de veintiséis; Ernst Schäfer, zoólogo; y Edmund Geer, experto en genealogía, de cincuenta y ocho años.

Debía saltar de noche, no tenía permiso para entrar en el país, caer lejos de la capital y entrar como un peregrino más a las celebraciones del año nuevo tibetano, encontrar un sitio seguro y contactar con Schäfer en secreto, para comunicarle las órdenes y que en caso de necesidad tomar el control.

Me tapé bien con mi abrigo de piel y dormí lo que pude, caminaría de noche y debía estar descansado.

Una mano en el hombro me despertó:

- Es la hora.

Me levanté como pude, me puse el casco y me dirigí a la puerta donde esperaba el copiloto. Se apagaron las luces interiores del avión salvo una pequeña de color rojizo que dejaba ver lo justo.

- ¿Listo?

Asentí con la cabeza. Abrió la puerta lateral y un torrente de aire inundó de inmediato todo el aparato. Coloqué mis manos a ambos lados de la puerta para poder apoyarme al saltar y miré hacia abajo. La oscuridad era absoluta, ninguna localidad estaba iluminada, no tendría referencias de altura. Era un suicidio. Miré la cara del joven piloto. Enganché mi paracaídas a un gancho junto a la puerta.

- Mucha suerte, es usted un valiente, un loco valiente. Por cierto, recuerdos del mariscal Goering.

Y me empujó con mucha fuerza. Los primeros segundos no respiré, pero al ver que mi velocidad de caída se reducía supe que el paracaídas se había abierto. Si quería suicidarme, había elegido el peor modo, aún me acordaba del primer salto que me dejó mucho tiempo postrado en la cama del hospital. Si se repetía la historia podría estar días sin que nadie me encontrara, agonizando de dolor en cualquier sitio ahí abajo. En ese momento me arrepentí de haber aceptado la misión. Que tonto fui, ante la decepción de Sarah, actué como un chiquillo, peleado con el mundo y dispuesto a morir si nada terrenal merecía la pena. Empezaba a sentirme como en París.

- ¡No! Grité con fuerza sabiendo que nadie me oía.

Las correas del paracaídas cimbreaban, esta es una forma asquerosa de morir. Por la memoria de mi padre, no lo haré, esta misión se la devolveré a Himmler con un puñetazo en la cara y luego otro a Goering. Creo que quería una respuesta a su propuesta o si no quien sabe que haría.

El suelo debía estar cerca pero ¿cuánto? Miraba a todas partes buscando un punto de referencia. Cuando ya la esperanza se difuminaba en un ligero aliento lo vi, una pequeña fogata a un centenar de metros. Levanté los pies y justo en ese momento la tierra tocó mi calzado y rodé con estruendo por el suelo.

Estaba boca arriba con el paracaídas reliado en mi cuerpo, mirando el firmamento con lo osa mayor en mi vertical. No pude contener mi alegría y me reí con fuerza, ¡seguía vivo! sobrevivir a un salto así era casi imposible y lo había logrado. Me volví a reir.

Después de unos instantes recuperándome, saqué una pequeña linterna y una pala, tenía que esconder el paracaídas. Miré la brújula que guardaba en un bolsillo del pantalón, la aguja tembló unos instantes hasta que me marcó el norte sin bacilar. A diez kilómetros estaba mi destino si seguíamos el plan de vuelo. La vista se había adaptado a la oscuridad, y pude caminar no sin problemas. La noche era gélida pero con mi abrigo y la caminata apenas lo notaba.

Tras dos horas a buen ritmo unas luces en la distancia me indicaron que mi destino estaba cerca, después de otros cincuenta minutos había logrado llegar. Me encontraba en las afueras de Lhasa.

CAPÍTULO 48: La Soledad Del Soldado

No me quitaba de la cabeza las palabras del copiloto, cada paso que daba le buscaba una explicación, hasta que me que percaté de la inutilidad que era, ellos estaban al otro lado del mundo y yo en medio de la nada. Lhasa era una pequeña población a los pies del Himalaya, vivían al cobijo del palacio de Potala, una inmensa construcción en la cumbre de un risco donde residía el jovencísimo Dalai Lama, ahora ausente. La entrada a los extranjeros estaba vetada, tras esos altísimos muros, un aura de misticismo ocultaba poderes antiguos. Sus cámaras interiores solo podíamos imaginarlas, algunos decían que tenían enormes Budas de oro macizo adornando las salas más privadas del Dalai. En esta fortaleza se albergaba todo el poder político y religioso del Tíbet y quizás, algo más.

El amanecer se abría paso en el valle del río Lhasa, y la gente empezaba a salir de sus pequeñas residencias. Los idiomas que conocía no me ayudarían a comunicarme, la población los desconocía y además, al hablarlos, me miraban con mucho recelo, incluso me gritaban sacándome la lengua. Puse rumbo al palacio, llevaba la cara casi tapada al completo, solo dejaba los ojos al descubierto, aunque mi altura y la indumentaria me traicionaban.

No quería acercarme demasiado por si me encontraba con alguna patrulla o destacamento. Después de tres horas zigzagueando por las

calles llegué al enorme descampado que flanqueaba el risco y allí los pude ver, llamaban bastante la atención. Lo más difícil estaba resuelto, lo siguiente era presentarme a un tal Ernst, por su expediente sabía que era reputado alpinista, y quería usarlo como nexo de unión.

Me acerqué, estaban todos sentados almorzando, las mulas y algunos tibetanos les acompañaban, parecía que habían llegado recientemente de alguna parte.

- Buenas tardes- les saludé en alemán.

De repente todos se levantaron sorprendidos, no estaban permitidos los extranjeros en el país, se necesitaba mucho tiempo para conseguir los permisos necesarios y no era nada fácil que los dieran, de hecho, la expedición los consiguió a posteriori, entraron en el país por invitación.

- Hombre, que alegría oír nuestro idioma en otra persona que no sean estos compañeros míos- dijo Edmund. Todos estaban algo demacrados, las barbas lucían en sus rostros, pero parecían de buen humor.

- Gracias, me llamo Leo, Leo Schneider- mientras me daban la mano.

- Por favor, siéntese con nosotros y perdone la educación de mis compañeros, llevamos un tiempo fuera de nuestra madre patria y hemos perdido los buenos modales.

Choqué las manos del resto y me senté.

- Sr. Schneider, nos sorprende verle aquí, la verdad- comentó Ernst.

- Y a mí. Llegué hace unos meses a Kathmandu con un grupo de alpinistas y hemos ido recorriendo la cordillera del Himalaya por la

cara norte pero luego nos separamos, yo decidí bajar hasta el Tibet y el resto fue hacia Bhutan.

- Menudo viaje, comentó Beger. Pruebe este estofado de conejo que nos ha hecho nuestro guía Zhoigar. Está muy especiado pero entra de maravilla- y se metió un trozo enorme en la boca.

- ¿Tiene algún sitio donde quedarse?- me preguntó amablemente, tras engullir lo que tenía entre los dientes.

- La verdad es que no, acabo de llegar, quería llegar al palacio y les he visto.

- Por favor, quédese con nosotros- Respondió Beger. ¿Ernst puede quedarse?

- Nos pone en un compromiso, Leo. No tiene papeles, ha entrado de forma ilegal. El tratado anticomunista con los japoneses pende de un hilo y los chinos o los británicos buscarán cualquier excusa para intentar romperlo. No quiero que se rompa por nosotros, ¿sabes lo que haría Hitler con nosotros?

- Es un alemán en tierra extraña, ¿no pensarás abandonarle a su suerte aquí?- agradecí su defensa.

- Por favor, no se preocupen por mí, sé arreglármelas solo.

- La patria es lo primero- Dijo Ernst mientras se levantaba y estuvo hablando un rato con el guía- ¿Puede venir un momento, Leo?

Me acerqué a los dos.

- Puede quedarse casa con el hermano de Zhoigar, pero debe ser por poco tiempo- le asintió al guía y este se fue con el grupo. Nos quedamos solos.

- ¿Quién es usted?- me preguntó, claramente disgustado.

- ¿Cómo dice? - le respondí.

- Su ropa es casi nueva, no es de un hombre que lleva meses andando, lo ha intentado disimular, con los demás ha funcionado, pero yo sé distinguir un calzado gastado de andar de otro sin ese trote.

- No esperaba menos de un compañero de las SS. Soy el Capitán Van Munster, he venido aquí para ayudarles si las cosas se ponen mal.

- No necesitamos su ayuda- no dejaba de negar con la cabeza.

- Eso me comentaron que diría, pero me han indicado que se pondrán las cosas mucho peor, algo se avecina. Himmler en persona me ha mandado en su apoyo.

Se quedó un rato pensando dando la espalda a sus compañeros.

- Bien, seguiremos con su farsa por un tiempo, ya hablaremos con calma de esto, ahora reunámonos con el resto y termínese la comida, por lo menos que parezca que está hambriento.

Nos quedamos un buen rato hablando de todo y la verdad, la comida estaba estupenda y la conversación mejor.

La casa de Benba, el hermano de Zhoigar, que le llamaron así por nacer el sábado, era pequeña, de tres por seis metros y dos planta de baja altura, dormían arriba y el resto del tiempo estaban abajo, servicio no tenían, la pared de atrás hacía las funciones de letrina. Me recibieron con alegría dándome de comer lo que tenían, eso aprendí de mi estancia, en los países más humildes, la felicidad no la da el dinero, ni vivir como un rey, esta gente era feliz con dos cositas que

tenían, en cierta forma, les envidiaba, yo tenía mucho de todo y me consideraba un infeliz.

Esa noche me reuní con Ernst a la vera de un enorme fuego, podíamos hablar sin problema porque nadie nos entendía, estábamos rodeados de una treintena de persona que bailaban alrededor del fuego, celebraban el nuevo año tibetano.

- ¿Por qué cree que está usted aquí?- esa pregunta me descolocó.

- Creo que son importantes para Himmler.

- ¿Y por qué cree eso?

- Por qué me han mandado a mí. Soy eficaz y discreto. Por tanto, su trabajo también debe serlo.

- ¿Sabe que hacemos aquí?

- Soy un soldado, cumplo órdenes y no suelen darme explicaciones.

- Realmente estamos intentando llegar a un acuerdo con los tibetanos, ganarnos su confianza. Es una expedición arqueológica y diplomática. Y su presencia aquí puede echar al traste nuestro trabajo. Debe pasar absolutamente desapercibido.

- ¿Para qué necesitan ustedes esas relaciones?

- Tengo órdenes de encontrar Agartha, o las pistas necesarias para encontrarla. Creemos que el secreto se encuentra en Potala, pero por ahora, nos está vetado. Hitler cree que saben su localización o tienen la información de como localizarla.

- ¿El reino subterráneo? - Thule llevaba mucho tiempo buscándola junto a Shamballa.

- Me sorprende que usted haya oído hablar del tema. Empiezo a entender porque le han elegido para esta misión. Se supone que nosotros, los arios, provenimos de ellos, de los primeros, es aquí donde la versión oficial se une con la extraoficial. Y claro, las leyendas también hablan de los tesoros que esconden y sus poderes.

- Eso sí me encaja más.

- Si tiene oportunidad de pasar por algún templo fíjese bien, podrá ver las esvásticas por todas partes. Bueno, pero volviendo a usted. He estado pensando. Podrá quedarse un tiempo con nosotros pero tendrá que irse, por lo menos temporalmente, podría ponernos en peligro. Deberá esconderse de ojos indiscretos, y si fuera necesario, salir de Lhasa, le proporcionaré lo necesario para que pueda vivir en las afueras. El clima es similar al de Alemania, así que sabrá como actuar.

- Conforme, ustedes deberán estar preparados por si tenemos que salir de forma precipitada, les buscaré una ruta segura de salida.

- Si se avecina algo, los británicos estarán al quite, nos quieren fuera de aquí, si los tiene vigilados, nos podríamos anticipar- estábamos de acuerdo.

- Entendido.

Hablábamos ambos el mismo idioma, todo comenzaba de forma impecable, incluso comenzó una gran amistad que aún perdura. Quizás esta misión no estaría tan mal. Así terminó ese día, con alegría y fuego, las llamas de la fogata iluminaban la noche y los pensamientos de Sarah volvían a visitarme en la primera noche en el Tibet.

CAPÍTULO 49: Lhasa

Al principio todo fue sobre ruedas, pero con el tiempo, las preguntas sobre mí se hicieron inevitables, así que durante cortos espacios de tiempo desaparecía de la vista del grupo, encerrado en casa de Benba, salía de noche para estirar las piernas, pero sin arriesgarme. Febrero se me hizo eterno. No podía hablar con mis caseros, y aunque había aprendido a decir algunas palabras básicas, las frases se me hacían imposibles.

Empezaba a estar irascible, molesto y a pensar en toda mi vida, vacía de contenidos y más simple que el trascurrir de un día cualquiera de una vaca o un cerdo. Conseguí comprar ropa tibetana, incluyendo el gorro, con esa visera enorme que siempre se caía a la más mínima. Con ella pasaba cerca del palacio y de las caravanas esperando escuchar noticias, pero el idioma bloqueaba casi todo.

Solo cuando me reunía con los expedicionarios, volvía a ser feliz, pero ocurría en contadas ocasiones, también era cierto que podía poner en peligro a todos si alguna guarnición me encontraba. Aunque debo decir que era sumamente fácil esquivarlas.

Todos recibían cartas de sus familias, pero yo era el más ignorado, no tenía a nadie esperando mi regreso y solo se preocupaban de mí los

interesados en otras cosas, como dinero o poder. En esos momentos de depresión las palabras del copiloto volvían a inundar mis pensamientos, mayormente cuando el silencio de la noche retumbaba en mis oídos, ¿era prescindible? era la pregunta que me comía por dentro. La respuesta también se repetía, siempre hay otro.

Para mi tío era una carga que le había hecho dividir la fortuna de la familia, pero mientras hiciera lo que le interesaba a él y su grupo, pues me aguantaba. Pero si dejaba de serle útil, conmigo fuera del juego, tenía vía libre para quedarse con todo el dinero y mis acciones. Tenía más que ganar conmigo muerto que vivo.

A veces me preguntaba si quería volver a esa vida, por llamarle de algún modo, o quizás perderme entre esta gente, que valoraba lo simple; los niños no tenían juguetes, les valía cualquier piedra para darle patadas, así crecían. Esta lección quería aprenderla, el mundo cambiaba a cientos de kilómetros, pero aquí, todo era tranquilo, odiaban a los extranjeros que querían su tierra, esos que querían cambiar sus valores por codicia y rencor. Les comprendí y así podía pasar entre ellos como si fuera un perro pulgoso, del que no podían temer nada y del que sí podían compadecerse. Me acordaba de Pier, lo felices que éramos pegando patadas a una piedra o corriendo colina abajo, los bienes materiales no dan la felicidad, y justamente me dedicaba a proporcionárselos a un indeseable.

El quince de marzo todo cambió de nuevo, coches británicos y

representantes chinos visitaban Potala, algo había pasado, no podía entrar pero era momento de reunirme con el grupo. Tenía que hablar con Ernst. Estaban inspeccionando unas cuevas a quince kilómetros al norte, así que cogí mi vara y emprendí el camino. Quizás la respuesta sobre mi futuro estaba por llegar. Cuarenta y ocho horas más tarde estábamos todos reunidos decidiendo que hacer. Alemania había entrado en Checoslovaquia, había conquistado los territorios de Bohemia y Moravia. La excusa para los británicos había llegado.

- Ernst, ¿has pensado en la sugerencia que te hice la semana pasada?

- ¿Lo de irnos?- me respondió.

- Exactamente.

- Capitán, nada ha cambiado, tenemos mucho trabajo, y las autoridades tibetanas me han reiterado su amistad y que continuamos siendo sus honorables invitados.

- No lo entiende. Los británicos son ahora la única opción que tienen contra los comunistas. Los deseos nacionalistas del Führer se contraponen a sus intereses. Me apuesto lo que quiera que Hitler no se quedará solo con la anexión de Austria.

- El Tíbet tiene un tratado y lo cumplirá.

- No sea cabezota, no ponga en peligro a sus compañeros.

- La decisión ha sido unánime, he hablado con ellos y ninguno quiere irse.

- Le advierto que si se pone la cosa fea les sacaré a usted y todos a patadas si hace falta, y si es necesario te amarré a una mula que sea más cabezota que tú, poniendo rumbo lejos de aquí.

- Eso ya lo veremos.

- Qué cabezota, seguro que Himmler le mandó aquí para no aguantarle más.

Tras una pequeña pausa en que nos miramos a los ojos, nos reímos los dos de golpe y la tensión desapareció en seguida.

Las semanas que siguieron no cambiaron mucho, la depresión la había cambiado por preocupación, mis temores se cumplieron, los británicos se hacían fuertes. Incluso Ernst empezó a notar como la población se volvía más arisca y que los amigos dentro del palacio comenzaron a ponerle pegas para recibirle. El correo empezaba a escasear también, y no había llegado la respuesta de Berlín que tanto ansiaban.

Por seguridad, me quedé con ellos todo el tiempo que pude, teníamos todo lo necesario para huir hacia el sur, hacia Bhutan. Pero, como siempre no querían irse. A finales de Abril, una tarde tranquila, unos camiones con soldados británicos se acercaron a Lhasa, mi instinto me alerto, así que corrí a buscarlos, por suerte estaban al sur de la ciudad, en casa de Zhoigar, celebrando su cumpleaños. Volaba por las calles, corría con todas mis fuerzas, así que llegué en pocos minutos.

Al verme llegar en ese estado todos se pusieron de pie y mirándome con miedo.

- ¿Qué ocurre Leo?- Preguntó Beger.

- ¡Nos vamos!- grité entre sollozos.

- Ya hemos hablado de esto- Contestó Ernst.

- He dicho que nos vamos, es una orden.

- ¿Qué está pasando aquí?- gritó Karl.

- ¿Una orden? ¿Quien se creé que es? - preguntó Bruno.

- ¡Nos vamos ya! - Lo decía mientras sacaba una pistola y le ponía el cargador.

- Dios ¡qué hace con un arma!- dijo asustado Karl, mientras todos se levantaban.

- Vienen a arrestarles, han mandado a una veintena de soldados.

- Yo no me muevo de aquí - Dijo Bruno mientras se sentaba en su asiento de piedra.

- Cogí el arma y le apunté. Soy el capitán Von Munster y tengo órdenes de sacarles de aquí, así que ¡mueva su culo de ahí!

- Ernst, tengo todo preparado a pocas casas de aquí, no tardarán en llegar- Asintió con la cabeza y todos aceptaron.

Así que todos salieron con lo puesto, con algunas fotos, las grabaciones que pudieron. Cogimos las mulas, las cargamos con toda las provisiones que había almacenado en estas semanas y salimos lo más rápido que pudimos, dejamos enseguida los caminos y nos metimos entre las lomas.

A unos kilómetros más adelante, cuando ya estábamos más o menos seguros, descansamos un poco. La cara de pánico de todos era más que evidente, tenía que tranquilizarles, el miedo no te deja pensar y uno hace estupideces. Me asomé al valle y pude ver la estela de polvo que

dejaba el camión, se alejaba al oeste, los habíamos despistado. Ahora estábamos a setenta kilómetros de la frontera, así que les dejé descansar cinco minutos más y continuamos la marcha.

CAPÍTULO 50: Otra Vez En Problemas

El quince de Mayo todos llegaron seguros a Berlín procedentes de Estambul, un avión contratado por la embajada hizo el trayecto. Les recibieron con honores. Yo no podía llegar con ellos, así el avión hizo una parada en Viena, sin que apareciera en ningún plan de vuelo. Me despedí de todos, algunos enfadados por mentirles pero sé que agradecidos en el fondo por sacarles de allí sanos y salvo, sin duda hubieran acabado en un campo de prisiones en cualquier pueblo perdido de uno de los protectorados ingleses.

En el aeropuerto austriaco me esperaba el sargento Mensen, que era mi fiel "escudero" desde aquella aventura nocturna de Toledo, con cara de preocupación.

- ¿Qué tal el viaje capitán? - preguntó con seriedad.

- Mejor no hablar de ello, lo mejor es que ya ha terminado- me sentía aliviado.

- Entiendo, tenemos un problema.

- ¡Otro! Joder sargento, ¿Qué ocurre?- parecía que había salido de un túnel oscuro para adentrarme en otro peor.

- Cuéntemelo en el coche mientras vamos a casa estoy deseando ducharme con agua caliente y recordar el sabor de un buen coñac francés - lo necesitaba, no dejaba de oler a vaca.

Nos metimos en el coche y puso rumbo al cuartel central de las SS en

Viena.

- ¿Se acuerda de la mujer que nos mandó vigilar?- volvió a retomar el tema.

- ¿Alguna novedad?- Ya había logrado inquietarme con solo recordármela.

- Se metió en problemas, mejor dicho en medio - se me debió cambiar la cara por como me miraba.

- Explíquese sargento- La preocupación por ella cambió el tono amigable de dos amigos y retornó la jerarquía militar.

- A unas manzanas de su casa un grupo de las juventudes hitlerianas se pasaron con un par de viejos judíos y los dejaron inconscientes en el suelo, si no llega a intervenir esta chica, les hubieran matado- necesitaba saber más, mucho más.

- ¿Intervinieron?- pregunté aunque daba por hecho la respuesta.

- No nos dio tiempo, se la llevaron en seguida a la comisaría del distrito, lleva dos días allí encerrada, la están interrogando. Además no llevaba su tarjeta de identificación judía- eso conllevaba un castigo como mínimo, con la estancia en un campo de prisioneros o la vuelta a Alemania para algo peor.

- Vamos hacia allá rápido, sargento.

- Ya estaba en camino señor- la verdad es que era mi mano derecha, y como me conocía más que bien, muchas veces se adelantaba a mis órdenes.

- Mierda. ¡Como puede ser tan complicada! -susurré sin querer.

- ¿Cómo?- me miró de reojo.

- Nada sargento, continúe.

- Lo peor de todo es que han dado aviso a la Gestapo, y en cualquier momento se la llevarán.

- ¡Acelere!

El frenazo que dimos al llegar asustó a los dos soldados que hacían guardia en la puerta, salí sin esperar que me abrieran la puerta, ambos me bloqueaban el paso.

- ¡Qué hacen!- no saben respetar a un superior.

- ¡Identificación!- me gritaron al unísono mientras separaban el fusil del cuerpo.

- No ven que…en ese momento me di cuenta que llevaba el abrigo que me había acompañado todos esos días en el Tíbet, saqué mi documentación y ambos se cuadraron al instante. ¿Por donde, sargento?

- Por aquí - y entré tras él, dejando sin palabras a los dos guardianes.

Le seguí hasta que llegamos a la mesa del oficial a cargo. Un teniente muy joven que parecía recién salido de su casa.

- ¿Qué puedo hacer por usted capitán?- me preguntó al tiempo que me devolvía la identificación.

- Creo que tienen a una prisionera que está bajo investigación de las SS.

- No tengo ninguna noticia al respecto.

- ¿De quién se trata?

- Sara Muller.

- ¿La judía? Está a la espera de que llegue la Gestapo para terminar el

interrogatorio y trasladarla.

- Eso no será necesario, yo me haré cargo de ella. Le mostré el documento que me había entregado Himmler que me daba carta blanca para realizar ciertas operaciones.

Lo miró con desprecio y gritó:

- ¡Acompañen al capitán a la celda 4!- la firma de Himmler abría todas las puertas.

- Tendrá que firmarme estos papeles.

- Sargento, encárguese de ello. Y seguí al soldado hasta su celda. ¡Ábrala!

Estaba a oscuras, y la única luz que iluminaba la celda procedía del pasillo, así que dentro solo podía divisarse mi silueta. Se puso de pie y pude verle un moratón en su cara, fruto de algún soldado frustrado.

- Les he dicho que no sé nada, solo intentaba ayudar, se lo juro- su cara mostraba terror.

- Lo sé, ha sido un error.

Se quedó pensativa un instante, no se esperaba la respuesta, se acercó lentamente a mí, en el momento en que dieron la luz del interior.

Permaneció ciega unos instantes pero con la ayuda de su brazo en forma de visera.- ¿Capitán?

- Hola Sara.

- ¿Cómo se atreve?, y me dio un bofetón, que se ha creído, ha hecho todo esto para conseguirme, se creen ustedes que pueden hacer de un judío lo que quieran, manipularnos a su antojo

El soldado que me abrió la puerta entró inmediatamente para

contener a la chica en el mismo instante en que le paré, agarrando con fuerza su brazo, e incluso tubo que hincar su rodilla en el suelo del dolor.

- La señorita no se encuentra bien, nadie que esté en esta pocilga a oscuras lo estaría, ¿no le parece soldado? - lo ha dicho sin rencor.

- Sí señor, dijo como pudo- Y le solté.

La miré de nuevo a los ojos y le dije:

- Se está volviendo una mala costumbre esto de saludarnos con un bofetón. No importa. Yo hubiera hecho lo mismo, de nuevo le pido disculpas, no volverá a pasar, se lo prometo. Y no se preocupe, ya no volveremos a vernos. ¡Sargento!

Llegó en un instante:

- Acompañe a la señorita a su casa.

- ¿Y usted como irá?, debe estar agotado del viaje, lleva meses fuera.

En ese momento ella me miró, vio mi barba, aún la tenía, mi ropa y las ojeras, y le cambió la expresión.

- ¡Sargento!

- ¿Me acompaña señorita?- la ayudó a salir.

Y se fueron ambos, y justo antes de salir ella se quedó mirándome un rato, sus ojos habían perdido parte de su odio inicial y brotaba algo de incredulidad y sorpresa. Reanudó su marcha. Detrás salía yo y vi como se alejaba el coche. Me esperaba una larga caminata, nada comparada con el camino de huída de Lhasa, que me ayudó a encontrarme a mi mismo y que me devolvió, aunque fuera por un instante, a Sara.

- Adiós.

CAPÍTULO 51: Tierra

Presente

Dolor, mucho dolor, me quemaba por dentro, era insoportable. Los pulmones parecían que me iban a explotar y en ese momento vomité toda el agua que tenía dentro y tosí como un loco ¿Qué estaba pasando? ¿estaba vivo? Porqué no me dejaron ir, era decisión mía, incluso me dio la sensación por un instante que el calor de Sara me rodeaba, estaba tan a gusto. Pero de nuevo perdí la consciencia.

Cuando volví a abrir los ojos, pude ver que estaba en una habitación diferente, estaba perfectamente amueblada, parecía un camarote de oficial, cuando intente frotarme los ojos me di cuenta que estaba esposado de manos y pies, no podía moverme. Estaba en el infierno de nuevo, había sentido una paz tan enorme que todo me parecía enfermo, contaminado y oscuro. No llevaba ropa pero no tenía frío, me habían puesto una sonda y tampoco tenía ganas de orinar. De esta cama ya no me iba a mover.

Al poco tiempo, mis captores aparecieron por la puerta de madera del camarote, era la misma persona que había dirigido los interrogatorios.

- Ya veo que ha vuelto en sí.

- ¿Por qué no me han dejado morir? ¡Por Dios!

- La verdad es que estuve tentado, no lo niego, pero mis órdenes son claras, llevarle a tierra a toda costa. Y todos saben que nunca

incumplo una orden.

- Hubiera podido inventarse mil historias sin fallar en su trabajo. Parece como si fuera algo personal, lo noto en sus ojos ¿Qué demonios le he hecho?- se lo dije con odio.

- Quizás sí, quizás no, pero eso no importa, pasado mañana llegamos a casa y ya no será usted mi problema. Por desgracia no he conseguido que usted hable, aunque no soy un experto, pero mis compañeros no serán tan amables como yo, debería haber confesado y se hubiera librado de lo que le espera.

- Da igual lo que le hubiera dicho, ¿no cree?- la verdad brotó de mis labios.

- No soy quien debe juzgarle, de eso se encargarán otros, solo le pedí una declaración para simplificar las cosas.

- Ya lo ha hecho, me lo dicen sus ojos, al igual que los de todos aquí en el barco. Sin duda me espera la muerte en puerto, debían haberme dejado ir, soy un soldado como usted, deberían haberme permitido una muerte honrosa y desaparecer para siempre.

- Eso ya no importa. Será juzgado vivo por los crímenes que cometió en vida, cuando muera será juzgado por otros, sus mentiras y crueldades serán desveladas.

- ¿Para qué ha venido? - le pregunté.

- A darle una última oportunidad. Si confiesa, le prometo que todo será rápido. Como usted dice, de soldado a soldado.

- Sólo quieren una confesión para calmar sus conciencias, no saben quien soy, que he hecho, nada. Pero en sus mentes necesitan estar

seguros de que no se convierten en lo que más odian. No son diferentes a ellos. Estoy condenado a muerte sin pruebas, ¿a qué le suena eso?

- Lo he intentado, ahora depende de las leyes terrestres y supremas.

Salió y no le volví a ver.

El ruido de los motores del barco cambió, después de tantas horas con el mismo soniquete, volvía a escuchar voces. Habíamos llegado a puerto. Dos de los "marineros" que me habían visitado durante mi estancia en la bodega entraron, uno tenía una jeringuilla, que me clavó sin piedad en el hombro, y poco a poco la vista se fue nublando, no sentía ni los pies ni las manos, hasta que cerré los ojos.

Me desperté sobre una litera incómoda y con un silencio que hacía que me sonara un pitido en los oídos, tantos días con el ruido del barco que ahora seguía escuchándolos. Estaba en una celda, un guarda estaba sentado al otro lado de la reja contemplándome. Me senté en la cama mientras miraba el retrete adosado en la pared.

- ¿Dónde estoy?- le pregunté al soldado. Pero éste ni se inmutó.

La celda no tenía ventanas, pero la luz del sol entraba por algún sitio que iluminaba el pasillo. Asomé la cabeza entre los barrotes y vi que había varias celdas más pero todas vacías. Estaba solo.

Al poco rato me visitaron dos personas, una estuvo callada todo el tiempo, la otra me sacó de dudas.

- Me llamo Abraham, soy el funcionario encargado de usted, le

informo que se encuentra en territorio Israelí, más concretamente en la prisión de Ramleh, permanecerá aquí el tiempo que crean necesario nuestras autoridades, hasta que se celebre el juicio. Todo lo que necesite me lo pedirá a mí, no hablará con ningún guardia, ni lo intentará. Las comidas se las traeré yo. Si necesita algo me lo pedirá a mí. ¿Alguna pregunta?

- ¿Estaré mucho tiempo aquí? Porque tengo una cita con dos mujeres que quitan el hipo la semana que viene- necesita bromear algo.

- Yo anularía esa cita. ¿Algo más?- no le hizo gracia.

- ¿Podrían traerme algún libro?

- Lo consultaré.

- Por cierto, ¿qué día es hoy?

- Domingo veinte de abril.

Y salió sin pestañear. En este viejo cuchitril pasaría mis últimos días de mi vida, nunca lo habría esperado. Hiciera lo que hiciera o dijese lo que dijese, me esperaba la horca o un pelotón de fusilamiento, pasar el tiempo sabiendo que habían encendido la última mecha de una explosiva vida me daba igual, quería volver a tener calma y encontrarme con ella. La lectura me ayudaría a pasar las horas, pero no quería que me recordaran como un criminal que no era. Ellos no me creerían, pero…quizás otros sí.

Cuando Abraham me trajo la comida, le solicite un par de cosas. Al día siguiente llegó con un par de libros de historia, unos folios y un

viejo lápiz. Quería contar mi vida, la verdadera historia, plasmarla en papel para que quedara constancia de la realidad. Del juicio quedaría la versión judía. Pero quería escribir la verdad. Sospechaba que no saldría de la prisión, no me dejarían, pero quien sabe, quizás habría gente que la leyera y supiera lo que sucedió en esos años oscuros. No todos éramos iguales, algunos entramos sin querer y fuimos arrastrados.

CAPÍTULO 52: La Guerra Se Asoma

Agosto 1939

Con Hitler ansiando entrar en Polonia, Alemania seguía alargando sus tentáculos por el resto de Europa, intentaba aliarse con Mussolini, quedarse con los Sudetes y apaciguar a los ingleses con estos movimientos. Llegaba a acuerdos con los soviéticos para repartirse la Europa oriental mediante acuerdos secretos y no tan secretos.

Yo me encontraba algo mejor, por un lado aliviado y por otro vacío, a falta de otra cosa volví al trabajo sin ganas pero al menos me tenía entretenido. Además, sin ella como centro del universo, empecé a visitar las fiestas "privadas" que daba Himmler a sus altos oficiales, era libre, soltero, sin compromiso e infeliz.

Volví a tontear con el círculo vicioso que en el pasado me envolvió sin cruzar la línea que suponía el fin. La bebida y las mujeres nunca faltaban y siempre terminaba las fiestas en una habitación con dos o tres chicas borrachas a mi alrededor. Mi tío me dejaba en paz, sus contactos en el ejército le habían dado numerosos contratos y se estaba enriqueciendo a marchas forzadas.

En Ahnenerbe seguía como ayudante del director, trabajando muchas horas pero con amplia libertad de horarios. De Sarah no sabía nada. Rodeado de científicos no me sentía raro, quizás mejoraba mi autoestima al verlos. Dentro de la organización existían diversos

departamentos de lo más dispares entre sí, pero el más extraño fue el dedicado al esoterismo, contaba con el mayor presupuesto de todos. Himmler quería conseguir una ayuda extra para la guerra que se avecinaba, y había apostado por ciertos objetos de poder que habían dado gloria a sus antiguos poseedores, de hecho, allí estaban investigando los “planos” que pude sacar de España sobre la mesa de Salomón.

En cuanto informé a Thule de estos datos (no me quedó otro remedio, ya que no había informado de nada en los últimos meses y se me estaba presionado, rozando incluso las amenazas ersonales) colocó o mejor dicho, infiltró a Friederich Hielscher como responsable del departamento. ¿Alguna vez podría librarme de ellos?

Para colmo de males, mi relación con Reinhard Heydrich, que nunca había sido buena, fue a peor, no se fiaba de mí, era muy listo. Sospechaba de mi posible vinculación con Thule. Y además, al no hacerle copartícipe de los trofeos obtenidos en las “aventuras” de Himmler, me puso una cruz en su agenda. Pero no tenía poder para controlarme, o eso creía yo, hasta que fue nombrado Jefe de la Policía de Seguridad del Reich y de la Gestapo. No tardó en descubrir que saqué a una judía de unas instalaciones policiales. Tenía algo con que chantajearme y recoger parte de su pastel. No creo que le costara mucha suponer una posible relación entre nosotros, quizás por mi culpa la estaba poniendo en peligro y eso nunca no me lo perdonaría. Me había buscado un enemigo más, Goering no recibió la respuesta esperada y suponía que era de las personas que no aceptaban un no como respuesta.

Me encontraba en una espiral de caída que no lograba enderezar, infeliz y desdichado iban de la mano, pero por lo menos ella podría ser feliz, debía protegerla pero sin que se enterase nadie. Solo podía contar con mi equipo, pero para que esta vez funcionara debía contarles la verdad. Así que al siguiente sábado me reuní con ellos en un restaurante de la avenida Kurfürstendamm, todos vestíamos de chaqueta y sombrero, nada que pudiera identificarnos.

El sargento Mensen se sentó a mi derecha, el cabo Hirth enfrente y el soldado Klisman a mi izquierda.

- Ante todo gracias a los tres por venir.

- Siempre estaremos con usted capitán- comentó Klisman.

- Por favor, nada de rangos, somos cuatro amigos que venimos a celebrar algo, no sé, la boda de Mensen.

- Por qué la mía, Hirth es el enamoradizo, que se case él.

- Ya estamos- replicó el cabo. Yo tengo novia y no me lío con tres a la vez como tú- lo decía mientras le señalaba con el dedo índice de su mano derecha.

- No importa, Klisman te casas la semana que viene le confirmé con una sonrisa en la cara.

- Eso me pasa por estar callado- replicó Klis, como a veces le llamábamos.

- Brindemos, por la futura pareja- y los cuatro nos levantamos para chocar nuestras copas de brandy que nos acababan de servir. Mientras, todo el comedor nos miraba de reojo.

- Os he citado aquí para pediros algo importante, algo que quizás os

cueste vuestra carrera y que podamos terminar en un campo de prisioneros.

Se miraron los tres durante unos instantes.

- ¿A quién hay que matar? - preguntó Hirth.

- Ya estamos- replicó Mensen- que manía tienes con matar a la gente.

- Será algo más sutil- comenté.

- ¿No tendrá que ver con la chica que estuvimos vigilando hace unos meses? Las mujeres siempre consiguen que nos juguemos el cuello- comentó Klisman mientras miraba a Hirth.

- Nunca he entendido por qué sigues siendo soldado, está claro que eres más listo que eso, Klis- aunque realmente sabía la razón, además de ser indisciplinado, tubo una relación con la hija de un coronel que no acabó nada bien y este le juró que haría un infierno de su vida, pero al traerlo al equipo, lo separé de su yugo y se sintió aliviado.

- No entraré en mi vida personal, solo os puedo decir que estoy en deuda con ella y creo que puede estar en peligro.

- Anda si el capitán también tiene novia, y además judía, después os metéis conmigo- susurró Hirth.

- No digas el cargo, idiota- le recriminó Mensen- Son malos tiempos para los judíos pero me huelo que hay algo más, este secretismo, ¿qué está pasando?

- Heydrich- solté de golpe.

- Joder capitán, la bestia rubia, en menudo problema está metido- hasta Mensen había olvidado que teníamos que ser discretos- Y por una judía- me miró a los ojos y se disculpó.

- Creo que puede ir a por ella y usarla para chantajearme- fui lo más sincero que pude.

- Qué hay que hacer, por fastidiar a ese idiota haría lo que fuera, si quiere me lo cargo- bromeó Hirth.

En ese momento nos trajeron la comida y la conversación pasó a ser insulsa y tonta hasta que pasaron unos instantes.

- ¿Puedo contar con vosotros?- asintieron los tres.

- Tres mesas a mi izquierda, no miréis, hay dos hombres leyendo un periódico, creo que me están siguiendo, tenemos que ser muy precavidos, no sé si ahora os vigilarán a vosotros también, así que sacar todo lo que hemos aprendido y que vean lo que queramos que vean.

- ¿Cual es el plan? - preguntaron al unísono.

- Quiero sacarla de Austria, a ella y a su familia, sin ellos no se iría.

Durante el resto de la comida, les conté mis planes al mismo tiempo que volvíamos a bridar por el novio. La verdad es que había conseguido formar un grupo envidiable y sobre todo, me sentía a gusto con ellos. Si lograba poner a salvo a Sarah podría sentirme mejor conmigo mismo al menos, infeliz pero con la conciencia limpia. La pena es que mis enemigos me sobrepasaban en medios, personal y poder, solo me quedaba el ingenio y tres compañeros. Con el dinero que tenía ahorrado, y algo de ayuda de algún judío, aunque cada vez quedaban menos, entre los que habían huido y los que habían sido deportados solo quedaban los que menos podrían ayudarme.

CAPÍTULO 53: La Caída

Como dije anteriormente, la relación con Reinhard nunca fue nada buena, más diría yo que nos odiábamos, quizás más por su parte que por la mía. Desde que me inscribieron en el partido, había tenido ocasión de coincidir, de pasada, en una de ellas. Y muy frecuentemente cuando me destinaron al cuartel general. Era muy competitivo y envidioso. Había ascendido desde abajo por méritos propios, mientras que yo, con el dinero y posición lo había tenido muy fácil. Sus orígenes modestos chocaban con los míos.

Entré en las SS un poco antes que él, y sin embargo su ascenso fue meteórico, dejándome atrás, era muy inteligente y sagaz. De hecho estuve a sus órdenes en el corto periodo en Dachau, las SD eran suyas. Su odio no era motivado por una sola razón, los caminos se forman con una piedra después de otra. Una de ellas pasó hace ya unos años, en honor del Führer se organizó un torneo de esgrima, decidí apuntarme por diversión, no era muy rápido debido a mi cuerpo, pero tenía buena técnica gracias a las clases particulares que me pagaron. Por supuesto no gané, había gente mucho mejor que yo, pero uno de los enfrentamientos fue con él. Era mi superior ya entonces y la motivación por vencer fue grande. Le gané por casualidad, era mejor que yo, pero en un descuido tonto dejó desguarnecida su defensa y ataqué. Del enfado tiró la espada y me dio la espalda.

Cuando Himmler me reclutó, él dejó claro que no se fiaba de mí, ya disponía de muchos medios para averiguar todo sobre mi pasado, mis relaciones y amistades, y no dudo que tuviera sospechas de que Thule me hubiera reclutado, pero como no era un hermano muy activo, nunca lo descubrió. Lo que sospechaba es que Thule también le había investigado a él y teníamos la sospecha de que podría tener orígenes judíos, eso hubiera sido un arma mejor que cualquier tanque, pero nunca pudimos confirmarlo, había borrado todas las pruebas, incluso pudimos constatar que había modificado la tumba de su abuela.

Y la gota que colmó el vaso fue la dichosa copa que le traje a Himmler desde Toledo, ¡cómo me arrepiento de lo que hice! los ojos de Reinhard casi se le salieron cuando la vio, y nunca le traje nada del resto de operaciones por la simple razón de que no era un ladrón. Con esa tontería Goering también me cerró las puertas. Así que si perdía la confianza de Himmler estaba perdido, quien juega con fuego termina quemándose.

Sarah era mi punto débil, y si se enteraba de que era judía me tendría cogido por el cuello de tal forma que apenas podría respirar, o me convertía en su esclavo o termina en Dachau pero en el otro lado de la valla. Ya era un crimen ser Judío en Alemania, pero peor era que un oficial de las SS tuviera de novia a una judía, la sangre aria podría mezclarse, diluirse o contaminarse. Debía ser rápido muy rápido, tenía que dar con ella antes que él. Yo estaba cogido de pies y manos, me vigilaban pero confiaba en mi equipo, Mensen ya se dirigía a Viena, era el único que la podría reconocer y también sabía donde vivía.

Reinhard era muy listo, debía tenerlo en cuenta, y seguro que ya había estado allí, rezaba porque no la hubiera encontrado, que hubiera tenido el buen sentido común de huir después del incidente, judía y fichada era carne de cañón, no solo por ella, sino por todo el que llevara el apellido Müller.

Al día siguiente el sargento me visitó al despacho, se presentó sin dormir, después de conducir muchas horas desde Viena. Esas cuatro paredes eran seguras, ya me había encargado de ello, nadie nos escucharía.

- Dame buenas noticias- con tono de súplica que no pude reprimir.

- No estaba allí, hace meses que nadie vive en ese piso.

- ¡Bien! - cerré los puños de alegría.

- ¿Yo pensaba que quería encontrarla?- preguntó desconcertado.

- Perdone, pero es buena noticia, eso significa que él no la tiene- o eso suponía.

- No tiene porqué, Reinhard ha deportado casi a la mitad de los judíos a Alemania, puede que la tenga sin saberlo.

- Si es así no creo que tarde en averiguarlo, y yo tampoco- sabía donde mirar esa información.

- Con todo el respeto capitán, no creo que sea el momento adecuado para que usted ande fisgoneando en los archivos de la agencia de seguridad, ¿no le parece?

- ¡Mierda! - cierto, por un instante me olvidé que me seguían constantemente.

- Yo me encargo, Klisman tiene un par de conocidos que seguro que le hacen el favor.

- Muy bien, adelante.

Una semana después nos volvimos a ver, se confirmó que no la tenían. Esperaba que se hubiera escondido igual de bien que la otra vez, me había costado meses encontrarla, eso me daba tiempo, aunque él disponía de muchísimos más medios que yo, pero yo tenía un as en la manga, a ellos, y ese comodín él nunca lo tendría.

CAPÍTULO 54: Polonia

No tardé en ver las cartas de mi rival, tenía que presentarme esa misma tarde en el despacho de Himmler, hacía mucho tiempo que no entraba, pero su aspecto era el mismo que recordaba. Lo que me heló la piel fue ver a su derecha a Reinhard, mirándome con esos ojos.

- ¡Heil Hitler!

- ¡Heil Hitler!

- Descanse Capitán. He pedido a Reinhard que nos acompañe hoy porque a él también le concierne este asunto. Debo decirle francamente que no me fío de usted y de casi nadie, estamos en tiempos de cambio y hay gente que no quiere cambiar. Mi secretario tiene buen ojo para las personas pero a veces demasiado, le he comentado que nunca nos ha fallado aunque su familia deja mucho que desear, no sé si me comprende…usted, sin embargo, es un ejemplo de un alemán ario, y me es útil. Le pregunto ¿Podemos confiar es un usted?

- Estoy aquí para servir a Alemania y a mi Reichsführer.

- Aquí tiene sus nuevas órdenes- me dijo el "secretario", su mirada expresaba odio y rabia.

- Abrí el sobre y lo leí, eran dos escasos folios con una misión fuera de nuestras fronteras.

- ¿Alguna duda?- me pregunto Reinhard, estaba claro que el plan era suyo. Lo leí por completo.

- Ninguna.- era de una sencillez maliciosa.

- Entonces destrúyalo.

- No sabía como hacerlo, era agosto y la chimenea estaba apagada, así que cogí una papelera y lo quemé ahí- Reinhard se quedó perplejo cuando empezó a salir humo, pero Himmler se empezó a reír.

- Reinhard, ¿puedes dejarnos un momento?- y salió como una bala, sin ni siquiera mirarme.

En cuanto salió comenzó a hablar:

- ¿Comprende lo importancia que tiene esta misión?- no dejaba de mirarme a los ojos

- Sí mi Reichsführer.

- Mi secretario no se fía de nadie, ni siquiera de mi propio médico, pero es muy inteligente, no podemos desperdiciar ese talento, sería una insensatez. Pero me da la impresión que entre ustedes hay algo más que una rivalidad profesional que puede interferir en sus trabajos y no me gusta esta situación. Le he defendido en privado porque nunca me ha fallado y siempre ha cumplido con su trabajo con creces, pero le advierto que, como me fallé, la Gestapo será un angelito comparado con lo que puedo hacerle yo. ¿Entendido?

- Sí mi Reichsführer.

- Tiene una semana, septiembre se acerca.

La misión era sencilla pero de vital importancia. Tenía que ir a Buchenwald a recoger a cuatro prisioneros polacos, vestirlos con el uniforme del ejército polaco. Luego recoger al jefe de la operación (estaríamos bajo sus órdenes) y a su ayudante. Llegar a la localidad de Gleiwitz y asaltar una emisora de radio local para emitir una proclama

en polaco. A cambio los prisioneros obtendrían la libertad. La misión estaba perfectamente planeada, aprenderíamos unas frases en polaco, armamento robado en la frontera, y luego salir en dirección oeste.

En la madrugada del 31 de agosto estábamos en la puerta del campo de prisioneros esperando que nos entregaran a los polacos, era de noche y nadie nos veía, los barracones estaban alejados. Conducía Mensen y yo de copiloto, Klisman y Hirth detrás vigilando a los prisioneros mientras se ponían el uniforme. El tiempo estaba cronometrado, teníamos que estar a las ocho de la mañana en la emisora, era la hora de máxima audiencia. Después fuimos a recoger a Alfred Naujocks y su ayudante, a él lo conocía de oídas, se decía que era un espía en activo.

Una hora después ya estábamos en camino, llegamos media hora antes, así que permanecimos en las afueras ese tiempo. Escondidos en un camino de tierra entre una hilera de árboles. Quince minutos antes Alfred sacó una pequeña caja, la abrió y sacó una jeringuilla y un frasco.

- ¡Agarrarlos!

Mis hombres me miraron esperando mi respuesta, asentí.

- ¿Qué es esto?- pregunté.

- Necesitamos que estén tranquilos un rato, no queremos que lo estropeen- se resistieron pero el contenido de las geringuillas se vaciaron.

Odiaba que no supiera todos los pasos de la misión. A los quince minutos estaban medio adormilados.

7:58 a.m.

Aparcamos en la misma puerta, Hirth se quedó en el camión por si teníamos que salir rápido, y nosotros tres cogimos como pudimos a los polacos para meternos en la emisora. Nada más entrar Alfred Naujocks comenzó a disparar al aire y todos los trabajadores se tiraron al suelo. Sacó al locutor a tirones y su ayudante le dio una hoja doblada del interior de la chaqueta y empezó a leer en polaco el texto que tenía impreso. Cuando terminó gritamos todos ¡Viva Polonia! Y salimos. Pero había algo más en el guión que desconocía. Cogió a los tres polacos y los puso cerca de la entrada donde ningún trabajador lo veía y les disparó.

Nos quedamos petrificados por la frialdad con que lo hizo. Salió corriendo al camión con nosotros tres detrás. Subimos y salimos veloces. A pocos kilómetros nos paramos y enterramos las armas y los uniformes.

- Buen trabajo capitán. Me dijo Alfred Naujocks.

- No era necesario, esos pobres desgraciados no tenían nada que perder.

- Claro que lo era, no sea necio. Debe ser creíble. Mañana será un gran día para Alemania.

Y en ese momento sacó una pistola.

- Aquí nuestros caminos se separan.

Nos van a matar, ese cabrón de Reinhard me la ha jugado, nunca me esperaba esto, ¿Himmler también lo sabría? Joder ¡cómo no me lo había imaginado!.

- ¿Nos vas a matar como a los Polacos?- le pregunté con frialdad.

- Esas no son mis órdenes capitán. Se río. Ahora nos vamos, ustedes pueden ir donde quieran menos a Gleiwitz, será una buena caminata.

Se metieron en el camión y mientras se alejaban se asomó a la ventanilla y gritó:

- Saludos de Heydrich.

Cómo odiaba esa frase, ya iban dos veces que me la jugaban, los dos enemigos actuaban de igual forma, ¿habría una tercera?¿Himmler me haría lo mismo?

Tardamos horas en volver a casa, y la sorpresa fue mayúsculas cuando nos enteramos que Alemania estaba invadiendo Polonia y que el detonador de todo habíamos sido nosotros. Habíamos comenzado una guerra. Por lo menos me dejaron tranquilo un tiempo y pude volver a lo que más me interesaba. Buscar a Sarah. El resto me daba igual.

CAPÍTULO 55: El Tiempo Se agota

Las verdaderas intenciones de Reinhart las desconocía, pero las sospechas después de tanto tiempo coincidiendo con él, parecían las correctas. Quería que fuera suyo y sabía como conseguirlo sin que Himmler lo supiera. Por suerte del destino me mandaron a Viena con una misión bastante tonta, recoger una caja, no sé porqué pensaron en mí, cualquiera podría recogerla, pero una orden es una orden, y si venía desde arriba, más.

Así que los intereses comunes me llevaron a la capital austriaca, con todas las miras alemanas puestas en Polonia, tenía carta libre. Llegué unos días antes y al recorrer las calles la tristeza invadió de pronto mi corazón, todo estaba cambiado, el racismo se había abierto camino entre sus gentes y no encontré calle, tienda, esquina o tenderete que no tuviera escrito "fuera a los judíos", "aquí viven judíos" y lo peor, "muerte a los judíos". Multitud de comercios arrasados o con una estrella de David pintada en el escaparte como si de la peste negra se tratase.

La vieja sinagoga, que previamente me había ayudado a encontrarla era mi única esperanza, se encontraba a la vista, cuarenta metros delante mía, parecía intacta, pero cuando me disponía a llamar me di cuenta de que la puerta había sido forzada, empujé. Se movió un poco, parecía bloqueada por dentro, presioné con todo el cuerpo y

cedió.

Lo que apareció ante mis ojos fue desolador, no quedaba nada, y lo poco que quedaba estaba destrozado, incluidas las puertas y ventanas, y del altar solo quedaba cenizas y con ellas mis esperanzas de encontrarla. ¿Qué esperabas? Me dije a mi mismo. ¿Qué estuviera allí el rabino esperándote con los brazos abiertos? Quien tenga ojos que vea. Eran judíos y son los tuyos los que les persiguen, no te hagas el tonto.

Cuando ya estaba a punto de salir con la cabeza baja, un ruido me llamó la atención.

- ¿Hay alguien ahí? - no había respuesta. Me aproximé y me pareció que alguien se escondía en el antiguo despacho del rabí, del que solo quedaba una mesa medio rota y tirada en el suelo.

- No me haga daño- una voz brotó de detrás de la mesa cuando de aproximé.

- No se preocupe, ¿Sabe donde puedo encontrar al rabino?

- Se los llevaron a todos, solo estoy yo, me pude esconder a tiempo- me acerqué lentamente y le pude ver mejor.

- Su cara me suena, ¿Usted no es...el secretario?- ahora lo recordaba.

- No me haga daño, por favor- me suplicaba entre lágrimas.

- ¿No se acuerda de mí?- me quité el sombrero para que me viera mejor. Se incorporó y nos pudimos ver cara a cara, estaba mucho más flaco y sucio, era evidente que llevaba mucho tiempo allí encerrado.

- Ya recuerdo, vino preguntando por una joven, entonces es de los

nuestros- le noté aliviado.

- Siento decirle que no, pero ahora puedo ser su mejor aliado.-- se le cambio la cara.

- ¿Y por qué debería creerle?- era un ratón acorralado.

- Necesito su ayuda- se quedó perplejo.

- Yo no soy nadie, no puedo ayudarme ni a mi mismo. Váyase y déjeme tranquilo.

- ¿Y si le saco de aquí?- le ofrecí mi mano.

- ¿Y a dónde iría? - preguntó desesperado.

- Con su gente, lejos de aquí.

- Las calles no son seguras y además me están buscando- veía el miedo en sus ojos

- Conmigo sí- y en ese momento cedió.

- ¿Y qué quiere a cambio?- le pregunté.

- Necesito encontrarla de nuevo.

- Pero yo no sé donde está- le salió del alma.

- Estoy seguro que alguna persona entre su gente podría averiguarlo, su nombre es Sarah Müller.

- Tendría que salir de aquí, ponerme en peligro- estaba claro que era un cobarde, pero gracias a eso seguía vivo.

- De todas maneras este sitio no es seguro, quizás haya tenido suerte hasta hoy, pero mañana o pasado o dentro de una semana le encontrarán detrás de este escritorio, y quien sabe lo que le harán - se quedó un rato dubitativo, pero aceptó.

- Si me da esta información le dejaré en la frontera con suficiente

dinero para empezar de nuevo.

- De acuerdo, pásese por mí dentro de dos o tres días y cuando lleguemos a la frontera le daré la información.

- No- estaba cansado de condiciones y de juegos, pero no daba su brazo a torcer, necesitaba dicha información.

- Nos vemos en un par de días.

Transcurrido ese tiempo interminable, allí estaba de nuevo, frente al portalón de entrada, empujé para entrar y se abrió sin dificultades !No estaba atrancada! Saqué el arma del interior de la chaqueta, eran tiempos complicados y podrían confundirme con quién sabe quien. Primero entró el arma y yo le seguí, no veía nada, todo permanecía igual, continué. Me dirigí al lugar del primer encuentro. Al entrar todo estaba más revuelto si cabe y por detrás de la mesa asomaba un pie.

- Hola, soy yo, ¿me recuerda?- no hubo respuesta.

Me acerqué y la desdicha volvió a rodearme, el viejo secretario estaba en el suelo con tiro entre las cejas. Le cerré los ojos con la mano derecha y le puse el sombrero para taparle el rostro. Había recibido visita mucho antes de lo que esperaba, pobre hombre, ¿de quién? Había tantos candidatos que daba igual, la guerra solo trae desdicha y miseria, siempre consiguen sacar lo peor de uno mismo. Una pregunta se hizo paso en mi mente ¿habría descubierto algo? Le registré desesperado como si fuera un ladrón ¿o lo soy?, nada, le habían quitado todo.

Le dejé el sombrero, era lo mínimo que podía hacer y me fui, cuando sobrepasaba el umbral de la puerta me paré, tuve una especie de "flash". En la esquina derecha había una pequeña bolita de papel que parecía mucho más nueva que el resto, la cogí y al abrirla encontré una dirección con las siglas S. M. ¡lo había logrado! Pero la carga de conciencia me invadió, ¿habría muerto por mi culpa?

Si era correcta la información el infortunio seguía siendo el compañero inseparable de Sarah, la nota me dirigía a Varsovia, el epicentro de la guerra, una ciudad bombardeada. Se encontraba entre nuestras fuerzas por el oeste y las soviéticas por el este. No podría haber elegido un sitio peor. Los cuatro jinetes del Apocalipsis habían salido de su jaula gracias a Hitler y parecía que galopaban tras Sarah, quizás espoleados por mí.

Al día siguiente me encontraba sentado encima de unas cajas dentro de un vagón de mercancías con rumbo a Berlín. La puerta estaba abierta del calor bochornoso que hacía dentro y a mi lado una pequeña caja de cincuenta por veinte centímetros. Una misión peligrosa, sobretodo si le golpeaba a alguien con ella, por lo demás una estupidez.

Habíamos pasado todo el día "saqueando" todo el palacio de los Habsburgo, cientos de obras de arte perfectamente precintadas llenaban los vagones de tren. Otra vez me sentía un ladrón. Estaba harto de ser utilizado, antes por la familia, luego por la orden y ahora

por el estado. Así que decidí abrir la caja para saber que contenía y por qué la robaba, estaba solo, nadie se enteraría. Al abrirla me quedé estupefacto, Dios mío ¿era real lo que veían mis ojos?... pero no podía ser, esto era…la lanza de Longinus, bueno, la punta de la lanza. La que le clavó a Cristo en el costado mientras estaba crucificado, pero eso era un mito, incluso algunos dicen que era una parábola bíblica. Una fuerza intangible me pedía que la tocara, que la cogiera en las manos, pero recordaba las leyendas sobre ella, quien la poseyera conquistaría al mundo pero si la perdía moriría en pago a su servicio. Napoleón lo supo en su piel.

Volví a cerrar la caja, era peligroso jugar con lo desconocido, me quedé un rato junto a la puerta del vagón viendo pasar árboles y caminos, me apoyé en otra caja y me quedé dormido escuchando las ruedas del tren. Al día siguiente le entregué en mano la caja a Himmler, no pude ver su reacción porque me mandó retirar, no quería que supiese su contenido o qué haría con ella, volví al trabajo diario y esperando que Varsovia estuviera a mi alcance.

CAPÍTULO 56: Varsovia

La invasión de Polonia había terminado al fin, el éxito militar de Hitler era incuestionable, sus tácticas relámpago había destrozado a una milicia polaca que contaba con aviones obsoletos y una caballería de cuatro patas frente a los tanques de acero. Ya tenía vía libre hacia Varsovia, había tenido mucho tiempo para pensar que hacer y sobretodo, aprender de los errores del pasado, no podía llegar a Sarah y decirle: "vámonos que Reinhart viene a por ti por mi culpa". No creo que se fiara de nadie, pero esperaba que de alguna forma, ya que le había ayudado, confiara en mí aunque solo fuera por salvar a su familia.

Así que decidí mandarle una carta que le explicara la situación en que se encontraba. Debía ser suave pero claro, dejar dudas que quisiera saber y citarla poco después de recibirla en algún lugar público. Internamente sabía que ese pequeño espacio de tiempo podría marcar la vida futura de Sarah y posiblemente de todos los miembros de su familia.

"A mi estimada Sarah:

Me pongo en contacto contigo, aunque tenga que romper la promesa que te hice, por una razón de extrema necesidad, tengo razones más que

confirmadas para creer que tu vida está en peligro. Tu incidente con la Gestapo y mi posterior intervención ha llegado a oídos de gente poderosa que lleva largo tiempo enemistada con mi familia y creen que puedes saber algo que les pueda ayudar a destruirnos, no te tengo que decir que sus métodos son todo menos amables. Te sacarán todo lo que sepan y cuando no les valgas se desharán de un incordio.

El pasado no lo podemos cambiar pero el futuro está en nuestras manos. Te puedo ayudar alejándote todo lo que pueda de ellos, dándote una nueva vida donde quieras, lejos de la guerra y el odio. Yo desapareceré para evitar posibles futuros males.

Por favor, toma en consideración esta propuesta, el tiempo corre veloz en tu contra y hay tanto por hacer... Te espero en una hora al final de la calle, si decides no venir, lo comprenderé e intentaré hacer lo imposible porque no te encuentren pero soy solo un soldado frente a torres muy poderosas.

Atte. Capitán Von Munster"

Llevaba casi esa hora en la esquina y nada salía del edificio donde vivía, había redactado otra carta por si ella no aparecía, la tenía en el bolsillo derecho, contenía dinero, posibles contactos y rutas menos transitadas de salida. Esperaba que su Dios le ayudara mucho mejor que lo había hecho yo, pero lo veía muy complicado.

En ese momento, la vi saliendo del edificio, se acercaba a buen ritmo, estaba algo desmejorada, pero su belleza me seguía embaucando. En cuanto estuvo a mi lado le hablé:

- ¿Paseamos?- Le pedí de la forma más amable que pude.

- Quiero que sepa que he bajado para averiguar porque no me deja en paz de una vez y saber cuáles son sus intenciones. Quiero que desaparezca para siempre de mi vida.

- Desde que nos vimos por primera vez parece que todo se ha torcido en nuestras vidas ¿verdad? Y creo que es hora de ponerle freno a esta situación- estaba claro su disgusto.

- ¿Y por qué no se va de mi vida y asunto solucionado?- preguntó angustiada.

- Si esa fuera la solución no dude que lo haría, pero me temo que no lo es.

- ¿Qué está pasando, me está asustando? – tenía que contarle toda la verdad, se lo merecía- no será otro truco suyo.

- Es una historia bastante larga ¿tiene tiempo?- nos paramos un momento.

- Si terminamos con esto de una vez, sí.

- Pues veamos, aunque soy un soldado mi carrera militar se ha desviado a otros derroteros, incluso me avergüenza contarlo, a veces creo que soy un bandido más que guerrero.

- Pues no lo parece, no tiene pinta de necesitar el dinero- lo dijo después de mirarme de arriba abajo, cosa que me sonrojó algo.

- Es verdad, mi familia nunca ha tenido problemas económicos, pero le puedo confesar que daría todo lo que tengo por tener una familia, la verdad es que la envidio, pero este es otro tema.

- Pero…- la paré levantando las manos para que me dejara continuar.

- Tengo ciertas habilidades que desconocía, puedo ver sin ser visto, puedo entrar sin dejar huella, y puedo preparar operaciones calculando todos los posibles errores, y de ello se ha aprovechado Heinrich.

- ¿Ese es el que me está buscando, según su historia?

- Sí y todo el mundo lo conoce por su apellido, Himmler- dije en un tono más bajo.

- ¡Dios santo! Trabaja para el que nos está persiguiendo y separando. ¿Cómo puede trabajar con él? – preguntó perpleja e incluso se separó medio metro de mí.

- Como ya te he dicho es una historia muy larga, es la historia de mi vida. Le hago ciertos trabajos que no quedan reflejados en ninguna parte. Pero esto ha llegado a oídos de otros que quieren parte del pastel, al negarme a traicionar a Himmler me he buscado algunos enemigos, y me temo que Reinhard es el peor.

- ¿Y qué tengo yo que ver con todo esto?- preguntó con razón.

- Reinhard se ha enterado de que te ayudé. Sospecha que puede haber una relación entre nosotros. Si le dice a Himmler que ayudé a una judía a escapar de la policía y que tengo una relación sentimental con ella, siempre con pruebas irrefutables, terminaré en Dachau o bajo

tierra. Solo le falta una pieza, tú.

- Pero no pueden encontrarme ¿no? - no sabía que decir sin asustarla.

- Me temo que sí, y harán lo que sea por conseguir una confesión tuya que me vincule con los judíos, tras ella formulará una acusación formal de traición. Conociéndole como le conozco, hará lo que sea por obtener lo que quiere, por ello, tu familia también está en peligro, la usarán contra ti.

- Es todo por tu culpa, has puesto en peligro a toda mi familia- tenía mucha razón.

- Debes admitir que tu actitud en el arresto no ayudó, en eso te metisteis tu sola- agachó la cabeza.

- Tienes razón, si es verdad todo lo que cuentas los he puesto yo también en peligro- se puso a llorar como una Magdalena, no sabía como actuar, y un impulso me empujó a abrazarla para consolarla. Fue un instante pero mis sentimientos por ella brotaron de nuevo, aún más fuerte si cabe.

Continuamos caminando otro rato, podíamos ver como colgaban cientos de banderas rojas con la esvástica negra en fondo blanco, en pocos días nadie podría distinguir si estaba en Alemania o en Polonia, siempre que no mirara algunos edificios derruidos por las bombas.

- ¿Qué vamos a hacer? - me preguntó ya mucho más tranquila.

- Sacaros de aquí, a tu familia y a ti.

- ¿Y cuando será eso?- preguntó mirándome a los ojos.

- Ahora mismo no lo sé, estamos muy lejos de Berlín, y es allí donde tengo mis contactos y mi gente. No puedo hacerlo yo solo. Necesito la

ayuda de mi equipo, a mí me estarán vigilando.

- ¿Le vigilan?- preguntó sorprendida.

- Me temo que sí.

- ¿Ahora? - lo dijo mientras miraba a todos lados.

- No, tranquila, no te pondría en peligro. ¿Te apetece tomar algo? - le pregunté cuando pasamos cerca de una cafetería. No quería dejarla ir, seguía sintiendo lo mismo que esa noche en que me regó con la copa.

- Vale, me tienes que contar como nos vas a sacar de aquí y como me has metido en este lío- ella también me tuteo, y así continuamos desde entonces.

No sé cuanto estuvimos juntos, horas quizás, pero me parecieron minutos. Hablamos y hablamos incluso nos reímos un rato cuando nos olvidamos de quienes éramos y de donde estábamos. La dejé en su casa cuando la noche nos acechaba, le recordé que debían estar listos para salir en cualquier momento, solo podían fiarse de mí o de alguien que les dijera una palabra acordada previamente, y la que se nos ocurrió fue "libertad".

CAPÍTULO 57: La Cuenta Atrás

A los pocos días pude volver a reunir al equipo, quedamos en el mismo restaurante que la vez anterior, esta vez la razón fue que el recién casado iba a ser padre. El verdadero motivo era planear como sacar a la familia Müller de Varsovia.

- ¿Sugerencias?- se miraron entre sí pero sólo el sargento habló.

- Está claro que la puerta del este está cerrada, los comunistas pueden ser una solución aún peor.

- Estoy de acuerdo, les prometí una vida mejor y eso haré.

- Le ayudaremos en lo que necesite pero en Varsovia estamos muy limitados. No tenemos esa infraestructura que nos hace falta allí. Necesitamos muchas cosas que no dominamos aún. Aquí no obtendremos ayuda, nos odian, somos sus conquistadores- las palabras del sargento eran ciertas.

- ¿Entonces deberíamos traerlos aquí?- les pregunté, eso era como echar leña a un fuego agonizante.

- Pero no lo esperan y si les dejamos pistas falsas de su localización, al menos, aquí no la buscarán- comentó Hirth.

- Pero igual que nosotros tenemos muchos más medios, la Gestapo tiene oídos en cada esquina, no tardarían en localizar a una familia completa de judíos que se acaban de mudar- reafirmó el sargento.

- Si y no- solté. -Tengo una idea. Una vez alguien me dijo que si no podía esconder algo lo mejor era ponerlo delante de todo el mundo.

- ¿En que piensa, capitán?- preguntó Klis. Y les comenté lo que se me había ocurrido.

- Puede que funcione- asintieron todos.

Cuatro semanas después, me encontraba a las tres de la mañana esperando a un camión a las puertas de Hotchwald. La impaciencia y ansiedad me llevó a estar allí desde las doce. Había mucho en juego, y cuando yo estaba con las manos cogidas por mis enemigos, los demás se jugaban la vida, me sentía fatal, nervioso, los miedos y temores circulaban por mi mente cada vez que el minutero se movía en su recorrido circular.

La operación era sencilla, mis tres compañeros habían pedido permisos tres días con la escusa de familiares enfermos o cosas así, cada uno eligió su motivo, debían ir por sus medios a Varsovia esquivando a cualquiera que les siguiera, una vez allí deberían hacerse con un camión, armas y uniformes. Luego dirigirse a la dirección de los Müller, sacar a toda la familia a la fuerza, haciendo todo el ruido posible sin que nadie sospechara nada, ni si quiera ellos, debía ser una sorpresa para que sus reacciones fueran normales. Solo dirían la palabra convenida a Sarah.

Los meterían en el camión y se dirigirían a Berlín. Al cruzar la frontera, gracias a una orden de arresto firmada por mí que venía con el membrete de las oficinas de las SS, indicarían su destino a los oficiales su destino, Dachau. Luego vendrían aquí, dejarían a la familia, y luego volverían a la ruta hacia Berlín. Ahora venían la parte

más desagradable del plan, deberían robar varios cadáveres, ya sea en hospitales o cementerios, y dejarlos en el camión. Luego prenderle fuego simulando un accidente. Una vez que las llamas se extinguiesen debían guardar la orden de arresto, intacta, en la guantera. Después los tres regresarían a Berlín por separado y por sus propios medios. Parecía fácil, pero el plan tenía muchas lagunas, necesitaba algo de suerte. El minutero seguía girando, si se retrasaban más no podrían hacer de noche la segunda parte del plan.

PRESENTE

Los interrogatorios eran continuos, había días en que me hacían las mismas preguntas diez veces esperando que me derrumbara o cometiera un error. Y todas con la misma respuesta, el silencio. Un día, cansado de tantas tonterías, les pregunté yo:

- ¿De qué se me acusa? Creo que tengo derecho a saberlo.

- Se le acusará formalmente de espionaje, secuestro y asesinato- me dijo el funcionario a través de los cristales de sus gafas negras.

- ¡Eso es falso! No tiene ningún sentido.

- Pues responda a las preguntas.

- No respondo a sus preguntas porque las transgiversarán, las cambiarán para poder acusarme de esas falacias.

- ¿Eso cree?- se reía en mi cara -¿Nos toma por tontos? y me sacó una hoja de su maletín. Era una copia de un documento que se encontraba en mal estado, pero aún así lo reconocí enseguida. Era el que habíamos usado para sacar a Sarah de Polonia.

- ¿No tiene nada que decir?- me preguntó al ver mi cara de sorpresa.

- No, porque no se lo creerían- estaba seguro de ello.

- Inténtelo, porque con esa actitud solo puede conseguir una cosa, la horca- escribió para convencerme.

- Da igual que les diga una cosa u otra, sé que mi final está cerca y que nadie ha salido libre de esos juicios suyos. ¿No les parece raro? ¿A eso le llaman justicia? Así que lo único que haré es darles lo que estoy escribiendo, ya me queda poco, y lo firmaré como mi declaración jurada y eso es todo lo que diré. Sé que he tomado muchas decisiones incorrectas a los largo de mi vida, y quizás muchos se vieron afectados por ellas, pero de ahí a esas acusaciones, dista un abismo.

- ¿Esa es su última palabra?- preguntó mirándome fijamente a los ojos.

- No nos deja otra opción que esperar. Cuando termine su declaración escrita comenzará el juicio, y espero que allí recupere el buen juicio. Espero que escriba rápido, tiene una semana.

Sin darme cuenta, había puesto yo fecha a lo que me quedaba de vida. Ahora solo me quedaba una opción, escribir rápido, pero había tanto que contar.

CAPÍTULO 58. HOCTHWALD

El ruido de un motor que se acercaba me trajo la esperanza, era sin duda un camión, al aproximarse más y más, junto a un aviso apagando y encendiendo las luces, fue la señal de que todo había ido bien Mis tres compañeros bajaron de un salto y empezaron a bajar a todos. Cuando ella bajó me dio las gracias con un abrazo. Creo que solo entonces me creyó de verdad.

- Venga, no hay tiempo para eso, nos queda un buen tramo a pié y en breve amanecerá.

- Sargento ¿todo según el plan? Van con retraso- le recriminé por vicio, habían hecho un gran trabajo.

- Un jodido pinchazo nos retrasó, creo que cogimos el camión que estaba en peor estado- suspiró.

- Tendrán que recuperar el tiempo lo máximo posible, no será fácil, nos vemos en un par de días- me choqué las manos con los tres y les deseé suerte.

Entramos en la finca, teníamos que ir a una vieja casa que estaba al sur de la mansión, hacía mucho tiempo que nadie la usaba y mi tío nunca iba a esa zona, era muy mala para ir a caballo. Tras cuarenta minutos de tropezones y tener que llevar a la abuela en brazos un buen rato, llegamos. La casa parecía que había encogido con tanta gente en su interior. Encendí una pequeña lámpara después de

asegurarme de que estaban bien puestas todas las mantas que tapaban las ventanas.

- Perdonad por el desorden pero hace ya mucho tiempo que no se usa, aquí tenéis mucha comida y traeremos más- les señalaba los armarios donde se almacenaban.

- Gracias capitán- me comentó un hombre de mi misma edad – soy el tío de Sarah, sabemos todo lo acontecido y mi familia y yo se lo agradecemos.

- Lo mejor será que descansen, ya habrá tiempo para hablar. Hasta mañana- salí dando las gracias de que ella estaba bien.

Lo que quedaba de noche pasó en un suspiro y a media mañana volví a hablar con ellos. Eran muchos, más de los que pensaba. La abuela, los padres, su tío y tía, tres primos pequeños y una prima con su marido que esperaba un hijo.

- Siento no poder acogerles en un sitio más amplio, pero créanme que es segura, solo la conocemos unos pocos. Les pediría que no se alejaran mucho de ella, sobretodo a los pequeños. De noche mantengan las ventanas tapadas, una luz aquí puede verse desde muy lejos. Alfred vendrá de forma regular a traerles comida o lo que necesiten. Me temo que estarán un largo periodo de tiempo aquí, intentaremos que sea el más corto posible. ¿Alguna pregunta?- nadie la hizo.

¿Sarah podemos hablar un momento?- Me tengo que ir a Berlín, quiero presentar mi renuncia en persona, no sé cuando volveré.

- No te preocupes, haremos lo que nos dices- asentía sin parar con la cabeza.

- Otra cosa, he dejado armas en tres sitios diferentes- le señalé uno fuera de la casa.

- ¡Ni lo menciones! – se escandalizó solo con oír la palabra.

- Escucha, es solo cuestión de seguridad- y le indiqué los lugares donde las había puesto – Mi tío ya no viene por esta zona, además está ocupado en Munich con sus negocios, pero nunca se sabe, Alfred os avisaría inmediatamente, y por favor, en ese caso, no salgáis de casa, no debe veros. Me voy, nos vemos en unos días.

- Ten cuidado- me sonó a gloria.

- Vosotros también, hemos cruzado una línea y no hay marcha atrás.

Ahora me quedaba una parte importante del plan, tenía que terminar con el partido, las SS y con Himmler ¿cómo iba a hacerlo? Llevaba una carta de renuncia. Estaba claro que no la aceptarían tan fácilmente, así que debía sacar un as de la manga. Al día siguiente estaba en las oficinas centrales, en la puerta de su despacho, mirando a su secretaria y entregándole mi carta.

- El Reichsführer está muy ocupado, no tiene tiempo de atenderle, le llamaremos si encontramos un hueco en la agenda.

- ¿Pero se la entregará? - le pregunté con mi mejor sonrisa.

- Claro capitán, se la daré junto al correo de hoy.

- Muchas gracias- ahora a esperar.

Me imaginaba algo así, bajé a los sótanos para saludar a mis compañeros y saber como les había ido con la parte del camión y el señuelo. Me confirmaron que tardaron unos días en quitarse el olor a

muerto, pero por lo demás todo fue bien. No me quedó más remedio que volver a mi trabajo y esperar a que me llamaran.

Quince días después conseguí que me recibiera, entré en su despacho, no sin antes agradecerle a la discreta secretaria su ayuda, aunque ella no me sonrió. Al entrar y hacer los protocolaros saludos me quedé unos instantes cuadrado ante él. Estaba escribiendo una carta de su propio puño y letra, la firmó y la selló.

- Esta dimisión es una pérdida de tiempo, y no estoy para eso capitán- ni levantó la cabeza para hablarme estaba liado entre tanto papel que llenaba su escritorio.

- Me temo señor que ya no le soy útil al Führer.

- Eso lo decidiré yo, usted dedíquese a cumplir las órdenes que le doy.

- Señor, me vigilan, puede que ponga en peligro alguna misión.

- De eso no se preocupe, ya no volverá a ocurrir, para mí ha realizado su mejor misión y ha cerrado el expediente- creo que el señuelo había funcionado.

- Entonces ¿Lo sabía mi Reichsführer?- me arrepentí de inmediato de preguntar lo obvio.

- Yo lo sé todo y no se hace nada sin mi consentimiento, Reinhart sigue sin fiarse de usted y estoy cansado de sus estúpidas riñas infantiles, ustedes dos harán lo que les diga, ¿está claro?- lo dijo en un tono amenazante que no daba motivo a responder.

- ¡Sí mi Reichsführer!

- Coja su carta y no quiero volver a verla, tómese unos días de

descanso, recapacite y vuelva con energías, Alemania necesita de sus servicios.

- Hiel Hitler.

Me fui con una sensación ambigua, había conseguido parte de la libertad que ansiaba, pero había dejado claro que era su peón, mientras le fuera útil me protegería, si le fallaba me echaría a los perros de Reinhart. Pero a éste le conozco, no se rendirá fácilmente, será tan discreto que Himmler ni se enterará. Seguirá buscando en las cloacas de mi vida en busca de una razón o motivo para destruirme.

Cuando pasara el tiempo de descanso todo volvería como antes, y ahora que volvía a tenerla ya no quería ese tipo de vida. Había hecho muy malas elecciones a lo largo de mi vida, me había unido a grupos que te recibían con flores y cuando te quieres ir te sacan las espinas. Llené la maleta con todo lo que consideraba necesario para sacar a los Müller y volví a Hocthwald. Dejado atrás esos momentos de temor la alegría volvió al pensar que podía estar con ella unos días, quería que fueran inolvidables, me los quería llevar en la memoria el resto de lo que me quedaba de vida.

Llegué de madrugada y en silencio, no quería molestar a Alfred, el pobre estaba mayor, tenía mucha tos que le daba un aspecto enfermizo, le ofrecimos una jubilación, pero éste se negó, decía que esta era su casa y nosotros su familia, quería acabar sus días en la mansión, ni mi tío ni yo pudimos negarnos a su petición. Bien

temprano ensillé mi caballo y fui a verla, no podía esperar, estaba fuera jugando con sus sobrinos.

- Buenos días – les saludé efusivamente.

- Buenos días, ¿Qué tal el viaje? estábamos asustados ante tu tardanza– me preguntó con su mejor sonrisa. La notaba ya más mejorada.

- Bien, ¿Quieres dar un paseo, me gustaría enseñarte un sitio?

- Claro ¿Tía, te puedes quedar con los niños? Ahora vengo.

- Sí, vete tranquila- me pareció que le sonreía en plan complice.

- ¿Has montado alguna vez a caballo? – le pregunté aunque sabía la respuesta.

- No, nunca.

- Dame la mano y sube, verás que es una sensación sin igual, bueno casi- me reí con ganas. Se sentó detrás y comenzamos el paseo de forma muy tranquila ya que la notaba muy tensa y así no disfrutaría. Le empecé a enseñar todos los sitios de la finca, hasta que al final llegamos al más especial de todos, quería presentarle a mi padre.

CAPÍTULO 59. Escapar o Morir

Fueron días maravillosos, en poco tiempo su familia me aceptó, incluso la abuela me llamaba nieto de vez en cuando. La sensación de tener familia, de pertenecer a ella, me inundaba de calor por dentro. Respecto a Sarah, que decir, cuando bajó sus defensas y aparcó las dudas, el destino actuó. Como había poco que hacer, los paseos se hicieron más largos, quizás jugábamos un poco con el peligro al ir tan lejos, pero allí no había nadie, los vecinos habían abandonado sus casas y se habías mudado a sus residencias de Suiza, huyendo de la guerra.

Y fue en uno de esos paseos en que nos pilló una de esas lluvias de finales de otoño, corrimos a resguardarnos debajo de un viejo olmo tan poblado que no dejaba pasar ni una gota. El frío se intensificó, la abracé para que entrara en calor, mientras le frotaba la espalda rápidamente para que mi mano le calentara. Y en ese momento, sin darme cuenta, me besó. Primero con recelo ante un rechazo y luego con dulzura ante mi aceptación, y no sé cuando ni como nos encontramos en el suelo, uno encima del otro y viceversa.

Mi mano se hizo paso bajo su delgada blusa gris, acariciando con cariño un pecho, y después el otro, su respiración se agitaba cuando jugaba con su indudable complicidad, ellos respondían al igual que yo. Luego ella encontró la hebilla del cinturón, y siguió con mesura hasta

encontrar su objetivo. Luego se subió como una felina y los dos fuimos uno. Mi espalda sobre el olmo, testigo silencioso de nuestro amor, veía como la pasión se aceleraba igual que la tromba de lluvia sobre él. Y así nos quedamos hasta que la lluvia cesó. Los pájaros empezaron su escandaloso piar, y nosotros dejamos de ser uno. Nos volvimos de la mano en silencio, no tenía ni frío ni calor, pero la sonrisa estúpida de la cara no la conseguí quitar.

Esa noche no dormí, me la pasé mirando el techo de la habitación desde la cama, recordando cada momento y reviviendo en mi mente. Por desgracia también me acordé de las navidades, se acercaba la fiesta de año nuevo, era la única fecha que sabía con seguridad que él acudiría sin demora, odiaba quedarse en la ciudad donde las muestras de cariño le daban urticaria. Pero no quería dejarla ir, y después de lo de hoy, creo que ella tampoco.

- Vente con nosotros - me comentó poco después.

- Nos iremos todos, pero no va a ser nada fácil, desde que se declaró la guerra todas las fronteras se ha reforzado, las patrullas se han multiplicado. Sacar a una familia completa se ha complicado en exceso. El otro día recorrí toda la frontera que nos separa de Suiza y me crucé con varios convoyes y patrullas en moto y a pie. No sé si las autoridades quieren evitar que nos invadan o que salgamos.

- Sé que encontrarás el modo de hacerlo- me lo decían aquellos preciosos ojos.

- En ello estoy, pero eso no es lo peor, me pareció que me seguían, empiezo a pensar que la Gestapo nos controla.

- ¿Ese demonio no tiene otra cosa que hacer? – preguntó disgustada.

- El peligro más inminente será mi tío, me ha confirmado que vendrá la semana que viene.

- ¿Por qué? ¿No decías que ya no venía?- sus ojos me transmitían el miedo que sentía.

- Y es así, pero es navidad.

- Ah, lo había olvidado, ya sabes que nosotros no la celebramos- y agachó la cabeza.

- En esos días tendréis que quedaros todo el tiempo posible dentro de la casa, se que será duro, pero no hay que descartar que salga a cabalgar una mañana o una tarde, o que invite a alguien a hacerlo.

- Haremos lo que nos digas, te lo prometo.

- Regreso a Berlín unos días, tengo que averiguar que está pasando. Si mi tío llega antes que yo, Alfred os avisará lo antes posible, de todas formas salid solo si es necesario.

Otra vez en el coche, me sabía el camino de memoria, en los últimos años me había pasado muchas horas conduciendo, antes entre diferentes países, ahora éstos no existían como tal y solo había una Alemania más grande y en guerra con los franceses e ingleses.

Repetimos el restaurante de las otras dos ocasiones anteriores pero esta vez, todos llevábamos uniforme.

- Gracias de nuevo por venir, a los tres, os he reunido aquí de nuevo para avisaros y advertiros. Hasta ahora pensaba que estábamos libres

de peligro pero me equivoqué, el señuelo no le valió a Reinhard, esa rata es muy lista y recelosa.

- Está pidiendo reclutas para formar una nueva división, los Einsatzgruppen, que reagrupe a todos los judíos de Polonia y los reasienten en barrios más pequeños- me informó Klisman.

- ¿La están buscando? - pregunté.

- Eso parece – el sargento era el que más informado estaba, tenía algunos compañeros en la Gestapo que le debían unas cuantas.

- ¿Habéis notado si os siguen?- les pregunté. Los tres asintieron.

- A mí también, ¿tienes lo que te pedí?- el cabo asintió. Nos intercambiamos las fichas del guardarropa.

- Está en un falso bolsillo en la parte trasera.

- Mi intención es salir después de las navidades y atravesar la frontera Suiza, creo haber localizado un sitio por las montañas, será peligroso, pero no está vigilado.

- Pero hará mucho frío y si cae una nevada- Klis tenía razón.

- Lo sé, si fuera uno o dos lo sacaríamos en un abrir y cerrar de ojos, pero una familia completa con niños, es otra cosa muy diferente. El lago, que había usado hace años, está tan vigilado que no podríamos acercarnos sin ser vistos ni a cien metros.

- ¿A dónde tienes pensado ir?- Hirth preguntó pero todos querían saberlo.

- Tengo pensado ir a Estados Unidos, siempre he querido ir, y cuando el Hindenburg se quemó me quedé con las ganas, ahora espero que sea la buena. Por cierto, si desaparezco es posible que os hagan preguntas,

si alguno desea unirse a nosotros será bienvenido.

Rápidamente los tres se negaron, no tenían nada contra ellos y algunos querían permanecer en Alemania, incluso habían presentado una petición de traslado a las fuerzas especiales de las SS.

- Si alguno cambia de opinión cuando me haya ido, os he abierto una cuenta a cada uno en un banco suizo con los suficientes fondos para que empecéis una nueva vida donde más os guste- les di todo lo que tenía, ya que me habían ayudado a tenr lo que más deseaba.

- ¿De dónde ha sacado tanto dinero, capitán? – Preguntó el sargento Mensen.

- He vendido todo lo que he podido sin llamar la atención de mi tío.

- Cuando se entere tendrá un ataque de ira que cualquiera se pone por delante- dijo Klis y todos nos reímos a carcajadas.

- Por cierto, se me olvidó deciros la excusa para reunirnos – me puse de pie – Por el soldado Klisman, que va a ser padre por primera vez – todos se levantaron entre risas y carcajadas, todos nos miraban, incluso alguno también brindó por el nuevo miembro de la Alemania más grande que ha existido. Nos volvimos a sentar y cuando nuestras risas cesaron, continuamos hablando.

- ¿Cómo va a sacar a todos de Hotchwald sin ser visto? – preguntó el cabo con curiosidad.

- Eso es fácil, cuando era niño me recorrí cada palmo de esos terrenos y descubrí varias salidas naturales que nadie conocía <<las busqué para huir cuando llegué, pero las abandoné cuando llegó Antja>>.

- ¿Y como llegará a la frontera? – el cabo también tenía curiosidad.

- Mi vecino es coleccionista de coches, los guarda en un garaje, y por suerte sé donde guarda las llaves.

- Se me olvidó que era un buen ladrón – susurró Klis entre risas.

- ¡Por Alemania! – gritó Mensen.

- ¡Por Alemania! – gritó todo el local.

Continuamos comiendo y comentando todas las noticias que teníamos de la guerra, parecía que Hitler quería avanzar hacia el norte y aislar a Francia, y mientras hablábamos todos olvidamos nuestros problemas durante un rato, siempre tendremos tiempo de volver por ellos.

CAPÍTULO 60. Un Antes y Un Después

Las navidades llegaron demasiado deprisa y mi tío con ellas. La tradicional fiesta de fin de año estaba en pleno apogeo, no paraban de llegar comida y ornamentos, parecía que este año iba a tirar la casa por la ventana, era evidente que sus negocios estaban en buen momento. Y como la vida también se abre paso en los tiempos oscuros, nos trajo una buena noticia del otro lado del prado, la prima de Sarah había tenido su bebé con unas semanas de antelación, estaba sano y era un comilón. Había decidido ponerle mi nombre como regalo de navidad.

Mi tío solo salió una vez a cabalgar pero volvió en seguida, la mañana se puso fría y amenazaba agua, con tanta humedad le empezó a molestar la pierna y tubo un ataque de gota, estaba más odioso que de costumbre. Cada día veía más dificultades en llevar a cabo el plan de fuga, el camino entre las montañas no era fácil para un adulto, y con un bebé entre manos rozaba lo imposible, además seríamos muy lentos y el tiempo del que disponíamos era reducido y limitado.

No podría retrasar más la salida, en cualquier momento llegaría una carta notificándome la fecha de reingreso o incluso podrían venir a recogerme para asegurarse que iba. Negarme a ir era deserción. Pero el bebé era tan pequeño que no sobreviviría.

- Sarah debemos partir ya, no podemos demorarlo más- le supliqué.

- Lo sé - susurró.

- Cada día que pasa tentamos más a la suerte- le acariciaba la mano mientras hablábamos.

- Pero el bebé es muy pequeño, la familia al completo ha decidido esperar, sabemos lo peligroso que es, pero tienes que entenderlo, para nosotros la familia es lo primero.

- Ojalá no nos arrepintamos de esto, tengo malas vibraciones – no me gustaba, trabajar con civiles era horrible para un militar.

- ¿Ya está mi capitán trabajando? Siempre tan desconfiado- quizás tenía razón.

- Conozco a la gente y sé de lo que son capaces, créeme si te digo que guardan demonios dentro – Seguía dudando.

Lo único bueno de estos primeros días de enero era que lo que empezó siendo un flechazo años atrás culminó en una bella historia de amor que cada día crecía y crecía. Aquella misma noche nos quedamos a pasarla bajo el abrigo del viejo roble que nos vio días atrás tal como éramos, bajo varias mantas y un cielo estrellado, la osa mayor junto a la menor, Casiopea y cefea. Libres de la esclavitud de la ropa nos conocimos plenamente, y la luna nos iluminó para podernos encontrar las zonas más ocultas. La primera vez fue lujuria, pero ahora con tiempo disfrutamos el uno del otro, todo lo que había aprendido en París la hizo gozar como nunca antes y yo por fin tenía lo que le faltaba al sexo para llegar al cenit, su amor.

Pero la vida no es cuento de hadas, lo que más temía sucedió. A la

mañana siguiente un coche con la matrícula de las SS llamó a la puerta, tres personas bajaron, un oficial y dos soldados, perfectamente pertrechados querían verme.

- Teniente, ¿en qué puedo ayudarle?- le pregunté al oficial.

- Me han esta documentación para usted, mi capitán – me entregó una nota que venía doblada. La leí, me ordenaban presentarme en el cuartel general, con carácter inmediato, debía recibir órdenes nuevas.

- Puede retirarse teniente.

- Disculpe señor, pero tengo orden de llevarle conmigo de vuelta, si…- se paró de repente.

- si ¿qué? – le reclamé.

- Si no quiere venir con nosotros de forma voluntaria- terminó de decir.

- Por lo menos podré preparar mi equipaje- mi cara mostraba un tremendo enojo.

- Claro señor, le esperaremos aquí- <<joder, no pensaban moverse de aquí, ¿qué hago?>>

Subí hasta la habitación, mientras daba cientos de vueltas preparaba la ropa inquieto pensando en como avisarles. Abrí un cajón y la vi, el arma de la academia, y si acababa con ellos, la cogí un instante, pero la volví a depositar en su sitio. Bajé y llamé a gritos a Alfred:

- ¿Qué ocurre señor? – preguntó asustado.

- Me tengo que ir, avisa a Sarah, deben tener mucho, mucho cuidado, si viene el señor que se queden encerrados, por Dios que no salgan, no sé cuando podré volver, te avisaré en cuanto sepa algo. Por favor

¡tened cuidado!

No hablé en todo el viaje, estaba muy disgustado. Nada más llegar a la central, me dirigí al despacho de mi Reichsführer. Esta vez no estaba, en cuanto entré, la secretaria sacó un sobre de su escritorio, y sin mediar palabra, me lo dio.

- Tengo que verle, por favor- le supliqué.

- Me temo que salió muy temprano esta mañana, estará todo el día en la cancillería con el Führer.

Estaba cabreado, me senté un momento mientras abría el sobre y leía el contenido.

"Debe reunir a todo su equipo de forma inmediata, les espera un avión que les llevará a su destino, una vez allí recibirán las instrucciones necesarias. Lleve todo lo necesario para sobrevivir en caso de hostilidad"

Estaba escrito a mano con las iniciales H.H. todo era muy raro, se salía del protocolo habitual. Bajé corriendo las escaleras para llegar al sótano, allí estaban mis antiguas oficinas. Al primero al que vi fue a Mensen entre sus papeles, era muy desordenado, cuando levantó la vista se quedó petrificado, su reacción no me la esperaba.

- ¿Capitán pasa algo? - preguntó con la boca abierta ¿Qué hace aquí?

- ¡Nos vamos! – le grité sin querer.

- ¿Cómo? - preguntó al tiempo que se ponía depie y cogía su gorra.

- ¿No me ha escuchado, sargento? nos vamos ahora.

- Sí, mi capitán.

En ese momento entraron los otros dos entre risas que se cortaron bruscamente cuando nuestros ojos se cruzaron.

- Nos vemos en la puerta en diez minutos, cojan todo su equipo, nos vamos de viaje, y pidan un coche.

Yo tenía la maleta preparada, solo necesitaba cambiarme, y coger unas armas. Ya había asimilado la noticia, pero a los demás no habían tenido tiempo de pensar en ello. Ya en el coche comenzamos a hablar. El primero, como siempre, fue el sargento, nos conocíamos hace mucho y era un gran amigo.

- ¿Qué está pasando?

- Que nos quitan del terreno de juego- contesté algo más calmado.

- ¿De qué está hablando?- preguntó Klis.

- Un avión nos espera para llevarnos quién sabe a donde - no saber el destino me daba igual, lo raro es como estaban pasando los acontecimientos.

- Esto no me gusta - susurró.

<<A mí tampoco>> pensé, pero teníamos las manos atadas hasta que supiéramos que estaba pasando. Treinta minutos después nos subimos al avión con una mochila enorme cada uno con todo lo que necesitaríamos en donde fuera.

- Llevo dos días esperándoles, ya era hora- dijo el piloto disgustado.

- ¿Nos vamos de aquí o qué?- contesté con sarcasmo.

Cinco minutos después de estar por fin en el aire, el copiloto me entregó un sobre que venía a mi nombre con el sello de máximo

secreto.

“Se dirigirán a la península del Sinaí, en Egipto, a la ciudad de Tjaru. Desde allí se desplazarán a las excavaciones dirigidas por Anhenerbe. Según los últimos informes están cerca de encontrar algo de suma importancia para el Führer, el arca de la alianza. Deberán traerla a Berlín de forma inmediata, nada debe impedírselo. Utilicen todos los medios a su alcance para cumplir con estas órdenes. Se adjuntan planos y fichas de todos los trabajadores de la excavación, personas de contacto y dinero local para emplearlo en lo que necesiten. La discreción es fundamental ya que no somos los únicos interesados en encontrarla.”

En cuanto terminé de leerla el copiloto se acercó:

- ¿Sabemos ya el destino, capitán? - preguntó el copiloto.

- ¿No lo sabe? Entonces ¿hacia donde vamos? – pregunté para averiguar cuanto sabían.

- Estamos dando vueltas desde que despegamos, nos dijeron que usted nos daría el destino.

- Península del Sinaí, Egipto.

- Gracias Capitán – se fue y vimos que en la cabina estaban discutiendo, parecía que el destino no era de su agrado. Estaba claro que nadie en el avión quería ir allí.

- Joder, al puto desierto- exclamó Hirth – y yo con ropa de abrigo en la mochila.

- Nos han descubierto y nos quieren quitar del medio – el sargento dijo lo que todos estábamos pensando.

- La verdad es que la razón del viaje es convincente, no lo sé – tenía un mar de dudas.

- ¿Cómo de importante?- preguntó Klis.

- Vamos a recoger el arca de la alianza.

- Claro, eso lo cambia todo – replicó con ironía- ¿Y ese arca que es? ¿Una caja llena de joyas o dinero? ¿Trae una guapa egipcia escondida para Hitler?- nos reíamos al unísono.

- Si sabéis algo de la biblia, en concreto del éxodo, los hebreos eran esclavos de los faraones de Egipto hasta que Moisés los liberó gracias a la ayuda de Dios y sus siete plagas. Huyeron por el mar rojo, pasando por el Sinaí con dirección al norte buscando las aguas templadas del mediterráneo. Pero cuando pararon en la península, Yahvé les entregó los diez mandamientos que guardaron en el arca de la alianza entre los humanos y Dios. Después de eso la historia se pierde. Todos la buscan desde hace siglos sin conseguirlo, algunos afirman que los templarios la encontraron durante las cruzadas, pero no hay pruebas de ello.

- ¿Y para que quieren esas tablas? – preguntaron.

- Las tablas están escritas con la mano de Dios, pero eso no es lo importante, se dice que el poder de Dios se guarda en su interior, algunos creen que es un arma, otros el espíritu santo y otros que son las tablillas con los mandamientos sin nada más – después de explicarlo nos quedamos todos callados.

Me apoyé en el respaldo del asiento, por llamarlo de alguna forma.

Era muy incómodo, me puse la gorra en la cara e intenté reflexionar. No me gustaba esto, había lagunas, hasta que no cogiera esa caja, la cargara y llegara a Berlín no me quedaría tranquilo. Dejar a Sarah sola por tiempo indefinido me aterraba, tenía todo preparado para salir, con la documentación falsa de todos en el bolsillo oculto de la chaqueta tenía lo necesario para escapar, ya lo tenía claro, en cuanto volviera, saldríamos inmediatamente sí o sí.

Llegamos casi de noche, el piloto se quejaba a gritos, de cada tres palabras que despotricaba dos eran insultos para mí. Había llegado a las coordenadas indicadas en la documentación pero allí solo había arena y más arena, y para colmo el piloto del combustible llevaba rato intermitente. Pero cuando empezó a pitar, todas las palabras eran irrepetibles. Por fin vimos algo, una caseta con un hombre haciendo gestos.

- Miré allí- le señalé.

- Eso ya lo veo, lo que no encuentro es donde aterrizar, esto es una mierda, un jodido país de negros – entonces el individuo encendió dos antorchas que indicaban el ancho de la pista.

- Ahí tiene su pista- le grité.

- No te jode el soldadito, que cree que estoy ciego, pero ¿es el principio o el final o la mitad de la pista?

- No sé, yo solo soy un soldadito, usted es el piloto- y me senté junto a mis compañeros – Agarraos, va a ser un aterrizaje a ciegas- nos ajustamos el cinturón y esperamos cada uno como podía el golpe o la caída.

Pero fue un aterrizaje tan suave que los ríos de sudor de los pilotos se secaron al instante con los suspiros. Resultó ser una explanada tan grande que daba igual donde aterrizaras. En cuanto el avión se paró y los motores dejaron de gruñir, no pude contenerme. Miré a los pilotos en cuanto salieron de la cabina:

- Será para mi un honor comunicarle al Führer todos sus comentarios que han hecho sobre esta misión, seguro que le encantarán.

Hubo un silencio en ese momento, los pilotos no parpadeaban y ese momento solté una carcajada que me salió del alma. Mis tres compañeros hicieron lo mismo, parecíamos botellas de champán que soltaban su tapón de repente. A los dos pilotos no les hizo la misma gracia, pero yo disfruté con sus caras.

CAPÍTULO 61. Egipto

1940

Era de noche cuando llegamos al campamento, seis tiendas de campaña colocadas en círculo, centradas en un fuego que calentaba de noche y que servía de cocina durante el día. Nadie nos recibió, así que nos tocó pasar la noche al raso, la temperatura era gélida pero mucho más suave que la que dejamos atrás en Alemania, así que colocamos nuestros sacos de dormir a unos pocos metros y nos dispusimos a descansar. Mis tres compañeros cayeron enseguida pero yo no lograba conciliar el sueño y eso que estaba muy cansado, algo me lo impedía, no estaba tranquilo, no sabría como explicarlo, era como si no debiéramos estar aquí, como si nos hubiéramos equivocado de camino. Con esa intranquilidad me pasé mirando a las estrellas, viendo el mismo cielo que siglos atrás habían vislumbrado los faraones egipcios.

La belleza del firmamento que tenía frente a mí era indescriptible, en una oscuridad tan absoluta podía distinguir todas las constelaciones y darme cuenta porque el antiguo mundo egipcio había basado su religión en las estrellas. En estas circunstancias uno piensa que el silencio reinara en todo el desierto, pero me equivocaba, decenas de sonidos llegaban a mis oídos, algunos tan cerca que creía que estaban sobre mí, otros lejanos que apenas lograba escuchar. Esto remató la creciente intranquilidad, así que me levanté y decidí andar hasta la

loma de una cercana duna, allí pude ver las primeras luces rojas de un amanecer diferente, la belleza del desierto me estaba embriagando, y entonces pensé en ella, sentada a mi lado, disfrutando juntos del despertar de un nuevo día, y en lo más profundo de mi alma llegaron unas palabras lejanas, que no reconocía pero por la forma en que sonaban parecían de desesperación, y fue entonces cuando lo supe, teníamos que regresar.

Las primeras señales de vida se levantaron en el campamento, desperté a mis hombres y le dije que se prepararan para marcharnos. Con los gritos que dí desperté a todos.

- ¿Qué ocurre? – dijo un hombre al mismo tiempo que bostezaba estirando los brazos.

- Soy el capitán Van Munster, vengo a recoger el paquete.

- ¿El paquete? Ah, eso. Perdone, soy el capitán Alexander Langsdorff, responsable de esta expedición.

- Creo que han venido para nada- continuó.

- ¿Cómo? – nos miramos los cuatro asombrados.

- Por favor, siéntense con nosotros y compartan el desayuno, dentro de una hora hará tanto calor que no querrán probar algo caliente.

Nos sentamos junto al fuego mientras nos presentaba a todo el equipo. El sol ya empezaba a caldear el ambiente pero gracias a una loma no nos daba directamente.

- ¿Conocen la historia del Arca?- lo preguntó de forma retórica, nos iba a contar la historia de todas formas – me imagino que sí, entonces

sabrán que cuando los judíos partieron del monte Sinaí con el Arca rumbo al norte y ahí termina su historia. Algunos dicen que en el siglo sexto antes de cristo apareció en Jerusalén, pero nosotros creemos que eran habladurías y rumores. Nosotros pensamos que en su camino se encontraron con un problema, tenían que cruzar las fronteras de Egipto, que eran guardadas desde el fuerte de Tjaru. Este punto debía estar informado de la huída de los esclavos y estarían preparados. Ante esto los judíos escondieron el arca en un viejo templo egipcio situado al sur esperando en un futuro recuperarlo. Pero una tormenta de arena lo ocultó y cuando regresaron no lo encontraron.

- He de suponer que usted lo ha encontrado ¿verdad? – pregunté por educación, era evidente la respuesta.

- En efecto, descubrimos la entrada al templo el mes pasado, pero no encontramos nada en su interior. Bueno quizás no es correcto. No estaba el Arca, pero sí encontramos multitud de piezas de gran valor arqueológico. Por eso seguimos aquí, clasificándolas y preparándolas para llevarlas a Berlín.

- Entonces hemos venido para nada- era lo que me temía.

- Eso es lo que me sorprendió al verles, en cuanto nos dimos cuenta que no disponíamos del arca mandamos un telegrama a Berlín informando de la situación. Y nos respondieron hace unos días que nos enviarían un avión para recoger las piezas descubiertas y volvernos a casa. Pero el regreso no es hasta dentro de quince días.

- Mierda – no pude contenerme, esto ya olía a chamusquina, mis temores se estaban confirmando poco a poco – entonces nos volvemos.

- ¿Entonces, han traído combustible de sobra? por desgracia nosotros

no fuimos tan previsores y nuestro avión no pudo volver hasta que llegaron las provisiones, tres semanas más tarde – nos informó Alexander.

- No lo sabemos – replicó Mensen

- Pues me parece que tendrán que quedarse aquí hasta que lleguen los suministros.

- ¿Para cuándo tienen previsto su llegada? – pregunté desesperado.

- Dos días, si quieren pueden usar nuestro coche y preguntar a sus pilotos, nuestro guía Abdul les llevará.

- Sargento, llévate a Klisman y preguntar a los pilotos, deben estar cerca del avión - no quisieron alejarse del aparato por si alguien lo saboteaba o lo robaba.

Todo sonaba a encerrona. ¿Pero por qué? Debíamos volver de forma inmediata, y en cuanto pusiera pie en casa saldríamos hacia Suiza, lejos de ellos, de las conjuras y las envidias, del odio y el rencor.

Una hora después regresaron con los pilotos, sobraban las palabras. Llevaban varias piezas del avión que hacía imposible su robo, y lo habían cerrado lo mejor que pudieron. Teníamos dos días por delante que no se los deseaba a nadie. Empecé a sudar de arriba abajo, el sol había superado la cima y nos cubría a todos.

Sin nada que hacer y con tantas horas por delante me agobié, y debió ser tan evidente que el propio Langsdorff me invitó a visitar el templo.

Una invitación a la que no me pude negar. Al llegar al templo lo primero que me sorprendió es que allí no había nada, solo un agujero flanqueado por dos barreras hechas de madera. Cuando nos acercamos pude ver que asomaba una vieja escalera. Bajamos. La humedad se empezaba a notar con cada escalón que descendíamos, no tardé mucho en notar la camisa empapada de arriba abajo. Con la ayuda de dos antorchas recorrimos las tres cámaras de que constaba el templo.

El estado de conservación era perfecto, las policromías se conservaban intactas, y me guía empezó a describírmelas.

- Aquí tienes la figura de Ramsés el grande mientras está siendo momificado, cada dibujo representa los caminos que deben recorrer los faraones para llegar al paraíso. Se protegen de no caer en los infiernos y buscan la protección de Amón o de Ra. Aquí muestra las victorias para Egipto que ha logrado en su carro mientras portaba el arco. Sus enemigos se dibujan en pequeño por debajo del carro describiendo que son inferiores a él.

- He de reconocer que esto merece la pena de verse Alexander, que pena que ha tenido que ser en estas condiciones.

- ¿Qué ocurre capitán? Se reconocer un problema cuando lo veo- preguntó sin reparo.

- Creo que nos han traído aquí a posta aún sabiendo que no había un arca que recoger.

- Eso no es propio de nuestro Reichsführer, salvo que… - se quedó pensativo.

- Salvo que me quiera fuera para hacer algo que no deba saber o conocer o impedir – dije apesadumbrado respondiendo a sus dudas.

- ¿Y eso es posible? Pregunto curioso.

- Me temo que sí- nos quedamos en silencio.

- Pues entonces aproveche el momento y embriáguese de la belleza de una civilización perdida y con tantos secretos como parece que tiene usted capitán- me miró y continuó- al final se encuentra en Santa Santorum, lugar donde se celebraban los ritos y donde solo los sacerdotes y el Faraón podían entrar.

La luz de las antorchas creaba un efecto sobre las paredes que hacían de las figuras algo vivo, sobretodo la figura con cabeza de perro, me daba la sensación de que me miraba, incluso que se acercaba.

- Alexander ¿A quien representa esta figura? – pregunté con gran curiosidad.

- Representa a Anubis, el guardián de los muertos, los protege y los guarda. También vigila en el juicio posterior a la muerte para que la balanza entre el bien y el mal de las personas no sea manipulada.

Parecía que incluso los viejos dioses me avisaban, por desgracia ya estaba seguro de algo, Sara estaba en peligro. Cuarenta y ocho horas después me encontraba de nuevo en el avión, sobrevolando el mediterráneo con un nudo en el estómago que no me dejaba ni respirar.

CAPÍTULO 62. El Regreso

El ruido de los dos motores nos hacía casi imposible el descansar durante el trayecto de vuelta a nuestra patria, pasados esos días que se nos hicieron eternos metidos en las tiendas de campaña bajo un sol abrasador, sin nada que hacer. Solo podíamos hacer ejercicio al amanecer y al anochecer. Para ganar tiempo les pedí a los pilotos que nos llevaran a Munich, mucho más cerca de Hocthwald, y ellos no pusieron pegas, ese tiempo en el desierto había limado nuestras asperezas iniciales y habíamos congeniado. Suele ocurrir cuando la gente viaja fuera de su país, hay más cosas comunes allí que en casa.

- ¿Capitán, puede venir un momento? – me llamó Ralf, el piloto.

- ¿Ocurre algo, teniente?- le pregunte cuando estuve a su lado.

- Nos ordenan ir a Berlín, nos niegan el aterrizaje en Munich- me lo comentaba al mismo tiempo que escuchaba por la radio las indicaciones de tierra.

- Dígales que no tenemos suficiente combustible para llegar, que cargamos lo justo para aterrizar en Munich- se lo decía medio gritando, la cabina estaba menos insonorizada que el interior.

- Me temo capitán que no se lo han creído, insisten en que tomemos rumbo norte- su dedo índice me lo negaba también.

- Entonces dígales que tenemos problemas con la radio y que no les hemos escuchado, que si pueden repetir las órdenes- me miró con cara sorprendida, pero se lo dijo, y en cuanto terminó arranqué con todas

mis fuerzas de la consola por donde salían los cables que llegaban a los cascos de los pilotos.

- ¡Pero que ha hecho! – me gritó furioso.

- Dígales que me volví loco y que arranque asientos y radio, si les interrogan también les dirán que les amenazamos con las pistolas, que estaba fuera de sí, y que temían por la seguridad del avión.

- ¿Sabe lo que está haciendo capitán?- me preguntó mirándome a los ojos.

- Me temo que sí, he elegido un camino sin retorno, gracias por su ayuda.

- Entonces siéntense que en diez minutos tocaremos suelo.

- Gracias- sabía que les podría meter en un lío, pero ellos se ofrecieron para ayudarme. Les contamos solo lo necesario, nada de judíos, y no dudaron en ofrecernos su ayuda. A nadie le gustaba la bestia rubia.

El aterrizaje fue sencillo, y mientras maniobrábamos para dejar el avión cerca de los hangares, el piloto me llamó.

- Mire allí- y me señaló a su derecha. Un camión se había parado a sesenta metros y ocho soldados se bajaban de la parte de atrás. De la parte delantera se bajó otro más, el conductor siguió en su asiento.

Me fui para la parte trasera del avión, agarrándome por todas partes, el avión giraba bruscamente buscando su sitio.

- Señores, tenemos un comité de recepción, son ocho soldados con fusiles y otro con una pistola semiautomática. Somos cuatro y ellos nueve. ¿Estáis seguros de esto? Aún estamos a tiempo de echarnos

atrás, yo me las arreglaré solo, no os preocupéis. De cosas peores he salido.

- ¿De cuáles?- Preguntó Mensen.

- Ahora no me acuerdo, pero seguro que las hubo- le miré con cara de pocos amigos.

- No siga preguntando capitán, lo hemos decidido- afirmó Hirth, y además tengo ganas de conocer a las chicas americanas, dicen que son muy guapas.

- Si salimos por esa puerta no habrá marcha atrás- le rogué que lo volvieran a pensar, no quería ese peso sobre mi conciencia.

- ¿Le abro capitán?- dijo en broma Klis.

- Entonces preparar las automáticas, nos pondremos en línea, tocamos a tres por cabeza, pero ruego no tener no llegar a eso. Coger las mochilas, no quiero que sospechen de nosotros. Alegrar esas caras, ya estamos en casa, lejos de esa dichosa arena.

Salimos los cuatro charlando como si no nos hubiéramos percatado de su presencia. El sargento rechoncho que estaba al mando no tardó en dirigirse a mí:

- Buenas tardes mi capitán- se cuadró frente a mí – tengo órdenes de llevarles a usted y su equipo a Berlín, si hacen el favor de acompañarnos.

- Sargento ¿y para eso necesitamos tanta compañía?- se lo dije señalando a todos los soldados que tenía a su espalda.

- Es una formalidad, señor- dijo algo dudoso.

- Verá sargento, tenemos que hacer muchas cosas antes de irnos a

Berlín, si es tan amable de proporcionarnos un transporte- el tono era muy conciliador.

- Me temo señor que eso tendrá que esperar, las órdenes son claras.

- Creo que no tiene ojos en la cara, soy su superior y no tengo que darle explicaciones. Subí el tono algo más.

- Señor, si no quiere acompañarme, tengo orden de arrestarle, así que por favor, si nos acompañan…- sacó el brazo en dirección al camión, al tiempo que la otra la apoyaba en la funda de la pistola que colgaba de su cinturón.

- Pues entonces coja mi jodida mochila- y la dejé de sopetón en el suelo, todos la miraron, y no se percataron de que mi otra mano se deslizaba en el bolsillo y sacaba un granada que tiré, sin quitar la anilla. Dio tres botes y se paró entre los pie de uno de los soldados. El tiempo se había detenido. Todos la miraron desde que se desprendió de mi mano hasta que paró.

- ¡Granada! – alguien gritó. Pero lo único que se escuchó fue las ráfagas de las ametralladoras que disparaban a mi espalda. Duró poco, les pillamos por sorpresa.

- Venga vámonos, no creo que tarden en venir refuerzos- corrimos hacia el camión. El conductor había salido corriendo. Cogí yo el volante y Mensen me acompañaba, el resto iba detrás.

Quince minutos después estábamos en camino. Me giré y me dí cuenta, pisé el freno de inmediato.

- ¿Sargento se encuentra bien?- le salía sangre de un costado.

- Kliss- grité – trae el botiquín rápido- lo sacamos con cuidado.

- ¡Qué hacen! No se paren, no es nada- le apreté en la zona y notaba como se llenaba de sangre mi mano.

- Déjeme Capitán- me imploró Kliss. Le cortó la ropa con el cuchillo – Hay orificio de entrada y salida. Le dejamos hacer, él era el que sabía algo de enfermería. Vació varias bolsitas en los dos agujeros, momento en que se desmayó.

Le cosió como pudo la piel, se la vendó y le dio unos antibióticos. Con mucho cuidado le introdujeron en la parte trasera del camión y seguimos la marcha. Tres horas después pude ver la entrada, por fin habíamos llegado.

CAPÍTULO 63. Sin Hogar

Todo parecía tranquilo, solo me llamó la atención ver un coche aparcado en la entrada, pero era evidente que era de un civil, pero lo primero era lo primero, teníamos que acomodar al sargento en casa, limpiarle la herida y buscar a los Müller.

Paré el motor y salí corriendo a la parte trasera, bajé el portón y entre los tres lo cogimos.

- Llevémosle a la mesa del comedor, no podemos demorarnos mucho, no tardarán en llegar. Kliss, encárgate de él. Hirth sube al tejado y vigila por si tenemos compañía. Yo voy a recogerles.

Cuando salí del comedor me percaté, hasta ahora no me había dado cuenta, ya que la puerta estaba casi cerrada, en la biblioteca estaba el fuego encendido. Entré. Y el espectáculo que ví fue espeluznante, Alfred yacía muerto en medio de la biblioteca en un baño de sangre ya casi seca. En el otro extremo, mi tío estaba sentado en el sofá junto a un fuego recién avivado con una barba de varios días, sorprendente en él.

- Sabía que vendrías, aunque ellos me dijeron que no lo harías, no te conocen como yo- dijo en un tono desconocido para mí.

- ¿Qué ha pasado aquí, y Alfred?- le pregunté sorprendido de sus palabras.

- Lo único que podía ocurrir ¿qué te creías?- me señaló una pistola que estaba sobre una pequeña mesa esquinera.

- ¿Pero de que estás hablando? Me acerqué al cadáver, ya comenzaba a desprender ese tufillo a muerte.

- Te lo di todo, puse en ti el futuro de la familia, y tú lo has estropeado, has destruido todo, no sé como esperé que fueras diferente a tu padre- dejó de hablar y se bebió otro sorbo de la copa que tenía entre manos- Era sencillo, Hess que es un cobarde lo hizo perfectamente y tú que lo tenías fácil, lo fastidiaste y Heydrich ocupó tu lugar.

- Estás borracho no sabes lo que dices- estaba cansado de escucharle y decidí irme.

- ¿A dónde crees que vas?- se levantó tirando la copa al fuego, y este rabioso, se escupió una llamarada.

- Lejos de todo esto, de esta casa, de la orden, de los nazis, de todo lo que huele a ti. Hice lo que me pediste y ¿qué conseguí? nada. Ser una pelota que pasaba de una mano a otra. Solo quería una familia ¿era mucho pedir?

- Es verdad, eres un cobarde, ¿ves Alfred?, te lo dije, y tú lo defendías- se fue a buscar una nueva copa- Llevo tres días esperando a que llegaras y ahora me vas a escuchar.

- No metas a Alfred en esto- ahora me había percatado, qué había ocurrido, sólo pensaba en salir a buscarla y me había olvidado que yacía inerte a dos metros, ¿me había vuelto tan insensible como aquel a quien odiaba?- ¿qué ha pasado aquí?- le pregunté.

- ¿Te creías que no me iba a enterar? Vendiste parte de nuestras

empresas a mis enemigos que no tardaron en reírse en mi cara. Y los gastos extra que aparecieron en estas semanas, cuando llevaba años con los mismos. ¿Sabes que me han expulsado de la Logia? Después de tantos años de sacrificio – Se bebió la copa de un sorbo.

- ¿A dónde quieres llegar? ¿Le mataste porque te robaba dinero? Has caído muy bajo, incluso más de lo que podía imaginar.

- ¿Pero sabes lo que fue más humillante? Tú que vas a saber. La semana pasada, en una fiesta del Partido me viene tu "amigo" Heydrich y me dice que sospecha que tienes una amante judía y que creen que la tienes escondida. Que si se confirma todo puede que Himmler tome represarias contra mí. Fue como un puñetazo en toda la cara. No me lo podía creer, mi sobrino nunca haría eso. Y al salir de la reunión, todo encajó. Sólo faltaba comprobarlo y por eso estoy aquí. Ya veo por la expresión de tu cara que he dado en el clavo- ¡Dios santo!, sabe lo de Sarah.

- ¡Por Dios! ¿Qué has hecho?- y comencé a caminar buscando la salida.

- Alfred quiso avisarlos, incluso me agarró para impedir que les llamara, saqué el arma para disuadirle pero luchamos y perdió.

Salí corriendo y me metí en el camión, arranqué y pisé a fondo, el camino hasta la casa no estaba hecho para un camión, no dejaba de saltar y golpearme con el techo y con el cristal de la puerta. Cuando ya lo tenía a la vista el corazón dio un vuelco, la casa había ardido. Me bajé corriendo, asustado y rezando para que no fuera real lo que

tenía frente a mis ojos. Cadáveres calcinados, otros con heridas mortales de bala. Había sido una masacre, pero las lágrimas me saltaron cuando vi al recién nacido muerto entre los brazos de su madre. Caí de rodillas. Todo era culpa mía. Las lágrimas brotaban sin control y yo golpeaba una y otra vez con mi puño el suelo negro de cenizas, hasta que la sangre se mezcló con la negrura del carbón.

Poco a poco recuperé el sentido, ¿y el cuerpo de Sarah? No podía dejarlo ahí, qué mínimo que estuvieran enterrados, era lo mínimo que podía hacer. Y mientras la buscaba el odio, la ira, la venganza iba entrando por mis venas. Dí dos vueltas pero no la encontré, no sé porqué me sentí aliviado, con un halo de esperanza. Él lo debía saber. Así que volví a la casa. Tenía poco tiempo y mucho que hacer, no me importaba que me cogieran, pero les debía todo, nada les devolvería la vida, pero que sus cuerpos descansaran estaba en mis manos.

Tardé incluso menos en volver y mi tío seguía allí sentado, borracho.

- Has tardado poco.

- ¿Dónde está? – le grité.

- ¿Quién? Te refieres a tu puta, a estas alturas ya estará muerta- hablaba como si no le importara todo lo que había sucedido- Y porqué te lo iba a decir, ya bastante daño ha hecho, ¿no te parece? Lo mejor es que pienses en cómo vamos a salir del lío en que nos has metido.

- Yo sé lo que debo hacer, tú haz lo que quieras, que Dios te juzgue por lo que has hecho- cogí su propio arma y le apunté a la cara-

¿Dónde está?

- Ja, Ja…ahora eres un valiente con un arma en tus manos, eso cuéntaselo a otro, dispara si te atreves. ¡Cobarde! ¡Cobarde!- la ira se apoderó de mi alma, y apunté a su pierna dolorida por la gota, y el sonido de la pistola se ahogó con el grito de dolor de mi tío.

- ¿Dónde está?- inmediatamente entró Klis con la ametralladora en mano. Le calmé con la mano pero se quedó boquiabierto por el espectáculo que reinaba en la biblioteca.

- Se la llevó la Gestapo arrestada, quieren una declaración firmada por ella para poder acusarte - no paraba de gritar entre una palabra y otra.

- ¿A dónde se la llevaron?- le volví a apuntar.

- A…a Munich creo- le costó decirlo pero le entendí.

- Llama a Hirth, dile que baje, vamos a recoger los cuerpos, nos los llevamos ¿cómo está Mensen?

- Mejor, se le ha cerrado la herida, pero ha perdido mucha sangre.

- ¿No pensarás dejarme aquí?- me suplicó mi tío entre lágrimas.

- Se lo preguntaré a la familia Müller ahora cuando los recoja.

Salimos, y en una hora pusimos rumbo a Munich con lo cuerpos de los fallecidos con nosotros. A pocos kilómetros logramos enterrarlos, y ahora debíamos meditar sobre nuestro siguiente paso, rescatar a Sarah.

CAPÍTULO 64. La Decisión

Cerca de la localidad de Kaufbeuren vimos un hermoso lago a nuestra derecha y decidí enterrar a la familia junto a él, era un lugar tranquilo lejos de todo, tardamos un buen rato pero una vez que terminamos me sentí algo mejor. Nos quedaban unos cien kilómetros hasta Munich, más de dos horas para pensar que hacer, Hirth conducía y yo me senté detrás. El sargento seguía inconsciente bajo el cuidado de Kliss.

No sabía qué hacer, meditaba todas las posibilidades pero no me gustaban, todas terminaban mal, veinte minutos después salí del trance, Mensen despertaba. Le contamos todo lo sucedido y comprendió enseguida.

- Capitán, no lo haga- me imploró mientras bebía un sorbo de mi cantimplora.

- ¿Que no haga qué? – le pregunté curioso.

- Nos conocemos hace ya mucho tiempo, le conozco, no se entregue- me quedé pensativo un rato.

- Te reconozco que lo había pensado.

- No sabe mentir- que bien me conocía.

- Es la única forma de poner punto y final a esta locura. Ella quedará libre y vosotros podréis reiniciar vuestras vidas- no me creía mis propias palabras.

- No diga tonterías- se paró con una tos que daba miedo- no se la darán, es una judía, la matarán o la llevaran a uno de esos campos, a usted le interrogarán, le condenaran y le fusilarán, quedándose con todo lo suyo.

- Por favor Sargento, debe descansar, está muy débil - imploró Klissman a ambos, yo le asentí.

Tenía toda la razón del mundo, necesitaba algo para negociar, pero el qué. No se me ocurría nada. Nos quedamos a unos metros del palacio Wittelsbacher en la calle Brienner, sede de la Gestapo en Munich. Estaba muy protegido, era una locura entrar por las armas. Así que tomé la decisión.

Me bajé no sin antes darles todas las instrucciones para salir de Alemania si la cosa se ponía mal, el plan de fuga seguía estando ahí aunque ya por otras razones. Les dí la orden de irse discutimos pero la salud de Mensel prevaleció. Nos abrazamos y nos deseamos mucha suerte. Yo lo tenía muy complicado pero ellos no lo tenían tampoco fácil. En cuanto el camión se perdió de mi vista me dirigí a la entrada principal flanqueada por dos soldados con fusil al hombro, las banderas con la esvástica adornaban todas las ventanas del viejo palacio.

- Vengo a hablar con su superior, soy el capitán Van Munster- se quedaron desconcertados, llevaba el uniforme de campaña, pero al darles la documentación me dejaron pasar, era la parte fácil, quién iba

a entrar a un cuartel de la Gestapo si no fuera por algo necesario o por órdenes, nunca sabías si podrías salir.

Me acerqué a un cartel de recepción donde varias personas trabajaban sin parar.

- Buenos días, quiero ver a su superior, deseo entregarme- en eso momento ambos me miraron con cara de sorpresa e incredulidad.

- ¿Cómo dice?- estaba claro que no creían haber escuchado lo que dije.

- Soy el capitán Van Munster, deseo entregarme, por favor comuníquele que estoy aquí a su superior- mi tono fue de lo más amable. Cogió el teléfono y habló por el auricular dándome la espalda. No tardaron en llegar cinco soldados y un agente de paisano. Los cinco me apuntaron a la cabeza y el policía me pidió la documentación. Tras verla, me despojaron de todo lo que llevaba, y me llevaron a la planta superior.

Me introdujeron en una sala grande, sin muebles, y mientras me ataban pies y manos, me sentaron en una silla en el medio de la habitación, vigilado por dos soldados que se quedaron junto a la puerta. Tras unos minutos se abrió y la sorpresa fue mía al verle entrar, pero no pude contenerme y me reí.

- No sabes las ganas que tenía de verte ahí- sonaba con sorna.

- Que importante soy si el líder en persona viene a buscarme. Aún no has superado que sea mejor que tú- me volví a reír.

- Si no fuera por el dinero no serías nada, solo una escoria que aplastaría con la uña del pie, pero naciste “hijo de papá” y te lo dieron todo. Pero has cometido el peor crimen que se puede cometer, te has acostado una rata judía, te has contaminado con su podrido germen y ahora no eres más que un perro pulgoso al que todos dan patadas y que lo mejor es pegarle un tiro.

- Siempre con la misma cantinela que en la Academia, cuando superarás tu pasado y mirarás al frente. Siempre he sido mejor que tú con o sin dinero.

- Ya lo veo, lo tengo frente a mí. Yo en la cumbre y tú en la tumba. Lo importante es como terminen las cosas, lo anterior es pasado.

- Quiero que la sueltes- le ordené aún sabiendo como era, aunque su sonrisa me daba la respuesta.

- Valor nunca te ha faltado, pero muy listo no eres, ¿No sabes donde estás? Vas a ser fusilado por traición a tu patria y a tu sangre aria, mataste a tus hermanos en el aeropuerto y te liaste con una puta judía, solo con pensarlo me dan ganas de vomitar.

- ¡Suéltala!- le repetí a gritos.

- El Führer nos traerá el orden al caos, acabaremos con la escoria que contamina a nuestra sangre, acabaremos con todos los judíos, limpiaremos las calles de Europa de putrefacción y muchedumbre, del olor nauseabundo que despiden. La nueva Atlántida está a punto de florecer y acabaremos con la gente como tú, los corruptos, los que se dejan llevar por el sonido de las sirenas que los condenan. Serás un ejemplo para todos los que te intenten imitar, y así mantendrán sus cuerpos limpios y puros- miró a la puerta- llevároslo, que firme su

declaración.

- Te llevaremos a Berlín para cumplir la sentencia que Dios te ha impuesto, será en nuestra vieja Academia, quiero que todos los futuros oficiales vean lo que les pasa cuando se acercan a la escoria judía- era cierto lo que me había dicho Mensen, no tenía nada con que negociar, me había entregado para nada, tenía que ocurrírseme algo, y rápido.

- Ja, Ja…- sonreí con ganas – eres tan estúpido como siempre. Inteligente sí, pero siempre menospreciando a los demás. ¿Crees que me presentaría aquí sin un as en la manga? Yo también sé hacer bien mis tareas, te vanaglorias de tu odio visceral a los judíos y resulta que llevas su misma sangre, ya veo que no te lo esperabas- Hizo una señal y los dos soldados de la puerta se retiraron.

- No digas estupideces- se le veía enfadado.

- Eso se lo preguntas a tu abuelo, tengo un certificado de nacimiento- era un rumor que todos sabían, incluso algunos le llamaban rubio Moisés.

- Eso es fácil, te cortaré la lengua y las manos. Los rumores infundados se paran de esta forma- me dejó helado con su respuesta. Volvió a gritar para que entraran, necesitaba algo. Y solo se me ocurrió una cosa.

- La tengo.

- ¿Cómo dices, puerco?- preguntó asqueado.

- Tengo el Arca- su cara cambió y cuando los soldados entraron lo detuvo con la mano.

- Eso es mentira, nos llegó la comunicación hace semanas de que no la

habían encontrado.

- Son noticias antiguas, la tengo, mírame a los ojos, no te miento- empecé a sonreír intentando darle más credibilidad a la mentira.

-Eso es imposible, buscas salvar el cuello con más mentiras.

- El día antes de volar de vuelta, mientras recogían los trabajadores locales sus herramientas del interior del templo, uno golpeó a una de las figuras de un faraón que estaba pintada en la pared e hizo un agujero, dando paso a una nueva cámara desconocida hasta entonces. Como era ya muy tarde dejaron para el día siguiente su exploración, pero cuando salí se desprendió un nuevo trozo, solo me di cuenta yo, el resto ya había salido, introduje la antorcha por el hueco y la vi, no dije nada en ese momento. En mitad de la noche mi equipo y yo la sacamos, la escondimos y luego con una pequeña carga colocada estratégicamente, derribamos el techo y con ello la pared quedó de nuevo tapada.

- Me lo habían comunicado, tienen orden de informarme de todo lo que ocurra.

- No te han informado, porque no tienen nada que decir, hasta que no saquen todos los escombros no sabrán nada de la cámara, y te aseguro que tardarán unos días. ¿Qué dirá Himmler si se entera de que has perdido el Arca? y has matado a la única persona que tiene el poder de Dios en sus manos ¿Y si se la entrego yo?

- ¿Qué quieres?- dijo con los ojos llenos de ira.

- Libérala y te daré el Arca y mi confesión firmada.

- ¿Y como sabré que no me mientes?- preguntó con mucha razón.

- Te doy mi palabra, por Dios y por la patria.

- La palabra de un bastardo no sirve de nada- le tenía que ofrecer algo.

- Hocthwald será tuyo, te firmaré un documento cediéndotela.

- No es tuya, es de tu tío, no creas que no te conozco.

- Mi tío ya no es un problema. Ni ahora ni nunca más.

- De acuerdo- dudó pero cedió. Lo había logrado.

- Cogedle y llevarle a la sala de interrogatorios- los dos soldados me escoltaron y otros dos se unieron al grupo. Lo había logrado, ella estaría libre.

CAPÍTULO 65. La Liberación

Cuando abrieron la puerta, la pude ver, solo con mirarla me dolían sus heridas como si fueran propias. Tenía un ojo morado, cortes en las dos mejillas, y estaba semidesnuda y atada en una silla. Los sótanos impedían al resto del mundo escuchar los gritos de los interrogados. La sala era grande, con el techo abovedado, sin ventanas. Ella en el centro y a mi derecha una mesa con una máquina de escribir, en una esquina, una mesa metálica con ruedas con todo tipo de herramientas de tortura.

- ¡Soltadla!- les ordené. En ese momento abrió el ojo sano, su cara de sufrimiento me rompía el alma. No podía ni hablar.

- Primero su confesión - me respondió un agente de las SS con una cara de superdotado resentido con el mundo por su fealdad.

Los siguientes minutos redactaron mi confesión, con palabras como traición, judíos, complot contra la patria, envenenamiento de la sociedad, yo les decía sí a todo, no podía concentrarme, solo la miraba, ella me negaba con la cabeza pero era mi decisión, debía acabar de una vez por todas con esto, ya había pagado el precio de perder a su familia, no dejaría que muriese por nada del mundo.

Tras terminar me pusieron los papeles en la mesa, no podía firmar con las manos atadas a la espalda, así que tuvieron que soltarme, pero dos

fusiles no dejaron de apuntar a mi cabeza. Firmé y me acerqué a ella.

- No se mueva- me gritaron, pero les ignoré. Seguían apuntándome entre gritos.

Me arrodillé quedándome a su altura, le retiré el pelo de la cara.

- Lo siento, no sabes como lo siento- le susurré.

- Vete, no he dicho nada- le intuí que salían esas palabras de su boca.

- Todo ha terminado, tranquila, te sacaré de aquí.

- No, no pueden ganar, todo habrá sido para nada- y una lágrima le recorrió el rostro. La golpearon de nuevo y quedó sin sentido.

Mientras escuchaba como llamaban por teléfono.

- La tenemos….de acuerdo…le ataremos…heil Hitler- lo ignoré, pero noté como me tiraban de los brazos y me volvían a atar, mientras uno cogió unas cadenas pero no hizo más. Me sentaron y él regresó.

- Ya tienes lo que querías ahora suéltala- le grité, aunque por su cara me ignoró, cogió mi declaración y se puso a leerla.

- Bien, encadenarle- y el tipo de las cadenas me las puso por todo el cuerpo. No me podía mover- ya estás como deberías haber estado siempre, encadenado como un perro.

- Cumple tu parte del trato, déjala libre y haz conmigo lo que quieras- y en ese momento sacó su Luger P8 de su funda y me puso su frío acero en mi frente. Ella se quedó insconciente, por lo menos no estaba viendo el espectáculo.

- No sabes que placer me daría apretar el dedo, pero eso sería demasiado fácil para ti, tenemos otros planes, Himmler quiere que seas un ejemplo para todos, perro. Ella ya no me sirve, se acercó a

ella, no la podía ver, su cuerpo se interponía entre ambos.

Lo que siguió fue un flash, salí corriendo a por él, tan rápido que la cadena se le desprendió de las manos a mi captor, y arremetí con todo mi cuerpo sobre el enclenque asesino. Caímos los dos al suelo, y cuando me disponía a levantarme para golpearle la cara con la punta de mis pies hasta que su rostro quedara irreconocible, me golpearon los dos soldados con la culata del fusil, el dolor me molestaba pero no me inmovilizó, estaba a un metro incorporándose, y me volví a levantar para golpearle de nuevo, pero me empezaron a pegar patadas por todas partes. Y entonces escuché un disparo tras la puerta por donde había salido.

Mientras se acicalaba su pelo rubio, yo la miraba y solo me quedó pedirle perdón. Cuando paré de luchar me levantaron. Me pusieron frente a él, se puso la gorra, su mirada lo decía todo. Me dio un puñetazo en el estómago que me dejó sin respiración, pero no dejé de mirarle, nuestros ojos se cruzaron.

- ¡Te mataré! ¡Te mataré! ¡Te mataré!- cada vez le gritaba con más fuerza, aunque sea lo último que haga en mi vida, te desgarraré las entrañas.

- Quitadme esta mierda de mi vista, su olor es nauseabundo- y se tapó la cara con un pañuelo. Volví a intentar ir a por él, pero a la mínima me golpearon en una pierna y puse la rodilla en el suelo, entonces me arrastraron hasta el patio trasero, donde me esperaba un camión, me subieron a él, pasaron la cadena por la base del asiento y le pusieron un candado. Estaba atrapado. Cuatro soldados me escoltaban, dos

delante y una a cada lado. Bajaron la lona y dejé de ver el patio. Tenía que salir como fuera, ahora podría cogerle por sorpresa, empecé a tirar de las cadenas, esperando que cedieran.

- Tenemos orden de disparar si intenta escapar, así que quédese tranquilo, tenemos un largo viaje a Berlín- le miré a los ojos con odio, un simple soldado me hablaba de esa forma, ahora me empezaba a dar cuenta que no era nada, solo un cerdo al que iban a sacrificar. ¿Debía vengarla? ¿Pero cómo? Solo me quedaba una esperanza, pequeña y rezaba para que no me equivocara. Y mientras solo veía una y otra vez sus cuerpo sin vida en mi memoria, apreté mis manos en las cadenas hasta empezaron a sangrar, y el dolor físico calmó u odio que llenaba mi alma.

CAPÍTULO 66. La Sentencia

Presente

Con el libro terminado el juicio fue un visto y no visto, apenas pasaron testigos y muchos de ellos ni me conocían o nunca los había visto, pero el resultado fue el mismo, se me relacionó con la cúpula del partido nazi y eso solo podía significar mi sentencia de muerte. El odio de los familiares fallecidos durante la guerra quedaba saciado parcialmente con mi muerte. Me quedaban dos días de vida y esta vez no me libraría.

La redacción del libro me hizo recapacitar sobre el pasado, no sabía si mi tiempo de vida había sido bueno o malo, había cosas mejores que otras y algunas de las que me arrepiento, pero nunca he llegado a perdonarme la muerte de la familia Müller, era el responsable directo o indirecto de lo que pasó años atrás. Y quizás era tiempo de pagarlo.

¿Quizás la sentencia era correcta y yo el equivocado? Mi tío murió en Hocthwald, le encontraron a pocos metros del coche, tumbado, con un rastro de sangre tras de sí. Se había arrastrado desde la biblioteca ayudado de sus manos pero no lo consiguió, el disparo había rasgado la vena femoral y en su intento de salvarse la rompió.

Desde entonces la finca quedó abandonada, pasó a propiedad del estado alemán y luego sirvió de base americana para acometer el ataque final a Berlín. Tras la guerra pasó a manos privadas de un magnate americano y los cuerpos allí enterrados pasaron a un panteón familiar en Füssen. Los Müller siguen enterrados junto al hermoso lago, no me atreví a moverlos.

Durante los dos días que me quedaron terminé de escribir el último capítulo del libro, del que no quise incluir en el juicio, era algo personal y no quise divulgarlo. Mientras tomaba la última cena, me preguntaron si quería un deseo antes de que me ahorcaran, programada a las 9:30 a.m. Y solo se me ocurrió una cosa, quería que el libro que acababa de terminar llegara a manos de la familia Müller, sabía que quedaban aún primos vivos, quería que conocieran lo que les sucedió de mi propia voz, sin intermediarios.

La cena de huevos con salchichas me resultó excelente, me quedé dormido de inmediato, sentía en sueños que Sarah me acompañaba, que estaría conmigo hasta el final y que me ayudaría a pasar al otro lado. Con esa sensación placentera amaneció el último día.

CAPÍTULO 67. En Ruta

Ya llevábamos un rato en la carretera y me encontraba más calmado, las patadas que me dieron empezaron ha hacer mella en mi cuerpo y me dolían, las cadenas seguían sin ceder y me rendí. Si quería escapar debía ser en otro momento.

De repente el camión comenzó a perder velocidad y se paró. El soldado que estaba más cerca de la cabina golpeó una pequeña ventana metálica con los nudillos y esta se abrió.

- ¿Qué ocurre?- preguntó.

- Ha habido un accidente, hay un camión volcado cruzado en la carretera, parece que hay heridos, voy a bajar para que nos dejen pasar.

Se oían voces pero no lograba distinguir ni una sola palabra, al rato el cabo que estaba en la cabina apareció levantando la lona.

- Todos abajo, tenemos que empujar el camión para que nos deje pasar, y nos vamos a llevar a los heridos, son de los nuestros. Tú, Wolf, quédate vigilándole, si hace algo raro le disparas.

Ya solo estábamos los dos en el camión, tenía que intentarlo, solo se

me ocurría tentarlo con el dinero.

- Soldado, ¿sabes quien soy?

- ¡Cállate!- me gritó, era muy joven y no resultaba creíble.

- Soy un Von Munster, mi familia pertenece a la nobleza y tenemos la fortuna de ser muy ricos, estoy seguro que si alguien me llevara con ellos sería gratamente recompensado, con mucho, mucho dinero.

- ¡Te he dicho que te calles!

- Solo tienes que coger el camión, ahora no hay nadie, seguro que tiene las llaves puestas, pisar el acelerador e ir corriendo a por tu dinero.

- Eres un traidor, y todas tus palabras son mentiras.

- ¿Eso crees? Me llevan para pedir un rescate por mí y llenarse los bolsillos con el dinero de mi familia. Pero si alguien fuera más listo que ellos podría llegar a ser muy rico.

- Y luego cuando lleguemos me pegas un tiro y se acabó- estaba claro que no se fiaba de mí, pero había avanzado, un poco más y sería mío, pero alguien le llamó desde fuera.

- ¡Wolf baja! Necesitamos uno más para empujar el camión, pesa demasiado.

Todo lo logrado se había esfumado, incluso él parecía contento de retirarse de mi vista. Ahora estaba solo pero encadenado. Empecé a tirar todo lo que pude de las cadenas, doblé las rodillas en un intento vano de hacer más fuerza.

- ¿Qué hace capitán?- dos soldados armados habían hundido mi intento, los miré con rencor.

- Habéis tardado mucho.

- No ha sido fácil, el camión pesaba mucho y no estábamos seguros- Dijo
Hirth – pero si no sabía que vendríamos, joder.

- Lo esperaba, conozco al sargento, nunca deja atrás a uno de los suyos, y menos a un amigo. ¿Serías tan amable de quitarme esto?- le señalé las cadenas. Apunto con el rifle y de un tiro certero hizo saltar el candado. Bajé del camión y pude ver a todos mis captores atados y de rodillas en la cuneta. Mensen estaba sentado apoyando su espalda en el camión volcado, con una mano en la ametralladora y otra en el costado, se le habían saltado los puntos.

-Sargento ¿cómo está? – me arrodillé a su lado.

- Mejor que usted por lo que veo- y tosió un par de veces.

- Tenemos que irnos, debemos regresar a Munich.

- ¿Pero de qué está hablando? acabamos de salvarle el pellejo y quiere volver, creo que le han golpeado fuerte en la cabeza- protestó con razón Kliss.

- ¿Y la chica? pensábamos que iría con usted – preguntó el sargento.

- La han asesinado, la bestia de Heydrich le pegó un tiro a bocajarro y debemos volver para sacarle las entrañas.

- Eso es una tontería, y peor una locura sin sentido que hará que nos maten a todos. Aquello es un fortín, y además, vimos que salió en un coche antes de que saliera su camión.

Me quedé callado, ahora sí que no sabía dónde estaba. Miré al sargento, estaba peor, necesitaba descansar y curarle la herida.

- Está bien, ya iré a por él, Mensen es prioritario. Vamos a meterle en el camión y que le vea un médico- me había salvado la vida y era hora de que no antepusiera mis deseos al de los demás, no cometería más errores, costaban vida, y no podía más con ese cargo de conciencia.

Cogimos el camión y dimos media vuelta, el camino seguía bloqueado, así que nos metimos por carreteras secundarias en dirección a Stuttgar, y en Schrobenhausen conseguimos un médico.

Ahora no podía hacer nada, desconocía donde estaba y no creo que tardaran en buscarnos, pondrían a toda la Gestapo en pie de guerra y sería difícil escondernos. Lo único que me quedaba es poner a salvo a mis compañeros que lo habían sacrificado todo por mí y dejar la venganza para después.

Pusimos rumbo sur, hacia el paso de las montañas, descansamos un par de días en un viejo refugio alpino y en cuanto recuperó algo de fuerzas nos pusimos en marcha, buscamos ropa civil y emprendimos el camino sinuoso entre las montañas. Parábamos a menudo para que Mensen descansara, pero nuestro objetivo se presentó frente a nosotros, Suiza. Nos miramos alegres y refortalecidos, nos esperaba una nueva vida. Bueno, a ellos. Yo solo viviría para una cosa, ver muerto a Reinhard Heydrich, honrar la memoria de los Müller y vengar a Sarah.

CAPÍTULO 68. Praga

27 de Mayo 1942

La mañana era fresca, los transeúntes caminaban con ritmo rápido envueltos en gruesos abrigos. Llevaba más de una hora en esa esquina de la calle Rude Armady, con un periódico en la mano. Todo estaba preparado, meses de trabajo y la ayuda de un agente "desconocido" que informaba desde dentro. Era la única opción que me dejaron, no se fiarían de mí. De hecho, quise participar personalmente pero obtuve la negativa como respuesta. Al otro lado del puente les vi, los sargentos checos Gabcic y Kubis, parecían algo nerviosos, en menos de veinte minutos pasaría el coche.

Habían dejado sus bicicletas en dos calles aledañas, cada uno debía atacar desde un flanco, sería muy sencillo, viajaba sin escolta y en un coche descapotable, le gustaba pasear por una ciudad que gracias a él se había integrado en el tercer Reich. Había deseado ser yo, pero me negaron ese placer porque podría reconocerme y además estaba involucrado personalmente.

No debería estar en esa esquina, ponía en peligro la misión, pero no podía evitarlo, llevaba casi dos años esperando el momento y éste había llegado. Estaba allí por si ellos fracasaban. Tenía todo un mini arsenal en mi abrigo, y sobretodo, guardaba una joya en mi bolsillo

que me había costado una fortuna. Según como resultara la usaría o no, aunque confieso que deseaba usarla.

10:30 a.m.

El coche se acercaba con parsimonia, tenía que girar al final de la calle, y para eso debía cogerla a muy poca velocidad. Conducía Joharmes Klein como siempre, no se fiaba de otro, y él con su pelo rubio, de entradas cada día mayores, en su impecable abrigo de cuero negro. Todo comenzaba.

Al llegar el coche a la esquina, éste casi se paró, en ese momento se puso frente a él Gabcik, levantó su metralleta Stein y apretó el gatillo, por desgracia esta se encasquilló y a mi se me escapó el periódico de entre las manos. Salió corriendo con Klein disparando tras él. Heydrich estaba solo en el coche. Kubis apareció por detrás y tiró una granada debajo del coche. No me lo podía creer, ¡por debajo no, idiota! El chasis bloqueará la onda expansiva.

La explosión llamó la atención de todos y el coche comenzó a arder, Reinhard salió medio trastabillado del coche con la pistola en mano tras Kubis, hasta que se le agotaron las balas, se agarró a la reja de una ventana y calló al suelo. En ese momento salí corriendo hacia él, estaba medio mareado, algo desconcertado pero no parecía que estuviera muy grave, metí mi mano izquierda en el bolsillo y tanteé la pistola. Le tiene a tu merced, dispara, no paraba de repetirme a mi

mismo.

En ese momento me miró y abrió los ojos sorprendido. No había tiempo. Saqué la jeringuilla que ocultaba en el abrigo y le insuflé su contenido en el costado. Me acerqué a su oído y le dije:

- Por Sarah.

- Nunca será tuya - susurró riéndose.

- ¿De qué estás hablando?

- Siempre has sido un tonto, es mía y no la tendrás.

- ¿Está viva?- le zarandeé

- No te lo diré y ahora menos. Te he vencido otra vez, !estúpido!- y me escupió

Miré a mi derecha y vi a una joven que me miraba:

- ¡Ayuda!- repetí más alto- ¡Ayuda!

Esta se acercó y luego una pequeña multitud, momento en que me hice a un lado y me fui, me crucé con Klein, pero este no se percató de mí, cogí una calle tras otra hasta desaparecer. La venganza se había

cumplido, me sentía feliz pero la congoja apareció, no podía ser, ¿estaba viva? salí corriendo no sabía a donde, pero con una alegría que incluso me hizo llorar

- Te encontraré, lo juro.

CAPÍTULO 69. Theresienstadt

28 de Mayo 1942

Me dirigí a la iglesia ortodoxa de los santos Cirilo y Metodio donde se encontraba el comando que había llegado con el objetivo de asesinar a Reinhard. Necesitaba ayuda para rescatarla, yo sólo no podía. En Praga no conocía a nadie del que me fiara, solo podía contar con ellos. Tras dar el salto y seña me dejaron entrar. Estaban allí los ocho, encerrados como ratas, no podían salir ya que medio ejército alemán les buscaba.

Por desgracia nadie se ofreció. Insistí e insistí, y por fín el teniente Adolf Opálka, un checo aceptó con la promesa de que volveríamos en dos días. Aceptó con la reticencia explícita de sus compañeros. Con mis recursos y su idioma nos resultó fácil robar una furgoneta militar de la cruz roja y nos dirigirnos al hospital Na Bulovce donde habían llevado a Heydrich. Tenía que saber donde la tenía escondida.

Cuando llegamos aquello estaba lleno de soldados por todas partes y el pasillo que llegaba a su habitación era infranqueable.

- ¡Vámonos, esto es una locura!- me pidió Adolf.

- Siempre hay una forma, solo necesito tiempo.

- Estás loco, en ese tiempo alguien nos reconocerá, vámonos- me cogió

del brazo y tiró de mí.

La pesadumbre se cernió entorno a mí, bajamos las escaleras y salimos a la calle, y ahora ¿qué puedo hacer?, nos montamos en el vehículo y al dar la vuelta grité:

- ¡Para! – grité mientras golpeaba con las manos el salpicadero.

Salí del coche y me dirigí hacia un hombre que estaba fumando sin parar y paseaba cerca del hospital, su uniforme alemán me ayudó a reconocerle. Saqué discretamente el arma y la punta la clavé en su espalda, cerca de la columna.

- Obedece y no te mataré aquí mismo- le dije al oído. Del susto soltó el cigarrillo- ves esa furgoneta, vamos para allá.

Y ambos nos acercamos y entramos por detrás. Al cerrar la puerta desde dentro di un golpe en la pared.

- ¡Vámonos!

- Tu eres…

- Veo que me conoces Klein, estupendo, eso está bien. Me pregunto como un simple chofer ha llegado a ser ayudante del director de la Gestapo.

- Estás loco viniendo aquí, no saldrás vivo de esta.

- ¿Y tú sí?- su cara reflejaba miedo.

- ¿Qué quieres de mí?- preguntó resignado.

- ¿Donde está Sara Müller?- pregunté con calma esperando una respuesta rápida.

- ¿La puta judía?- dijo con una frialdad que no pude contener, y le dí

un puñetazo que le saltó un diente, un reguero de sangre le salió de la comisura derecha del labio. No dejaba de mirar la pistola intentando pillarme en un descuido. Así que le obligué a tumbarse en una camilla y le até.

- ¿Donde está Sara Müller?

- Eres escoria, sangre podrida, traidor a la patria, amigo de los judíos, Heydrich lo dice constantemente y veo que tenía razón- y me escupió llenándome de sangre. Cogí una jeringuilla y se la enseñé.

- ¿Sabes que ocurre si inyectamos aire en tus venas?- le cogí el brazo y le puse el frío metal de la punta en su piel. Su cara de miedo fue tan exagerada que gritó.

- ¡La tiene en Theresienstadt! ¡La tiene en Theresienstadt! ¡La tiene en Theresienstadt!

- Gracias, has sido muy amable, cogí morfina y se la inyecté, quedó grogi al instante.

31 de Mayo 1942

Salimos de Praga con rumbo norte. Habíamos dejado a Johannes Klein hacía unos kilómetros drogado y atado a un árbol, pasarían varios días antes de que le encontraran. Había tenido que trabajar toda la noche para conseguir terminar la documentación falsa que nos permitiera sacarla de allí, teníamos que ser rápidos, si surgían dudas o consultaban con Berlín estábamos perdidos, así que a Adolf se le ocurrió cortar el cable telefónico antes de entrar, estaba claro que su entrenamiento en la resistencia había valido la pena.

Llegamos a la entrada, la furgoneta no les llamó la atención, dos personas documentadas era algo habitual, así que levantaron la barrera y entramos, era la parte sencilla, era obvio que nadie querría entrar en un sitio así, el problema era la salida.

Este campo de concentración, por lo que me contó Adolf, era más un gueto que otra cosa, estaban personas de cierta importancia que no querían pero que tampoco podían deshacerse de ellas, por eso algunos les llamaron de transición. Tenía sus calles, edificios e incluso un parque, todo en un recinto amurallado. Cuando entramos vimos una calle larga con barracones a ambos lados y una puerta al final que ponía en el medio punto de su parte superior "ARBEIT MACHT FREI". En una fortaleza previa fue donde nos obligaron a parar, bajé y entré.

- Venimos a recoger a una prisionera y llevarla urgentemente a Praga.

- Documentación- le dí los papeles falsos y contuve el aliento- este no es el procedimiento habitual para el traslado de prisiones teniente Glouffman- dijo mientras miraba una y otra vez los papeles.

- Esas son las órdenes que he recibido- cogió el teléfono y solicitó conformidad.

En ese momento salió un teniente coronel, del que supuse que seria el responsable de las instalaciones.

- Heil Hitler- levanté la mano y me cuadré.

- Heil Hitler- levantó algo la mano derecha- ¿a que se debe esta solicitud, teniente? no tenemos comunicado de Praga de este traslado.

- La orden llegó esta mañana, mi coronel, debemos llevar a la prisionera para interrogarla, creemos que puede estar relacionada con el atentado del Obergruppenführer Heydrich y que podría tener algún tipo de información que nos lleve a la localización de los terroristas.

- Póngame con Praga- le dijo al secretario que me había atendido.

- Lo hemos intentado, pero llevamos toda la mañana sin línea.

Le miré, me miró.

- Quiero que me envíe los formularios correctos en cuanto vuelva a Praga, esto no es forma de trabajar, pero no seremos nosotros los que impidamos que cojan a los cerdos que atentaron contra Reinhard. Traigan a la prisionera- me devolvió la documentación y volví a la furgoneta.

Adolf giró para que enfiláramos la salida y yo me senté en el sitio del copiloto para que ella no me viera y se le escapara algo que nos delatara. No paraba de mirar por el retrovisor mientras Adolf aguardaba detrás con las puertas abiertas. Y por fin la vi, estaba muy cambiada, delgada, muy delgada, con el pelo sucio y poco voluminoso, incluso necesitaba de ayuda para caminar.

Escuché el sonido de las puertas traseras al cerrar y Adolf se puso al volante, arrancó y salimos despacio, enseñamos la documentación al control de salida y nos abrieron al instante. Cuando llevábamos unos kilómetros no pude más, paramos en la cuneta y yo me metí detrás.

Estaba tumbada en la camilla como lo había estado antes Klein, se había quedado dormida, no quise despertarla. Le quité el pelo de la cara, y podía ver que estaba más delgada de lo que percibí por el retrovisor, se le marcaban las costillas.

Tosió bruscamente y abrió los ojos. Le sonreí.

- Te lo prometí- le dije mientras le acariciaba la mejilla.

- ¿Eres tú de verdad?- y comenzó a llorar.

- Descansa, todo ha terminado.

Ya en Praga dejé a Adolf y contacté con la resistencia. Al mes siguiente llegamos por barco a Argentina.

EPÍLOGO

Justo antes de salir dejé el libro sobre la mesa y sobre éste el viejo avión que apareció antes del amanecer. No tardé en bajar al patio, el silencio reinaba en la prisión, todos dormían. La escolta se paró y me colocó frente a un muro de hormigón.

Me encontraba frente a ocho hombres armados a los que les repartían una bala a cada uno, algunas eran de fogueo y otras no. Un sacerdote me ofreció una capucha para pasar el momento, y se la acepté, no quería que ellos vieran una y otra vez mi rostro por las noches. Ahora escuché como cargaron los fusiles. Contuve la respiración. Un sonido brusco y la mente se apagó en el último Van Munster, Vilhelm me llamaban.

4 de Junio 1942

Reinhard Heydrich fallece tras unos dolores tremendos causados por una infección desconocida que no pudieron contener.

Hitler como represalia asesinó a más de mil checos en los pueblos de Lídice y Ležáky, aunque la cifra final superó con creces los cuatro mil.

6 de junio de 1944

Mensen murió en el desembarco de Normandía, no llegó a pisar la playa, su lancha fue alcanzada por un obús.

18 de junio de 1944

Tras un traicionero soplo de un miembro de la resistencia, encontraron finalmente al comando que atentó contra Reinhard Heydrich, más de ochocientos soldados de las SS rodearon la iglesia ortodoxa de los santos Cirilo y Metodio, tras más de seis horas de enfrentamientos, todos los participantes en el atentado fallecieron. Adolf Opálka fue herido en el enfrentamiento, y como varios de los compañeros, decidió suicidarse antes de ser capturado por los nazis.

7 de septiembre de 1945

Sara y yo escapamos a Argentina, compramos una finca y vivimos juntos plenamente, conocí la felicidad, aunque como todo lo bueno nunca dura eternamente, y ella me dejó tras no recuperarse de la tuberculosis que había contraído en esos años de cautiverio. Las palizas le impidieron ser madre cosa que añoramos los dos. Así que no me quedó de ella más que el recuerdo de esos dos años juntos. Decidí a su muerte incinerarla y tirar sus cenizas al mar, por fin era libre para viajar por cualquier punto del mundo. A los pocos meses vendí todo, no podía vivir solo entre los mismos muros que compartí con ella y me instalé en Londres, donde contactaron conmigo los servicios secretos.

Actualmente

Klissman y Hirth se compraron un rancho en Australia y se presentaron voluntarios para enrolarse en el ejército australiano pero no fueron aceptados. Ambos tienen una familia numerosa aunque siguen añorando su país.